

EMI NEGRE

48 HORAS PARA UN DESTINO

Edición Negra

48 horas
PARA UN
DESTINO

Emi Negre

©48 HORAS PARA UN DESTINO

Copyright Emi Negre

eminegre.bsdp@gmail.com

Primera edición en papel y ebook: 1 de febrero del 2019

Edición: Isabel Mata Vicente

isalbamatadiccionario@gmail.com

Diseño de la portada: Alexia Jorques

info.alexiajorques@gmail.com

ISBN: 978 1793234810

Independently published KDP Select/Amazon

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del autor.

ÍNDICE

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[KONNER](#)

[20 de enero de 2016, 16:15](#)

[KONNER](#)

[Decisión 1](#)

[18 de enero de 2016, 14:45](#)

[Verano de 2006](#)

[KONNER](#)

[18 de enero de 2016, 15: 25](#)

[Jalalabad/Afganistán](#)

[25 de febrero de 2011, 19:45](#)

[KONNER](#)

[19 de enero de 2016, 14:40](#)

[Verano de 2006](#)

[KONNER](#)

[19 de enero de 2016, 15:30](#)

[Jalalabad/Afganistán](#)

[25 de febrero de 2011, 20:50](#)

[KONNER](#)

[19 de enero de 2016, 16:05](#)

[Verano de 2006](#)

[Jaidon Contee](#)

[19 de enero de 2016, 21:05](#)

[KONNER](#)

[Decisión 2](#)

[19 de enero de 2016, 20:12](#)

Jalalabad/Afganistán

25 de febrero de 2011, 21:25

KONNER

19 de enero de 2016, 21:25

Verano de 2006

Jaidon Contee

19 de enero de 2016, 22:21

KONNER

20 de enero de 2016, 07:12

Jaidon Contee

20 de enero de 2016, 07:35

KONNER

Decisión 3

20 de enero de 2016, 08:20

Jaidon Contee

20 de enero de 2016, 09:40

Jalalabad/Afganistán

25 de febrero de 2011, 21:55

Jaidon Contee

20 de enero de 2016, 11:17

KONNER

20 de enero de 2016, 10:35

Jalalabad/Afganistán

25 de febrero de 2011, 22:15

Jaidon Contee

20 de enero de 2016, 12:06

KONNER

20 de enero de 2016, 13:45

Jaidon Contee

20 de enero de 2016, 12:55

[KONNER](#)

[20 de enero de 2016, 14:50](#)

[Verano del 2006](#)

[Jaidon Contee](#)

[20 de enero de 2016, 15:30](#)

[KONNER](#)

[20 de enero de 2016, 16:15](#)

[KONNER](#)

[20 de enero de 2016, 17:04](#)

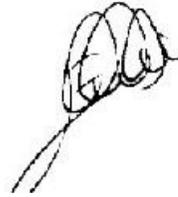
[Dos semanas después](#)

[Nota importante](#)

[Sobre el autor](#)

Gracias, querido lector.

Nos separa la distancia,
pero este camino lo vamos
a recorrer juntos



DEDICATORIA

Siempre a ti, que desde lo más alto me ayudas a cumplir el sueño que tú comenzaste.

AGRADECIMIENTOS

De nuevo, quisiera agradecerte a ti el apoyo que me brindas. También me gustaría nombrar a varias personas, pues sin ellas este proyecto nunca habría visto la luz.

En primer lugar, a mi pareja, Marta, por apoyarme siempre, desde el primer día.

Por supuesto, también a dos de mis lectores cero, José Luís y Rosa Ana, por su dedicación y el tiempo que han dedicado a mi historia.

También quiero agradecer a mi editora, Isabel Mata Vicente, y a mi diseñadora, Alexia Jorques, por tan fantástico trabajo y apoyo.

Acabo esto dando las gracias a todos y deseando poder seguir dándolas en un futuro.

¡Muchas gracias!

KONNER

20 de enero de 2016, 16:15

Todo ha terminado, al fin. Mi futuro se esfuma casi tan rápido como ese último hálito de vida se escapa de sus carnosos labios, ahora pálidos, evaporándose al contacto con el aire. Se acabó, *finito*. Su cuerpo languidece poco a poco, su piel pierde ese dorado característico y que tanto envidiaba. Ella reposa entre mis brazos, dejando que los recuerdos me invadan, notando como la sangre que se escurre entre mis dedos comienza a secarse. Siento el calor húmedo bañar la tela de mis vaqueros. Con mi rostro todavía encendido de ira, contemplo en derredor como todo ha terminado. «Se acabó» pienso. Y una sensación de vacío me domina. Intento dilucidar en qué momento de mi pasado cometí el error que nos ha traído hasta aquí, maldiciendo sin contemplaciones todas mis decisiones pretéritas. Al fin y al cabo, una decisión ha sido la causante de todo esto. Eso es, decisiones.

Eso es lo que somos, el producto exacto de ellas. La respuesta a miles de preguntas que se nos han ido presentando a lo largo de nuestra vida. Nuestro viaje por este mundo se antoja tan frágil, que cualquier desvío o bifurcación concluirá, cada uno, en un final distinto. Un final que puede ser mejor o peor.

Quizá un sendero presuma de corto. Tal vez otro sea más extenso. Pero lo cierto es que de nosotros depende, siempre, qué camino escoger. La pregunta es: ¿cómo saber cuál es el que debemos elegir? Y sobre todo, ¿cómo adivinar si nuestra decisión, es la acertada?

¿Son las buenas o las malas decisiones las que nos forjan? Esa es mi pregunta. Ahora, que todo ha terminado, intento buscar una respuesta plausible. Una cuestión que se sucede en mi mente una y otra vez, como una vorágine de sentimientos que me rondan sin cesar. Pero todas las respuestas

llevan a otra incógnita. ¿Cuándo me equivoqué? ¿Cuál ha sido la elección que me ha traído hasta aquí?

Vuelvo a observar su cuerpo inerte, frente a mí. La figura de aquella persona que tiempo atrás, lo fue todo en mi vida. En mi cabeza grito su nombre. «Kassie, lo siento». Su larga melena rubia se tiñe de rojo por las puntas que reposan sobre el suelo. Con esa jodida pregunta todavía acuchillando mi alma, la deposito en el suelo, y me incorporo dejando caer una pequeña lágrima de mi rostro ya cansado. Se acabó.

Mientras recupero la posición que había perdido al arrodillarme y me apodero de mi arma la sangre de mis manos ya está seca, y los dedos algo acartonados. Los muevo uno a uno, en orden, evitando que la pistola se descuelgue. Reviso, antes de iniciar mi última travesía, el apartamento una vez más. Una foto de Dylan con su gorro favorito de los piratas de Pittsburgh, firmada por Francisco Cervelli cuelga en una de las paredes. En la mesa, un marco tumbado sobre la madera, con la imagen de nosotros dos en nuestra boda. Todavía no se había atrevido a guardarla, quizá para ella quedaba algún resquicio de ese amor que nos profesamos tiempo atrás. Junto al mueble que sostenía el televisor, ahora en el suelo destruido, una instantánea de sus padres. Otra vez Dylan y el dibujo que le dedicó el día de su cumpleaños, sobre el armario flotante. Mire donde mire veo recuerdos de una vida que pudo ser, pero al final no ha sido. Todo por una decisión que ha desembocado en esto.

Me acerco hacia la ventana. Quiero despedirme del sol, que lento, se va escondiendo. Sus ligeros y ya consumidos rayos de luz recorren el salón, a mi espalda. Solo él queda como testigo del horror que se acaba de vivir aquí dentro. Contemplo una última vez a Kassie para recordar todo el tiempo que pasamos juntos. Ahora no son más que imágenes saturadas en una mente incapaz de valorar un futuro distinto. Todo se acabó.

Apoyo la frente en el cristal y dejo que el calor me abrace una vez más. Dos días han sido suficientes para destruirlo todo. Dos días que me han dejado sin nada. Dos días. Cuarenta y ocho horas. ¿Minutos? Demasiados. Tantas vidas arruinadas, tantos futuros arrebatados. Tantas sonrisas borradas. Pero no debo pensar más en eso. Ya todo terminó.

Observo la puerta antes de seguir con mi cometido, para esperar que alguien entre, en un momento u otro, gritando «¡Sorpresa!» y me libere de toda esta pesadilla. Pero no, eso no va a pasar. Vuelvo a posar la vista sobre el horizonte, mientras mi mano se aferra a la pistola. Ha llegado el momento.

Mi brazo izquierdo se apoya en la ventana. Siento el calor traspasar el cristal. La otra mano la llevo a mi boca, introduciendo en ella el cañón de la Beretta que tantas vidas ha segado ya. La mía será la última. Noto el sabor cobrizo del metal todavía caliente en mi lengua. Siento cómo asciende desde la punta de mi lengua hasta casi la garganta. Aprieto con fuerza los dientes, encajando los incisivos superiores en la corredera, y los inferiores en el armazón. Se acabó.

Respiro hondo, cierro los ojos, tenso los músculos. Mis sentidos se agudizan, permitiéndome oír los gritos infantiles en la calle. De mi frente se descuelgan varias gotas de sudor.

Ha llegado el momento. Me preparo para comprobar si es cierto eso que dicen, que cuando uno es sabedor de que su final se acerca, toda su vida se presenta ante sus ojos. Si es así, espero poder encontrar el momento exacto en que tomé el camino que me ha traído hasta este fatal desenlace. Suelto el aire por la nariz. Es la hora, se acabó. Arrugo la frente y coloco el dedo índice sobre el gatillo. No lo pienso, presiono con fuerza.

Tac.

KONNER

Decisión 1

18 de enero de 2016, 14:45

48 horas antes

El limpiaparabrisas luchaba con rabia para intentar eliminar toda el agua que se acumulaba en un agotado cristal. Al otro lado, Konner observaba cómo el paisaje se distorsionaba para en décimas de segundo volver a presentarse nítido ante él. Un claroscuro que le obligaba a mantenerse aferrado al volante de su Ford Ranger del 2015 mientras achinaba sus ojos marrones.

El cabello oscuro brillaba a causa de unas gotas rebeldes que se negaban a perderse en el interior de aquella mata gruesa de pelo. Su chaqueta negra también dejaba correr varias gotas por un costado hasta morir sobre el asiento.

«Acabamos de escuchar Stairway to Heaven. Como siempre, estás en la WHSN. Y ahora, damos paso al tiempo antes de seguir con otro famoso tema de los Led Zeppelin. ¿Qué tiempo podemos esperar un dieciocho de enero, Judie?».

«Agua» dijo para sí mismo antes de que la locutora se pronunciara. Efectivamente, como era habitual en Bangor. La capital de Maine es una de las ciudades que más días de lluvia registra al año. Recordó en ese momento la cantidad de veces que su padre nombraba ese detalle, precisamente alegando aquel detalle como una de las razones por las que habían elegido esa ciudad para vivir. El clima de ese pequeño rincón se asemejaba mucho al de la Irlanda de sus antecesores.

Un reclamo le distrajo de la carretera, justo en el momento en que cruzaba el puente de la *Interestatal 395*, a su paso por *Main Street*. Un enorme cartel verde adosado al lateral de hormigón del puente le informaba de que iba a

adentrarse en la ciudad. Aunque con la cantidad de agua que golpeaba el cristal de su furgoneta, más que leerlo, lo recordó. La música se silenció, ahora un sonido intermitente le informaba de que otra persona quería comunicarse con él.

—Recuerda que hoy Dylan tiene clases de piano. Espero que no falte.

—Una voz femenina retumbó en los altavoces del coche. Aunque con un matiz dulce, sus palabras sonaron secas y ásperas.

—No lo hará —respondió Konner casi con la misma frialdad. No pudo evitar lanzar una mirada furtiva al asiento del acompañante. Un guante de cuero y una pelota de béisbol vibraban sobre la tela negra—. Son casi las tres. Sobre las ocho te lo llevaré.

Un silencio incómodo se adueñó del pequeño habitáculo durante unos segundos, tanto duraron que Konner tuvo que carraspear para comprobar que su exmujer seguía al otro lado.

—Eso espero.

De nuevo, la música salió disparada por los altavoces. Un intenso sentimiento de furia se acomodaba en su espalda, obligándolo a removerse sobre su asiento para liberar algo de aquel mal momento. Cada vez que escuchaba su voz y siempre que tenía que volver a verla debía enfrentarse después al remordimiento de su recuerdo que, aunque pasajero, siempre se instalaba en su pecho tras despedirse. Esos brillantes ojos marrones. Su pelo largo y rubio que tanto le gustaba hacer bailar o esa sonrisa contagiosa, que se impregnaba en los rostros de todo aquel que osara acompañarla. Todo hacía que el corazón de Konner se detuviera cada vez que tenía que verla.

Fue el sonido estridente evocado por la bocina de un vehículo que circulaba a su lado, el que lo devolvió a la realidad. Su Ford estaba invadiendo parte del carril vecino, casi colisionando con una furgoneta blanca que circulaba por allí. En un intento de disculpa levantó la mano, admitiendo su error, algo que al conductor del otro vehículo poco le importó. Cuando ambos se colocaron a la misma altura, pudo apreciar que el otro conductor le dedicaba un gesto admonitorio alzando uno de sus dedos por encima del resto.

—¡Gilipollas! —espetó viendo cómo el otro hombre se perdía por una de las calles de la ciudad.

El cielo, aunque seguía oscureciendo todo con su negro telón, dio una pequeña tregua para que los niños pudieran salir del colegio. Una fila de coches de todo tipo esperaban a sus respectivos familiares. Konner hacía lo propio.

Fueron varios los minutos que estuvo ahí solo, hundiéndose en sus pensamientos. Maldiciendo su nombre y todo su pasado. Odiándose por todo lo que había perdido. Cuando dos personas que se quieren no pueden seguir su vida juntos, el dolor se multiplica tantas veces como sus cuerpos coinciden. Cada vez que sus miradas chocan o que sus cuerpos se rozan. El recuerdo de ese amor que siempre ha existido se clava en cada encuentro. Cuando no es el amor lo que muere, lo hace la ilusión.

Apenas quedaban coches cuando Dylan apareció, enfundado en una chaqueta azul y con su capucha cubriendo parte de su cabeza, ocultando su cabello oscuro y liso. Sus pequeñas piernas se deslizaban ágiles sobre el suelo, sin apenas elevarse hacia el coche ante la atenta mirada de los profesores y de su padre, que lo observaba con una ligera mueca de felicidad decorando un rostro castigado por el tiempo y los lamentos.

—¡Hola, papi! ¿Sabes lo que hemos aprendido hoy?

Konner asintió y alargando su mano derecha para rozar la mejilla rosada de su hijo.

—¿Algo bueno? —repuso alegre.

—Todos pasan por mí, yo no paso por nadie. Todos preguntan por mí y yo no pregunto por nadie. —El niño, a pesar de sus cortos ocho años, poseía una tenacidad y un carisma más propio de niños varios años mayores, miró unos segundos a su padre—. ¿Qué es?

—Pues no tengo ni idea. —Observó cómo su pequeño ocultaba una blanca risa tras unas manos de dedos finos y cortos. Su mirada de miel brillaba mientras arrugaba la nariz a causa de la risa contenida.

—Una calle, papá. Venga va, otra fácil. Una caja pequeñita y blanquita como la cal, que todos saben abrir pero nadie sabe cerrar. ¿Qué es?

La pregunta de Dylan se diluyó como la sal en un vaso de agua caliente. Konner apenas podía prestar atención a la adivinanza de su hijo, que entre risas exigía la respuesta.

Otro detalle llamó la atención de su padre, que veía cómo una pequeña rubia, de la misma edad que su propio hijo, deambulaba sin rumbo por la acera. Junto a ella una valla metálica cercaba el colegio. En su interior un pequeño parque lloraba la ausencia de infantes balanceando sus columpios vacíos. Konner no apartaba los ojos de aquella niña. Algo en su mente le obligaba a custodiar cada movimiento de la muchacha, que parecía buscar algo, o a alguien.

En el colegio varias profesoras conversaban ajenas a la situación, y a través del retrovisor de su todoterreno vio que otra furgoneta negra iniciaba una marcha un tanto preocupante. Cuando el vehículo pasó junto a la ventanilla del Ford, las lunas tintadas impidieron que pudiera ver el interior de aquella Mercedes.

—¡Papá! No has respondido. ¿Qué es?

—Hijo, ponte el cinturón y no digas nada —susurró sin apartar la mirada de la otra furgoneta, a la vez que controlaba los movimientos de la niña.

Varias preguntas surgieron en su cabeza. «¿Qué hacía esa niña sola? ¿Por qué nadie había ido a recogerla?». Y la pregunta que más le ofendía. «¿Por qué cojones las profesoras no se estaban dando cuenta?».

La niña seguía buscando algo mientras caminaba bordeando la calzada. Las manos de Konner sudaban aferradas al volante. Sus pulsaciones se ralentizaban a medida que la furgoneta se acercaba hasta ella, el motor del Ford rugía bajo los alientos de su conductor, que se preparaba para un desenlace que cada vez veía más cerca. En su mente una dura lid se iniciaba en la que dos decisiones querían imponerse. ¿Se marchaba de allí manteniéndose al margen o actuaba? Sus dedos tamborileaban sobre el volante mientras su cabeza elegía la mejor opción.

Cuando aquella extraña furgoneta se situó junto a la pequeña de mechones rubios, sus dudas se disiparon, igual que se escapa el vaho de un suspiro una noche helada. Konner presenció cómo de la furgoneta salió un hombre alto, con pasamontañas negro y ataviado con un vaquero roto y un anorak beige. En apenas unos segundos la niña había desaparecido y el Mercedes se alejaba a toda velocidad de la zona ante los gritos de las profesoras, que se dieron cuenta demasiado tarde.

Un grito de rabia precedió al rugido del motor del Ford Ranger también negro de Konner, que salió a toda velocidad en busca de aquella furgoneta. Las ruedas bailaron sobre el asfalto antes de conseguir mover el resto del armazón.

Aunque había perdido de vista durante unos segundos su objetivo, sabía que había girado a la derecha en el primer cruce, por la misma avenida por la que acababa de llegar él. Cuando imitó el gesto, pudo observar a lo lejos la furgoneta circular a una velocidad prudencial. Konner no hizo lo mismo. Su cólera conducía sus piernas, su furia se clavaba en su mirada y sus nervios se imprimían en el temblor de sus brazos, con un baile extraño cogió el teléfono y marcó el número de emergencias. En apenas unos segundos una voz femenina reverberaba en el interior del habitáculo.

—Nueve, uno, uno, ¿cuál es la emergencia?

—Una niña acaba de ser secuestrada. Estoy persiguiendo al vehículo que se la está llevando. Tenéis que mandar todas las patrullas que tengáis cerca del 199 de *State*. —Mientras hablaba con la operadora consiguió acercarse al Mercedes y este inició una marcha algo más acelerada.

—Señor. Necesito su nombre. ¿El vehículo que dice usted que ha secuestrado a la niña sabe que lo está persiguiendo?

—¿Y para qué cojones quieres saber mi puto nombre? Manda las patrullas adonde te estoy diciendo y luego te daré los datos, ¡joder!

—Es el protocolo, señor. Debo registrar la llamada. Repito, ¿puede decirme si hay alguna sospecha de que lo está siguiendo?

Por la forma en que aceleraba la otra furgoneta, todo parecía indicar que sí, que se habían percatado de su presencia en su retaguardia. En unos segundos, ambos vehículos superaban las treinta millas por hora. El Mercedes sorteaba los coches sin que al conductor pareciera importarle la posibilidad de herir a alguien.

El Ford de Konner también danzaba de un lado al otro de la calzada, evitando coches, motos y peatones que intentaban cruzar la calle. Los gritos e insultos de otros usuarios de la vía se sucedían a lo largo del trayecto.

—Papá, ¿qué está pasando? —La voz del pequeño sonó aguda, temblorosa, como si el miedo quisiera doblegarla.

—Dylan, no te muevas de tu asiento. —Por el pequeño retrovisor interior que se adhería al parabrisas se aseguró de que su hijo iba bien sujeto con el cinturón.

Su corazón se aceleraba por momentos, su mente le advertía del peligro que conllevaba la situación. El rostro asustado de su hijo, clavado en el espejo, le infundía el temor a otra misión fracasada. El dolor de un pasado que nunca superó le atacaba de nuevo. Se sacudió con rabia todos aquellos pensamientos y volvió a centrarse en su objetivo, que se había alejado durante su trance.

—McMurray. Konner McMurray. ¿Ahora vas a enviar a las putas patrullas o tengo que detenerlos yo?

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Le recomiendo que espere a que nuestras unidades se ocupen de esto, señor. No cuelgue, su ayuda es fundamental. Estoy pasando su llamada a la radio para que puedan oír todo en directo. Necesito que me informe de la dirección que toma el vehículo.

La idea de esperar removía el interior de aquel hombre de aspecto rudo y desaliñado. Un pinchazo a la altura de la rodilla derecha le recordó que en el pasado hubiese actuado por su cuenta. Pero ya no era un Marine. Ya no pertenecía al *ST-9* de los *Navy SEAL's*. Ahora era un ciudadano. Un simple ciudadano.

—Acaba de girar hacia el sur por la esquina de *Oak con Hancock* —informó Konner torciendo por la misma dirección.

Las ruedas gimieron de dolor al separarse del asfalto. El volante vibró bajo sus manos. El todoterreno se deslizó entre pequeños saltos descontrolados mientras su vista se clavaba en la matrícula de aquella furgoneta a la que perseguía. Su memoria viajó años atrás al comprobar que a tan solo unas yardas su antiguo hogar protegía a la persona que tanto había amado, y seguía haciéndolo todavía. Aceleró con rabia al tiempo que su mente se alejaba de aquella zona.

VERANO DE 2006

La música ensordecedora e incluso en algunos puntos hasta distorsionada, las luces de colores, casi epilépticas, y el tráfico incesante de niños descontrolados, madres asustadas y borrachos problemáticos hacía sentir a Konner vivo.

A pesar de estar en el mes de agosto, la noche no ofrecía la tregua suficiente como para desear enfrentarse a unos veinte grados y una brisa que buscaba el calor humano ligero de ropa. Varios jóvenes caminaban por el recinto de las casetas de juegos. A Konner lo acompañaba su amigo de la infancia, Tyson, un joven de herencia asiática, aunque tan americano como su compañero. También el joven James Goodman había decidido ir con ellos.

—Ya tenía ganas de acercarme a la feria —afirmó Konner con la vista clavada en el recinto de los coches locos. Desde pequeño le encantaba ir todos los veranos a presenciar cómo una decena de pilotos deseosos de liberar toda la tensión acumulada durante el año destruían unos vehículos hechos para luchar.

El *Destruction Derby* reunía casi el total de la expectación de la feria, haciendo que las solicitudes de inscripción se cerrasen antes incluso del final del año en curso. Y al igual que los pilotos, todas las campañas, Konner intentaba asistir a alguno de los eventos.

—Podríamos primero ir al show que hacen del *Grizzli* —propuso Tyson con una aniñada voz.

—¿Y para qué vamos a querer ir a ver un jodido oso hacer tonterías? Odio la explotación animal. Eso debería estar prohibido. —La voz señorial y reprochadora de James alertó a su amigo, que lo observó ocultando parte de sus ojos bajo unas negras y casi inexistentes cejas.

—Pues dicen que este año han traído a un oso albino.

—Tyson, si quieres, ve tú. Nosotros nos vamos a los coches.

Nadie cuestionó las palabras de Konner. Quizá por sus más de seis pies de altura y unas 200 libras que pesaba. Tal vez porque su índice de grasa corporal no superaba el diez por ciento o simplemente, por el hecho de que su puesto de Marine lo había convertido en un ser apático y visceral. Todos se dirigieron entre risas renovadas y planes pospuestos al recinto de los coches. El ruido a metal deformándose, los gritos alentadores del público, el estruendo que provocaban los vehículos al colisionar, todo hacía que Konner volviera a su pasado. Pero otro pasado más reciente también lo envolvió cuando las explosiones de los fuegos artificiales iluminaron la noche con coloridos destellos que se extinguían con rapidez.

—Mira, ahí viene mi hermana —masculló James mirando a un punto fijo. Pasó una mano por su pelo rubio y medio largo y se acercó hasta un grupo de muchachas que caminaban en su dirección.

Algo llamó la atención de Konner. Junto a la hermana de James otras tres chicas detuvieron su avance cuando la primera llegó al encuentro de su familiar. El parecido resaltaba incluso en la más absoluta penumbra. Ambos rubios. Casi podría decirse que medían lo mismo, apenas unos cinco pies y medio y con unas facciones finas y sedosas. Parecían hermanos mellizos y, desde luego, muchos afirmaban que lo eran. Pero lo que le llamó la atención no fue el parecido al que ya estaba acostumbrado, sino una chica rubia de pelo largo, ojos claros como la miel y sonrisa tímida que la acompañaba.

—Veo que no todo es estudiar en la vida monótona y aburrida de mi hermana. ¿Qué tal si nos acompañáis?

—Hermanito, estamos disfrutando de una noche de chicas, si no te importa —dijo ella acariciándole el pecho para echarlo a un lado.

—Vamos, Tara, os invito a las cuatro a unos perritos calientes.

Las chicas dialogaron en silencio unos segundos, revisando cada cierto tiempo al grupo que acompañaba a su hermano. Pasado casi un minuto, Tara volvió y con la barbilla en alto dijo:

—Perritos y cerveza.

—¡Cerveza! —exclamó James arrugando el rostro por completo—. ¿Desde cuándo bebes cerveza?

—Hermanito, que no tengo quince años. A ver si maduramos.

Las chicas se reunieron con Tara y James y empezaron a deslizarse por el terreno esponjoso sobre el que se asentaba la feria. Una gran explanada de tierra roja y césped.

Konner y Tyson acompañaron al grupo, un poco más rezagados. Algo en aquella muchacha rubia le tenía casi hipnotizado. Algo hacía que no pudiera pensar en nada más, mirar nada más, escuchar nada más. Tan solo podía observar cada movimiento de la amiga de Tara.

Durante el recorrido, James instó a todos a participar en los desafíos que proponían las casetas de juegos. Primero llegaron a la típica en la que debían inflar de agua un globo incrustado en una pared de contrachapado pintado a mano. Aquel juego, que ganó Konner casi sin pensar, hizo que varias de las chicas fijaran su mirada en él. Pero ninguna de ellas era esa joven de pelo rubio y largo. Ella evitó el contacto visual.

Las cuatro amigas se detuvieron en la siguiente. El juego consistía en destruir varios globos con dardos. Konner observó cómo la chica que le había arrebatado parte de la noche se disponía a lanzar. El primer disparo acabó en el corcho, igual que el segundo y el tercero. El último supuso la risa de las cuatro amigas, que entre carcajadas se burlaban. Un codazo en la espalda le alertó.

—¡Vamos! Es tu oportunidad —susurró Tyson. En su rostro una sonrisa se dibujó antes incluso de pronunciar aquellas palabras.

—¿Qué dices?

—Llevas toda la noche sin apartar la vista de ella. Piensas que no nos hemos dado cuenta. Hasta ella lo ha notado.

Las mejillas del joven Marine se iluminaron adoptando un tono rojizo casi brillante. Las palabras de su amigo hicieron que su corazón se acelerara, pensando en si realmente esa chica se habría percatado de su interés mal disimulado. Con los nervios ya implantados en su pecho, las dudas removiendo su mente y el terror conduciendo sus labios, se acercó a ella, que se preparaba para una segunda ronda.

—¿Pu...? ¿Pu...? ¿Puedo? —preguntó con una voz dulce y achicada.

La chica lo miró, en principio, con una mueca algo extraña, pero tras unos segundos de incómodo silencio, dibujó una sonrisa y dio un paso hacia un lado

mientras le ofrecía el dardo a Konner.

—¿Vas a darme una clase maestra de lanzamiento de dardos? —cuestionó sin borrar la sonrisa. Era la primera vez que Konner la oía tan cerca. Su voz se coló en su cabeza como una melodía casi angelical, como el sonido de una caja musical que al abrirla, se apodera de todo el silencio que se forma junto a ella.

—Solo espero no fallar yo.

Ambos rieron y aquel primer silencio incómodo dio paso a otro, algo más intenso, un silencio donde sus miradas se fundieron en una sola. Un silencio que hizo que el corazón de Konner se detuviera y avanzara a un ritmo frenético e imprevisible deseando por una parte, que el de ella hiciera lo mismo. Tras ese momento, alargó su brazo por detrás de la chica y asiéndola por la cintura, la colocó de nuevo en posición. Él se puso por detrás, evitando el contacto directo de sus cuerpos.

—El truco de los dardos está en no dejar que la punta de metal se incline. —Con una mano señaló el elemento que acababa de nombrar—. Después de esto, lo importante es que el codo no balancee.

El perfume dulce de aquella muchacha se incrustaba en su nariz, alejando el olor a palomitas, frituras y demás golosinas. Todo en aquella muchacha encendía cada uno de los instintos de Konner. La ayudó a lanzar aquel proyectil, sujetando su codo con una mano, mientras con la otra le indicaba el movimiento que debía hacer. El estallido del globo hizo que la cara de la chica también se iluminara. Dos impactos más que provocaron la ovación del resto de acompañantes, mientras ella ilusionada, recibía un peluche de regalo. Una lección perfecta.

La noche transcurrió entre risas compartidas, miradas regaladas y destellos de cohetes que, de tanto en tanto, lo distraían. Aquellos efímeros destellos eran lo único que podía hacer apartar de su mente a esa chica de pelo rubio que había aparecido una noche de agosto. Una fresca noche de agosto. Esos pantalones vaqueros largos y desgarrados por la parte delantera. Esa camisa blanca con estampados. Guardó todo como un archivo incuestionable, en su memoria. Lo guardó todo y sabía que lo haría para siempre.

Sobre la medianoche ambos grupos decidieron dispersarse. Las chicas se marcharon en una dirección. Los chicos tomaron otra distinta. Konner no se movió. Con las dudas rebotando en su mente no sabía si debía marcharse o impedir que esa chica lo hiciera. Necesitaba una pista que le ayudara a decidir y esa pista se la proporcionó ella volviéndose antes de alejarse. Sin meditarlo mucho, aunque con mil dudas, aceleró el paso hasta ella y tomándola del brazo, la alejó del grupo hasta asegurarse de que no podían oírlos.

—Oye. No me has dicho tu nombre.

Ella sonrió ante la afirmación nerviosa de su pretendiente, que todavía no había separado su mano del brazo de la chica. Lo hizo cuando ella le dedicó una mirada alegre, mostrando unos blancos y perfectos dientes.

—¿De verdad quieres saberlo?

Konner dudó si contestar con alguna ocurrencia ingeniosa o simplemente asentir. Lo primero nunca se le había dado bien, así que optó por lo segundo. Un simple vaivén de cabeza rápido.

—Bueno, pues creo que eso merecerá otra de tus clases magistrales.

Ella lo miró a través de las pestañas y él supo enseguida lo que quería decir con eso. Por primera vez desde que la había abordado, en su semblante tenso se perfiló una sonrisa. Su corazón se detuvo pero tan solo un segundo. Cuando asimiló aquellas palabras, volvió a latir con fuerza.

—Perfecto. ¿Qué te parece una clase magistral de billar? —investigó resuelto.

—Me parece estupendo. A las ocho en el Husson.

Tras esas palabras, ella se marchó con sus amigas, que no tardaron en abrazarla y en susurrarle algo al oído. Konner quedó paralizado, observando cómo se alejaba entre risas obligadas y miradas furtivas.

Poco a poco, el recuerdo de aquella noche se alejaba. Las risas iban borrándose, dando paso a los gemidos desahogados de las ruedas, llevando al límite su adherencia. El asfalto mojado hacía que la furgoneta bailara sobre la calzada. Aquella noche de agosto fue perdiéndose en su memoria, como tantas otras cosas se habían perdido ya.

KONNER

18 de enero de 2016, 15: 25

—¿Qué cojones pasa con esas patrullas? —rugió Konner al aire, sabiendo que en la central de policía una operadora nerviosa intentaba solucionar el entuerto.

—Están de camino, señor. No cuelgue el teléfono y procure no acercarse a otro vehículo. Podría provocar un accidente o, si van armados, podrían incluso abrir fuego contra usted. Siga informándome del recorrido que llevan a cabo.

—Vamos a cruzar el puente sobre el río Penobscot.

El sudor recorría parte de la nuca y el cuello, deslizándose hacia el interior de sus prendas, empapando el cuello de su jersey blanco. La cara de terror de su hijo rompía su tenacidad como una débil rama de un árbol se quiebra bajo el peso humano. Intentó eliminar de su cabeza la imagen de Dylan, sus manos aferradas a la puerta, su mirada perdida en el exterior, su silencio incómodo.

Frente al Ford, la otra furgoneta seguía su marcha danzando de un carril a otro, como una hoja baila en su trayecto hacia el suelo. Tras cruzar el puente, intentaron salirse de la calzada al pasar por encima de unas viejas vías de tren abandonadas. Algo ocurrió pues de la misma forma que aquella Mercedes negra puso rumbo por esas oxidadas vías, en apenas unos segundos volvió a saltar al asfalto encharcado dejando el rastro de su recorrido impreso en la tierra, junto a la carretera. Las ruedas escupían todo el barro que habían devorado al intentar cambiar de dirección, haciendo que algunos fragmentos los recibiera el cristal de su perseguidor.

Los gritos de los peatones enmudecieron de pronto, cuando a lo lejos, se oyeron las sirenas del refuerzo próximo que había solicitado. Se acercaban en

dirección norte, por *New Maine Street*. Un frenético volantazo del Mercedes consiguió evitar el primer contacto con las patrullas. A lo lejos, un *Dodge Charger* se dirigía de frente hacia ellos con las sirenas gritando con furia.

—Han girado por la 178, en *New Maine*. —Konner viró también tras ellos. A pesar de que los refuerzos ya habían llegado, su mente le instaba a terminar lo que un rato antes empezó—. Ahora giran por *Chamberlain*.

El motor volvió a rugir al ver que su objetivo se alejaba. Se acababa el tiempo. Solo podían pasar tres cosas: que arrojaran a la niña del coche e intentaran huir sin ella, que la mataran allí mismo y se entregaran, o la opción por la que suplicaba desde que inició la persecución: que todo acabara bien.

La calle llegaba a su fin y otro cruce esperaba a lo lejos. Varios coches se acercaban al Ford a gran velocidad. Frente a ellos, otra patrulla accedió en dirección contraria y por detrás de esta una furgoneta negra también la acompañó.

La persecución llegó a su fin en ese instante. El Mercedes negro no tuvo más remedio que detener su marcha, lanzando el vehículo a un lado, sobre la acera. Con extrema rapidez, los agentes bajaron con sus armas ya en las manos, y arrestaron a dos de los tres sospechosos que habían saltado del coche. Un tercero intentó continuar su fuga a pie, pero en apenas unos minutos volvió a aparecer escoltado y con las manos inmovilizadas. La niña, en todo ese tiempo, no bajó del coche.

Konner salió del vehículo y se acercó con los músculos tensos, barajando mil opciones posibles que explicaran el motivo por el que la niña seguía dentro. Apenas faltaban unos pasos para llegar a su destino. La puerta trasera del acompañante seguía abierta y desde su posición no podía distinguir nada. Cerró los ojos, respiró con fuerza y se acercó.

—Papá. ¿Qué está pasando?

Aquel lamento devolvió una cordura casi extinta a esa mente maltratada por el tiempo, los hechos y las decisiones irrevocables. Su hijo también había salido del todoterreno y se dirigía hacia él. Todo se ralentizó a su alrededor. Pudo sentir el vuelo elegante de los pájaros en un cielo furioso. El agua que se adhería a las botas de los agentes, pretendiendo alejarse del asfalto. El titilar de la llama de un encendedor, con el que un policía intentaba prender un

cigarrillo. Y a lo lejos, el avance lento de una furgoneta negra con cristales tintados que cruzaba ante el desfile uniformado de un personal casi competente.

—¡Vuelve al coche! —gritó Konner contemplando como aquella *GMC* negra cruzaba a la altura de su vehículo.

Con un gesto disconforme, su hijo obedeció casi al instante la orden que su padre le dio. Su mirada también se clavó en las chapas oscuras de aquella furgoneta que pasó con una lentitud pasmosa por la zona.

—Señor, ¿es usted quién ha llamado a los servicios de emergencias?

La afirmación de Konner se produjo sin contacto visual. Su mirada se fijaba en la matrícula de Nueva York de aquella furgoneta. Revisó el Mercedes que se encontraba justo a su lado y comprobó que también tenía una matrícula del mismo condado.

—Solo queríamos darle las gracias por tan valeroso comportamiento. Ciudadanos como usted necesitamos en este país.

—Deberíais detener...

—¡Muchas gracias, señor McMurray! —gritó otro agente desde una distancia algo más inusual. Un hombre con sombrero gris y atuendo oscuro se acercó tras bajar de su Ford blanco—. Ha hecho usted un trabajo magnífico.

—Mejor que el vuestro sin duda —respondió molesto. La tensión que había acumulado se derramaba en dosis controladas por su boca.

—Bueno, por suerte tenemos buenos ciudadanos. —Una risa nerviosa e incómoda acompañó al hombre, que a los ojos de Konner tendría unos cincuenta años o los rondaba, estaba seguro—. Soy, Peter Merrett, el jefe de policía del condado. Si necesita algo, no dude en llamarme.

Mientras se presentaba, Konner vio cómo extraían a la niña del interior del vehículo. Un saco de esparto cubría su cara y en sus manos una cuerda blanca impedía que pudiera moverlas con la libertad que se merecían.

—¿La niña?

—¡Ah! Está bien. No se preocupe. Algo aturdida, como es comprensible, pero nada que no se arregle con un buen abrazo de su familia. Ahora vaya usted con su mujer, seguro que lo estará esperando. Ya se ha hecho tarde.

Cuando Konner accedió de nuevo al interior de su furgoneta, en el panel

central unos números iluminados en color verde informaban de que su hijo ya no podría asistir a las clases de piano.

—Creo que hoy nos toca bronca.

Dylan se echó a reír y tras dedicarle una negativa con la cabeza, volvió a reinar el silencio durante unos segundos más. Silencio solo expuesto en la superficie. En su mente, los gritos no cesaban. Preguntas sin respuesta a todo lo ocurrido aquel día.

¿Por qué secuestrar una niña a plena luz del día? ¿Quiénes eran? Y sobre todo, esa última pregunta que se quedó a medio formular, suspendida en el aire, vagando alrededor de su cabeza, como una nube que no quiere alejarse; ¿qué querían esos tipos de la segunda furgoneta?

Antes de ponerse en marcha, no pudo evitar fijarse en el último coche que había aparcado junto a ellos. Un flamante Dodge Charger negro, sin distintivos que lo identificaran como un coche patrulla, pero que Konner distinguió de inmediato. Era un coche oficial que usaban para servicios que requerían incógnito. Un coche camuflado, como se solía decir. Los cristales opacos impidieron que pudiera fijarse en cuántos agentes iban en el interior y la duda le acompañó durante todo el trayecto de vuelta a casa.

Llegó una hora antes de la acordada. Había hablado ya con su hijo y tras ver que no podría asistir a sus clases, decidió afrontar su destino.

Kassie esperaba en la entrada, bajo el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión gélida en su rostro. Vestía el batín rosa que Konner le regaló unos años antes. Nuevos recuerdos casi olvidados resurgieron en su cabeza cuando vio esa prenda cubriendo su esbelto cuerpo.

—¡Mami! ¿A que no sabes qué hemos hecho? —exclamó Dylan con una sonrisa de complacencia.

—Bueno, no creo que tu madre quiera oír nuestras batallitas. —Con el rostro enrojecido, su padre intentó eliminar el interés que aquella pregunta lanzada al aire podía suscitar, sabiendo que solo traería tormenta.

—Claro que sí, me muero por saber por qué mi hijo no ha asistido hoy a clase de piano.

—Odio las clases de piano —afirmó entre resoplidos y pateando el suelo su hijo.

—Bueno, ¿y no me dices que habéis hecho hoy?

—Papá ha salvado a una niña de unos malos que querían llevársela. Los hemos perseguido y los hemos parado. ¿Verdad que sí, papá?

Los ojos claros de Kassie se incendiaron casi tan rápido como sus manos empujando a su hijo para que entrara en la vivienda. Konner observó sus finos dedos y pudo ver restos de pintura roja en las uñas.

—¿Has salido hoy? —inquirió con templanza Konner. En su interior una llama devoraba su calma. El pensamiento de que su exmujer pudiera haber quedado con otro hombre dominaba al resto de preguntas con mejores respuestas que esa.

—Mi hijo acaba de decirme que habéis perseguido a unos delincuentes y tú me preguntas si he salido, pero... —Cerró la puerta para evitar que su hijo la oyese, pero no consiguió evitar la curiosidad de los vecinos que ya se había despertado. Antes de acabar la frase, una de las puertas se abrió apenas lo suficiente como para dejar pasar la luz, así que Kassie invitó a Konner a pasar.

—Pasó todo muy rápido. Apenas pude pensar.

—¿Pero te das cuenta de la locura que has cometido hoy? Podría haberle pasado algo a tu hijo. ¡Dios! ¿Es que no piensas en lo que haces?

La mujer recorría los mismos diez pies de salón una y otra vez mientras discutía con el padre de su hijo. En alguno de los viajes incluso se removió el cabello con las dos manos. Volvió un minuto después a cargar.

—¿Hasta dónde quieres llegar, Konner?

—No sé, dímelo tú. ¿Qué hubieses hecho al ver que se llevan a una niña de la edad de tu hijo?

—Pero no era tu hijo. ¿Y si ahora deciden cobrarse lo que les has hecho y lo secuestran, qué harás?

—Eso nunca lo voy a permitir. —Su voz se quebró mientras pronunciaba su promesa. La idea de verse en semejante situación revolvía cada espacio de su ser.

—Ya has destrozado lo que había entre tú y yo. No rompas también lo que tienes con tu hijo. A veces, para salvar a los demás, ponemos en peligro lo nuestro. No lo olvides, Kon.

—Nunca lo he olvidado. No se trata de salvar a los demás. Yo solo...

Algo destacó por encima del hombro de Kassie. A lo lejos, pudo ver en un marco negro una foto que llamó su atención. Ignorando la voz de Kassie, se acercó al mueble donde reposaba, dejando a su expareja con una mueca de disgusto expuesta en su cara.

—Sabes que no fue culpa tuya. Lo que pasó aquella noche podría haberle pasado a cualquiera. Pero desde aquello, has intentado ayudar a todo aquel que estuviera en apuros, sobre todo si se trata de un niño. No puedes pretender ahora salvar todas las vidas que se cruzan a tu paso. Yo entiendo que lo que has hecho ha salvado la vida a esa niña. Pero eso puede hacer que ahora quieran vengarse de nosotros.

La voz de su mujer se alejaba por momentos mientras contemplaba la imagen. Un retrato tomado hacía casi una década. El *ST-9* al que pertenecía. Varios compañeros de su equipo. Concretamente, los cinco que en aquella época todavía formaban parte del equipo original. Poco a poco, su mente volvió a esa noche.

—Kon, creo que es mejor que te vayas.

Un momento antes de alejarse de aquella casa, tras volver a relegar esa fragancia dulce del perfume de Kassie de su mente, unos pasos ligeros retumbaron a lo lejos. Vio a su hijo cuando se giró para despedirse visualmente del apartamento.

—Papá, era el huevo —susurró su hijo desde el marco de la puerta. Su sonrisa le recordó la adivinanza que se había quedado sin respuesta. Una sonrisa acompañó a Konner mientras se alejaba. Una sonrisa que duró un instante. Ese instante que tardó su pasado en volver a subyugarle.

JALALABAD/AFGANISTÁN

25 de febrero de 2011, 19:45

Cuatro años antes

No es quien critica el que cuenta. Ni el que señala cómo tropiezan los fuertes. Ni quien dice que podría haber hecho algo mejor que otro...

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó Jaidon tras dejar reposar su nuca sobre una dura, rugosa y abrutada pared—. Voy a desmayarme como sigamos así.

Konner apartó un segundo la vista de sus binoculares para dirigirla a su compañero, que guardaba ya silencio, observando un punto fijo del techo. Siempre que tenían que hacer tareas de vigilancia, Jai se volvía insoportable. Lo suyo eran los asaltos, las emboscadas y los trabajos duros. Sería porque su experiencia con el rifle *M14* lo hacía uno de los tiradores más eficaces del Seal Team-9. A Konner, en cambio, le encantaban las misiones de espionaje y vigilancia.

—¿Siempre tienes que ponerte así cuando nos toca una misión de control y vigilancia?

—No jodas, hermano. Sabes que lo mío es lo de partir cabezas —respondió usando sus manos para especificar su respuesta. Lanzaba puñetazos al aire, con un ojo cerrado.

—No siempre hay que partir cabezas, Jai.

La relación entre ellos era mucho más intensa que con el resto de sus compañeros. No importaba que fuera un tipo de raza negra, a pesar de que Bangor no era una ciudad que albergase a muchos afroamericanos. Tampoco que fuera oriundo de Nueva York. La distancia no era un impedimento. Se consideraban hermanos. Eran hermanos de vida, como decía Jaidon: «La

sangre tan solo sirve para mover el cuerpo. Lo que de verdad uno son las almas. Y cuando dos almas se compenetran, nada ni nadie puede evitarlo jamás».

—Chicos, está empezando a hacer frío. Vamos a cambiar de posición, así aprovechamos que ya está oscureciendo. —Una voz enlatada y algo distorsionada se oyó por el altavoz de la radio de ambos soldados.

Jaidon se llevó su mano al pantalón de camuflaje para coger el aparato de comunicación y sin dudarle, espetó al micrófono:

—Seguro que lo que queréis es ir a fornicar a algún sitio oscuro y sucio. No lo niegues, Austin.

—¡Que te den, negro de mierda!

Rohan Austin era el especialista en comunicaciones. Un ser bastante irascible y visceral. Aunque los cinco miembros que se habían desplazado aquella noche a la ciudad de Jalalabad eran los que estaban más unidos del grupo, las bromas de Jai alteraban casi a cualquiera, haciendo que en todo momento se armaran discusiones o peleas.

—Vamos, Jai. Deja a Ro y a Alex disfrutar tranquilos. No te metas —exclamó Konner entre risas. Su compañero, a su espalda, no podía contenerse. Tirado en el suelo, con las manos sobre el estómago, se revolvía entre carcajadas mientras Konner, con una sonrisa cómplice volvía a revisar el exterior de su posición.

—¡Que os jodan a los dos!

El silencio volvió a imponerse en aquella pequeña y maloliente habitación. La luz natural apenas lograba alumbrar unos pocos pies del interior del zulo, pero permitía ver todo lo que ocurría en el exterior a los dos miembros del *ST-9*. A Konner le acompañaba su rifle y una *Desert Eagle*, que descansaba en su cintura. En su espalda colgaba el resto del equipo.

Tras él, Jaidon, especialista en armamento, cargaba un *M4A1* con silenciador, mira telescópica y un casco con visión nocturna. En su mochila varios dispositivos de deflagración también formaban parte de sus herramientas.

Su posición era un pequeño edificio derruido por culpa de varios impactos de misiles, caídos en enfrentamientos anteriores. Una posición ideal

para poder observar todo lo que les rodeaba sin ser vistos. Jaidon controlaba que nadie accediera a la zona y se topara con ellos mientras Konner vigilaba una pequeña casa particular, a unas sesenta yardas.

Sospechaban que esa casa podía estar siendo usada como almacén de armamento. También investigaban a un posible terrorista, buscado por el gobierno de los Estados Unidos de América.

Esa noche habían decidido mandar al *ST-9* para controlar el movimiento en la zona. Fueron los cinco soldados más veteranos los elegidos para la misión. Los cinco que mejor vínculo tenían entre ellos. Konner era quien dirigiría la misión y Jaidon se ocupaba del refuerzo de armamento. Rohan Austin actuaba como experto en telecomunicaciones, Alex Donnelly como apoyo táctico y Víctor Ramírez era el médico del equipo.

Ellos tres, como había informado Austin, habían tomado un pequeño edificio que se suponía abandonado, aunque su estado era óptimo. El emplazamiento se ubicaba justo a cien yardas al norte de donde se había asentado el primer equipo.

—Ro, id al último piso. Necesitamos una vista periférica de la zona. Yo desde aquí controlo las dos entradas.

—Recibido.

—¿Se habrá enfadado? —preguntó Jaidon con la voz temblorosa todavía debido al instante de desahogo que se había regalado.

—Conociéndolo, seguro que sí. Vive enfadado. Pero ya sabes que es así. Luego se le pasa todo.

—¿Te has enfadado, Rohi? —Jai volvió a la carga. Su voz se dobló cuando lanzó la pregunta, denotando su tono jocoso al proferirla.

—Deja el canal libre, Jai —ordenó con firmeza Konner—. Chicos, veo algo. ¿Habéis llegado?

—Treinta segundos. —Fue Alex quien se adelantó a dar la información. Su voz se asemejaba al de un imberbe que sacrifica su vida en aras de un reconocimiento que todos saben que nunca llega. En la guerra solo se dan honores a los muertos. Alex apenas contaba con un cuarto de siglo de vida y ya llevaba más de tres años en el ejército. Aunque fue el último en llegar al *ST-9*.

—Movimiento por la entrada sur. Veo dos vehículos. Atentos. —Konner

preparó su rifle de precisión y aprovechando la mira telescópica, inició su trabajo de vigilancia mientras los dos coches se acercaban al pequeño edificio de paredes blancas y desconchadas.

—Los veo —afirmó al otro lado Rohan—. Veo a seis..., no, siete hombres. Llevan el rostro cubierto. ¿Alguien los reconoce?

—Negativo. Pero a juzgar por esas *Akas*, no tienen pinta de ser nada amistosos.

Del primer coche, una furgoneta Land Rover blanca y oxidada, se bajaron cuatro hombres. Todos flacos y bastante altos. Del otro vehículo, que era del mismo modelo e idéntico color, bajaron tres más. Todos ellos se dirigieron al edificio que, según sospechaba el equipo, se trataba de un almacén. Dos hombres se quedaron en la puerta con sus rifles apuntando hacia el suelo y sus miradas recorriendo las calles oscuras.

El polvo que dejaron los coches ascendía por el ambiente, nublando la vista cansada de Konner. El olor a tierra seca se asentaba sobre el pequeño zulo donde se encontraban. Sus ojos se secaban al contacto con la arena. Konner dirigió su visor hacia la cabeza de uno de los hombres que custodiaban la puerta.

La cruceta de la mira se enfocaba en la sien de aquel personaje que, ajeno a su destino, contemplaba algún punto de la calle. Konner acarició el gatillo. Sintió cómo el frío del acero se transfería a su piel. Varias gotas de sudor resbalaron de su frente hasta que cayeron una vez llegaron a la barbilla. No hacía calor. No era necesario que lo hiciera. Nadie allí tenía frío. Podrían estar bajo cero, que seguirían igual de firmes. El frío no era una opción. Todo es pasajero para aquellos que dejan que el dolor fluya. Nada dura lo suficiente como para que deba preocupar.

El tridente dorado solo le pertenece a aquel que logra demostrar que está por encima del resto. Solo los mejores son aptos. Solo los que demuestren valor, podrán hacer aquello que realmente ansían.

Cerró los ojos y apartó el rifle apenas unos grados. Eran tantos los años que había tenido que hacer algo así que para él ya se había convertido en una costumbre.

—Chicos. Más visitas. —La voz de Alex devolvió a Konner al mundo del

que acababa de huir hacía escasos segundos.

Volvió a acomodar el rifle y lo dirigió hacia el pequeño espacio donde los otros vehículos se habían detenido. Un Mercedes negro se paró junto a ellos. Primero se abrieron las dos puertas de delante. De ellas salieron dos hombres, también armados. Tras revisar a su alrededor durante unos segundos, abrieron la puerta trasera y escoltaron al hombre que salía por ella. Un hombre vestido con túnica y turbante blanco corrió junto a los otros dos hombres.

—¿Es quien yo creo? —inquirió alzando la voz Konner—. ¿Es Ayman?

Durante unos segundos nadie respondió. Jaidon intentaba asomarse por uno de los butrones que se habían formado en la pared, pero el riesgo a ser descubierto en esa posición era demasiado alto, así que prefirió ocultarse de nuevo. Un momento después de que aquel anciano de barba ceniza y abundante y gafas de pasta entrara en el edificio, la radio volvió a vibrar.

—Creo que sí, que es él —informaron.

—Vamos a tener que entrar. No puede escapar. Solicita apoyo y permiso para actuar.

Varios minutos después, Rohan volvió a comunicarse con sus compañeros. Konner se encontraba con la mirada fija en el edificio. Apenas pestañeó durante todo el proceso para evitar perder detalle alguno de los movimientos que surgieran en el piso franco.

—Nos han denegado el permiso para actuar. Dicen que intentarán mandar apoyo terrestre, pero tardarán unos cincuenta minutos. Debemos esperar.

—Dentro de cincuenta minutos aquí no quedará nadie. No me jodas. Ro, tenemos que entrar.

De nuevo, el silencio se apoderó de todos. Konner hablaba sin apartar la mirada del edificio y mientras, trazaba la estrategia que debían seguir. Era sencillo. Tenían sus rifles preparados para no hacer ruido. Todos tenían silenciadores. Entrar y salir. No calculaba más de tres minutos.

—Jaidon, tenemos que actuar, o se irán.

—A mí no me tienes que convencer. —Su compañero estaba preparando los cargadores y alistando el fusil. Ya había colocado el silenciador y empezaba a cargar su arma secundaria.

—Negativo. No vamos a entrar, Konner. Repito, no vamos a entrar.

—Ro, si se van, se llevarán las armas. ¿Quieres más compañeros muertos? Será una tarea sencilla, entrar y salir. Sin rehenes. Fuego silencioso.

—Negativo, Konner. No tenemos permiso. Ya me has oído. No tenemos permiso.

—Entonces, cúbrenos, Jai y yo vamos a actuar.

—¡Ni se te ocurra entrar ahí, Konner! —La voz de Austin crecía por momentos. Su rabia se distinguía incluso a través del auricular—. Te juro que si lo haces, declararé en tu contra, Kon. Te lo juro.

—Si crees que es necesario, hazlo, Rohan. Yo no voy a dejar que escapen. Cubre la salida norte al menos. Corto.

La oscuridad que Konner se encontró al bajar las escaleras hacia la planta baja lo devolvió, poco a poco, a la penumbra actual de su mente. Una vida arruinada a causa de las decisiones mal tomadas. Lentamente, todo lo que ocurrió aquella noche volvió de nuevo a su memoria. Los gritos de Alex se reproducían en su cabeza. El dolor de su pierna revivía.

Al final, esa noche acabó alejándose, pero no para siempre. Pronto volvería. Siempre lo hacía.

KONNER

19 de enero de 2016, 14:40

«Siento lo que pasó ayer. No debí involucrar a Dylan en todo aquello. También siento haberme inmiscuido en tu vida personal. Ahora no tienes que darme explicaciones. Ahora...»

La pantalla del teléfono de Konner se apagó en sus manos, ocultando el mensaje que llevaba más de cinco minutos intentando enviar. Su mente repetía la misma acción que su teléfono. Se bloqueaba por momentos. Esos momentos en los que intentaba, sin éxito alguno, completar el mensaje con el que pretendía redimir sus actos. Cuando la luz desaparecía del cristal, volvía a desbloquearlo para dejar que se consumiera solo una vez más, sin intención de completar el texto. Tras varios minutos de trance, borró el mensaje y encendió el motor de su Ford Ranger.

Atrás quedaba la empresa de alquiler de camiones en la que ahora trabajaba. Sin guerras, sin acción, sin días cargados de tensión donde la única intención que copaba su mente era la de sobrevivir. Aunque a una pequeña porción subrepticia de su consciencia le gustaba volver a esa época. Un tiempo donde cada día contaba. Nunca la frase «vive tu día como si fuera el último» cobraba tanta veracidad como en aquellos momentos.

Con los fognazos de su pasado castigando su voluntad, puso rumbo al *Abraham Lincoln School*. De nuevo, el cielo se mostraba ofendido, sin ánimos de agradar a nadie y con la amenaza de quebrarse en cualquier momento. El fuerte viento, que sacudía los arboles con fuerza, se unía al desasosiego de un día oscuro.

La ruta que debía seguir era siempre la misma. Su labor concluía sobre las dos de la tarde en *Penske Truck Rental*, y tras Salir de su trabajo, tenía que tomar la *Ruta 202* en dirección a *Bangor*. El recorrido era tranquilo. Unos

veinte minutos por una solitaria carretera suave y rodeada de una dorada vegetación en invierno. En verano adquiriría todo tipo de verdes. Después se unía a la *Interestatal 395*, que lo llevaba de nuevo a *Main Street*. El trayecto desde ahí al colegio de Dylan apenas duraba unos minutos más, dependiendo del tráfico.

Ese día se le hizo especialmente lento el recorrido. Varios controles lo ralentizaron algo más de la cuenta. Su mente solo podía centrarse en los posibles movimientos de su hijo. Las dos de la tarde se consumían, dando paso a su relevo. Los niños iban a salir y él todavía estaba a cinco minutos de su destino.

Por si fuera poco, un último control rutinario sobre la calzada optó por detenerlo a él. Solo dos agentes para comprobar papeleo. Nada más. Fue el más veterano de todos ellos el que se acercó a Konner. Un hombre que se acercaba ya mucho a la jubilación, de arrugas definidas, ojos marrones y una cicatriz en la barbilla que destacaba por el contraste de color con el resto de la piel.

—Papeles del vehículo, por favor —solicitó sin ofrecer saludo alguno siquiera. Su mirada era fría como el clima y sus labios tensos denotaban la falta de empatía.

Recogió la documentación que Konner le había proporcionado y volvió a su coche. Los minutos pasaban mientras el hombre se dedicaba a mirar el pequeño papel blanco mientras, de vez en cuando, se llevaba la radio a la boca. Desesperado al ver que el tiempo no se detenía y que aquel agente no tenía intención de facilitarle el día, se bajó del vehículo.

—¡Vuelva a su coche! —amenazó el hombre alzando su mano con un seco y fuerte movimiento. La otra la dirigió con furia hacia su arma, sin llegar a sacarla.

—Agente, llego tarde a recoger a mi hijo. Por favor, necesito que me deje marchar cuanto antes.

—¡He dicho que vuelva a su coche!

—¿No me ha oído?

—¿Y usted a mí? O se mete en su coche o lo hace en el mío. Usted decide.

Tras lanzar un grito de rabia, Konner volvió al interior de su habitáculo,

maldiciendo al policía que le estaba arruinando el día. Un minuto más tarde, volvió y le permitió marcharse, con una sonrisa extraña marcada en su rostro. No dijo nada, simplemente aceleró.

Su corazón aumentaba de frecuencia a medida que los segundos se sucedían. Sus manos iban empapándose de su propio sudor, sus pensamientos intentaban alejarse de su hijo, pero era una tarea imposible. Llegó a la última recta. Tan solo un desvío más y habría llegado.

Un movimiento extraño lo alertó justo antes de llegar a la calle donde estaba el colegio. Una furgoneta de la policía se introdujo en la misma zona a la que Konner debía acceder. Por la forma de conducir que mostraba, sin duda se trataba de una emergencia. Pero no lo suficiente importante como para requerir de las sirenas o de una conducción algo más colérica.

«Hoy no» se dijo, y enfiló la última recta. A lo lejos, vio el movimiento desordenado y sobresaltado de varias profesoras. Corrían de un lado al otro de la acera para intentar volver al interior del colegio. Junto al vehículo estatal que acababa de presenciar Konner se encontraban varios coches más. Todos pertenecían al cuerpo de seguridad local.

Supo que algo iba mal, y que tenía que ver con él cuando una de las profesoras señaló con el dedo su propio todoterreno. Acto seguido, varios agentes se dirigieron a su posición. Konner optó por salir de su todoterreno y correr en dirección a los agentes. Todos los niños habían desaparecido, los coches de los padres tampoco estaban en la calzada, los columpios eran mecidos tan solo por el viento, que obligaba a todo aquel que llevara gorro o sombrero a sujetárselo con fuerza.

—¿Es usted el señor McMurray? —investigó con una voz serena y pausada uno de los dos agentes que iba a su encuentro.

—¿Qué ocurre?

—Queremos confirmar que usted es Konner McMurray.

—Soy yo. ¿Qué ha pasado?

Durante unos segundos los dos agentes permanecieron en silencio. Uno de ellos se quitó la gorra con las siglas que lo identificaban como policía, pero ninguno de sus gestos parecía afectar a Konner, que buscaba con la mirada, por encima de sus hombros a Dylan.

—Hace un rato, una de las profesoras nos ha llamado alterada. Un coche ha irrumpido ante la presencia de varios profesores, cuando la clase de su hijo volvía de una excursión a pie. —De nuevo hizo una incómoda pausa.

—¿Qué le ha pasado a Dylan? —La voz de Konner se rompía por momentos. Intentó alejarse de los policías pero lograron retenerlo, no sin esfuerzo—. ¿Dónde está mi hijo?

Los gritos del padre alertaron a las dos profesoras que prestaban declaración a otro compañero de los dos que lo atendían a él. Una de ellas se acercó corriendo. Era Grace Rogers, la profesora de Dylan. Bajo sus gafas de pasta blancas podían verse unos ojos encendidos, empapados en lágrimas e hinchados. Cuando llegó junto a él, intentó abrazarlo, pero este le negó el gesto retrocediendo casi de un salto.

—No hemos podido hacer nada, Konner. Ese coche casi nos atropella a varios niños y a mí. Llegaron, lo cogieron y salieron a toda velocidad.

—Señorita, le ruego que vuelva con mi compañero —intercedió el policía que había hablado con Konner.

—¿Quién se lo llevó, Grace? —Su desesperación crecía tan rápido como un penetrante dolor laceraba su alma—. ¡RESPONDE!

La mujer guardó silencio, dando este por respuesta. No volvió a pronunciar palabra alguna. Se marchó recorriendo el mismo camino por el que había llegado entre gestos negativos y pasos torpes y arrastrados.

La voluntad de Konner por mantener la postura se venía abajo como una pelota que es vencida por la gravedad. Sus músculos se negaban a seguir obedeciendo unas órdenes que no compartían. Primero fallaron las piernas, haciendo que su cuerpo se derrumbara sobre el húmedo asfalto. Llevó sus manos al suelo para evitar desplomarse del todo. Más tarde, su parte superior también dejó de responder. Los policías lo cargaron sobre sus hombros y con una notable dificultad lo arrastraron hasta un coche patrulla.

—Señor McMurray. Si sabe de alguien que tenga algún asunto que resolver con usted, es momento de decírnoslo. Tenga en cuenta que cuando se trata de secuestros, cada minuto que pasa es crucial. —Las palabras de aquel agente tan solo hacían que herir más todavía la estabilidad de un hombre incapaz de pensar en otra cosa que en su hijo—. ¿Sabe usted de alguien que pueda querer

hacerle daño?

Negó con la cabeza. Negó tan fuerte que varios pensamientos se arremolinaron en su mente de pronto. Todos sus amigos aparecieron en su memoria. Todos los momentos vividos hasta llegar al actual. Cada rencilla o lid que había llevado a cabo solo o en compañía. No se le ocurría quién podría querer algo así. Hasta que llegó a un último recuerdo. A la persecución del día anterior.

—La furgoneta de ayer —dijo súbitamente. Pronunció esas palabras casi de forma mnemotécnica, sin levantar la vista del suelo siquiera—. Esa furgoneta con matrícula de *Nueva York*.

—Disculpe, señor. ¿A cuál furgoneta se refiere?

—La persecución de ayer. Una furgoneta intentó raptar a una niña, pero yo lo impedí. Cuando los agentes llevaron a cabo la detención, pude ver que otra furgoneta, parecida a la que había perpetrado el acto, pasaba junto a nosotros. Era una *GMC* negra con matrícula de *Nueva York*.

Los dos agentes se miraron y tras unos segundos de tenso silencio, volvieron a centrarse en el aletargado y exhausto padre.

—No tenemos constancia de ninguna otra furgoneta, señor, y los individuos que arrestaron ayer mis compañeros, siguen en comisaría. Dudo que ellos tengan algo que ver.

—¡Les estoy diciendo que vi otra furgoneta! —En ese momento en que la furia pasó a dominar sus impulsos, sí que alzó la vista. La clavó en el policía que acababa de efectuar esa errada afirmación. Errada e inoportuna—. ¿Está insinuando que miento?

—Le pido disculpas, señor. Tan solo quería descartar que fueran los mismos sujetos que detuvimos. Pero le garantizo que daré parte del detalle que usted acaba de mencionar para que sea investigado.

—¡Que os follen! Yo mismo me encargaré de la investigación —rugió apartando de un golpe los brazos de la persona que lo sujetaba.

—Señor McMurray —exclamó una voz cascada y grave a su espalda. Cuando Konner se giró, distinguió las arrugas de la frente de un hombre que se aferraba al sombrero, intentando saludarle—. No creo que sea lo más conveniente que se entrometa en una investigación policial. Sé que quiere

resolver esto lo antes posible, sobre todo por el bien de su hijo, y le prometo que pondré a mis mejores hombres al mando, pero le ruego que se mantenga al margen y nos deje hacer nuestro trabajo.

La mirada de odio de Konner atravesó el cuerpo del hombre, que resultó ser el jefe de policía y se posó en otro agente joven que se acercaba con pasos veloces a ellos. El oficial, al percatarse de su mirada, también se dio la vuelta.

—Si averiguan para quién trabajan los hombres que ayer secuestraron a la niña de este mismo colegio, llegarán hasta mi hijo. Y dé usted por sentado que yo no me voy a quedar de brazos cruzados. ¿Lo haría usted si fuera su hijo?

—Yo no tengo hijos, pero puedo entenderlo. Yo haría cualquier cosa por mi hijo si lo tuviera, pero lo más parecido a un hijo que tengo es mi ayudante —dijo apagando su mirada, que se dirigió al agente que corría hacia ellos—. Por cierto, su nombre es Dave Lender.

—Señor, le prometo que vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo —afirmó el muchacho antes incluso de detenerse. En su voz se hacía patente el cansancio debido a la marcha forzada que acababa de efectuar.

—¿Necesitan algo más de mí? Debo dar la noticia a su madre. —Konner se derrumbaba pensando en la escena que iba a tener que afrontar en escasos minutos.

—Le ruego que esté atento a su teléfono. Si obtenemos información sobre el caso, contactaré con usted. Váyase a casa y descanse un rato. Más tarde le llamaré para informarle de todas las novedades.

De nuevo, toda una serie de recuerdos acompañó a aquel padre desgastado por los acontecimientos mientras se dirigía a su coche. En todos ellos Dylan aparecía junto a él. El día en que comenzó a caminar, cuando apenas tenía un año. Sus primeras palabras o aquella vez que quiso aprender a montar en bicicleta y ni siquiera sabía pedalear. Recuerdos sangrantes que corroían un alma casi sentenciada.

Se apoderó de su teléfono móvil para informar a Kassie de lo que acababa de ocurrir. Pero ¿cómo decirle a una madre que su hijo ha desaparecido? ¿Cómo darle una noticia semejante? ¿Qué palabras era aconsejable utilizar? Todo eran dudas que no conseguía aclarar. Enigmas para los que no tenía

respuesta. El ser humano no ha nacido para soportar la pérdida de un hijo. La muerte se tendría que dibujar en una escala descendente, y esa ley debería respetarse.

La pantalla se iluminó entre los dedos cortos pero de gran envergadura de Konner, y de la misma forma se apagó sola, una vez más. Apoyó su cabeza sobre el metálico techo de su todoterreno, dejando que el frío del metal congelara su frente. Se disponía a desbloquear de nuevo su terminal cuando algo en el asiento del conductor llamó su atención.

Antes de abrir, revisó todo a su alrededor para intentar encontrar al responsable de aquel presente que se hallaba sobre el cuero de su vehículo. Tan solo una marea gris de policías se encontraba en la zona. Una mancha que poco a poco fue perdiendo color al ir desapareciendo en el interior de los coches, creando un desfile de vehículos oficiales que alteraban la tranquilidad de un paisaje oscuro y triste. Tras su Ford, pudo reconocer un coche patrulla que se encontraba estacionado. En su interior estaba el agente que lo había detenido en el control, minutos antes de llegar al colegio. Con el dolor y la rabia conduciendo sus pies, Konner se acercó a él, que parecía sonreír a través del parabrisas.

—¿Quién ha entrado en mi coche? —preguntó escupiendo cada una de sus palabras.

La frente del agente se arrugó, dibujando todavía más pliegues de los que ya tenía. Negó con la cabeza antes de pronunciarse:

—Lo siento, acabamos de llegar, hace un minuto.

—Todo esto ha sido por... —No quiso continuar. Se alejó tan rápido como pudo para evitar cometer una locura, pues su cuerpo le exigía acabar con aquella persona. Por su culpa no había llegado a tiempo. Quizá..., si no se hubiese parado. Tal vez si...

No lo pensó más, abrió la puerta de su coche y lo que encontró en el asiento hizo que su respiración se paralizara. Algo en su mente se detuvo al ver aquello. Eran dos terminales, dos teléfonos. Los dos con la pantalla orientada hacia el salpicadero. Uno era un teléfono normal y corriente, como el que Konner tenía. El otro era más extraño. Un terminal de color rojo, algo más desgastado en apariencia. Nuevo no era, dedujo. Bajo los dos aparatos un

trozo de papel reposaba doblado en un pliegue, junto con un pequeño monedero de tela blanca con unas tachas metálicas como decoración. La ausencia de algunas de esas piezas, así como el tono amarillento de la tela, daba muestra de que aquel objeto era viejo. Revisó en su interior, pero tan solo encontró quince dólares, y un documento de identidad de una mujer en su interior. Un nombre figuraba en aquella tarjeta de plástico: Samanta Wemly. Ignoró ofuscado, por un momento el monedero para centrarse en el papel. Un manuscrito se presentó cuando lo desdobló. *"El pasado nunca se olvida de ti"*.

Antes de que pudiera reaccionar, el terminal negro se iluminó y una canción de las típicas que suelen sonar en los móviles se apoderó de la quietud del momento. Las manos de Konner comenzaron a temblar mientras en su mente un recuerdo tomaba fuerza.

Aquella melodía se iba transformando en una dulce sinfonía en su cabeza mientras volvía atrás varios años. El recuerdo de lo que sucedió tras la noche de la feria cobraba realismo. Aunque su cuerpo permanecía frente al terminal, su alma ya se encontraba viajando en el tiempo hacia aquella noche. Esa noche que su cabeza caprichosa se empecinaba en mostrar.

La inercia provocó que su cuerpo actuara por cuenta propia. De forma involuntaria, tomó el aparato, que no cesaba de reclamar furioso, y sin más remedio, contestó.

—Señor McMurray, comprendo que esté furioso. Pero cuando nuestra conversación llegue a su fin, entenderá el porqué de todo esto. ¿Está preparado?

VERANO DE 2006

Con las manos formando una cueva frente a su boca, Konner lanzó una cálida y fuerte vaharada que humedeció su nariz y parte de sus mejillas. «Listo. Fresco y con olor a menta», confirmó tras obtener la información que había buscado con aquella acción. Pasaban las ocho de la tarde y las luces decoraban unas calles solitarias y tranquilas.

Su cita se demoraba y su paciencia se iba deshaciendo poco a poco. Observaba cómo los coches pasaban sin percatarse siquiera de su presencia como quien pasa al lado de un escaparate intentando no sucumbir a su efecto, estaba a un lado de la calzada, apoyado en un árbol, mientras contemplaba el restaurante donde, la noche anterior, habían acordado cenar juntos. Por fin, diez minutos después de la hora estimada, vio que una silueta femenina se acercaba, cobrando nitidez a medida que sus pasos restaban distancia entre los dos.

Al fin, sus manos se liberaron de la tensión a la que se vieron sometidas. Sus labios pudieron humedecerse de nuevo y el brillo de sus ojos cobró vida. Era ella, lo confirmó cuando su sonrisa iluminó el resto del trayecto que los separaba. Llevaba un vestido largo y fino de color lila, su falda se mecía al compás del suave viento fresco que la acariciaba. Su pelo suelto cubría parte de aquel rostro que le obnubilaba por completo. Ciego y sordo, pero no mudo, más bien lanzando palabras atropelladas, consiguió saludarla.

—Siento la demora, mis amigas me han entretenido —dijo ella con una voz dulce y titubeante. Llevó su mirada al suelo y sus manos quedaron aferradas a la tela de su vestido.

—Ha merecido la pena —respondió él al fin, desbloqueando su mente para poder afrontar el momento—. Bueno, tú has decidido quedar aquí, así que tendrás que guiarme.

—Creía que habías vivido toda la vida aquí. Pensaba que serías tú quien

me mostrara los vericuetos de esta alegre y apacible ciudad.

—Yo estaré encantado de llevarte donde tú quieras —exclamó casi sin pensar. Al instante, cuando su respuesta ya había sido expelida, caviló sobre su comentario y un calor extraño se apoderó de su cara de inmediato—. A conocer la ciudad quiero decir. Bueno, si tú quieres, no sé...

—Me encantará. —La muchacha rubia salió al rescate de un Konner que caía sin paracaídas y con las manos atadas a la espalda en un abismo de vergüenza—. Pero primero tenemos una cita pendiente.

Frente a ellos se alzaba el *Dysar*. Un restaurante temático y con un ambiente propicio para la juventud que solía frecuentarlo. Asentado en una pequeña hondonada, a unas pocas yardas de la universidad Husson, contaba con todo tipo de antojos para pasar el rato, entre ellos, varias mesas de billar.

—Me parece una idea genial. Pero primero debería saber algo. —Konner vaciló durante unos segundos, buscando los ojos de ella, que aunque esquivos, de vez en cuando sí le dedicaba alguna que otra mirada clara y penetrante—. Todavía no sé tu nombre.

—Yo sí que sé el tuyo, Konner.

En sus labios, su nombre cobraba un color especial. Konner, dos sílabas que entre sus labios, sonaban como una preciosa melodía. Kon-ner. Había sonado distinto, más intenso, más vivo. Su pecho golpeó con fuerza cuando la oyó pronunciar esa palabra: Konner. La hermana de James también lo hacía, pero no sonaba igual. Supo en ese instante que no estaba frente a un capricho y deseaba que a ojos de ella su percepción fuera la misma. Al fin y al cabo, en cuanto a sentimientos, el amor no se decide, es como la amistad, surge sin más. En el caso del primero, dos personas parecen estar predestinadas cuando llega ese contacto visual que hace que el tiempo se detenga una fracción de segundo, suficiente para que todo el mundo desaparezca y solo queden ellos dos. Solo ellos.

—Pues creo que ya es hora de que yo sepa el tuyo.

—Todo a su tiempo. ¿Entramos? —indicó ella con una siniestra sonrisa que nada bueno hacía presagiar. Marcaba con su mano la ruta y con su mirada recorría el cuerpo de Konner. Él pudo sentir los ojos de ella resbalando por su cuerpo.

—Vamos, ¿estás preparada para aprender el maravilloso arte del billar?

—Aprendo rápido. Ya lo verás.

Entraron sin dilación en el restaurante. Una animada canción de *Rihanna* les ofreció la bienvenida, sonaba en estéreo por el sistema de audio del local. La música casi limitaba la capacidad de comunicarse entre ellos con comodidad, pero no era algo que pareciera importunarles. Se dirigieron a la sala de copas, dejando atrás la zona de restaurante. Al fondo, varias mesas de billar permanecían libres, en otras dos había varias personas haciendo chocar las bolas. El ruido inconfundible de las bolas de cerámica golpeándose unas contra otras devolvía a Konner a su juventud añorada. También los cánticos de los tableros de dardos, alabando la maestría de sus jugadores cuando hacían alguna diana, despertaron en él recuerdos pretéritos.

Una mesa negra con tapete verde y cuidado, al fondo, fue la elegida. Su lámpara alargada posaba su blanca luz sobre el verde donde más tarde bailarían las bolas.

—Toma, ¿has jugado alguna vez? —preguntó él mientras le pasaba un palo y extraía las bolas para colocarlas en el interior del triángulo.

—Alguna vez, sí.

—Entonces creo que se ha fastidiado mi clase magistral.

—Bueno, nunca viene mal un recordatorio. Aunque creo que en este caso, lo mejor sería hacer algo distinto. —Mientras hablaba apoyó el palo en el suelo, aferrándose a la parte estrecha del mismo y acercando su rostro liso a sus manos.

—¿Qué me propones? —Los dientes de Konner asomaron tras unos finos labios rosados.

—Una apuesta. Te advierto que soy muy dura apostando. —Hizo rodar el palo sobre el suelo y sus labios se torcieron en una perfecta mueca de maldad.

—Muy bien. Acepto. Si gano yo, me dices tu nombre.

—Genial. Si gano yo... —dudó un segundo. Entrecerró los ojos y pasado el tiempo, anunció—: me llevas a conocer la ciudad.

—¿Esa es tu apuesta? —respondió jocoso él.

—Aún no había terminado. Me llevarás a conocer la parte que yo te diga y si hay algo que no conoces de la ciudad, daré por terminada la cita.

Era sin duda una apuesta difícil. La inquietud de Konner ante el desafío le hizo dudar. El hecho de oír que la cita se podía terminar si fallaba, hizo que algo en su estómago se retorciera. Asintió unos segundos después. Debía correr el riesgo.

—¡Bien! ¿Estás dispuesto a morder el polvo?

—Ya te gustaría. Espero que tengas un nombre precioso. Ve pensando cómo vas a recitármelo, yo propongo que lo deletrees —dijo Konner preparando la bola blanca en el punto de partida y disponiéndose a lanzar. Ella alzó el triángulo y liberó las bolas.

¡Clash!

Un desfile de colores de todo tipo rodó por la mesa. Todas las bolas se diseminaron por el tablero en un baile escandaloso y caótico. La primera en entrar en la tronera fue la bola número 11 roja rallada. Tras ella la 7 marrón lisa también fue engullida.

—Ralladas tú, lisas yo. Me encantan las lisas.

—Bueno, ya sé algo más de ti —matizó Konner lanzando una airosa carcajada mientras afinaba la puntería. Su objetivo era la bola 15 rallada marrón.

Tras esa, también colocó dentro la número 13, la 12 y la 9 de color amarillo. Fue en el intento de introducir la bola 14 en la tronera cuando una pequeña distracción hizo que fallara. No debió mirarla pero el baile que propuso su falda fue casi hipnótico.

—Mi turno —dijo ella resuelta mientras empolvaba el taco de su palo.

Sin dificultad consiguió introducir en las troneras de las esquinas las bolas número 2, la 3 y la 6. También la amarilla con el número 1 cayó en una de las centrales. Tan solo le quedaban dos bolas. Estaban empatados y Konner veía peligrar su apuesta. El estilo de la muchacha mostraba experiencia. Agarraba el palo con destreza, deslizando con suavidad la puntera de madera entre sus delicados y finos dedos. Unas uñas decoradas en distintos colores daban un toque especial al conjunto. Konner se embelesaba con cada grácil movimiento del brazo de ella. Con cada golpe seco. Contemplaba cómo apartaba sus dorados mechones de la cara para poder disponer de un campo claro de visión.

—Te toca. —Su voz lo devolvió a una dura realidad. En el tablero tan solo quedaban dos bolas que él debía introducir primero, y la bola negra, que todavía rodaba lenta a uno de los lados.

—Vaya. Estas cosas deberían avisarse —dijo aterrado ante la posibilidad de una incipiente derrota.

—¿El qué? ¿Qué sabía jugar? —De nuevo dejó asomar una delicada sonrisa a su rostro—. Nunca lo preguntaste.

Tras sacudirse el estupor, Konner volvió a la carga, rematando las dos bolas que quedaban en juego. Ahora estaban en un encarnizado duelo en el que solo podía ganar uno. Por su parte, la bola negra se encontraba junto a la tronera de la esquina izquierda, sobre la zona de salida de bolas. Debía introducirla en la tronera derecha. Sabía que ella tan solo debía empujarla y habría ganado. Era una jugada difícil. Se preparó. Colocó algo de tiza al taco. Se inclinó sobre la mesa y con un ojo cerrado, afinó la puntería. Frente a él tenía la bola blanca y al final, junto a la tronera, la negra. Y detrás de la mesa, estaba ella, observando la jugada con mirada triste. De nuevo, sus ojos se perdieron en su propia mente, provocando que el baile del palo fuera irregular. Lanzó. La bola blanca impactó a un lado de la negra, proyectándola contra la pared, rebotó y se dirigió con un movimiento lineal hacia su destino. Konner dejó de respirar, viendo cómo la bola iba a entrar. Ella apartó su mirada para evitar contemplar el desenlace. Todo parecía indicar que él se iba a alzar con la victoria. Pero la suerte no estaba de su lado esa noche. La bola golpeó en una de las esquinas de la tronera y salió despedida.

Su compañera resopló aliviada y se preparó. El resultado podía preverse. La bola negra quedó justo por delante de la blanca, perfectamente orientada a su tronera. Lo único que debía hacer era empujarla, y así lo hizo.

—¡Ohh! Creo que he ganado —clamó ella victoriosa. Sus ojos se agrandaron y sus saltos rápidos y cortos sobre el suelo denotaban su alegría.

—Bueno, soy un hombre de palabra, y una apuesta es una apuesta. ¿Dónde quieres que te lleve?

—No sé. Tendré que pensarlo. Lo primero ahora es comer algo. Luego ya veremos a donde podemos ir. Hay tanto en esta ciudad que me apetece conocer que no sé por dónde empezar.

Konner la miró con ojos renovados. Ver como reía producía en él una extraña sensación de paz. Siempre pensó que Natalie había sido su gran amor. Ese amor de juventud, que llega y nunca se va. Ese amor que casi nunca es el definitivo, pero que marca como ninguno. Entendió que ese sentimiento volvía a surgir. Como el primer amor, pero esta vez de verdad. Todos tenemos un primer amor, pero el auténtico amor puede llegar en cualquier momento y en cualquier lugar. Lo que cuenta no es el primero, sino el verdadero. En ese momento, él lo entendió.

—¿Significa eso que no me dirás tu nombre?

—No has ganado. Las apuestas eran claras. —A pesar de su negativa, en su voz se podía percibir la ironía—. Ahora lo que nos toca es comer algo, y luego voy a ponerte un examen de historia.

Aquella conversación se difuminaba poco a poco, quedando tan solo en un recuerdo ya muerto. Un pasado no olvidado, pero sí superado. Un pasado que volvía cada cierto tiempo, pero lo hacía para doblar un alma hundida. El restaurante, aquella tarde y lo que pasó después se perdía de nuevo entre ecos extraños y sonidos enlatados.

—¿Estás preparado?

KONNER

19 de enero de 2016, 15:30

Aquella voz oscura, distorsionada, grave y tenebrosa devolvió a una dura realidad a un Konner que no se atrevía a recuperar la cordura. Eso significaría tener que consolidar en su mente el hecho de que su hijo había desaparecido. Solo con pensar en cómo podía estar, su corazón se desgarraba, derramando todo el dolor por el resto de su organismo.

—Señor McMurray, ¿sigue ahí?

—¡Maldito hijo de perra! ¿Dónde está mi hijo? —masculló con tanta rabia que pudo sentir cómo parte del esmalte de los dientes se esparcía por el interior de su boca.

—Le he preguntado si está usted preparado. Pero por lo visto, no me ha oído bien. Voy a repetirlo una vez más, para darle opción a responder. ¿Está usted preparado?

—¿Preparado para qué?

—Si no le importa, voy a tutearle. Es que tanto formalismo crea una falsa ilusión de respeto y consideración que es obvio que no existe. La pregunta de si estás preparado se refiere a si estás dispuesto a escuchar el motivo real por el que tú y yo estamos hablando ahora mismo. Dejando a un lado, claro está, el hecho de que tu hijo está ahora bajo nuestro amparo.

Mientras escuchaba con atención lo que esa siniestra voz le comunicaba al otro lado del terminal, analizaba todo cuanto sus sentidos le permitían. Cerca del colegio vio varias patrullas todavía aparcadas a un lado de la calzada, otras ya se habían marchado, entre ellas la que controlaba el hombre que había culpado un momento antes. Junto a su Ford seguía estando el todoterreno del jefe de policía, aunque no encontraba por ningún lado ni al propio jefe ni a su ayudante. En las casas vecinas apenas había señales de vida, salvo el de

alguna cortina caprichosa que bailaba en cuanto Konner decidía posar su vista en ella. Tras ese movimiento disimulado, alguna sombra se escondía detrás de la tela que cubría la ventana. El frío se asentaba con el paso de los minutos y el cielo parecía querer descargar su lamento en cualquier momento.

—¿Está bien?

—Eso dependerá de ti. Si cumples con nuestras exigencias, no tiene por qué pasarle nada.

—Juro por mi vida que vais a pagar por esto.

—¡Ay, Konner, Konner! Ese no es un buen comienzo. Pero como veo que todavía te muestras un poco reticente a nuestra colaboración voy a pedirte que te subas a tu flamante todoterreno y salgas de esa zona. No queremos que la policía meta el hocico en este asunto, ¿verdad? —Su voz se recreaba con cada palabra. Ralentizándolas en cada pregunta, alargándolas al terminar sus frases. Parecía estar divirtiéndose—. Voy a volver a llamarte en veinte minutos. Espero que cuando lo haga, ya hayas llegado a tu destino. Debes ir al *The Tavern*. Está en el cruce de la 222 con *Main*. No tardes en llegar.

El motor reaccionó al estímulo que su propietario le acababa de exigir. Alimentándose de la gasolina que entraba en sus inyectores para hacer la combustión necesaria que luego se convertiría en la energía que Konner usaría para llegar a su destino. Los altavoces del coche reclamaron la atención de una vista borrosa y sangrante. El nombre de Kassie parpadeaba sin cesar en la pantalla. Era hora de afrontar la realidad. Aprovechó que la luz roja de un semáforo, en la esquina de *Harmond* con *Main*, le obligó a detener su avance para cerrar los ojos con fuerza, secarse las lágrimas, que se derramaban solitarias por sus mejillas, y aspirar hondo.

—¡Konner! Dime que es mentira. Dime que no me han llamado del colegio. ¿Dónde está Dylan? —Su voz se rompía por momentos. Se podía percibir en ella el miedo, la desesperación y el cansancio. En ese momento, Kassie debía estar trabajando en el *Beal College*. Los martes tenía que quedarse un rato más para hacer tutorías. Y por el jadeo latente en su voz, estaba claro que se encontraba en movimiento.

—Kassie. Te juro...

—¡NO! ¡No quiero que me jures nada! ¿Solo quiero que me digas dónde

está Dylan?

—No... —También la voz de él se desgarraba entre lamentos, aunque algo más controlados. A pesar del dolor que invadía cada rincón de su cuerpo, su voz se mantenía firme, serena. O al menos eso intentaba—. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo demonios no puedes saber dónde está tu hijo, Konner?

—Alguien se lo llevó antes de que pudiera llegar. Antes de que las clases...

Al otro lado del auricular la voz de Kassie se rompió del todo. Sus lamentos cruzaban el terminal para atravesar el pecho del receptor, que tragaba saliva con fuerza para evitar caer también.

—¡No puede estar pasando esto! ¿Esto tiene algo que ver con lo de ayer? —El silencio de Konner fue la respuesta que exigía ella, al otro lado. Su llanto de dolor se transformó en una furia desmedida. Su voz se endureció tan rápido que parecía otra persona la que empezaba a hablar—. ¡Oh! Lo sabía. ¡Te lo dije! Sabía que tu necesidad de ser el héroe que todos buscan acabaría por destruir lo único que tenías que proteger. Sabía que llegaría el día en que tu hijo, o yo, acabaríamos pagando por tus actos. Pero esperaba que fuera yo la que sufriera esas consecuencias. Espero que estés contento, Konner. Al fin, has conseguido lo que querías. Arruinar tu vida. Porque era eso lo que querías, ¿no?

—Kass, yo...

—¡Calla! No quiero que hables. Quiero que lo encuentres. Quiero que encuentres a mi hijo y me lo traigas sano y salvo. Y si por algún caso no puede ser, espero no verte nunca más. Vuelve con mi hijo... —Una pausa siguió a esa última palabra. Tras ella, un sollozo entrecortado se oyó antes de continuar—, o no vuelvas.

No le dejó continuar. Aquellas palabras lo destrozaron por dentro, como un jarrón de porcelana que cae al suelo, estallando en mil pedazos. Las bocinas devolvieron la premura a un hombre incapaz ya de valorar opción alguna. Su mente descarrilaba como un tren sin frenos que llega al final de una vía.

De nuevo, varios momentos ocultos en su recuerdo abrazaron sus pupilas.

Recuerdos de un Dylan jugando en el campo de béisbol. Siempre pensó que era un excelente lanzador. Sus esperanzas de que algún día su hijo cumpliera el sueño al que él renunció en su juventud crecían con fuerza en su espíritu. Entre recuerdos consumidos llegó a su destino, justo dos minutos antes de la hora exigida.

Junto al club, una pequeña explanada asfaltada era usada como aparcamiento para los vehículos. Fue ahí donde Konner estacionó su furgoneta para volver a enfrascarse en sus pensamientos oscuros y poco alentadores. Intentó rescatar algo del día anterior que pudiera ser de utilidad. No podía borrar de su cabeza aquella furgoneta con matrícula de *Nueva York* que se cruzó con ellos tras la detención de los secuestradores. Eso debía significar algo. Sin duda estaba tratando con una mafia o un grupo criminal organizado. Eso lo tenía claro. Pero quién. ¿Quién era la persona al otro lado del teléfono? En *Bangor* nunca había operado ninguna mafia. ¿Desde cuándo lo hacían? Uno de los terminales que había encontrado sobre su asiento vibró. Pudo comprobar que era el negro de nuevo.

—He llegado al club que me has indicado. Ahora quiero hablar con Dylan.

—A ver, amigo mío. Aquí tú no das las órdenes. Espero que eso te quede claro. Aunque, bueno, eso de aceptar órdenes no es algo que se te dé bien. He podido revisar tu informe y debo decirte que lo que pasó en Afganistán... —Su voz se apagó de pronto. La tensa pausa duró tanto que Konner tuvo que retirar el teléfono de su oído para asegurarse de que la llamada no se había cortado—. No sé cómo no te metieron preso por aquello. Dime, ¿a quién se la mamaste para que te dejaran libre?

—¡Que te jodan! ¿Dónde está Dylan? —exclamó él con rabia. El teléfono crujía ante la presión que estaba soportando por los dedos de Konner.

—Bueno, tú dirás lo que quieras, pero eso a cualquier otro le hubiera costado la cárcel, como poco. Pero a ti no. Desde luego que tienes mi admiración. En fin, vamos a lo que importa. Imagino que te estarás haciendo muchas preguntas, así que voy a intentar responder a todas las que pueda.

Mientras hablaba, un viejo Chevrolet Monte Carlo del 86 aparcó justo al lado de su furgoneta. La apariencia de los dos individuos que se ocultaban en su interior no pasó desapercibida para Konner, que a pesar de estar pendiente

de lo que la persona al otro lado del aparato le comentaba, no les quitaba la vista de encima.

—No voy a hacer nada más hasta que no hable con Dylan —sentenció apretando otra vez la mandíbula, tanto que el dolor que le produjo hizo que tuviera que abrirla de nuevo. Mientras hablaba, alargó su mano hasta la guantera para extraer de ella su Colt M1911. Cuando comprobó el interior, un escalofrío recorrió su espalda. Tan solo encontró varios papeles ajenos a sus intenciones.

—Bien, todo a su tiempo. Primero quiero que sepas que no íbamos a permitir que fueras armado por ahí.

—¡Serás! —Revisó todo en derredor, buscando la posición de aquel que lo amenazaba en ese instante, pero los únicos individuos que se encontraban junto a él eran los dos hombres, que seguían en el interior del Monte Carlo.

—No estás hablando con aficionados, amigo mío —dijo esa voz dejando escapar una sonora carcajada—. Bien, sigamos. Ahora que sabemos todo de ti, creo que debemos agradecer tu actuación de ayer. Por si no te lo han contado, creo que es hora de que lo sepas. La niña que ayer salvaste era la hija de un testigo protegido. No hace falta decir que ese testigo protegido va a declarar en contra de un amigo muy querido, vamos a llamarlo así. Nuestra intención era usar a esa niña como comodín. Pero claro, tu intervención de ayer no solo frustró nuestros planes, también ha causado que la vigilancia de la mocosa esté mucho más controlada. Aparte de que no sabemos dónde está, por ahora.

—Sois unos monstruos. ¿Qué vais a hacer con mi hijo? —Su voz se debilitaba por momentos, a pesar de los esfuerzos por mantener la compostura.

—Pues eso va a depender de ti. No tiene porqué pasarle nada. Pero, si tú nos fallas, le fallarás a él también.

Mientras asimilaba cada palabra, su cuerpo conducía los nervios para repartirlos por todas las extremidades, para de esa forma intentar templar sus ánimos. Su corazón estaba hecho a prueba de balas, pero el de su hijo no, y era eso lo que estaba consumiéndolo. Los dos hombres se bajaron del vehículo al fin. Ambos eran de una estatura similar. Apenas superarían los seis pies de altura. Uno de ellos era mucho más delgado que el otro, de pelo negro, a juego con sus ojos, y mirada malévola. El otro era el tipo de persona que se suele

encontrar en las puertas de las discotecas. Su espalda medía, como poco, el doble que la de su compañero y cada brazo era casi tan grande como su pierna. Cubría todo su cuerpo con unos tatuajes en negro que llegaban hasta su cabeza calva.

—¿Qué debo hacer?

—Bien, esa es la actitud que quería ver. Te voy a dar la información que necesitas saber, así que presta mucha atención porque no pienso repetirlo más. A partir de ahora, tú y yo nos comunicaremos por este teléfono. Tu hijo será nuestro hasta que tus labores concluyan. —Su voz se endureció, alejándose del tono jocoso que llevaba utilizando hasta el momento—. Si en algún momento intentas engañarme, no lo volverás a ver. Si te niegas a hacer alguna de mis exigencias, no lo volverás a ver. Si avisas a la policía, bueno, ya sabes.

—Si le tocas un solo pelo...

—Escucha atentamente y deja las amenazas para más tarde. ¿Lo has entendido? No estás tratando con matones de barrio. Así que no intentes hacerte el héroe. Los héroes déjalos para las películas.

La palabra héroe reverberó en su cabeza, incrustándose en cada rincón de su cerebro. No quería ser un héroe, quería a su hijo. No le quedaba otra opción que guardar silencio y dejar que aquel individuo continuara con su monólogo. Mientras tanto analizaba todo a su alrededor.

—Junto a tu furgoneta tienes a dos hombres. Ellos te acompañaran todo el camino, y te ayudarán no solo a cumplir tus misiones, sino que también te brindarán las herramientas necesarias, y no hace falta que te diga qué pasará si alguno de ellos sufre cualquier tipo de accidente. Ahora esos dos hombres subirán a tu coche y los tres os dirigiréis al 114 de *Parkway*, en *Brewer*. Ahí esperarás nuevas instrucciones.

Aún no había colgado cuando las puertas del Ford se abrieron. A su lado se sentó el portero de discoteca mientras que su compañero ocupaba el asiento justo detrás del conductor. Konner dedujo que ambas ocupaciones habían sido debidamente seleccionadas para evitar posibles forcejeos y guardar al menos, una opción de victoria. No iba a poder enfrentarse a ambos a la vez en la situación en la que estaba.

—Voy a añadir un último detalle. Para que tengas las cosas claras, el

teléfono rojo es el que contacta directamente con tu hijo. Cuando cuelgue, sonará y podrás hablar con él. Pero será la primera y la última vez. No olvides que si nos fallas, él morirá. Pero antes de desaparecer, será testigo de tu error. Después de esta llamada, si ese teléfono vuelve a sonar, será para que te despidas. ¿Lo has entendido? Ahora vete a tu destino. Tienes dos horas.

Antes de poder contestarle, un zumbido intenso le atacó a los oídos, dejando claro que ya nadie se hallaba al otro lado. Casi al instante el teléfono rojo comenzó a sonar. Apenas tardó unas milésimas de segundos en contestar.

—¡PAPÁ! —El grito desolado al otro lado del auricular alejó a Konner del presente, haciéndolo retroceder en el tiempo hasta aquella fatídica noche en la que todo su mundo se vino abajo.

JALALABAD/AFGANISTÁN

25 de febrero de 2011, 20:50

Cuatro años antes

...El mérito es de aquel que está en la arena, con el rostro manchado de polvo, sudor y sangre...

Los pasos de Konner se detuvieron frente al marco de una destrozada puerta. Al otro lado, el frío de la noche les aguardaba, ansioso de romper la paz que tanto anhela el sueño, el cansancio. Pensamientos fugaces surcaban la mente de un soldado sin miedo, con la templanza del metal, que ha sido forjado a base de fuego y golpes. Pero algo en su cabeza conseguía debilitarlo. Dos nombres, dos personas eran las causantes de un nuevo temor. Uno que nunca esperó tener. El miedo a no volver a verlos.

¡Vamos, Dylan! Di papá. Te juro que antes lo ha dicho. Ha dicho claramente «papá»...

—¡Ey! ¿Quieres que volvamos a subir? —sugirió Jaidon, devolviendo a Konner al terreno abrupto en el que se encontraban.

—No, estoy bien. Vamos a coger a esos hijos de perra.

De nuevo, sus piernas respondieron a las órdenes que un momento antes se habían negado a cumplir. Avanzó unos pasos hasta colocarse a un lado del quicio de la puerta, de la que solo el marco de madera había resultado ileso. El suelo irregular, las paredes desconchadas y el techo incompleto era todo lo que guarecía a los dos soldados. Konner levantó la mano y señaló al exterior, concretamente a los dos hombres que custodiaban la puerta de entrada a la casa.

—El que está situado a la una, para ti. Yo me ocupo del que está a las nueve.

Jaidon asintió y preparó su arma. Pudo oírse el ruido de la bala entrando

en la recámara. El «clic» del seguro al dejar libre el percutor. En su casco también activó el visor nocturno para tener una mayor eficacia tras apuntar en la oscuridad. Todo estaba listo. Konner se aferraba a su rifle mientras intentaba eliminar de su cuerpo toda la presión que los pensamientos ejercían sobre él.

—¡Chicos! Esperad. Si vamos a hacerlo, lo haremos todos. —La voz de Alex traspasó los oídos de Jaidon y Konner.

Parte de su presión se esfumó al escuchar la voz de su compañero. Tenía el apoyo de todo su equipo y siendo así, ¿qué podía ir mal? Expulsó el aire sobrante de los pulmones y colocó su arma contra el hombro, pero con el cañón apuntando hacia el suelo todavía.

—Ya sabía yo que no ibais a querer perderos la fiesta —respondió con una voz alegre Jaidon.

—Yo sigo pensando que no es buena idea.

—Rohan, tú siempre piensas que no es buena idea. Todos sabemos que lo que pasa es que te hemos jodido el plan de enrollarte con tu novio.

—¡Que te den, Jaidon!

Todo parecía más ameno si el equipo completo participaba. Nadie podía imaginar, al escucharlos, que estaban a punto de asaltar un punto caliente del enemigo. La conversación continuó unos segundos más, Jaidon le dedicaba algunos besos al aire a su compañero y este le devolvía todo tipo de improperios.

—Estamos en posición —comunicó Alex tensando la voz lo suficiente para que el resto del equipo silenciara sus conversaciones—. Cubrimos la entrada norte.

—Recibido. Nosotros vigilamos la entrada sur. No tiene más puntos por donde escapar. Salvo, claro está, que quisieran salir por alguna ventana. De todas formas, tenemos cubierta la posición. De ese edificio no va a salir nadie.

—¿Y qué vas a decir en tu informe, Konner? Recuerda que tenemos orden de no actuar. —De nuevo, Rohan Austin se resistía, el reproche predominaba en su voz, como si quisiera evitar el ataque.

—Diremos que nuestra posición se vio comprometida y que tuvimos que actuar para defendernos. Así que cuando comience todo, quiero que informes

por radio de que estamos bajo fuego enemigo. Y comuniqués el cambio de estrategia.

—Como desees, pero yo sigo creyendo que esto nos va a salir caro.

—No seas agorero. Esto va a ser entrar y salir. Verás que cuando quieras darte cuenta, estaremos en la base de nuevo.

Konner cortó la comunicación y ordenó que se concentraran. Todo estaba listo. En la entrada sur Jaidon y él se prepararon para actuar. Al otro lado, Alex y Víctor debían cubrir cualquier posible salida del enemigo, y Rohan seguía en el edificio, a cierta altura, para ofrecer un fuego de cobertura más amplio.

—¡Vamos, vamos! —ordenó entre susurros Konner.

Jaidon salió primero, cruzándose por delante de su compañero, y este, en cuanto se aseguró de que nada le estorbaba a su alrededor, también trazó una línea diagonal. Apenas duró un segundo. Dos disparos limpios, como dos golpes de aire que apenas pueden oírse. Los dos hombres que controlaban la entrada se desplomaron en el suelo sin emitir ni siquiera un quejido. La única prueba de su muerte eran las dos machas de sangre que decoraban la pared junto al agujero que había dejado el proyectil al impactar en ella.

—Entrada sur despejada —informó Konner—. Vamos a entrar. Ro, cubre nuestras seis.

—Recibido. Todo despejado.

Imitando el recorrido que hicieron antes de salir, Konner y su compañero se colocaron a ambos lados de la entrada, con las armas preparadas y con una granada cegadora cada uno en una mano. Konner se aferró a la puerta y esperó a que Jaidon le diera la orden de abrir. Cuando todo estuviera listo, entrarían.

El corazón latía con fuerza. Podía oír cada pulsación en su oído: ¡Pum! ¡Pum! Sus manos sudaban en el interior del guante de cuero que se había puesto minutos antes, cuando decidió que iba a entrar. Con los ojos cerrados, visualizaba sus próximos movimientos e intentaba concentrarse en su respiración que, poco a poco, iba ralentizándose.

—Listo. —Jaidon dio el visto bueno. Konner empujó la puerta con fuerza y esta cedió ante su osadía. La granada de su compañero voló, pasando por delante de él. Ante la puerta abierta vio que dos hombres lo miraban fijamente.

Sus expresiones mutaron al ver el objeto rodar hacía ellos y casi al instante, se aferraron a sus fusiles. Él también lanzó su cegadora al interior y se apartó del marco de la puerta.

Dos explosiones secas, seguidas de dos destellos que iluminaron la noche y rompieron la paz que los acompañaba hasta ese momento, anunciando que la ofensiva comenzaba.

—¡VAMOS! —gritó esta vez Jaidon.

Sin llegar a entrar, asomó ligeramente una parte de su cuerpo y alzó su arma, llevándola hasta el hombro. Varios fogonazos salieron despedidos del cañón que parecía estar mudo. Escupía las llamas con furia, pero apenas un ruido obstruido se dejaba oír en el ambiente.

Konner lo siguió hasta el interior de la casa. En el suelo yacían los dos hombres que vio al abrir la puerta. Nuevos gritos que se oían en las habitaciones señalaban la presencia de más enemigos. Como mínimo, había ocho personas más. Según las cuentas que hicieron minutos antes cuando llegaron los coches.

La entrada ya estaba limpia y Jaidon se dirigió a la primera habitación de la casa, pero el recibimiento fue distinto esta vez. Varios proyectiles impactaron contra la pared, pasando a escasas pulgadas de su cuerpo.

—¡Será hijo de...!

—¡Cúbreme, Jai!

Konner se acercó al marco y cuando su compañero inició el fuego de cobertura asomó parte de su cuerpo por el quicio, para comprobar que era lo que se hallaba al otro lado. Varias balas se incrustaron en la pared justo en el momento en que consiguió capturar algo en sus retinas, y volver a su posición. Preparó su rifle y sin dudar, lanzó varios disparos asomando solo su arma. Primero debía saber dónde estaban.

Los gritos en el interior no cesaban. El rugido de sus fusiles ensordecía el ambiente. Un ambiente que Konner y su compañero habían intentado no profanar silenciando sus armas.

—Ya he comunicado que nuestra posición estaba comprometida —informó Austin por radio—. Van a mandar apoyo por tierra. Tenemos que llegar al punto de extracción en menos de setenta minutos.

—Recibido. Estamos bajo fuego enemigo. No les ha gustado nuestra intromisión. —Konner comunicó las novedades que surgían en el interior de la casa y volvió a sumergirse en el combate.

Jaidon sacó una segunda granada cegadora y se preparó para lanzarla. Contó hasta tres en voz alta y sin pensarlo, la tiró al interior de la habitación. De nuevo, gritos incomprensibles resonaron, rebotando por todas las paredes, hasta que la granada explotó. Fue en ese momento, cuando el destello iluminó el cuarto, que Konner y su compañero iniciaron el asalto.

Asomaron sus cuerpos e iniciaron ráfagas cortas. Konner pudo ver a un hombre que se tapaba la cara, tirado en el suelo, alejado de la cobertura que le suponía un viejo y raído sofá de tela. Le apuntó con el cañón de su rifle y disparó. Pudo ver cómo la llama de su arma ocultaba a aquel individuo durante una fracción de segundo. Cuando el destello se deshizo y volvió a mostrarse aquel individuo, ya no se movía.

Otro hombre gritaba tras el mismo sofá. Dos nuevos proyectiles lo atravesaron, haciendo que cayera desplomado en un completo silencio. El M4 de Jaidon también devoraba el ambiente con llamaradas voraces, silenciando los gritos en toda la estancia. Un minuto después, todo era calma. En el interior, cinco cuerpos descansaban inertes, envueltos en su propia sangre. Los muebles y paredes eran los únicos testigos de la verdad que allí quedaría oculta.

Otra habitación se veía al fondo. Ambos compañeros se adentraron con pasos firmes pero delicados, como una araña que camina sobre el agua.

—¡ATENCIÓN! Tenemos contacto. Dos objetivos salen. —A la información que proporcionó Alex se añadió el ruido elegante de varios disparos—. Abatidos.

—Bien. Hay que estar atentos. No hemos visto a Ayman. Así que no creo que esté solo. Abrid bien los ojos. —Tras decir eso, Konner golpeó el hombro de su compañero, indicando que siguiera avanzando.

La siguiente habitación parecía ser de descanso. Varios colchones se repartían por el suelo junto con alguna alfombra. En las paredes tan solo unas maderas hacían de estanterías y sobre ellas, candelabros de alcohol iluminaban la habitación. A la izquierda se podía ver el baño y a la derecha

otras dos estancias. Sin decir nada, alertó a su compañero, señalando los dos cuartos. Alzaron las armas de nuevo y Jaidon aprovechó para cambiar su cargador.

Cubiertos por las paredes, se acercaron hasta la primera de las habitaciones y en el interior un ruido metálico dio la información necesaria a los dos soldados. Estaban ahí. Los dos accesos a ambos compartimientos estaban juntos, así que iba a ser una ardua tarea el asalto por separado. Tras varios silenciosos gestos, decidieron que cada uno entraría en una estancia.

Jaidon corrió a través del quicio y un grito precedió a varios disparos desde el interior de la primera habitación. Fue en ese momento cuando Konner aprovechó la distracción para asomar parte de su cuerpo. Cuando lo hizo vio cómo un joven se asomaba por detrás de una mesa volcada. Pudo ver crecer sus ojos cuando hicieron contacto con el arma de Konner. Apenas duró un suspiro. El mismo que tardó el fusil en lanzar un proyectil que devoró parte de su cara. Cuando el muchacho cayó al suelo, otra persona asomó su cuerpo tras la protección de la mesa, quizá por culpa del peso de su compañero. En su mano portaba una pistola, así que Konner no lo dudó. Volvió a disparar su arma para acabar con aquel individuo.

Jaidon, por el contrario, encontró la otra estancia despejada y así se lo comunicó al resto del equipo por radio.

—Bien, chicos. Parece que ya está todo. Vamos a inspeccionar los cuerpos, a ver si uno de ellos es nuestro objetivo —informó Konner con un aliviado tono de voz—. Olvidad lo que he dicho. Creo que lo tengo. —El último cuerpo que había abatido era el hombre que él mismo identificó como Ayman. Se acercó con titubeantes pasos hasta su objetivo, pero pronto se dio cuenta que aquel personaje, tan solo se asemejaba al hombre que pretendían detener—. ¡Joder! Nos hemos equivocado de hombre.

—¡Genial! Todo este lío para nada —contestó con un tono ofendido Rohan.

Procedieron a remover la habitación contigua. Tras levantar los colchones, encontraron un enorme agujero hecho en el suelo. En su interior dos cajas de madera ocultaban todo tipo de armamento. Una de ellas contenía fusiles y pistolas con sus respectivas municiones. En la otra encontraron explosivos de todo tipo.

—Chicos, aquí hay suficiente C-4 como para volar nuestra base. —Jaidon removía el contenido de las cajas con una expresión de repulsa en su rostro—. Al final no ha sido por nada todo esto.

En ese momento entraron Alex y Víctor en la habitación, con sus armas en la espalda y observando toda la escena.

—¡Joder! Ahí atrás habéis hecho una escabechina —farfulló Alex arrugando sus labios finos. Sus negros ojos se posaron sobre el secreto que ocultaba la casa.

—Bueno, podría haber sido peor. Podría ser alguno de nosotros los que están ahí tirados —respondió Jaidon visiblemente molesto.

—Vamos a recoger esto y volvamos al punto de extracción. Nos llevamos las cajas. Jai, ayúdame.

Los cuatro soldados se acercaron para poder sacar las dos cajas que habían ocultado bajo aquellos colchones. Jaidon y Konner agarraron una de ellas.

Era el turno de Alex. Se disponía a extraer el segundo de los baúles con la ayuda de su compañero cuando una sombra cruzó la habitación. No se oyeron sus pasos ni ofreció ningún otro aviso sonoro de su acercamiento. Fue un fantasma que se acercó a ellos sin que pudieran percatarse hasta que fue demasiado tarde. Víctor lo vio primero:

—¡CUIDADO! —gritó mientras sacaba de su funda su pistola y soltaba la caja de madera, que se escurrió de nuevo en el agujero del que intentaban sacarla.

Su movimiento fue rápido, pero no pudo impedir que el individuo lograra efectuar varios disparos. Konner y Jaidon se lanzaron al suelo, evitando así las balas mientras dejaban caer a un lado lo que portaban y se aferraban a sus armas. Fue Alex el que se quedó de pie observando la inesperada escena. Tras el primer disparo, su cuerpo se desplomó en el suelo. Varios disparos más siguieron al estruendo que inició el enfrentamiento. Uno de ellos impactó en una de las lámparas, creando una deflagración tan potente que en apenas unos segundos toda la pared empezó a arder. Tres fueron los disparos que logró efectuar aquel hombre antes de que Víctor lo abatiera.

—¡ALEX! —gritó Konner.

Su grito no abandonaba su cabeza, se repetía una y otra vez. Volvió despacio a su todoterreno, a su realidad. Esa maldita noche no dejaba de regresar a su memoria. Una vez tras otra. Y otra, y otra...

KONNER

19 de enero de 2016, 16:05

—¡Dylan! —gritó al viento en un acto casi instintivo. Los aullidos de su hijo al otro lado removían el alma de su padre, que intentaba templar sus nervios para poder transmitirle tranquilidad—. ¿Estás bien?

—¡Papá! ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son estos señores?

—¡Dylan! Escúchame. Todo va a salir bien. Tú solo tienes que hacer lo que ellos te digan y no hables con nadie más. Te prometo que pronto iré a por ti.

Sin tiempo para más, la llamada se cortó dejando el teléfono aferrado al oído de un padre desesperado, que cargaba la culpa de todos los acontecimientos sucedidos y sabiendo que nada de todo aquello era una cuestión de azar. La pregunta que rondaba sin cesar por su cabeza hacía que las pocas esperanzas a las que se aferraba se quebraran por momentos. ¿Fue necesario actuar? No quiso responderse, la imagen de aquella niña siendo introducida a la fuerza en la furgoneta volvía a su mente. Fue un acto irresponsable, pero sin duda, volvería a hacerlo, algo en él no le habría permitido nunca dejar marchar a esa furgoneta sin hacer nada. No sería él. No permitiría que pasara de nuevo.

—Si se os ocurre tocarle un solo pelo, juro por todo que acabaré con vosotros —rumió sin separar los dientes. Su definida mandíbula se contraía con tanta fuerza que parecía que fuera a desencajarse en cualquier momento. Miró de reojo a su acompañante, que parecía regodearse con su agonía.

—Tú límitate a hacer lo que se te exige y nada malo ocurrirá —respondió sonriendo el gorila—. Para eso estamos mi compañero y yo. Para asegurarnos de que todo sale bien y que tu hijo vuelva con su mami más pronto que tarde.

—¡Hijo de perra! Ni se te ocurra...

—¡Eh! Vamos a intentar llevarnos bien. No creo que estés en condiciones de poder exigir ni agua. Así que arranca el coche, que se hace tarde.

Obedeció casi sin fuerzas, pero obedeció. El motor bramó, dispuesto a cumplir con las exigencias de su propietario, que pisó el pedal del acelerador con suavidad, haciendo que el todoterreno vibrara bajo sus pies. Al fin, las ruedas comenzaron a rodar por el asfalto. Varias solitarias gotas de agua morían en el parabrisas del coche mostrando las furiosas intenciones de un cielo caprichoso.

—¿Siempre me he hecho una pregunta? —Una voz aguda que provenía del asiento trasero le alertó, haciendo que dirigiera su vista al pequeño retrovisor interior, impactando de lleno con unos ojos saltones que casi ocultaban los párpados—. ¿Es cierto todo eso que dicen de los *Navy SEAL's*? Eso de la instrucción, lo de tocar la campana. Vamos, eso de que es tan duro.

No respondió, pero en su mente momentos de aquella etapa resurgieron otra vez. Escuchaba cómo la campana sonaba casi cada día, algunos incluso varias veces. Los cascos de sus propietarios repartidos por el suelo. El frío se aferraba a su piel. Podía sentir la humedad en su cuerpo. Tan real que parecía estar viviéndolo nuevamente. Era peor de lo que se decía.

—Lo que sí es cierto es que todos acaban locos —respondió su compañero. Ambos soltaron una risa, al unísono, aunque algo desafinada.

Una idea desesperada apareció en la cabeza de Konner al pasar junto a una comisaría de Policía. Sabía que no podía contar con la ayuda del cuerpo. No era seguro contarles lo que pasaba porque alguien entre todos ellos jugaba a dos bandos. Y temía que no fuera uno solo. Su idea iba más allá, retrocedía en el tiempo, hasta aquellos instantes que todas las noches se veía obligado a revivir. Solo rezaba para saliera bien, porque si no, se vería solo en una misión casi imposible.

—Necesito repostar —informó a los dos acompañantes, que le dedicaron una mirada disconforme.

—¿No llegas al destino que se nos ha exigido?

—Si te quieres arriesgar. Yo he avisado, así que si algo sale mal, será tu responsabilidad.

—Steve —exclamó el hombre menudo desde la parte trasera.

—¡Serás idiota! Habíamos quedado en que nada de nombres.

—¿Y cómo iba a saber él que ese es tu verdadero nombre? Serás capullo, tú solo te has delatado. —Su reclamo parecía más una burla que un reproche, ambos, al final, acabaron riendo de nuevo—. La verdad es que me estoy meando. Podríamos parar un segundo.

Tras meditarlo durante un breve espacio de tiempo, el tal Steve se encogió de hombros y dirigió una mirada seria a su nuevo compañero, que supo de inmediato que tenía permiso para repostar.

Acababa de detener el Ford Ranger justo en el cruce con *Bass Park Boulevard*. Frente a él, una gasolinera se alzaba en plena esquina, con varias filas de surtidores amparados bajo un techo de chapa endeble y barata. Se paró ante el más alejado de las cámaras, sucumbiendo a sus temores, que le hacían desconfiar prácticamente de todo.

—Bien, nosotros vamos a ir a mear y a comprar algo. Tú llena el depósito y hazte cargo de la cuenta —expuso Steve inflando el pecho como un sapo intentando defenderse—. No hace falta recordarte lo que pasará si intentas escapar. O si haces algún movimiento raro, como llamar a la poli o a tu mujer.

Ambos colegas se marcharon entre risas mientras Konner abría el depósito y se preparaba para llenarlo. Observó durante dos minutos cómo se alejaban aquellos dos personajes, a cada cual más estafalario.

En cuanto se vio solo, no lo dudó, abrió el maletero y rebuscó en uno de los cajones. Todo tipo de aparatos para pescar se movían por el interior, pero lo que él buscaba no se usaba para esa práctica. Lo encontró dentro de una pequeña caja de cartón, al fondo del cajón. En el interior había un teléfono blanco y azul protegido por corcho. Se trataba de un teléfono vía satélite Thuraya XT-PRO que utilizaba para cuando tenía que adentrarse en zonas donde la cobertura era casi nula. El pequeño tamaño del aparato le permitió ocultarlo en el bolsillo interior de su chaqueta negra. Después de aquello solo tuvo que esperar hasta que sus dos nuevos compañeros salieron de la tienda, para entrar él.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Steve poniendo una mano en su pecho para frenar su avance.

El olor a sudor que se almacenaba en el interior de los ropajes de aquel

zarrapastroso individuo se sentía incluso en el exterior, el frío del ambiente potenciaba aquel hediondo olor. Konner no respondió. Se limitó a dirigir su mirada al brazo de aquel personaje, mientras que su respiración se aceleraba por momentos y el ritmo de sus latidos cobraba más energía. Conteniendo las ganas de golpearlo con todas sus fuerzas, se deshizo con poca delicadeza del brazo y clavó sus ojos en la mirada profunda de aquel tipo.

—¿Nos vamos sin pagar?

El silencio se adueñó del momento. Por un lado, Konner desafiaba con la mirada a Steve, que le devolvía un gesto de gozo, estirando la comisura de los labios hasta tal punto que podía verse cómo se cuarteaban, dejando pequeños rastros de sangre a lo largo de los mismos y restos de piel reseca a punto de descolgarse.

—Vamos, déjalo que vaya. Tiene que pagar tus gafas nuevas.

—¡Oh! Es cierto —reaccionó mostrando en sus manos unas gafas negras de cristal transparente—. Son estas, ¿te gustan?

Konner entró en la tienda escuchando las carcajadas de aquellos dos infumables idiotas. «Ya llegará el momento» pensó perdiéndose en el interior de la tienda. Con gran celeridad, acuciado por la situación, sacó el teléfono vía satélite y también el suyo. Buscó el número en su terminal y lo reprodujo en el otro aparato. En sus labios se podía ver cómo rezaba mientras la señal buscaba su destino. Sin respuesta.

—¡JODER! —gritó en voz alta haciendo que una mujer de avanzada edad se girara sobresaltada por aquel alarido. El dependiente también alzó la barbilla. Sintió que todos allí lo miraban pero nada de eso le importaba, él se centraba en otra cosa. Por el pequeño espejo interior del local, veía a Steve y a su compañero de pie, fuera del coche, esperando. Volvió a marcar. Nadie respondía. Su desesperación crecía a medida que la aguja larga del reloj que colgaba de la entrada avanzaba—. ¡Vamos!

—¿Quién es? —Al fin, una voz grave y arenosa se reprodujo por el auricular del teléfono.

—Jaidon... —Konner se detuvo antes de seguir con su charla. Hacía mucho tiempo que no hablaban y no sabía cómo iba a reaccionar.

—¿Kon? ¿Eres tú?

—Sí, Jaidon, necesito tu ayuda.

—¡Qué alegría, hermano! Te hacía muerto o algo peor. ¿Por qué mierda no me has vuelto a llamar? ¡Joder, tío! Te echaba de menos. ¿Cómo están todos? ¿Kassie...?

—¡Jaidon! Tienes que escucharme. Estoy metido en un lío.

Nadie contestó al otro lado. Tras esas palabras, Konner parecía estar hablando solo. Jaidon se esfumó. Sus temores crecieron viendo su futuro y el de su hijo peligrar.

—¿Por eso me llamas con un número de teléfono desconocido?

—Seguro que el mío lo tienen pinchado. No sé a quién más recurrir. Jaidon, tienen a Dylan.

—¿Que tienen...? —La voz de su compañero vibraba, bailando entre tonos graves y agudos. Los nervios se hacían patentes en su voz—. Cuéntame. ¿Qué necesitas?

—Escúchame bien. No tengo tiempo. —Mientras informaba de la situación, vio cómo el muchacho sin nombre se acercaba a la tienda moviendo el cuello como una paloma picoteando en la acera. Iba a buscarlo. Decidió hablar en clave para ahorrar tiempo—. Han secuestrado a Dylan hoy. Primero a una niña ayer. Colegio Abraham Lincoln. Tienes que investigar por tu cuenta. El cuerpo de policía no es seguro.

—En unas horas estoy allí.

No hacía falta dar más detalles. Colgó el teléfono, se apoderó de varios paquetes de comida y se dirigió a la caja.

—¿Qué hacías? —Una voz a su espalda lo alertó. Era el muchacho que se acercaba a la tienda hacía un minuto.

—Quiero comer algo.

—¿Y has estado cinco minutos buscando comida?

—¿Hay algún problema con ello? —respondió desafiándole, como a su compañero. Sus miradas se cruzaron durante varios segundos.

—Vamos, se nos hace tarde.— Tras eso, se volvió a marchar por donde había venido.

Konner pagó la cuenta, gastó cincuenta dólares en gasolina, diez dólares en cerveza y aperitivos y los cuarenta y cinco dólares de las gafas de Steve,

pero había cumplido su propósito y algo en su interior le hacía creer que ahora tenía una opción para que al final, todo saliera bien. Jaidon había prometido que lo ayudaría.

—Si la próxima vez te perdemos de vista, me veré obligado a informar a nuestro contacto.

—¡Que te follen! —respondió a Steve, que le devolvió una carcajada ronca.

Al fin, pusieron rumbo al *114 de Parkway*. Tomaron la I395 y en apenas diez minutos se presentaron en el destino. Algo llamó la atención de Konner. Acababa de aparcar frente a una comisaría de Policía, y su instinto le decía que nada bueno iba a salir de todo aquello. Apenas transcurrieron dos minutos cuando el teléfono negro volvió a sonar.

—Bien, McMurray. Primero voy a advertirte de que si vuelves a hacer movimientos extraños, me veré obligado a hacer daño a tu hijo. Así que...

—Si se te ocurre ponerle una mano encima a Dylan...

—No lo haré yo. Tienes que pensar que tu hijo está colgando de un precipicio. Y eres tú quien lo sujeta al otro lado. Cada error que cometes representa un poco de cuerda que se te escapa de las manos. Y da por sentado que tienes muy poca cuerda con la que jugar, así que si yo fuera tú, me lo pensaría dos veces antes de hacer nada. Es como la fábula de la espada de Damocles, ¿la conoces?

—Dime qué mierda quieres y acabemos con esto cuanto antes.

—Parece que no, bueno, te la cuento. Según cuenta la leyenda, Damocles fue un cortesano que adulaba insistentemente y de forma excesiva a Dionisio I. Tanto fue así, que un día este le propuso cambiar sus papeles durante un día y una noche. Aquella jornada en la que a Damocles le fue otorgado el poder del tirano de Siracusa organizó una gran fiesta donde comieron y bebieron hasta que ya no pudieron más. Fue ahí cuando Damocles se percató de que una espada colgaba sobre su cabeza, sujeta por un pelo de crin de caballo. De inmediato, renunció a su poder, sabiendo que cuando alguien está en una posición así, cualquier mínimo cambio puede arrebátártelo todo. Y así es como está tu hijo ahora mismo.

—¡Maldito hijo de perra! Acabaré contigo —arremetió Konner derramando

la furia por su boca.

—Todo a su tiempo. Las cosas se hacen bien. Ya lo entenderás. Pero el tiempo es nuestro mayor aliado. Si dejamos que pase el suficiente, se convierte en un arma tan poderosa que puede llegar a destruir más incluso que una bala. ¿Ves lo que hay frente a ti?

Konner contempló cómo el sol se ponía lentamente por detrás de un pequeño bosque que se alzaba frente a él. Una franja dorada recorría el firmamento, apenas visible en unas pocas zonas por donde las nubes grises dejaban pasar su luz. Cruzando la carretera, un enorme edificio de ladrillo rojo se erguía solitario.

—Exacto, es una comisaría de Policía. Tranquilo, tu misión no es asaltarla —dijo lanzando una sonora carcajada aquella anónima voz—. Tu objetivo saldrá dentro de unos minutos. Un Dodge Charger. Deberás detenerlo y, bueno, los demás detalles ya los saben tus dos compañeros. Espero que no cometas ningún error esta vez. Volveremos a hablar cuando todo acabe y te daré nuevas instrucciones.

El hombre que ocupaba el asiento trasero colocó su mano sobre el hombro de Konner, provocando que, como tantas otras veces, su mente volviera a retroceder en el tiempo hasta aquella tarde.

Viajes al pasado, unos alegres y otros aterradores, era lo que estaba viviendo a lo largo de esos días y sabía que su cordura se acabaría perdiendo en alguno de esos recuerdos. Para no volver nunca más. Pero no sería en ese momento. Su propia mente se alejaba a gran velocidad, mientras que la dulce voz de ella iba adquiriendo protagonismo.

VERANO DE 2006

—Y bien, ¿cuál será la primera visita? —preguntó ella tras sentarse en el asiento del copiloto.

Konner la observó embelesado, como el que espera con anhelo poder contemplar una puesta de sol. Aquella figura esbelta, de piernas largas y doradas, que dejaban ver parte de su piel por la zona donde la tela se extinguía, hacía que sus pasiones internas se desataran, imaginando todo aquello que su vestido ocultaba. Pronto, ese deseo se encendió como un destello producido por la piedra de un mechero al hacer contacto con la rosca metálica. Sus ojos chocaron con los de ella y en ese instante, olvidó todo cuanto la vida le había enseñado. Olvidó su nombre, dónde se encontraban en ese momento, apenas podía concentrarse en introducir la marcha. Solo podía centrarse en ella. En esa sonrisa tímida, en esos dientes perfectos y blancos y en esa melena rubia que se descolgaba por delante de sus hombros.

—¿Nos movemos? ¿O prefieres enseñarme la ciudad desde aquí?

Por fin, aquella graciosa observación hizo que volviera en sí. Arrancó el vehículo y se puso en marcha sin un rumbo fijo. Tras cada semáforo, optaba por una calle distinta. Sin saber del todo lo que hacía y ante la mirada crítica de su acompañante, él circulaba indeciso, como el que camina a oscuras por un laberinto.

Tomó la I-95 para más tarde salir por la salida de *Brodway*, donde una colina se presentó ante ellos. Konner conocía algo de la historia de aquel valle, así que decidió parar y hacerle una visita guiada.

—Así que me has traído a un bosque. ¿No serás un asesino? —inquirió ella alejándose unos pasos. Su broma la llevó a introducirse por un pequeño sendero y esconderse detrás de la copa de un árbol.

—Si lo fuera, este sitio sería perfecto para ocultarte. ¿Conoces el dicho de si un árbol cae en mitad de un bosque, hace ruido? —Mientras devolvía la

broma, se acercó a ella y se quedaron uno frente al otro, mirándose a los ojos fijamente. Ella sonreía, él se sonrojaba. Al final, concluyó como pudo su observación—. Pu... pues se inventó en este bosque.

Ambos rieron pero sin apartar sus miradas el uno del otro. Ella, tras unos segundos, volvió al sendero bailando con algunos árboles antes de llegar. Konner la siguió avergonzado y sin saber cómo continuar. No era común que se sintiera así, pero tampoco lo eran los sentimientos que esa chica había despertado en él.

—Estamos en el parque de *Essex Wood*. Un parque que hace tiempo no era más que un vertedero, pero con la ayuda de la mano del hombre se convirtió en esto. Un enorme bosque donde la gente puede venir a hacer deporte o a merendar.

—¿Y tú vienes mucho por aquí?

—A veces. Me hace recordar cuando mi padre me traía. Paseábamos juntos por aquí, en silencio. Decía que si uno guarda silencio en un bosque, puede escuchar cómo este le habla.

—¿Y dónde está tu padre ahora? —preguntó ella acercándose de nuevo a él. Ambos comenzaron a caminar a la par por el pequeño sendero de tierra que se perdía en el interior del parque.

—Murió siendo yo joven. En un despliegue militar.

—¿Él también era Marine?

—En mi familia todos lo fueron. Es como una tradición.

Ella lo observó y su mirada se turbó durante unos segundos. Esa sempiterna sonrisa que la acompañaba se desdibujó, ocultando tras los labios sus dientes.

—¿Entonces tú eres Marine por herencia?

—Más o menos. Nunca fue algo que me llamara la atención, pero mi padre, desde que yo era todavía muy pequeño, me preparó para el ejército. En casa siempre nos levantábamos a las siete. Solíamos tener las mismas rutinas. Cuando el murió, algo en mí hizo que me decantara por esa opción.

—¿Y te gusta lo que haces?

—Es lo que debo hacer. No es gusto, creo que ya no valdría para nada más. Cuando era joven, me gustaba mucho el béisbol. Incluso llegué a jugar en

el equipo local. Pero ahora... —No quiso completar la frase. Sus anhelos pasados chocaban con su positivismo cuando barajaba la posibilidad de un presente distinto.

—¿Y qué piensas de tu herencia? ¿Te gustaría que tu hijo siguiera tus pasos? —Con el tono en que fue lanzada esa pregunta estaba claro que la respuesta que Konner diera podría afectar al resto de la cita.

—Si mi hijo quisiera seguir mis pasos, primero le explicaría lo que mi padre no me explicó a mí. Le contaría que sus noches nunca volverán a ser las mismas. Le diría que para luchar por tu país debes ser un ciudadano ejemplar y no castigar a quien no lo sea. También le diría que lo que va a presenciar en ese mundo tan solo le traerá miedos y pesadillas. Y si después de eso, quisiera seguir ese camino, sería decisión suya.

—¿Volverías a elegir esta vida si retrocedieras en el tiempo?

—Si esta noche desapareciera por cambiar mi pasado, no cambiaría nada —respondió con el alma. Cuando acabó de hablar y analizó sus palabras, supo que su precipitada observación había sido demasiado directa. Lanzó una rápida mirada a su compañera, que guardaba silencio observando el suelo. Pudo percibir en sus mejillas un ligero tono rosado. Aclaró su garganta e intentó eliminar la tensión provocada—. ¿Cambiamos de ubicación?

Tras la respuesta positiva de ella, volvieron al coche. Corría una ligera brisa fresca que sacudía con suavidad su vestido, con unos movimientos hipnóticos que seducían a Konner, haciendo que maldijera a *Einstein* y su teoría de la relatividad. La cita estaba pasando a la velocidad de la luz, y pronto acabaría.

—¿Dónde vamos ahora? —inquirió ella.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Nadie me espera en mi habitación. ¿Y a ti?

Con una sonrisa renovada calculó cuánto tardaría en llegar al lago *Pushaw*. Era una zona preciosa para poder disfrutar tanto de noche como de día, así que sin meditarlo apenas, decidió que esa sería su próxima visita. Su ilusión se apagó cuando vio que ella se disponía a subir al asiento trasero del coche. Algo que en su interior no comprendió. No hizo falta preguntar, su mirada extrañada hizo que ella soltara una risotada contagiosa y le informara

de que el resto del viaje lo iba a hacer ahí detrás.

—Hoy tú eres mi chófer. No puedo rebajarme yendo al lado del conductor —dijo tensando los músculos de la cara para imitar un gesto soberbio. Ambos rieron y el coche se puso en marcha en pocos segundos.

El viaje fue intenso. Konner no podía evitar observarla por el espejo interior. Ella contemplaba el paisaje que iban dejando atrás. Él se maravillaba observándola mientras se perdía en el verde y frondoso paisaje.

—¿No tenéis este paisaje donde vives? —preguntó intrigado al verla tan feliz.

—Vengo de Filadelfia y allí hay mucho verde también. La única diferencia es el clima.

—Entonces, ¿por qué estás tan embobada mirando el paisaje?

No respondió. Se limitó a fijar su vista en el espejo, sonriendo y en silencio. Su mirada penetró con tanta intensidad en el pecho de Konner que pudo sentir cómo su corazón latía con fuerza cerca de su barbilla. En el cuello.

—Hemos llegado, señorita. Ante usted tiene el lago *Pushaw*. Otro paraje turístico muy visitado.

La información de Konner contrastaba con un paisaje verde y oscuro. La noche apenas dejaba ver la orilla del lago. Decenas de luces lo bordeaban, procedentes de viviendas cercanas al paraje. Ambos se deleitaron con el paisaje durante unos segundos. Ella se colocó entre los dos asientos delanteros, pero sin moverse de la parte trasera, apoyando sus brazos junto a los cabezales de los asientos de tela sintética medio desgastados.

—¿Sabes a que me recuerda esto? —preguntó ella bajando un poco el tono de su voz. Konner pudo apreciar que su respiración se había vuelto algo más acelerada y que sus ojos se clavaban en él.

Negó con la cabeza mientras tragaba saliva con fuerza. Sus palabras se habían bloqueado en la garganta y no conseguían salir. Lo único que podía analizar era sus labios. Unos labios rosados y carnosos que atrapaban la exigua luz que la luna les proporcionaba.

—A la escena del coche del Titanic —repuso ella mientras se acercaba a él.

Puso una mano sobre su hombro con suavidad y lo atrajo hacia ella. Fue

un eterno segundo. Un trayecto de apenas un suspiro, pero que duraría para siempre. Un corto recorrido de dos cuerpos que impactaron el uno contra el otro. Primero chocaron sus frentes y tras una mirada cómplice, sus labios también se fundieron en una sola boca, devorándose con cuidado pero con ansia. El ansia de toda una noche de deseo. La mano de ella pasó por su pecho y se ocultó tras su nuca, atrayéndolo hasta el asiento trasero. Ahí él empezó a desatar toda la pasión que en su mente almacenaba desde la noche anterior.

Llevó sus dos manos hasta la cara de ella y le apartó el pelo para contemplarla mejor. Quería impregnar su memoria de ese rostro y así guardarla para la posteridad. Ella lo miró con los ojos brillantes. Sus labios habían perdido algo de color, que se repartió por el resto de la cara. El calor empezaba a hacerse patente en el interior del vehículo. Tras ese choque de miradas, volvieron a comerse el uno al otro, entre respiraciones entrecortadas y movimientos bruscos.

Konner comenzó su descenso hacia la locura, llevando su mano desde la nuca de ella hasta la espalda. Ella imitó su gesto, pero prefirió el pecho como destino. Desabotonó su camisa y liberó parte de su cuerpo, dejando su torso semidesnudo. Con fuerza, él la agarró y la posó sobre su cintura, haciendo que su vestido perdiera terreno entre las piernas. Un jadeo la acompañó en el viaje hasta que se vio encima de él. De nuevo, una sonrisa se escapó de sus labios, antes de volver a perderse en los de Konner, que había decidido descubrir aquello que ocultaba el vestido. Puso cada una de sus manos en los muslos de ella y comenzó a escalar posiciones. Poco a poco, se perdieron bajo la tela hasta que llegaron a la goma de su ropa interior. No se detuvo, siguió avanzando hacia su espalda, marcando la ruta con sus dedos, y los deslizó hacia abajo de nuevo. Pudo notar cómo sus manos se amoldaban a la perfección a sus nalgas mientras ella dejaba escapar un pequeño gemido de nuevo.

Dos botones más se hicieron a un lado, solo faltaba uno para que la camisa de él se abriera por completo. Unos abdominales perfectamente marcados se asomaron y las manos de ella se deleitaron acariciándolos. Al fin, se deshizo del último botón y llevó sus manos a la hebilla del cinturón de su pantalón.

—¡Mierda! —dijo ella esgrimiendo una mueca tímida de susto. Tras sus palabras saltó al asiento del vehículo mientras se acomodaba la falda.

Dos luces blancas rompieron la magia que se había creado en el interior del coche. Al destello blanco le siguió un baile de luces rojas y azules y un intermitente sonido que procedía de la sirena del vehículo que se hallaba tras ellos.

Una vez más, aquellas luces se clavaron en las retinas de Konner que luchando por evitarlo, notaba cómo volvía a la realidad de nuevo. Ella se alejaba otra vez.

JAIDON CONTEE

19 de enero de 2016, 21:05

Hay llamadas que no se pueden ignorar. Y la de un amigo es una de ellas. Siempre tuve la firme creencia de que una amistad es mucho más poderosa que el lazo de sangre que te pueda unir a otra persona. Y así condicioné mi vida, con esa idea como código personal.

La amistad, al igual que el amor, son sentimientos. Sentimientos que surgen a raíz de una conexión especial con otro ser. Mucho más fuerte que la de un hermano o un primo. Un amigo es alguien que tú has elegido, tu alma gemela, o como sea que quiera uno llamarlo. El mejor confidente. Cuando pienso en la amistad, el nombre de Konner se presenta ante mí. Él siempre fue y ha sido como un hermano para mí. Así que cuando recibí su llamada, no lo dudé.

Llegué a Bangor en mi propio coche y en un tiempo récord. Apenas tardé cuatro horas. Por la poca información que recibí de mi hermano, algo lo llevaba a no confiar en los cuerpos de seguridad del Estado. Si él no confiaba en ellos, yo tampoco lo haría, por supuesto.

Me hospedé en el *Motel 6 Bangor*. Un pequeño motel ubicado justo en una de las salidas de la *Interestatal 395*, a las afueras de la ciudad, ya que me había observado una tienda de alquiler de coches a menos de una milla del motel. Con un vehículo de alquiler sería más complicado que me identificaran. Podrían hacerlo, pero tardarían un poco más. La experiencia también cuenta en estos aspectos.

No fue difícil encontrar la dirección que me proporcionó durante su llamada. Todavía tenía sus palabras gravadas a fuego en mi alma. Su hijo, el pequeño Dylan, había sido secuestrado. Las manos me temblaban al pensar en lo que podían estar haciéndole al pequeño mocoso.

Recorrí la calle buscando alguna pista que pudiera ayudarme con el caso. Sabía que estaba solo, pero algo en mi cabeza me intentaba convencer de que no todo el mundo debía ser malo en esta ciudad. Si bien es cierto que las miradas analíticas que recibía continuamente me recordaban que era un forastero, no me importaba. Al fin y al cabo, Bangor es una ciudad que no está acostumbrada a que los negros fisgoneen por su vecindario. Pero eso era algo que yo ya tenía asimilado.

Si no hubiese sido por el *ST-9* y por mi familia de guerra, no sé dónde estaría ahora mismo. Tenía que reconocer que mi vida no había sido de color de rosa. Más bien hacía honor al de mi piel. Un negrata del *Bronx* pandillero y delincuente. ¿Qué se podía esperar de mí?

Cuando me ofrecieron la posibilidad de entrar a formar parte del ejército como pago de mi condena por el atraco de una gasolinera, no imaginaba que me traería hasta aquí. Rebuscando en la basura de blancos mimados para intentar encontrar el hijo de mi hermano, también blanco. La vida es así, y doy gracias al señor por ello. Por haberme reconducido hacia el buen camino.

Cerré los ojos durante un segundo y dejé que la helada brisa nocturna se introdujera en mi cuerpo. Calenté mis manos con el vapor de mi propio aliento y contemplé aquella calle de nuevo. ¿Qué querría decirme? «Primero una niña, hace dos días», recordé. Mientras mi mente buscaba una repuesta a todo aquello, esta me encontró a mí, casi sin tiempo para reaccionar.

La calle se distribuía en parcelas individuales, con casas unifamiliares, casi todas de dos plantas más el desván. Tras dejar atrás el colegio donde habían sido atacados los dos niños, vi que varias casas estaban situadas la una frente a la otra, con la calle separándolas. Fue una de ellas la que llamó mi atención. Sobre el porche, junto a una bandera americana que ondeaba tímidamente, acariciada por el gélido viento, pude ver una pequeña cámara de video vigilancia. Recé por que funcionara bien y así poder descubrir algo.

Un hombre de avanzada edad abrió la puerta tras varios reclamos míos. En algunos, incluso llegando a aporrearla con fuerza. Pude apreciar el desagrado en su rostro y otro sentimiento que deduje que era precaución, pues no quiso abrirme la puerta de tela metálica que protegía la principal.

—¿Qué quieres, muchacho? Aquí no se te ha perdido nada —soltó a

bocajarro mirándome de arriba abajo. Yo mantenía una postura firme, al estilo militar, con los brazos por detrás de mi cuerpo y las piernas juntas.

—Buenas noches, señor. Mi nombre es Jaidon Contee, sargento primero del ejército de los Estados Unidos de América. —Llevé mi mano a la frente para mostrarle mi saludo oficial, gesto que hizo que aquel hombre relajara casi todos sus músculos, salvo el que sujetaba la puerta.

—¿Y qué haces aquí?

—He sido enviado para llevar a cabo una pequeña investigación sobre lo ocurrido estos días, justo aquí. —Señalé el colegio público para intentar desbloquear al anciano, cuya tenacidad lo mantenía aferrado a la puerta.

—Yo no quiero saber nada de eso. Vete a otro lado a preguntar. —Sacudió la mano como el que intenta apartar una ráfaga de aire incómoda.

—Señor, disculpe, pero he podido observar que tiene usted una cámara de grabación orientada a la calle. Me gustaría tener acceso a las grabaciones de los últimos días.

—Ya le he dicho a la policía todo lo que sabía. También se han llevado una copia de las grabaciones. No quiero saber nada más, hijo, márchate.

—Le repito que yo trabajo para el ejército de los Estados Unidos. Mi investigación es paralela a la que pueda ejercer la Policía.

—¡No, no! Vete, muchacho, vete de aquí. —Con un visible nerviosismo intentó cerrarme la puerta en la cara, cosa que le impedí abriendo la pequeña puerta protectora y sujetando la principal—. ¡EH!

—Señor, es importante. No quiero tener que insistir, pero si no colabora, tendré que solicitar una orden y en apenas dos horas tendrá aquí varias unidades del ejército. ¿No prefiere usted hacerlo de manera silenciosa? Sin que nadie se entere.

El hombre me miró cabizbajo, casi de reojo, ya que aparte de tener la barbilla algo inclinada, su estatura tampoco jugaba a su favor, mis más de seis pies de altura le obligaban a tener que torcer el rostro para mirarme a los ojos. La pequeña bola que le acababa de lanzar pareció surtir efecto. El hombre se hizo a un lado y me dejó pasar.

El olor a rancio y a encierro podía palpase en aquel ambiente enrarecido. Un salón bastante descuidado nos recibió primero. A lo lejos pude ver la

cocina llena de trastos por lavar y varias bolsas de basura apoyadas en una de las paredes. Sin duda, parte de aquel olor provenía de ahí. El hombre siguió avanzando y se perdió en el piso superior. Yo, sin dudarlo, seguí sus pasos hasta que llegamos a una pequeña habitación oscura. El hedor en su interior todavía se intensificaba más si cabe. Aquel anciano había reacondicionado toda una habitación para convertirla en su propio estudio de grabación. Varios monitores mostraban en directo el exterior. Eran tres las cámaras colocadas, aunque yo solo advertí una desde fuera.

—¿Esto es...? —Quise preguntarle por la legalidad de todo aquello, pero preferí evitarlo. No procedía en ese momento hacer juicios de valor. Debía centrarme en lo importante—. ¿Puede mostrarme las grabaciones de hace dos días?

—¿Qué quiere ver en concreto?

—La salida de los niños. Quiero ver todo lo que tenga sobre la hora en que salieron del colegio. Supongo que sería sobre las tres de la tarde.

—Estas cámaras no graban el colegio. El edificio vecino lo oculta.

—No importa, lo que tenga será de utilidad.

Tecléo en un pequeño ordenador, conectado a otro monitor distinto al que yo estaba prestando atención, y en cuestión de segundos, unas imágenes con fecha del 18/01/2016 aparecieron en una de las esquinas, en sus respectivas pantallas.

El hombre tenía razón, no se veía nada. Tan solo un tráfico algo inusual para esa calle pero que era debido a que los padres recogían a sus hijos.

—¿Cómo se controla la velocidad de la grabación? —pregunté manoseando algunos botones de un pequeño teclado que había en la mesa.

El anciano me indicó los botones de control de tiempo. Avancé hasta que pude distinguir el coche de Konner. Su Ford pasó por delante de dos de las tres cámaras y no lo volví a ver. Un Mercedes negro también pasó unos minutos después. Parecía estar circulando a cámara lenta. Presté atención, pues ese comportamiento denotaba la clara intención de que nada bueno tramaban. La baja calidad de la imagen unido a que la furgoneta tenía los cristales tintados me hacía imposible distinguir nada. No podía saber ni cuántas personas viajaban en su interior, ni apreciar los rasgos de nadie.

Durante varios minutos la calma reinó en aquellas pantallas. Hasta que cuando una imagen marcaba las 15:35 observé cómo el todoterreno negro pasaba a gran velocidad, en la misma dirección por la que había llegado. Una de las cámaras se orientaba hacia el cruce, así que pude ver la dirección que tomaba. Konner pasó tras ellos unos segundos después. Lo que me llamó la atención fue que un minuto después, un Dodge negro que de inmediato identifiqué como los coches que usa la Policía en acciones de incógnito, también salió en la misma dirección y a una velocidad considerable. La única diferencia era que ese coche no estaba en la calle. Pasó por la avenida por la que huyó el todoterreno.

—Póngame las grabaciones del día siguiente —ordené sin mirarlo siquiera. No me interesaba la cortesía ahora. La rabia se había situado en mis nudillos y pedía ser liberada.

Cuando las imágenes aparecieron, pude ver un continuo desfile de coches patrulla surcar la calle. Había empezado tarde el vídeo, así que retrocedí la cinta de forma manual. Esos mismos coches se alejaban de la escena, las hojas que se descolgaban de los árboles volvían a su origen. Mis ojos se nublaron cuando en la imagen apareció un gran número de niños que corrían pero en sentido inverso, pasando de diseminarse por toda la calle, a juntarse en el centro del asfalto. Pronto la secuencia fue cobrando vida. Observé cómo un coche negro, un BMW, llegaba al cruce mientras los niños se apelotonaban sobre él. De pronto, vi que una persona encapuchada bajaba del vehículo con un niño en brazos y lo dejaba en la calle para desaparecer de nuevo mientras la algarada volvía a organizarse de forma homogénea. Pausé la grabación durante un segundo para después iniciarla una vez más, esta vez de forma natural.

En la secuencia aparecía de nuevo aquella marea de niños saltando. Delante de ellos iba una profesora, otra más se ocupaba del centro del grupo y una tercera mujer, de pelo largo y claro, controlaba la retaguardia. Fue su actitud, cuando apareció el coche lo que me hizo prestar atención, en el instante en que se abalanzó sobre ellos casi atropellando a un par de niños. Vi cómo la profesora se aferraba a dos niños y una niña que tenía junto a ella. Lo más extraño fue que cuando llegó el coche, Dylan era el niño que estaba más

próximo a ella, pero de inmediato, se lanzó sobre los otros dos y dejó al pequeño a merced de los captores que con gran facilidad lo apresaron. Todo lo demás ya lo había visto.

—Necesito una copia de esta grabación —exigí al anciano.

—No puedo hacer eso.

—No era una pregunta.

No volvió a discutir. Tardó varios minutos, pero al fin, pude salir de esa casa, que me revolvía las tripas, con la grabación. Me iba a ser muy útil.

Caminé por la acera en dirección al cruce donde se había cometido el secuestro. Cuando llegué, lo único que pude hacer fue cerrar los ojos e intentar dibujar el rastro que había seguido. Desbloqueé el teléfono y busqué por internet alguna noticia referente a la primera persecución. Necesitaba más información. Poco se decía, salvo que el coche fue detenido en *Chamberlian St.* Ese sería mi próximo destino. El tiempo jugaba en nuestra contra, por lo que debía actuar rápido.

—No pienso fallarte, hermano —dije en voz alta una vez puse rumbo a la zona de la detención. Un coche patrulla pasó por mi lado y pude sentir cómo la mirada del agente me escrutaba sin complejos, lentamente.

KONNER

Decisión 2

19 de enero de 2016, 20:12

Aquella sirena le devolvió a la realidad a la que se veía sujeto. Contempló cómo un coche patrulla se alejaba con las luces titilando y un rugido agudo que se silenciaba cada vez que el conductor hacía enfurecer al vehículo, su estruendo devoraba el ambiente.

—Ese no es nuestro coche, tranquilo —comunicó el hombre desmadejado que se encontraba en el asiento trasero—. Nuestro amigo saldrá en unos minutos.

—Pues podríais al menos, decirme de qué se trata el plan. Ya que ahora estamos jugando a lo mismo, si queremos que todo salga bien, debo saber a qué nos enfrentamos.

Los dos sujetos se miraron durante unos segundos y después, el apodado como Steve, llevó su vista a Konner a través de sus nuevas gafas.

—Es sencillo. Tu heroicidad de ayer provocó que nuestro plan se fuera al garete. Esa niña es la hija de un testigo, creo que eso ya lo sabes. Bien, pues ahora no sabemos dónde encontrarla, ni a ella ni al testigo. Así que tendremos que tomar otro tipo de medidas. El coche que va a salir lleva en su maletero un pequeño arsenal que fue incautado hace poco. Vamos a robarlo.

—¿Y cómo se supone que vas a robar en un coche de la Policía? —inquirió Konner sin terminar de creerse la historia.

—Ahí, campeón, entras tú —intercedió el otro desde su asiento trasero, dando varios golpes en el hombro al conductor.

—Si vuelves a tocarme, te rompo la mano —amenazó Konner. Sus límites se veían rebasados y no iba a permitir más tonterías. Demasiado se veía obligado a soportar—. Entonces, lo que queréis es que sea yo el que cargue

con el muerto.

—Si lo haces bien, no tendrás por qué. Tú límitate a hacer tu trabajo y lo demás ya llegará. ¿Prefieres perder a tu hijo a ir a la trena?

Konner saltó sobre su asiento, llevando su mano casi hasta el techo del habitáculo. Su odio dominaba en ese instante todo su ser. Intentó contenerse, pero apenas podía pensar en otra cosa que no fuese Dylan. La sangre hacía resumidas cuentas de su pasado para mostrarle un futuro nada probable en la vida de su hijo. Sacó el arrojito suficiente para evitar cometer una locura y volvió a esconder su mano. Algo que no pudo hacer con su rostro, que seguía encendido, con los ojos inyectados en sangre y un doloroso rechinar de dientes.

—Cuidado, amigo. No vayas a cometer ninguna tontería —comentó el mismo hombre, aunque en su rostro se podía apreciar el miedo. Sus labios temblaban y su espalda se apoyaba en la puerta.

—Si le ocurre algo a mi hijo, tú serás el primero en morir.

Ambos se desafiaron con la mirada durante casi un minuto. Tiempo que transcurrió en un tenso y absoluto silencio. La única distracción que Konner recibió fueron los dos focos blancos que provenían del aparcamiento y empezaban a cruzar la carretera.

—Ese es nuestro chico. ¡Vamos allá! —ordenó el otro hombre, que había permanecido callado hasta ese momento.

Aferrado al volante, con el motor en marcha y las luces rojas de su objetivo alejándose, intentó barajar las diferentes opciones que tenía. Hasta el momento, solo una, obedecer todo lo que le mandaran. Dependía de Jaidon. Solo deseaba que estuviera bien y que hubiese llegado ya, aunque desde la llamada solo habían pasado unas pocas horas. Si no se mudó, eran casi 400 millas las que los separaban. Eso, traducido a tiempo, significaba más de seis horas. Todavía debía de estar viajando.

—¡Vamos! Que se nos escapa —gritó el gorila haciendo volver a Konner con ellos.

La furgoneta se incorporó a la carretera y tomó el mismo camino que el coche patrulla, aunque el conductor decidió guardar las distancias. Siguió por *Parkway* sin desviarse. La marcha resultó tranquila, silenciosa y en penumbra,

alejándose pronto de la zona urbanizada para perderse en otra más oscura. El cobijo del bosque proporcionaba la emboscada perfecta. Ningún otro vehículo circulaba cerca de ellos, así que aprovechó que el Dodge había reducido notablemente la marcha para girar por *Greenwood Dr.* Se acercó y sin aminorar, embistió por detrás al coche patrulla.

—¡Joder! —gritó sobresaltado Steve—. ¿Qué mierda has hecho?

—¿No querías que lo parara? Pues ya está detenido. Vamos, no tenemos mucho tiempo. Yo bajaré primero, lo neutralizo y luego bajáis vosotros. ¿Entendido? —Aquella conversación le hizo viajar de nuevo años atrás. Años en los que la vida entre el fuego y las cenizas era el paraíso.

El coche afectado frente a ellos hizo sonar la sirena al tiempo que encendía las luces intermitentes colocadas sobre el techo.

Cuando Konner bajó del vehículo, vio que los cristales de las luces traseras del Dodge se esparcían por el suelo. La parte trasera del coche policial había quedado destrozada, mientras que su todoterreno tan solo tenía la barra de protección delantera algo abollada. Del interior del coche patrulla bajó un chico joven y moreno. Se podía apreciar en su forma de mirar la desconfianza. Se colocó la gorra, ocultando un pelo liso y brillante, y se acercó a Konner.

—Lo siento, no lo he visto, agente. Me he distraído un segundo y... —Su excusa forzada sonó creíble, pero al agente no parecía agradarle la situación.

—Saque los papeles del vehículo —gruñó evitando el contacto visual.

—Verá, le pido disculpas. Yo me haré cargo de todos los daños causados.

—Le he pedido que me muestre los papeles del vehículo.

Mientras se acercaba, notó cómo sus labios finos temblaban con bastante cadencia. Su frente brillaba y no separaba su mano de la funda del arma, intentando evitar que se acercara demasiado. Konner seguía caminando, observando al muchacho retroceder varios pasos y llevar su mano a la *Glock 17 gen-5* que colgaba de su cadera.

—¡No de ni un paso más! —espató con furia quitando el seguro de la funda—. Muéstreme los papeles de su vehículo.

Haciendo caso a las exigencias nerviosas del policía, volvió al coche y sustrajo los papeles reglamentarios del interior de la guantera. Steve lo miró

mostrando una irónica sonrisa.

—¿Salimos ya? —preguntó sin borrar la sonrisa.

—He dicho que me ocupo yo. Vosotros esperad aquí.

—Pues como no te des prisa, dentro de poco tendrás aquí a media comisaría.

Le dedicó una mirada de odio y volvió a dirigirse al agente, que no había movido ni un ápice de su cuerpo desde que amenazó con sacar su arma. Se acercó y le tendió los papeles.

Aprovechó el descuido que el muchacho cometió al separarse de su pistola, dejándola sin seguro y expuesta a unas manos hábiles como las de Konner. Lo asió por el brazo y arrastrándolo hacia él, le propinó un golpe con el codo izquierdo que dio de lleno sobre la mandíbula del agente. Este cayó aturdido sobre una de las puertas del coche y fue en ese momento cuando su agresor consiguió apoderarse del arma y aferrarlo contra él para usarlo de escudo.

Del lado del copiloto otro policía se bajó del coche. Un hombre algo mayor y con un ligero sobrepeso que le complicaba la tarea de ejercer cualquier movimiento con la destreza necesaria. Por otro lado, sus dos nuevos compañeros también bajaron del Ford Ranger. Primero lo hizo el hombre que se sentaba detrás. Salió del todoterreno casi sin hacer ruido y evitando que el otro agente pudiera verlo. No fue el caso de Steve, que bajó mostrando sus manos en alto y con calma para no recibir un disparo.

—¡Suelta el arma! —gritó Konner apoyando el cañón de la pistola que había robado sobre la sien de su propietario—. Suelta el arma o le pego un tiro aquí mismo.

—Tranquilo, muchacho, no vayamos a cometer ninguna estupidez —respondió aquel hombre cuyas arrugas en su rostro brillaban a causa del sudor. Levantó la mano y apuntó al cielo con su arma. Un cielo negro y estrellado. La luna había conseguido encontrar un pequeño resquicio en el cielo gris de Bangor y desde ahí contemplaba la escena—. Podéis marcharos sin problema. Esperaremos hasta que hayáis desaparecido y daremos parte de lo ocurrido. Nadie os buscará. Lo prometo.

—No queremos irnos. Queremos lo que tenéis en el maletero.

—¿Y qué se supone que tenemos? —Su pregunta sonó extraña. Como si algo de lo que acababa de decir Konner no le encajara.

—Eso no importa. Vamos a abrir el maletero y nos lo vamos a llevar.

—Bueno, pero si hacéis eso, no podré decir que no os he vis...

No llegó a terminar la frase, tres estruendos rompieron la calma que la noche producía. Tres destellos de luz, procedentes del arma del tipo que se había bajado primero, cegaron los ojos agotados de Konner. Frente a ellos, de forma fulminante, el policía se desplomó en el suelo. De nuevo, el silencio reinó durante unos segundos, los justos para que Konner observara ojiplático la escena. Veía que por delante del coche asomaba la parte superior del cuerpo y junto a él, un charco de sangre que crecía con el paso de los segundos.

—Pero ¿qué...? —intentó preguntar, pero sus palabras se estrellaban contra el paladar. El nudo que en su garganta se había formado se encargaba de no dejar pasar los vocablos.

—¡No tenemos tiempo! Acaba con ese desgraciado y vamos a llevarnos esto —Steve gritaba con rabia mientras su compañero se acercaba al vehículo policial.

El agente joven intentaba, de forma inútil, revolverse de la llave a la que se veía sujeto. Su respiración se aceleraba hasta casi perder el resuello. Konner podía sentir sus latidos, sobresaliendo casi de su pecho.

—Quédate quieto —susurró para que nadie más lo oyera. Su súplica no surtió efecto. El policía seguía forcejeando para escapar.

—¡Os voy a matar! —gritó con una voz quebrada y casi sin tono. Sus fuerzas amainaban mientras la angustia se liberaba de su cuerpo en forma de sollozos descontrolados.

Konner notó como una de sus piernas flaqueaba así que sin vacilar, le liberó de la llave y volvió a dirigir contra él un golpe que impactó de lleno en su nuca. El muchacho cayó al suelo, golpeándose parte de la cara con la fría chapa del coche, pero no perdió el conocimiento. Solo se quedó tendido en el suelo, gimiendo con levedad de dolor y moviéndose de un lado a otro.

Konner alzó su mano y dirigió el arma que le había arrebatado a su pecho. El chico, cuando vio el gesto, se arrastró de espaldas tanto como pudo hasta

que el coche impidió su avance. Era el momento. Si quería que todo saliera bien, debía tomar una decisión cuanto antes. Dos opciones rondaban su cabeza: disparar o dejarlo vivo. No quería matarlo, pero tampoco quería crear otro conflicto con sus compañeros. Sus dudas crecían a medida que pasaba el tiempo. ¿Qué podía hacer? Disparaba su arma o lo dejaba vivir.

Algo en su interior le convencía de no apretar el gatillo. Bajó el arma y cerró los ojos, culpándose por lo que podía ocurrirle a él, o peor todavía, a Dylan. De nuevo, otro estruendo lo devolvió a la realidad. Había sonado tan cerca que pensó que era su arma la que se había disparado.

El cuerpo del muchacho ya no respondía cuando abrió los ojos, tenía un orificio de bala en la sien. Al otro lado de la cabeza, que se apoyaba en el asfalto, restos de piel y pelo navegaban en un incipiente mar de sangre.

—Te he dicho que te lo cargaras. El próximo, te juro que serás tú. ¡Vamos! —gritó de nuevo Steve, colérico. De su mano colgaba una pequeña y negra pistola. Podía verse el humo ascender en una irregular danza hasta desaparecer del todo.

—Esta maldita puerta no se abre. —El otro compañero luchaba con el maletero para abrirlo—. La jodida hostia que le has dado lo ha dejado hecho polvo.

—Hay una palanca en la parte trasera del todoterreno —respondió Konner casi sin fuerzas. Su mente se había bloqueado, solo veía la imagen de aquel chico, inerte sobre el suelo.

Steve desapareció y después de un largo minuto, volvió al coche con una enorme palanca de metal gris y una mirada turbia que se aferraba al rostro de su enemigo, susurró algo al oído de su compañero antes de forzar de nuevo el maletero del coche. Éste se alejó de la escena tras el relevo, ante la mirada crítica del resto.

—¡Listo! Vamos, no hay tiempo. —El grito alertó a todos que con celeridad, recogieron varias bolsas negras del interior del vehículo policial, las cargaron en el maletero y subieron al todoterreno.

Konner se alejó de la escena a toda velocidad, aunque su mente viajaba de nuevo al pasado mientras contemplaba los cadáveres esparcidos por el suelo. Volvía a revivir todo aquello. Se aferró al volante y aceleró con rabia.

JALALABAD/AFGANISTÁN

25 de febrero de 2011, 21:25

Cuatro años antes

...Que lucha con valentía, que se equivoca y falla una y otra vez. Porque no hay esfuerzo sin error ni limitaciones. Aquel que se esfuerza por lograr su cometido sabe de grandes entusiasmos y grandes emociones...

El cuerpo del muchacho que les había asaltado, justo cuando el equipo intentaba recuperar las armas, todavía se movía a causa de los espasmos nerviosos típicos de una muerte violenta y rápida. Intentando asimilar el momento, Jaidon y Konner se levantaron casi de un salto y se aseguraron de no haber recibido ningún impacto. La adrenalina puede hacer que no te des cuenta de las heridas hasta un tiempo después.

—¡Alex! —gritó Víctor reclamando la atención del resto del equipo. Su mirada se clavaba en el cuerpo de su compañero, que no ofrecía respuesta alguna a sus reclamos.

Raudos se reunieron junto a él e intentaron buscar la zona de impacto del proyectil. Un solo impacto en el pecho fue el causante del derribo del «novato», como lo llamaban todos.

—¿Lleva el chaleco bien puesto? —preguntó Konner mientras dejaba su rifle a un lado y se arrodillaba junto a él.

—Sí, parece que está todo bien. Se habrá desmayado a causa del golpe. Dame un poco de agua —exigió su amigo tras colocar la mano en la nuca de Alex e inclinar su cabeza un poco. Después, Víctor deslizó su mochila por debajo de la cabeza.

En cuanto recibió la cantimplora repleta de agua roció el rostro del joven, que reaccionó casi al instante, lanzando al aire un bufido acompañado del agua que acababa de recibir. Parte del contenido líquido que se había derramado

volvió proyectado a la cara de Jaidon.

—¡Serás...! —maldijo eliminando de su rostro el exceso de humedad acumulada.

—¿Cómo estás, Alex? —inquirió Konner. Por un momento, el miedo se había apoderado de él, mostrándole un escenario poco alentador.

—Chicos, no tenemos mucho tiempo. Esto se está poniendo feo. —Víctor contemplaba una de las paredes, al fondo. Las llamas comenzaban a devorar toda la superficie rocosa, reduciendo a cenizas cualquier estructura que no estuviera bajo la protección del cemento. El calor era ya algo más que incómodo y el tiempo apremiaba—. Tenemos que irnos.

Entre Jaidon y Konner, ayudaron a incorporarse a Alex que, aunque emitió un ligero gemido de dolor, pronto pudo valerse por sí mismo.

—Kon, tú ayúdame con el armamento y que Víctor y Alex recu...

Una nueva deflagración hizo callar a Jaidon. Otra de las lámparas de alcohol acababa de estallar, haciendo que las llamas se reprodujeran con violencia. Todos corrieron hacia el exterior, huyendo del fuego que amenazaba con castigar a quien osara quebrantar sus normas.

—¡Tenemos que llevarnos las armas! —exclamó Konner sin salir de la habitación. Contemplaba la escena tapándose la cara con una de sus manos hasta que tuvo conciencia del peligro al que se exponía. Tras eso, huyó entre lamentos de la zona.

Fue el último en salir. Se detuvo ante cada uno de los cuerpos que se esparcían por toda la casa, buscando entre ellos al personaje que le llevó a iniciar el asalto. Pero ninguna de las caras que allí se encontraban correspondía al susodicho. Ni siquiera la del tipo de túnica blanca que creyó reconocer en la última habitación. De nuevo, su furia creció. Su cruzada tan solo le había servido para dejar más muerte a su paso. Más sangre, sangre que se derramaba sobre su memoria, castigándolo cada noche que su cuerpo se permitía utilizar para descansar.

—¡Vamos! Tenemos que llegar al punto de recogida. Queda poco tiempo.

—¿Qué cojones está pasando ahí abajo? —La voz enlatada de Rohan sonó a través de la radio del equipo—. ¿Es fuego lo que veo salir de una de las habitaciones?

—No hay tiempo para preguntas. Reúnete con nosotros al norte del punto A. Justo frente a la entrada del edificio. Hay un pequeño callejón. Te esperamos ahí.

La zona indicada por Konner correspondía al pequeño callejón por el que habían entrado unas horas antes. Era la mejor ubicación para ocultarse si en el peor de los casos eran descubiertos. Desde ahí podrían responder al fuego enemigo con una mayor cobertura.

Primero llegaron Víctor y un todavía renqueante Alex, que guardaba un silencio quejumbroso. En su rostro se podían distinguir las muecas de dolor que le producía todavía aquel impacto. Jaidon llegó tras ellos y se arrodilló frente a un contenedor de basura. Le siguió Konner, que se quedó guardando la posición en una de las esquinas. El fuego crecía incontrolable, solo era cuestión de tiempo que alguien se percatara y acudiera.

—¿Estáis todos bien? —preguntó de forma generalizada, aunque focalizando su mirada en Alex.

La respuesta fue conjuntamente silenciosa. Todos asintieron mientras se ocupaban de sus propios movimientos. Alex seguía aferrándose a sí mismo, con las manos por debajo de sus hombros. Konner vio que su arma colgaba en su espalda y le advirtió de que en la situación en la que se encontraban debía estar siempre alerta. De inmediato, su compañero volvió a tomar el fusil entre sus manos.

Jaidon, justo enfrente, al otro lado del callejón, reponía su armamento. Había cambiado el cargador de su M4A1 y se preparaba para revisar su chaleco táctico. Por otro lado, Víctor conversaba con Alex, interesándose por su estado y preguntándole si requería de alguna atención especial.

—Por allá viene Ro —informó Konner en cuanto distinguió la figura de su compañero que serpenteaba por el otro lado de la calle.

La vivienda que habían asaltado se alzaba justo frente a una pequeña explanada de tierra polvorosa. Pero alrededor de esta una fila de edificios le hacía una cobertura perfecta. Quizá por eso había soportado algún que otro bombardeo. Y quizá también era esa la razón por la que guardaban ahí el armamento. Konner vigilaba los pasos de su compañero hasta que se detuvo en la esquina del edificio que cada vez alumbraba más la noche. Fue en ese

instante cuando algo llamó su atención. Alzó la mano para indicar a Rohan que detuviera su avance mientras él analizaba la situación.

—Veo movimiento a mis tres en punto —informó por radio a su compañero.

Varias sombras se movían con bastante irregularidad al otro lado del edificio que los protegía. Justo por el callejón contiguo a donde estaban. Decidió esperar hasta poder tener contacto visual y de esa manera aportar un detalle algo más efectivo. Por los movimientos que esas sombras dibujaban dedujo que estaban poniéndose a cubierto.

—¡Chicos! —alertó Jaidon mientras tomaba posición él también—. Nos preparamos para fuego cruzado. ¡A cubierto!

Los chasquidos de las armas preparándose para devorar pólvora alentaron al grupo. Habían alistado sus fusiles y tan solo esperaban el momento para apretar el gatillo y extinguir el silencio que la noche proporciona cuando la paz es propicia.

Las sombras desaparecieron de repente ante el gesto de estupor de Konner, que veía como dos enormes franjas amarillas coloreaban el suelo. Dos Land Rover aparecieron circulando a gran velocidad y detuvieron su avance en la enorme explanada de tierra. La velocidad a la que venían hizo que las ruedas de los vehículos derraparan sobre el irregular terreno, creando una enorme nube de polvo que se expandió a medida que tomaba altura.

—¡Mierda! Tenemos visita.

Del primer todoterreno se bajaron tres hombres ataviados con túnicas blancas y unos turbantes que cubrían toda su cara. Del segundo fueron dos los que bajaron con idénticas indumentarias. Tres hombres más se les unieron caminando desde el callejón. Los dueños de aquellas sombras, quizás.

—¡Joder, Konner! —La radio volvió a sonar en sus oídos—. Estoy vendido aquí.

—Tenemos que afinar mucho la puntería. Ro, prepárate para acabar con el que tienes a tus nueve. Somos cinco y ellos son ocho. Estamos en desventaja. Tendremos que acabar primero con los que están en la retaguardia. Y luego avanzar.

Jaidon usó el contenedor para ocultarse tras él. Víctor y Alex ocuparon posiciones distintas, uno frente al otro, ocultos entre las sombras de los dos

edificios que los guarecían. Tras una de las paredes, Konner advirtió un pequeño butrón.

—Tengo una idea, voy a subir al primer piso para poder tener algo de amplitud. Necesito más campo de visión. Escóndete, Rohan.

Tras el «recibido» de su compañero, se lanzó a través del pequeño agujero hacia el interior del edificio e inició su ascenso. En el primer piso los escombros le imposibilitaban tomar posición, aparte de que no disponía de buen cobijo ante fuego enemigo. Fue en el segundo donde se ubicó finalmente.

Desde allí analizó con detenimiento la escena. Los dos vehículos se encontraban uno junto al otro y tras ellos, tres hombres conversaban con sus armas bajo el brazo. Otros dos se acercaban al edificio con pasos lentos y movimientos rápidos de cabeza. Los tres restantes se repartían alrededor del descampado. Uno de ellos se acercaba a la zona en la que Rohan se encontraba. Los otros dos buscaban en los callejones contiguos, algo más alejados.

—Ro, no te asomes, va uno en tu dirección. ¿Lo tienes, Jaidon?

—Afirmativo. Tengo su cabeza en mi visor. Cuando quieras le dejo el cráneo listo para colgar de una pared.

—Recibido. A mi señal, Víctor y Alex se ocuparán de los tres que están juntos. Yo me cargaré a los que andan vigilando. Vamos a aprovechar que los otros dos han entrado en el edificio. Tres... —Mientras hablaba cerró el ojo que no estaba usando para calibrar su disparo a través de la mira de su rifle y dirigió este al hombre que inspeccionaba uno de los callejones, al oeste de la posición de sus compañeros—. Dos... —Sus latidos se reducían a medida que su respiración perdía cadencia. Templaba su pulso, controlaba sus nervios, centraba su mirada—. Uno... —Sin tiempo para prepararlo, acarició el gatillo y ejerció una ligera presión sin llegar a apretarlo del todo—. ¡Fuego! —Tres destellos alumbraron durante una fracción de segundo el callejón, los justos para que un pequeño silbido acompañara al fogueo. Un nuevo y corto resplandor hizo que las personas que habían quedado de pie cayeran al suelo antes de poder alertar a nadie más—. Rohan, es tu turno, cubrimos la salida y nos preparamos.

Apenas un segundo después de haber alertado del siguiente movimiento,

los dos hombres salieron a gran velocidad del edificio. Fueron unos pocos pasos los que pudieron dar. De nuevo, los destellos silenciosos provocaron que aquellos sujetos convulsionaran antes de caer. Las paredes quedaron decoradas con una parte de sus cuerpos.

—¡No hay tiempo que perder! Nos reuniremos en el punto de encuentro —ordenó de nuevo Konner. En su rostro se dibujó una pequeña mueca de satisfacción al ver su misión cumplida con éxito. Mientras descendía por la misma zona por la que había accedido, su mente organizaba los siguientes movimientos. Todo su equipo estaba ya reunido cuando él salió del edificio.

—Buen trabajo, chicos.

—No tan bueno, si no llega a ser por mi puntería de negrata de barrio, los dos últimos os habrían pateado bien el culo. —Jaidon se mofaba decorando su explicación con un movimiento de piernas para hacerla más gráfica.

—Bueno, no tenemos tiempo de analizar cuántos puntos hemos hecho cada uno. Ya casi es la hora. Tene...

Un ruido extraño les obliga a tomar nuevas posiciones para cubrirse de un posible atentado. Una nueva y más intensa deflagración en el interior del edificio despidió una bola de fuego que se elevó hacia el cielo.

—Esto se va a poner feo. Lo mejor será que nos vayamos —sentenció Alex iniciando él la travesía.

En el momento en que Konner se decidió a seguirlos, algo a su espalda desvió su atención. Tras darse la vuelta pudo comprobar que una sombra algo menuda se acercaba por uno de los callejones.

—¡Mierda! —dijo en cuanto pudo distinguir de qué se trataba, aunque sin tiempo para más, su mente lo devolvió al presente.

KONNER

19 de enero de 2016, 21:25

—¡Mierda! —gritó desde el asiento trasero el flaco vigilante de Konner—. Creo que me he jodido un dedo forzando el coche.

—No te quejes, Nicky, no será para tanto.

Mirando por el espejo retrovisor, el antiguo soldado pudo apreciar cómo el muchacho, que hasta ese momento había sido anónimo, se revisaba la mano. Por la carretera tan solo sus faros alumbraban el asfalto, estaban a salvo de cualquier interrupción o sobresalto que otro conductor pudiera provocarles.

—¿A dónde tenemos que ir? —preguntó con un pequeño hilo de voz. Su mente seguía asimilando todo lo ocurrido. Los dos cuerpos de aquellos policías no se borraban de sus retinas. Tampoco la sangre, cubriendo el gris del suelo, ocultando las marcas viales que delimitan las calzadas. Pensó en que no les temblaría el pulso para acabar con él, o con su hijo.

—Tú, por ahora, conduce. Ya te informaremos —respondió Steve arrugando el entrecejo. Lo miraba fijamente, como si quisiera leerle el pensamiento.

—Steve, tenemos que llamar para confirmar la recogida.

Su compañero asintió sin apartar la vista de Konner, que a pesar de aferrarse al volante con fuerza y no apartar la vista de la carretera, podía notar el calor de sus ojos rozar su mejilla. Una cerúlea mirada que contrastaba con su negrura interior.

—Para allí —sentenció al fin. Sin mover ni un ápice de su rostro, levantó la mano para señalar un pequeño descampado, a lo lejos.

Konner detuvo el vehículo en la pequeña hondonada que Steve le indicó, una parcela de tierra rodeada de árboles, sobre la ruta 15. Había varias casas a ambos lados del terreno, aunque la ausencia de movimiento e iluminación

indicaba que en su interior los inquilinos debían de estar durmiendo o no se encontraban allí.

Los dos hombres se bajaron del Ford exigiendo que él también lo hiciera sin dilación. Cuando los tres se encontraron ante la parte trasera del todoterreno, Steve abrió la puerta y sustrajo las dos bolsas negras con las siglas que las identificaban como material del departamento de Brewer.

—¡Aquí está! Están como nuevas. —Nick sacó de una de las bolsas una escopeta semiautomática *Sauer SL5*.

Munición para ese arma al igual que distintos tipos de fusiles y pistolas reposaban en el interior de la bolsa que él manipulaba. La otra, que estaba en posesión de Steve, contenía el mismo tipo de armamento. Varios fusiles *Ak-12* y *Ak-107*, munición para ellos y alguna pistola. Uno de los fusiles tenía un lanzagranadas acoplado al guardamano.

—¿Pensáis asaltar el Pentágono? —inquirió Konner aturdido al ver todo aquello. Sus ojos se posaban sobre una de las bolsas mientras en su cabeza recordaba que todo lo que hacía era por salvar a su hijo.

—No es asunto tuyo. —La respuesta de Steve reverberó en el ambiente. Su agravado tono de voz se ajustaba a su físico para hacerle parecer lo que era: un matón. Sin girarse, susurró algo a su compañero que de inmediato, se alejó con el teléfono en la mano y la pantalla iluminada.

—Ya tenemos... —pudo oír Konner antes de que la distancia entre ellos dos se llevara el resto de la conversación.

Ahora solo quedaban Konner y Steve, que no se había dignado a volver a mirarlo. Seguía inspeccionando lo que habían robado del coche patrulla.

—Cuando nuestro jefe habló contigo, te dejó claro lo que pasaría si intentabas jugárnosla. ¿No es así? —investigó Steve sin volverse. Había apoyado sus manos en la chapa de la furgoneta y dejaba caer parte del peso superior de su cuerpo sobre ellas. Una chaqueta de cuero marrón no lo dejaba ver, pero Konner podía intuir cómo sus músculos se tensaban a través de la tela—. ¿No te advertió?

—Tu jefe me ha dicho muchas cosas y hasta ahora, he cumplido con todo lo que se me ha ordenado.

Steve se volvió al fin, y un ruido metálico que se arrastraba por el interior

del maletero lo acompañó. El molesto chirrido que producía la fricción hizo arrugar la nariz a Konner que al ver la palanca en la mano de Steve, dio un paso atrás.

—Has cumplido, pero... —Apoyó la palanca sobre su otra mano para compensar el peso entre las dos y se acercó a él un par de pasos—, ¿seguro que no has querido jugar a dos bandas?

Antes de que pudiera responder, unos pasos ágiles llamaron su atención. Nicky se acercaba a él levantando el polvo al arrastrar sus pies. En su mano ya no portaba su terminal, ahora la pistola que había usado para acabar con el policía en el asalto era lo que albergaba su extremidad.

—¿Qué está ocurriendo?

—Eso es lo que nos gustaría saber, Konner. ¿Qué está pasando? —Steve se acercó de nuevo. Desde el otro lado Nicky había levantado la pistola y lo apuntaba a la cabeza.

Todo parecía haber llegado a su fin. Solo tenía una respuesta: una vez terminada la misión, ya no hacía falta su presencia. Iban a matarlo, a él y a Dylan. Quiso pensar en una posible salida, pero no le dio tiempo a reaccionar.

Steve empujó la palanca y la clavó en su estómago. Un intenso calor hizo que su cuerpo se doblara y hasta su boca llegaron restos de un líquido amargo que salió despedido con fuerza contra el suelo. Sabía que no podía rendirse, así que hizo acopio de valentía y recuperó la posición, pero esta vez un puño que rodeaba el hierro al que todavía seguía aferrado lo lanzó al suelo.

—¿Pensabas que te ibas a salir con la tuya? —gruñó con furia Steve, despidiendo por su boca parte de la espuma que se había formado en sus comisuras.

Con un fuego creciendo en el interior de su boca y la sangre escurriéndose por los labios, Konner consiguió, no sin esfuerzo, incorporarse. Con sus manos mantuvo el equilibrio de forma estoica, pues sus brazos se negaban a obedecer y su estómago todavía se resentía por el golpe. Vio venir el pie de Steve, pero no pudo evitar el contacto, que impactó de lleno en su cara. Todo se volvió negro durante unos segundos. Oía las voces a su alrededor, pero alejadas, como si sonaran en una habitación cerrada, rebotando por todas las paredes hasta llegar casi extinta a su cerebro.

—¡Busca en su chaqueta! Tiene que llevarlo encima.

—Tenemos que estar preparados para cualquier imprevisto. De este tío no nos podemos fiar. Deberíamos pegarle un tiro ahora mismo.

—¡No! El jefe lo quiere vivo.

—Sigo sin entender el motivo por el que hemos montado todo esto. Pudimos habernos cargado a Leo. Sabíamos dónde lo tenían y por culpa de la maldita mocosa, ahora estamos aquí.

—¡Calla, idiota! Tu puta boca nos va a llevar a la ruina.

—Pero si está muerto. Bueno, espera, todavía respira.

Una sacudida hizo que Konner se revoliera en el suelo. Sus gemidos de dolor apenas podían percibirse, pero sus gestos sí eran fácilmente apreciables. Sintió cómo alguien rebuscaba en el interior de su chaqueta y en un acto de rebeldía llevó su mano hasta la del individuo que lo manoseaba.

—¡Quita la puta mano, coño! —Le pareció que era la voz de Nicky, o al menos sonaba igual. Este, cuando llegó al bolsillo interior, sacó de él el terminal con el que había llamado a Jaidon—. ¡Aquí está!

De nuevo, el silencio se apoderó de sus sentidos. Parecía que lo habían dejado solo, pero a medida que iba recuperando las fuerzas, entre reclamos de su hijo y de su mujer que le pedían que resistiera, pudo ver a lo lejos que Nick hablaba por teléfono mientras sujetaba su terminal con la otra mano. Unos segundos después, lo tiró al suelo y usó sus delgadas piernas para destrozarlo. Renovó sus fuerzas gracias a la ira acumulada, se puso de pie y aprovechando el descuido de los otros dos, consiguió llegar hasta el maletero. De una de las bolsas sacó una pistola y tras asegurarse de que estaba cargada, la escondió dentro de la caja de pesca, después inició una tambaleante marcha en dirección a sus enemigos.

Con cada paso que daba recobraba algo de vitalidad y eliminaba de su cuerpo el dolor. Sabía que debía mentalizarse para ello, se había entrenado durante mucho tiempo para lograrlo. Cuando los dos enemigos se percataron de sus movimientos, acudieron al instante hasta donde él estaba. Nick colgó el teléfono y Steve se acercó para detenerlo.

—Veo que la bella durmiente ya se ha despertado. ¿Te he pegado muy fuerte?

Konner eliminó de su boca el exceso de líquido que se componía de sangre y saliva, también algo de tierra pudo notar, y sonrió a su agresor.

—He recibido peores que esa. No te preocupes, tan solo han sido unos cachetes.

Steve, que hasta ese momento sonreía, borró el gesto jocoso de su rostro y con la cabeza le hizo un gesto a su compañero. Nicky obedeció, clavó el cañón de la pistola en la espalda de Konner y lo conminó a que avanzara hasta el coche, que permanecía con la puerta del copiloto abierta.

—¿Y ahora qué va a pasar? —inquirió nervioso. La imagen de Dylan recorría sin cesar su cabeza.

—¿Ahora? —Nicky lanzó un pequeño suspiro, guardó silencio unos segundos y presionó con más fuerza su arma, provocando que su adversario torciera el gesto, cabreado—. Ahora vienen las consecuencias.

Tragar saliva no sirvió para que su corazón no se detuviera cuando vio que la pantalla del teléfono rojo se iluminaba. Una estridente melodía se le incrustó en el pecho, haciendo que el dolor de los golpes desapareciera por completo.

—¡NO! ¡Dylan! —gritó desesperado con una temblorosa voz mientras se lanzaba a por el teléfono.

—¡PAPÁ! —El reclamo agudo de su hijo hizo que Konner se revolviera bajo la sujeción de Nicky que cada vez podía controlarlo menos. Steve llevó su mano a la pistola—. ¡Ayuda, papá!

El llanto dio paso a la súplica de Dylan, que se oía cada vez más lejos. Unos gritos ahogados y lamentos infantiles se descolgaron a través del auricular, haciendo que el rostro de Konner palidciera. Sus ojos derramaron unas cuantas lágrimas que se escurrieron por sus mejillas y tras varios gritos, la comunicación se cortó.

—¡Dylan! —bramó colérico. Se deshizo de Nicky y tras forcejear con su brazo, le arrebató la pistola, sujetó su cabeza y la hizo chocar contra la puerta trasera de su todoterreno, que esa sí estaba cerrada. El ruido seco que produjo al impactar contra la chapa fue silenciado de inmediato por el grito de dolor que emitió Nicky, que se desplomó en el suelo con las manos ocultando su cara.

Se volvió hacia Steve para dirigir la pistola a su enorme torso, pero él se había adelantado y ya lo estaba apuntando.

—Si mueves un solo dedo, te vuelo la cabeza aquí mismo.

El rechinar de los dientes de Konner fue toda la respuesta que recibió en un principio. Se aferraba con tanta fuerza a la pistola, que apoyaba en su cadera, que podía sentir cómo sus dedos iban perdiendo sensibilidad. Sus piernas y brazos temblaban de rabia y su vista se volvía borrosa a causa de la humedad de sus lágrimas. Su duelo duró un eterno minuto, hasta que volvió a sonar la melodía del teléfono rojo. Konner arrojó el arma al suelo y se apresuró a contestar.

—¡Papá, por favor!

—¡Dylan! ¿Qué te han hecho? ¿Estás bien? —Apenas podía pronunciar las palabras. Sus nervios hacían que todo en su boca saliera despedido al instante.

—Quiero irme a casa —suplicaba entre llantos su hijo.

—Tranquilo, hijo. Papá está cerca.

De nuevo, el silencio se adueñó del aparato, dejando a Konner roto de dolor y con los codos clavados en el cuero del asiento, derramando alguna que otra incontenible lágrima. Otra melodía empezó a sonar. Esta vez se trataba del teléfono negro, por el que solía recibir las instrucciones. Dejó el terminal rojo a un lado y se apoderó del otro mientras veía que Nicky se levantaba, con la cara bañada en sangre, que emanaba de su nariz, al tiempo que lo maldecía.

—Konner. —Aquella distorsionada voz se adelantó a sus intenciones, iniciando el diálogo—. Creo que te advertí de las consecuencias que te acarrearía pedir auxilio.

—Yo no...

—No inventes excusas ahora. Sabemos que has llamado a tu amigo del ejército. A ese tal Jaidon. Ahora vamos a tener que acabar con él, no sin antes... Bueno, ya sabes cómo funciona esto.

Aquellas palabras acabaron con la poca voluntad que tenía en esos momentos. Veía que su vida se desmoronaba, y no solo eso. Vidas ajenas a la suya también se veían involucradas. Como las piezas de un dominó que caen una detrás de otra, dejando una imbricada imagen de muerte y desolación a su paso.

—No tienes que hacer nada. Juro que no volveré a desviarme del plan establecido.

—Verás, esto no es como hacer las tareas del colegio, o como una pareja que te perdona todos tus errores y te da una segunda oportunidad. Aquí los errores se pagan. En este caso será tu compañero quien lo pague, pero si vuelves a cometer otro error, te puedo asegurar que ese teléfono rojo que tienes sonará por última vez. Ahora, haz lo que te digo y deja las tonterías de machote de barrio.

No dijo nada. Se limitó a observar cómo Nicky entraba en el vehículo y ocupaba su típica posición. Steve se colocó frente a él, haciendo que tuviera que apartarse para dejarlo entrar. Acto seguido, él mismo ocupó el asiento del conductor, sintiendo con cada movimiento el dolor en su estómago, en su cara y sobre todo, en su pecho.

—Escucha con atención porque no voy a repetirlo. La Policía busca tu todoterreno, así que deberéis cambiarlo. Quiero que vayáis al 589 de *Main Rd.* Ahí hay un pequeño almacén de barcas. Id allí y descansad. Más tarde recibirás nuevas instrucciones.

La comunicación se cortó súbitamente, como era ya costumbre entre ellos. Sin meditarlo, llevó su mano a la llave del contacto y, una vez más, los recuerdos de aquel fin de semana junto a ella volvieron a sus retinas.

VERANO DE 2006

Konner arrancó la furgoneta con las manos temblorosas todavía. Desde el asiento trasero, su compañera observaba cómo la patrulla que se había detenido tras ellos se alejaba con una curiosa tranquilidad.

—¡Madre mía! ¡Qué vergüenza!—exclamó ella con las mejillas sonrosadas. Había puesto sus piernas sobre el asiento y se abrazaba a sus rodillas en una postura tan perfecta que no dejaba ver nada bajo su falda, pero sí insinuaba.

—Quizás los vecinos han pensado que éramos ladrones. Una furgoneta vieja y oxidada recorriendo un barrio elegante como este. Yo también hubiese sospechado.

Emprendió de nuevo la marcha en dirección a la ciudad. La luna había escalado posiciones en el cielo y la temperatura del ambiente tampoco invitaba a seguir exponiéndose demasiado.

—Bueno, la próxima vez busca algún lugar algo más apartado —le reprochó lanzando un guiño al espejo que capturaba su rostro. Cuando se dio cuenta del doble significado de sus palabras, escondió su cabeza entre las piernas, como una tortuga se esconde cuando presiente un peligro inminente.

—Lo prometo —respondió entre carcajada—. Bueno, ¿próximo destino?

—Creo que es hora de volver.

Asintió alicaído ante la respuesta de ella. Era obvia, pero el hecho de tener que despedirse le infundía un insano temor. Circuló sin prisa hacia la universidad, recorriendo de nuevo todos los puntos por los que había pasado esa misma tarde. Tras una pequeña curva en la que se vio obligado a girar los brazos, vio que el reloj de su muñeca marcaba la 1:12 am. Lo cierto es que era bastante tarde. Su permiso duraba setenta y dos horas y habían transcurrido más de la mitad. Se acababa el tiempo de estar con ella.

—Sigo sin saber tu nombre. Me prometiste que si cumplía con el trabajo de guía, me lo dirías.

—Te prometí pensarlo. —Lo miró durante un segundo arqueando una de las cejas y sonriendo con levedad—. Y a condición de que lo hicieras bien. Te recuerdo que por poco nos detienen.

Las risas de ambos mostraban una complicidad casi impropia para el poco tiempo que habían compartido juntos y la necesidad de Konner de conocerla mejor era superior incluso a su deseo de poseerla. Solo con verla sonreír se sentía más vivo que nunca. Lamió su labio superior para recuperar parte del sabor que ella le había dejado y cerró un segundo los ojos para rememorar ese instante de placer.

—Bueno, hemos llegado —informó Konner una vez el coche se detuvo junto a la acera y apoyaba su codo sobre el respaldo de su asiento para poder contemplarla mejor.

Ella vaciló durante unos interminables segundos, llenando sus manos con la tela de su vestido y perdiendo su mirada a través de la ventanilla.

—Te parecerá un poco raro, pero me da algo de miedo caminar sola de noche. En estas fechas el campus está casi desierto y mis compañeras no están.

—¿Te han dejado sola? —inquirió risueño Konner. La petición había sonado tan sincera que no le quedaba claro si quería que lo acompañara por un temor real o había algún motivo oculto en esas súplicas.

—Los padres de la mayoría de las chicas viven cerca, por eso muchos fines de semana me quedo sola.

—De acuerdo. Te acompaño hasta la entrada del campus y cuando esté seguro de que estás a salvo, me vuelvo. —Su intención no era otra que ofrecer su ayuda real y desinteresada, aunque su interior rugía con furia por acompañarla hasta la misma cama.

Caminaron con calma a través de un enorme pasaje oscuro. Tan solo las farolas ofrecían pequeños espacios iluminados donde las sombras bailaban alrededor de ellos.

—¿Y por qué tú no te marchas los fines de semana también?

—Mi familia es de Filadelfia, en Pensilvania, ya te lo he dicho. Está muy lejos de aquí como para hacer tantas visitas. Por eso voy un mes seguido tras el final del curso y regreso para preparar el inicio del siguiente. —Su voz sonaba algo más apagada mientras se explicaba, adoleciendo de esa vitalidad

de la que había hecho gala durante toda la noche.

—Es duro separarse de tus seres queridos.

—Sí, lo es, pero en tu caso todavía será peor. Para quien te quiere sobre todo. El hecho de no saber si volverás debe de ser un calvario.

—Mi madre ya se ha acostumbrado.

—Nadie puede acostumbrarse a eso. Veo un poco egoísta el hecho de marcharse a una guerra que no es la nuestra, arriesgando la vida que sí te pertenece por un fin que nada tiene que ver con tu futuro y el de nuestro propio país.

Viendo la tesitura que tomaba la conversación, Konner admitió la derrota a la que se estaba viendo forzado y decidió abrir la primera de las puertas que daba paso al campus.

—Bueno, creo que has llegado sana y salva —susurró Konner cogiendo su mano para llevársela a la boca. Ella la retiró de inmediato.

—¿Vas a dejarme aquí, sola? Podría pasarme cualquier cosa.

Volvió a sonreír, enseñando todos sus dientes, y de nuevo inició su marcha junto a ella. El resto del trayecto lo hicieron en silencio mientras él observaba en el suelo el reflejo de sus propios pies que daban pasos erráticos a causa de un incipiente nerviosismo que se había apoderado de todas sus extremidades.

—Ahora sí, he llegado. Es esta. —Señaló una pequeña puerta de madera con el pomo dorado.

Varios escritorios y un par de camas situadas una frente a la otra era todo el mobiliario de que disponía el pequeño cuarto. En las paredes colgaban tableros de corcho llenos de papeles y algún que otro póster que debía de motivarla a ella o a su compañera.

—Pues entonces, sabiendo que has llegado bien, puedo marcharme en paz. ¿Me vas a decir ahora tu nombre? —La ansiedad que suponía esa duda se estaba convirtiendo ya en un verdadero suplicio. No saber el nombre de aquella mujer que estaba dominando sus pensamientos le resquebrajaba el alma.

—Vale, vamos a jugar a un último juego —dijo ella atrayéndolo hasta el interior de la habitación y cerrando la puerta a su paso—. Te daré la inicial y tres oportunidades. Si fallas, te marcharás sin saber mi nombre...

—¿Y si lo adivino? —continuó él ganando terreno sobre ella.

Caminaba con pasos muy lentos mientras que a su vez, su compañera retrocedía en respuesta a su avance pero con pasos más cortos, perdiendo distancia tras cada movimiento. Después del cuarto paso, Konner pudo rozar sus manos y notó cómo su piel reaccionaba al contacto.

—Tu nombre y el mío tienen la misma inicial —informó ella siendo presa de un pequeño suspiro que escapó sin control entre sus labios casi secos.

La cabeza de Konner empezó a trabajar buscando sin cesar todos los nombres posibles que empezaran por su misma inicial. Apenas le llegaban a la mente unos pocos, pero el miedo a que no fuera el correcto le impedía decirlos. Debía meditar. Analizó cada foto, cada papel colgado de los corchos pero nada le ofrecía una pista.

—Keshia. —Se aventuró a decir en un acto reflejo.

Ella sacudió la cabeza mientras lanzaba una risotada aguda que hacía entrever que ni siquiera estaba cerca.

Volvió a dar otro paso pero ella no se movió. Su cuerpo había topado con su escritorio y avanzar ya no era una opción. Se quedó quieta mirando a los ojos a Konner y apoyando sus manos sobre la madera del mueble que tenía a su espalda.

—Kelly —pronunció de nuevo algo más desesperado.

—Frío, frío —respondió ella torciendo la comisura de sus labios—. Te queda una oportunidad. Tendrás que sacar esas armas militares que tienes si quieres afinar.

Konner sonrió y sin pensarlo acercó sus manos a la cintura de ella, que no opuso resistencia alguna. Cuando sus extremidades llegaron a su destino, acarició con suavidad su cuerpo y continuó su avance hasta la mesa, apoyándose sobre las manos que ella tenía clavadas en la madera. Acercó su cara hasta que casi colisionaron ambas. Pudo apreciar cada poro de su piel y una pequeña peca dorada a la altura de la mejilla. Las largas y negras pestañas resaltaban sus ojos claros. Sus semblantes se rozaron mientras él posaba sus labios junto al oído de ella.

—Kassidy —susurró convencido de aquel nombre.

Pudo notar cómo las manos de ella reaccionaban ante aquel nombre y

cuando volvió a alzar el rostro, sus miradas suplicantes chocaron como dos nubes cuando se encuentran en el cielo, transformándose en una sola.

Las palabras se extinguieron y fueron los apasionados besos a los que se vieron obligados a renunciar un rato antes los que hablaban ahora. Devorándose de nuevo el uno al otro, descubrieron cada parte del cuerpo que se habían ocultado durante toda la cita. Primero ella se lanzó a arrebatarse la camisa, dejando de nuevo al descubierto el torso que ya había tenido el placer de conocer. Acto seguido, volvió a la tarea que interrumpió en el lago, desabrochó el cinturón del pantalón y sacó los botones que lo amarraban a la cadera.

Él, por su parte, esperó hasta que ella ganara terreno para levantarle el vestido. Unas curvas perfectas refulgían gracias a la exigua luz que la luna les ofrecía a través de la ventana que se hallaba tras ellos. La imperante necesidad de poseerla dominaba cada sentido de Konner, haciendo que tan solo pudiera centrarse en el brillo de sus ojos, que no se separaban de los suyos.

Al fin, ambos sucumbieron al calor que emanaba de su interior. Dejándose caer en una pequeña cama individual, ambos llevaron la pasión al máximo exponente permitido, cambiando risas por suspiros, miradas perdidas y abrazos húmedos. Tras tumbarla en la cama y estando él sobre ella, comprendió que jamás querría perder aquella mirada. La presión que los dedos de ella ejercían en su espalda le recordaba que aquel momento que estaba viviendo era real, intenso como la vida, sincero como los latidos de su corazón que clamaban por ella.

La noche se consumió dejando sus dos cuerpos abrazados, disfrutando de la sensación que se producían al rozarse.

Un pequeño y dorado haz de luz atravesó la ventana y se posó sobre la frente de Konner, que recobró la noción del tiempo y comprendió que se había dormido. Junto a él, Kassidi dormía oculta bajo una sábana blanca que cubría todo su cuerpo desnudo.

Mirando cómo el cielo iba adquiriendo color, se levantó y tras dejar una nota con su firma y un «Mañana me marcho de nuevo a Virginia. Quiero verte hoy. ¿A las cuatro?».

Se marchó de aquel recuerdo en el que contemplaba cómo el sol se asomaba tras el cristal. Sintiendo como verdadero el calor que el astro le proporcionaba a su piel.

JAIDON CONTEE

19 de enero de 2016, 22:21

Había perdido por completo la noción del tiempo contemplando, desde una posición segura sobre el puente, cómo el río *Penobscot* bajaba libre por su cauce natural. Mi debilidad por la naturaleza en ocasiones hacía que dejara de pensar en lo realmente importante en la vida, que son esos momentos de silenciosa calma que te transportan a un mundo donde nada duele, nada te afecta. Todo lo que te rodea es paz y felicidad.

Crucé varias calles por lo que, en teoría, debió ser la ruta que siguieron Konner y los secuestradores. Cuando analicé el vídeo y pude observar la dirección que habían tomado, no me resultó muy difícil adivinar que tuvieron que cruzar este puente. Solo hay tres puentes en Bangor, así que el margen de error era casi cero, sabiendo que el vehículo detuvo su marcha a tres manzanas de donde yo estaba situado en ese momento.

Caminaba con paso lento, reafirmandome en cada uno de ellos, buscando cualquier pista que pudiera ser de utilidad. Podía hacerlo, ya que las calles se encontraban desiertas. Las farolas apenas dibujaban su sombra en el asfalto, los semáforos se habían congelado, titilando con esa anaranjada y crispante luz.

Llegué hasta unas viejas vías de tren que cruzaban toda la avenida y se perdían más allá del río por un lado y dentro de la ciudad por el otro. Algo llamó mi atención. A pesar del mal tiempo que reinaba en la ciudad los últimos días, pude apreciar que, junto a las vías unas marcas de neumáticos marcaban el trayecto desesperado de un vehículo. El surco se iniciaba sobre el metal y dibujaba un pequeño y brusco giro para volver al asfalto, arrastrando algunos restos de barro hasta la calle. Me arrodillé y palpé con las manos la tierra húmeda, sintiendo cómo restos del fango se adherían a mis dedos.

«Seguro que esto es de ellos», me dije en voz alta para así darme algo de razón.

—Esta zona se ha vuelto muy peligrosa. —Una cascada voz a mi espalda me sobrecogió. Di un salto tan rápido como pude y con gran agilidad llevé mi mano a la parte posterior de mi cintura. Ahí descansaba mi «cielito»—. ¡Oh! Perdón, no pretendía asustarte.

Un andrajoso anciano se aferraba a un pequeño carrito de metal, los típicos que se usan en los supermercados. En su interior pude ver todo tipo de chatarra: aparatos electrónicos descompuestos, latas vacías de bebidas, bolsas con restos de comida... Su piel tostada, la barba ceniza y abundante y su pelo desgredado terminaron de convencerme. Se trataba de un vagabundo.

—Pues sí que me has dado un buen susto. He estado a punto de volarte la cabeza.

—Quizás deberías hacerlo. —Una pequeña sonrisa pareció dibujarse bajo toda aquella mata blanca de pelo.

—¿A qué te refieres con eso de que se ha vuelto muy peligrosa esta zona?

—Esta ciudad antes era un sitio bastante tranquilo. Esto era un barrio donde la gente venía a trabajar, sin maldad. Pero... —Detuvo su historia para dirigir la vista en la misma dirección que las vías del tren, hacia el interior de la ciudad—. Desde que llegaron ellos, todo se ha descontrolado.

—¿Ellos? —remarqué yo, prestando todavía más interés a sus palabras.

—No sé de quién se trata. Solo sé que desde que llegaron hace unos años, ya han muerto dos jefes de policías y el tercero parece no querer meterse mucho en sus asuntos, así que ahora se ha puesto todavía más peligroso todo.

—¿Dices que últimamente esto se ha vuelto más peligroso?

—Así es. Antes podías caminar tranquilamente por las calles, en mi caso no puedo hacer otra cosa. Pero ahora da miedo hasta a los que sí tienen un lecho caliente donde dormir.

Tal y como lo describía el anciano se podía intuir que se trataba de alguna mafia. Poco a poco, se iban apoderando de todas las ciudades importantes pero desde luego, no imaginaba que podrían querer en esta ciudad.

—Bangor siempre ha sido una ciudad de gente de bien. Siempre había trabajo en los aserraderos o en el puerto y se conocían todos. Pero ahora, eso

ha cambiado. Utilizan el río para sus fechorías. Todos lo saben, pero cada vez que intentan algo contra ellos, alguien muere. —El hombre llevó sus manos a unas grandes gafas marrones que decoraban su cara y tras quitárselas para limpiarlas, vi varias arrugas en su rostro castigado. Por su forma de hablar y su aspecto podía asegurar que no era de aquí.

—¿Cómo te llamas?

—¿Nombre? Hoy en día no necesito un nombre. No se necesita un nombre para rondar las calles desiertas en busca de los despojos que la sociedad deja. No me hace falta para dormir por las noches y desde luego, tampoco para pedir por las calles. Pero si te interesa, en algún momento fui conocido como Héctor.

—Gracias, Héctor. ¿Sabes dónde se esconden?

—En cualquier lugar. No hay una zona donde no estén ellos. Aquí mismo, por ejemplo, los veo entrar muchas veces. —Señaló un enorme almacén justo a su espalda, frente a mí, en una parcela que lindaba con las vías.

Comprendí entonces algo más sobre el caso. Esas marcas de neumáticos debían ser de los secuestradores. Estaba seguro de que pretendían esconderse en ese almacén, pero al ver que Konner los perseguía, tuvieron que corregir el rumbo.

—Muchas gracias, Héctor —dije de nuevo, estrechándole la mano. Le ofrecí varios billetes, pero no los aceptó, se marchó arrastrando el chirriante carrito de ruedas bailonas por la misma calle que yo había tomado para llegar allí.

Avancé hacia el emplazamiento que Héctor me había señalado, intentando que la oscuridad de la noche me ocultara el mayor tiempo posible. Era una nave enorme y roja, de techo abovedado y con una gigantesca puerta metálica blanca. Tuve que forzar la valla para colarme, pero en apenas unos segundos me encontré bordeando el edificio.

Por la zona exterior no se podía apreciar nada. Tan solo varios contenedores de basura y algún que otro barril de metal. Seguí caminando sin separarme de la pared hasta que llegué a una pequeña puerta gris de aluminio con el picaporte negro. Cuando logré introducirme en el interior, comprobé que estaba vacío, mis pasos reverberaban en la estancia haciendo que mi

propia sombra, fuera mi compañera en ese espacio.

Varias ratas a lo lejos corrían despavoridas. Sobre el centro de la nave unos cuadrados perfectos de luz marcaban el suelo, luz que procedía de unas ventanas que había sobre el enorme portón de metal. Sin pretender violar la calma que se respiraba en el ambiente, saqué mi pistola y liberé el seguro. Quería estar preparado ante cualquier sobresalto que pudiera surgir.

No vi nada en la primera de las estancias y decidí inspeccionar todos los cuartos de abajo antes de acceder al piso superior, al que se llegaba por una escalera de caracol de hierro. En el primero de ellos no encontré nada, tampoco en el segundo, todo parecía siniestramente desierto. Tras cada paso, una pequeña nube de polvo se alzaba para perseguirme.

Me dirigía hacia la última de las cámaras situadas en la planta inferior cuando algo hizo que me detuviera. Una pequeña mancha oscura destacaba en el suelo. Me acerqué a ella y tras sacar una pequeña linterna de mi bolsillo, iluminé la zona. «Sangre», pensé. Era una mancha roja e irregular, seca e intacta, nadie había intentado borrarla. Permanecía tal y como había caído, eso estaba claro. Examiné con la linterna el resto del almacén, pero no encontré nada más. Tan solo esa mancha que demostraba que alguien había perdido sangre ahí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando pensé en la posibilidad de que fuera de él.

Expulsé aquella maldita idea de mi cabeza y retomé la misión que había postergado de revisar la última cámara. En cuanto entré, me topé de frente con una enorme manta negra que cubría un vehículo. Eufórico por el descubrimiento, retiré la tela y tras dejar a la vista parte de la furgoneta, deduje que se trataba de una GMC negra. Todos los cristales estaban tintados, pero el seguro para bloquear las puertas no estaba puesto y las llaves se anclaban al contacto. Un golpe de suerte no venía mal.

En el asiento del conductor no había nada. Tampoco encontré nada en la parte trasera, fue en el maletero donde sí hallé detalles que podían servirme. Encontré una pequeña bolsa negra de deporte con algo de dinero y varias pistolas en su interior. También pude ver una camiseta de propaganda del *Central Penjajawoc Preserve* y varios bates de béisbol. Volví al interior y revisé la guantera, pero tan solo hallé la documentación del vehículo, de igual

modo decidí registrar a fondo todo lo que quedaba.

Tenía que inspeccionar el piso de arriba, ahora que sabía que ese almacén tenía algo que ver con la gente que había secuestrado a Dylan. Apenas pude avanzar. Algo hizo que me detuviera de golpe. Corrí sin hacer ruido hasta la entrada de la cámara y oí cómo unos pasos se intensificaban, provenientes del piso superior, un ruido metálico y con una frecuencia bastante rápida.

—¡Que te digo que he oído algo!

—Robb, tío, eres un paranoico.

—Bueno, vamos a asegurarnos de que no hay nada y regresamos.

Me asomé con precaución y comprobé que dos personas bajaban por esa escalera curvada por la que había tenido intención de subir unos minutos antes. Pude distinguir una pistola en las manos de cada uno de ellos, dejando claro que no venían en son de paz. No me daba tiempo a volver a tapar la furgoneta y esconderme en su interior era muy arriesgado. Solo tenía una opción. Intentaba barajar otras posibles formas de escapar mientras colocaba el silenciador a mi *Heckler & Koch MK 23*, dada la complejidad del asunto, la que más posibilidades me otorgaba era esa. O quizá fuera mi mente la que deseaba ese desenlace. Algo en mí nunca se había extinguido. Esa necesidad de enfrentamiento continuo, esa droga necesaria, esa sed inextinguible.

Sin tiempo para acabar de pensar en otras opciones, vi como las sombras crecían a medida que se acercaban. Con pasos lentos, pero firmes, cruzaron el marco de entrada de la cámara. Cuando uno de ellos pudo verme, ya era demasiado tarde.

Con fuerza, lancé un puñetazo que impactó de lleno en su mandíbula, crujió como si del crepitar de una madera devorada por las llamas se tratara. De su boca salió un lamento agónico y deformado. Agarré con fuerza su mano antes de que se cayera y puse su cuerpo delante de mí, rodeé su cuello con mi brazo y dirigí el cañón de mi pistola, que asomaba por debajo de su axila, al cuerpo del compañero que pretendía también empuñar su arma. Dos destellos casi inaudibles lo inutilizaron. Es cierto aquello que dicen de que cuando disparas con el silenciador de una *MK23*, el único sonido que se oye es el del gatillo. En un segundo, el sonido de un golpe seco rebotó por las paredes del almacén cuando su cuerpo se encontró con el suelo.

Cargué de nuevo contra el primero de los hombres, le arrebaté el arma y lo golpeé en la cara con la culata de su propia pistola. Cuando cayó, completamente aturdido, me coloqué sobre él y clavé el cañón en su cadera.

—¡Dime para quién trabajas! —gruñí con rabia contenida para no levantar la voz. Mis dientes rechinaban tras mis labios.

—¡Que...! —se lamentaba mientras intentaba proseguir. Con mi cuerpo sobre el suyo, una mano en su cuello y la pistola en su cadera no debía de estar muy cómodo—. ¡Que te follen!

—Te voy a hacer mucho daño si no me dices lo que quiero oír. Dame un nombre, ¡ahora!

Sus ojos crecían por segundos. Sus labios temblaban y podía ver cómo intentaba apretar los dientes, pero cada vez que movía la boca un gesto de dolor se dibujaba en su cara.

—No pienso decirte nada.

No dudé, apreté el gatillo. Pude oír cómo el percutor daba la orden para que la bala saliese despedida. Sentí cómo desgarraba la piel y cómo rompía y astillaba su hueso. Poco más noté, ya que los gritos de aquel hombre destruyeron la paz que reinaba aquella noche. Llevé el cañón a la altura de sus riñones y volví a presionar.

—Por ahora, puedes sobrevivir cagando en una bolsa durante un tiempo, pero si aprieto el gatillo a esta altura, morirás. Y puedo asegurarte que no será una muerte agradable. ¿Vas a decirme para quién trabajas?

Su mirada brillaba en un rostro cada vez más pálido. Sus manos dejaban de luchar tras cada suspiro que exhalaba y la sangre poco a poco empapaba mis botas negras de militar.

—Me... ma... mata... rán igual —farfulló casi sin aliento.

—Tienes razón. —Antes de incorporarme apreté de nuevo el gatillo pero esta vez no gimió. Se limitó a torcer el cuerpo de dolor y a quedarse tendido en el suelo mientras la vida se le escapaba por los tres agujeros que le había hecho, ya que en el último disparo la bala sí que encontró el camino de salida.

Me marché dejándolo a su suerte, revolviéndose en el suelo, y subí corriendo al piso superior. Dos de las habitaciones estaban desiertas. Fue en la tercera donde encontré todo lo que podía servirme: una pequeña radio que

intuí que usaban para comunicarse, un mapa de la ciudad y una cartera. La del hombre que había asesinado en último lugar. Se trataba de Robb Smith, de 26 años.

Abandoné el almacén con todas las pistas recabadas y decidí volver al motel. Analizaría todo lo que tenía allí. A primera hora del día siguiente tenía que volver al colegio. Una nueva verdad me esperaba allí.

KONNER

20 de enero de 2016, 07:12

Un tenue y reconfortante haz clareado de luz se fijaba sobre el rostro de Konner, otorgándole unos pocos instantes de paz, antes de que al fin, volviera a la cruda realidad de la que le era imposible escapar. Con el nombre de su mujer gravitando por su memoria y casi sin reconocer el lugar en el que se hallaba, intentó ordenar en su cabeza todo lo que había recopilado la noche anterior.

Poco a poco, volvió a hundirse en su mente, recordaba que había llegado en mitad de la noche a ese pequeño almacén de barcas junto al río. Los cuerpos de aquellos dos policías también se presentaron ante sus ojos, al igual que los cientos de víctimas que cayeron bajo la mira de su rifle. Pero solo un instante de todos esos provocaba que su vitalidad se esfumara, casi tan rápido como el frío que le azuzaba en el interior de esa furgoneta impregnada de un olor a sudor algo inusual. La sonrisa de Dylan se presentaba ante sus ojos con tanta nitidez que parecía estar viéndolo en ese momento. La incertidumbre era lo que lo consumía por momentos. No saber si su hijo estaba bien, si lo habían maltratado, si seguía vivo. Moría por dentro solo con pensar que ese pequeño corazoncito podía haber llegado a detenerse.

Cerró los ojos y dejó que todo cuanto le rodeaba le transmitiera la información necesaria para poder averiguar algo más sobre su paradero. Primero le invadió un olor a falta de higiene, tan fuerte que incluso se le aferraba al paladar. Dedujo, por el calor que sentía en la cara, que comenzaba a amanecer y que el día se presentaba dócil y permisivo. También el débil graznido de las gaviotas llegaba a sus oídos. Abrió los ojos tras haberse orientado y buscó a su alrededor cualquier cosa que pudiera servirle, pero solo encontró barcas desguazadas apiladas y un par de furgonetas negras sin

ningún tipo de inscripción, al lado de su Ford. No había rastro de los dos compañeros suyos.

De pronto, recordó que en su chaqueta guardaba el teléfono, que había decidido desconectar para así conservar parte de su batería. Con un ligero entumecimiento en la mano se apoderó de él, y tras ver cómo la pantalla volvía a la vida, un alud de mensajes se instaló en su menú principal. Mensajes de texto de ella. Pocas frases: “¿Dónde estás? ¿Por qué no contestas? ¿Y Dylan?”. Más de dieciocho llamadas perdidas también denotaban la desesperación de su mujer. La muestra la tuvo segundos después de encender el terminal, que volvió a iluminarse con el nombre de Kassie, en el centro de la pantalla.

—No me puedo creer que tu hijo esté desaparecido, y tú no quieras ni contestarme al teléfono. ¿En qué andas metido, Konner? —atacó en cuanto él le dio paso a su llamada—. ¿Cuándo lo vas a traer?

—Estoy buscándolo, Kassie. Hago todo lo que puedo.

—Konner, entonces dime que ya sabes algo. —Su voz no era la misma, algo más grave de lo normal, cascada de seguro, a causa de una eterna noche de lamentaciones. Dedujo. tras oír esas primeras palabras débiles y casi sin aliento, que apenas había dormido, o en el mejor de los casos, si lo hizo, fueron horas perdidas de un reloj que pareciera olvidar a veces marcar parte de su recorrido.

—Estoy cerca, Kassie —mintió, y el dolor que le produjo aquel acto obligó a varias gotas de remordimiento a descolgarse de sus ojos.

—¡Mientes! ¡Sé que mientes! Dime la verdad. —Una notable duda que detuvo el tiempo durante la llamada, aunque más bien fue su silencio el que se adueñó del momento. Momento que utilizó para rellenar de aire los pulmones y volver a la carga—. ¿Lo han...?

—¡No! Kassie, está bien. Ayer hablé con él y está bien. Te he jurado que lo voy a encontrar, y pienso hacerlo.

—¡Todo esto es por tu culpa! Si no hubieses seguido a aquella niña. Pero tenías que interceder, no podías dejar que otro se ocupara. Alex ya pagó por ello, también aquel...— se detuvo un instante antes de proseguir, evitando así un daño atroz que provocaría terminar ese ataque—, y ahora es tu hijo quien se

ha visto enredado en tus remordimientos. Salvar a todos los niños que estén en peligro no va a hacer que aquel día desaparezca. Y lo sabes.

El odio derramado por Kassie hacía que el dolor que sentía su exmarido en su pecho fuera insoportable. Su rostro se deformaba por completo al asimilar cada una de aquellas verdades.

—Yo nunca quise que ni tú, ni él, pagarais por esto.

—No se trata de lo que uno quiere, Konner. A veces hay que pensar en todo lo que uno puede levantar si mueve una losa. A veces, para deshacerte de una piedra, acabas por levantar polvo. Tú has levantado ese polvo que ahora nos está castigando a nosotros.

—Pienso arreglarlo.

—Eso espero, y esta vez lo digo por ti. Sé que si algo le pasa, será tu final, y no quiero que ese día llegue. No imaginas lo duro que es tener que estar aquí, sin poder moverme por orden de la policía. La impotencia que siento al no poder salir a buscarlo. No quiero ni imaginar si algo le pasa...

—No...

El móvil se cortó mientras él intentaba responder a tan duras palabras, dejando que su voz se perdiera en el interior de su coche.

—¡Joder! ¡Joder! —Varios golpes secos rebotaron por aquel pequeño espacio cerrado mientras se lamentaba por todo lo que estaba pasando. Imágenes del día al que Kassie había hecho referencia volvían a su cabeza, enterrando nuevas culpabilidades en su interior, responsabilidades que a pesar de seguir latentes, pensaba que tenía resueltas.

De nuevo el teléfono vibró bajo su mano, aunque esta vez no se trataba de su mujer. Un número desconocido era quien lo solicitaba en ese preciso instante. Dudando sobre lo que debía hacer, descolgó y se llevó al oído el terminal, pero no dijo nada.

—¿Konner? —preguntó una grave y ronca voz—. ¿Señor McMurray? Soy el jefe de policía, el sargento Merrett.

—¡Oh! ¿Qué necesitas? —contestó seco, casi de forma automática.

—Solo quería informarle de que seguimos investigando y aunque no tenemos nada claro, sí que estamos bajo la pista de varios sospechosos.

—¿Y de quién se trata?

—Eso ya sabe que no puedo decírselo. Pero esperamos poder atraparlos pronto. También estaba preocupado. El estado en el que se marchó ayer no me dejó nada tranquilo. ¿Está usted bien? ¿No estará metido en nada raro?

—Estoy bien. Ya te dije que investigaría por mi cuenta.

—Ya, ya. ¿Y no tendrá algo que ver con el asalto que anoche se efectuó a un vehículo oficial?

Esa pregunta despejó cualquier duda que Konner pudiera albergar al inicio de la llamada. Seguro que no tenían ni idea de dónde estaba Dylan, y no solo eso, ahora debían buscar al culpable de la matanza del día anterior. Llevó una gran bocanada de aire a sus pulmones para controlar la rabia que iba ganando terreno sobre sus extremidades, y con toda la calma que su cuerpo le permitió en ese momento, siguió la conversación.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Estoy seguro de ello. ¿Podría decirme que hizo anoche, señor McMurray?

—Eso ya sabes que no puedo decírtelo —respondió altanero Konner, de la misma forma que el sargento un momento antes.

—Bien jugado —puntualizó el jefe de policía—. El único problema es que en este caso, yo soy la máxima autoridad y usted es un mero civil. Por lo tanto, si le pregunto, lo aconsejable es que responda con sinceridad. Y digo esto porque varios vecinos vieron huir de la zona a una ranchera idéntica a la suya. Así que estamos hablando de un doble homicidio y en estos momentos tiene a la mitad de la policía buscándolo, y a la otra mitad buscando a su hijo, pero verdaderamente enfadados. No creo que le interese que piensen que tiene usted algo que ver con la muerte de sus compañeros.

—Bueno, pues te aseguro que no tengo nada que ver. Jamás atentaría contra unos policías. Así que puedes estar tranquilo. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo. Espero que la próxima vez que me llames no sea para interrogarme.

Esta vez fue él quien dejó con la palabra en la boca al sargento. De repente, vio entrar por la puerta a sus dos vigilantes, y tuvo que renunciar a la esperanza de haberlos perdido de vista para siempre. Steve caminaba con pasos cortos e inclinando el cuerpo con cada uno de ellos. Nicky lo acompañaba con un vendaje casero sobre la nariz y unos ojos morados que

destacaban por encima de la venda.

—Nos vamos —gritó desde el exterior del vehículo Steve—. ¡Baja del coche!

Obedeció. Pero no en el acto, dejó que pasaran varios segundos, contó una decena y abrió la puerta para saltar al exterior después. Los otros dos hombres fueron directos a una de las dos furgonetas que se hallaban junto al Ford.

—¡No tenemos todo el día! —insistió Steve antes de ocupar el asiento del acompañante de una Dodge Durango de 2015, tras meter en el maletero las bolsas que habían robado del coche policial.

Konner recogió los dos teléfonos que tenía sobre el salpicadero de su vehículo y se metió en la otra furgoneta, lamentándose por la pistola que dejaba escondida en el maletero de la suya. Una vez dentro, la puerta del almacén se abrió y vio un exterior renovado. Las calles lucían algo más claras que el día anterior gracias a la poca humedad que se asentaba en ellas. El cielo había decidido vestirse de corto, con un coloreado vestido azul, y el tráfico proporcionaba la música al ambiente.

—¿A dónde tenemos que ir? —preguntó Konner sin apartar la vista de la carretera mientras el coche iniciaba su marcha.

—Al 189 de *Webster Avenue* —contestó el otro sin tono en su voz. Con un estilo neutro, sin color ni textura. Se limitó a mirar al exterior, con las cejas arrugadas y las manos cruzadas sobre el pecho.

El viaje resultó incómodo, chocando miradas de forma continua los tres. De vez en cuando, Steve se volvía para fijarse en Nicky, o era Konner quien lo miraba a través del retrovisor. Fueron varios minutos los que circularon inmersos en ese extraño duelo.

—Da gracias a que, por alguna jodida razón que no me explico, nuestro jefe te quiere con vida. Si no, te puedo jurar que ya te habría pegado un tiro en la nuca con mucho gusto. ¡Me has roto la puta nariz! —dijo al fin Nicky rompiendo el silencio generado durante el viaje, aunque su intención no era la de amenizar lo que quedara de trayecto.

—Y tú puedes dar gracias a que la vida de mi hijo depende de esto.

Konner pudo notar cómo a su espalda, su impuesto compañero se revolvía en el asiento, maldiciendo su nombre y jurando que iba a acabar con él. Todo

ante Steve, que observaba la escena con júbilo.

—¿Sabes algo? —inquirió con un agudo y rebajado tono de voz, provocado seguro, por una venda demasiado ajustada en su nariz, apretaba los dientes y dibujando una siniestra sonrisa en sus labios, sentenció—. Voy a disfrutar cuando esto termine.

Soportando cada palabra que aquel individuo emanaba de sus sucios labios casi inapreciables, Konner claudicó por la necesidad de preservar la vida de su hijo. Las carcajadas de Steve rebotaron por el cubículo mientras la furgoneta seguía su marcha.

Al fin, tras una interminable avenida repleta de vegetación y casas unifamiliares, como casi todas las calles de aquella ciudad, llegaron a su destino. Una elegante vivienda de madera blanca asentada en el interior de un repajo de setos y un enorme jardín con un césped bien cuidado y brillante a causa del rocío todavía presente en su superficie.

—Hemos llegado —informó Konner aparcando el vehículo en uno de los laterales de la calzada.

Steve manoseó su terminal con torpes movimientos, acomodándose sobre su asiento como un perro que busca el sitio perfecto para descansar. Apenas unos segundos después, el móvil negro atacó los oídos del conductor, imbuido en el temor a lo que podía suponer su siguiente misión. Se hizo con el aparato y esperó las instrucciones.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Acaba de una vez. —La cólera se adueñaba de sus pensamientos, imaginando todo tipo de torturas posibles para aquella voz sin cuerpo.

—¡Así me gusta! Veo que tienes ganas de empezar. Perfecto, vamos allá. En la casa que hace esquina vive una persona muy importante. Se trata del juez que va a llevar el caso de nuestro amigo. Quiero que entres y recuperes un pequeño portátil negro. También deberás deshacerte del individuo en cuestión. Esta vez no quiero fallos.

No dio más explicaciones. Konner se encontró escuchando un ligero zumbido que taladraba su cerebro.

—¡No tenemos tiempo! En apenas media hora se marchará. ¡Apúrate! —conminó Nicky desde el asiento trasero tras dar un fuerte empujón a su

respaldo.

Insuflando aire a sus pulmones contraídos, se dirigió a la casa con pasos lentos e irregulares, procurando que sus movimientos no fueran detectados por ningún vecino curioso. Sus pulsaciones se aceleraban a medida que el edificio se acercaba a él. De pronto, se encontró frente una decorada puerta blanca que no fue difícil forzarla para colarse en el interior. Se deslizó por el salón y con su arma proyectándose a lo largo de su mano derecha, su mirada cuestionando todo cuanto había a su alrededor y sus piernas bailando al son de una música que no existía ni siquiera en su cabeza, llegó a la cocina.

—¿¡Quién eres tú!? —Oyó tras su espalda.

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 07:35

Apenas había podido pegar ojo en toda la noche. La habitación me daba vueltas continuamente, como si me encontrara en el interior de una lavadora con el programa de centrifugado en marcha. Una sensación extraña para no haber tomado una sola copa era algo que las pocas veces que tuve que enfrentarme a ella fue en aquella época en que luchábamos juntos, como amigos. Como hermanos, fuimos todo aquello que hoy echo de menos, pues aunque el sentimiento es el mismo, la distancia no perdona. Todo lo que el espacio aleja, el tiempo se encarga de dilapidar. El último paso es el olvido, pero para que eso llegue, los dos primeros han de actuar, por orden. Siempre por orden.

El pequeño, sucio y pegajoso reloj del motel anunciaba que pronto amanecería, el minuterero apenas se encontraba todavía en la tercera decena y un tenue haz de luz que se aposentaba sobre la hora mostraba el siete.

«¡Vamos, Jai! ¡Tenemos trabajo!», me dije.

Tras salir del cuarto del motel con las energías renovadas, aunque algo soñoliento, me dispuse a seguir recabando pistas para sumarlas a las obtenidas durante la jornada del día anterior, pero algo no iba bien. Detuve mis pasos en seco mientras un sol todavía cansado hacía esfuerzos por desperezarse del todo. De mi boca una condensada vaharada se proyectaba cada vez que mis pulmones decidían expulsar el oxígeno ya procesado. Sabía que tenía que desaparecer, algo me decía que si seguía inmóvil en aquella zona, pronto todo el frío que maquillaba el asfalto y hacía brillar las pinturas viales no sería el mayor problema.

Dos policías inspeccionaban mi precioso Chevrolet, alumbrando con sus linternas el interior. Necesitaba saber que era lo que buscaban, así que sin dudar, decidí caminar en su dirección. Vestía una chaqueta larga de color rojo y un gorro de lana a juego, y juego es el que me dio ya que conseguí

embutir casi todo mi cuerpo en su interior, ocultándome de los ojos viciosos de los dos policías. Dos chicos bastante jóvenes y bisoños, al menos a simple vista. Lo deduje porque al pasar junto a ellos ni siquiera se percataron de mi presencia. Podría haberles reventado el cráneo sin ningún problema y ellos ni se habrían dado cuenta de que estaban pasando de una vida a otra. Ambos apoyaban su frente en el cristal mientras con las manos sujetaban la linterna para, a mi parecer, poder tener una visión algo más nítida del interior.

—Tenemos el coche del sospechoso. Se encuentra estacionado en el *Motel 6*, junto a la 395. Procedemos a inspeccionar el registro de entradas del establecimiento.

—Recibido. El sospechoso puede ir armado, extremad las precauciones.

—Yo siempre llevo el arma preparada —reveló uno de ellos a su compañero. Ambos tendrían apenas unos veinticinco años, los dos morenos y de pelo corto. Vistos por detrás parecían fabricados en serie.

—También se busca un vehículo con matrícula de Maine. Modelo Ford Ranger de color negro. El conductor es sospechoso de un asalto a mano armada con víctimas mortales. Va armado y puede responder con violencia. Se trata de Konner McMurray.

«¿Konner?». Subí al vehículo y ni se giraron. «¡Vaya par!», pensé antes de poner en marcha el motor y marcharme de la zona sin mayores imprevistos. Algo tenía claro, iba a tener que buscarme otro alojamiento. Y desde luego, las armas que tenía en el maletero del *Chevy* ya eran historia.

No podía creer lo que acababa de oír. ¿Konner asesinando a sangre fría? No, eso nunca lo haría. Aunque bien es cierto que en la situación en la que se encontraba todo era posible. Quizá lo obligaron a matarlos. Quién sabe.

Llegué al colegio sin ni siquiera recordar el trayecto que tomé para hacerlo. El sol ya había cogido fuerza y el frío se transformaba, lentamente, en una suave y cálida brisa que se posaba deseosa sobre mis mejillas desnudas. La vegetación se apoderaba de forma egoísta de los rayos del sol para así poder cumplir con su tarea. Los niños corrían calle arriba y un anciano por poco acaba sobre el capó de mi coche de alquiler.

—¡Mire por donde va! —refunfuñó mostrándome un viejo y desgastado bastón. Desde sus labios arrugados una última palabra recorrió el aire y llegó

a mí de forma un tanto distorsionada, pero aun si me hubiese llegado clara y concisa, la furia que provocó en mí sería la misma. Las dudas me hicieron pensar en dos posibilidades: me había llamado «negrata», cosa que haría que acabara la acción que casi había llevado a cabo atropellándolo, o me llamó «cegado», eso significaría un final algo distinto. Lo dejé pasar al fin y pude percatarme de que varias profesoras me miraban consternadas mientras se aferraban a sus alumnos.

Aparqué a un lado y decidí acercarme a la entrada del colegio, donde una mujer recibía sobre la misma acera a los niños. Los vigilaba desde que salían de los coches hasta que llegaban al camino que conducía al interior del edificio. Otra mujer llevaba a cabo la misma acción ocupando el siguiente tramo. Y una tercera, que no era otra que la mujer que vi en el vídeo la noche anterior los recibía a la puerta del colegio con una triste sonrisa que no podía ocultar su dolor.

—Perdona —dije rompiendo el hielo sabiendo que mi siguiente paso iba a ser más directo. Ella me miró sin borrar aquella sonrisa y volvió la vista hacia sus alumnos.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Eso espero. Me gustaría charlar sobre lo que ocurrió ayer por la tarde.

Su sonrisa se esfumó tan rápido como se presencia una chispa en medio de una noche oscura. Sus ojos se posaron en mí y recorrieron todo mi cuerpo hasta llegar a la cintura para luego volver a mi rostro.

—Ya le dije todo lo que ocurrió a la policía. Si quieres saber algo más, habla con ellos. —Sin que le temblase el pulso, siguió dando la bienvenida a los niños renovando aquella sonrisa forzada.

—No creo que la policía pueda contestar a mis preguntas. Puedo decirte que dudo incluso que te las hayan formulado.

—¿Y puedo saber qué clase de preguntas son como para que no me las hayan hecho? —El tono de voz con el que me había recibido desapareció, ahora otro más grave y duro se adueñaba de sus cuerdas vocales y en su semblante unas pequeñas arrugas se formaban en la frente al fruncir el ceño.

—Por eso me gustaría hacerte las preguntas en privado. ¿O prefieres que las exponga aquí mismo?

—Yo no tengo nada que hablar contigo en privado —respondió de forma brusca y antipática—. Ahora tengo trabajo que hacer y no puedo estar perdiendo el tiempo atendiendo a gente entrometida.

—Bien, como quieras. Hablaré con la directora y que me explique ella cómo puede ser que una profesora deje desprotegido a un niño en medio de una gresca.

Me marché sin pronunciar una sola palabra más, mostrando mi intención de preguntar a alguna de sus compañeras por la directora. Sabía que no me dejaría, pero no me importaba hacer lo que fuese necesario con tal de encontrar al pequeño. Apenas llegué a dar dos pasos cuando su voz hizo que me detuviera.

—¿Qué has querido decir con que lo dejé desprotegido?

—Es muy sencillo. —Detuve mis pasos y me volví en su dirección, preparando mi alegato final para convencerla de que sabía lo que tramaba—. Ese secuestro estaba organizado, y tú lo sabías. Así que si no quieres contármelo a mí, se lo tendrás que explicar a tu directora primero y después, iré a ver a la policía. —Volví a darle la espalda y de nuevo, como si de un muelle se tratase, su voz me requirió.

—¡Espere! En cinco minutos empiezan las clases. Vaya a la sala de profesores. Yo lo veré allí cuando todo esto acabe.

Obedecí y con pasos victoriosos y lentos me adentré en aquel edificio, sin saber muy bien hacia donde tenía que ir. Encontré la sala gracias a la colaboración de otra profesora, al final de un pasillo lleno de pequeñas taquillas grises decoradas con todo tipo de pegatinas, algunas eran relucientes, otras, algo más desgastadas, y otras muchas apenas conservaban el papel que se adhería al pegamento. Tras unos escasos diez minutos, entró la persona que esperaba.

—Acompáñeme, por favor. —Pude ver cómo, a través del cristal de sus gafas, un brillo húmedo acariciaba sus ojos. Sus mejillas se habían encendido y entre sus dedos bailaba un bolígrafo que parecía doblarse con cada pirueta.

—Por cierto, mi nombre es Jaidon. —Me presenté con intención de romper el hielo.

—Grace. Grace Rogers. Soy la profesora del curso de Dylan, aunque

también doy clase a niños de otras edades.

—Bueno, Grace. ¿Me vas a decir qué te dijeron? ¿Qué era lo que tenías que hacer?

Nos habíamos sentado ante una pequeña mesa de oficina donde había una pantalla a uno de los lados, una grapadora negra justo en el borde, a punto de caerse, y un pequeño archivador en la otra esquina. No había nada más, salvo el bolígrafo, que repiqueteaba sobre la mesa a causa del miedo latente en el cuerpo de Grace.

—Yo no sabía... —dijo al fin. Una lágrima se dignó a marcar el camino a las demás tras su entradilla—. Ellos me llamaron esa mañana. Me dijeron que cuando llegara al cruce del colegio, los separara un poco. Y luego...

—¿Quiénes eran?

—No lo sé. Solo me dijeron que si no obedecía, les harían daño a... —dijo sollozando. De inmediato se apoderó de su teléfono móvil y tras desbloquearlo, lo orientó hacia mí, mostrándome la imagen de una niña de unos doce o trece años—. Me lo mandaron ellos. Es mi sobrina —volvió a callar, usando el dorso de su mano para borrar el rastro de dolor impreso en su cara—. No me dijeron que se lo llevarían. Pensé que solo querrían asustarlo.

—Necesito que haga memoria. Es importante.

—¡Es mi culpa! —Al fin rompió a llorar. Derrumbándose sobre la mesa, su espalda se sacudía con fuerza mientras un quejido agónico escapaba por los pequeños espacios que no habían sido sellados al meter su cabeza en el pequeño hueco que formaban sus brazos.

—Tienes la oportunidad de resarcirte. Necesito que me digas todo lo que recuerdes. Cualquier detalle puede ser útil.

Negaba con la cabeza. Se negaba a sí misma, inundando sus telas de saladas lágrimas cargadas de pesar y remordimientos. Tras unos segundos, se detuvo en seco y alzó la cabeza.

—¡Recuerdo algo! Cuando se llevaron al pequeño Dylan, a uno de ellos se le cayó un papel. Lo tengo en casa. Acabo sobre las once de la mañana. Ven y te lo daré. Espero que te ayude.

Podía ser que tuviera alguna pista que seguir. Nada era seguro, pero

cualquier detalle podría servirme para encontrar a Dylan.

Llegué al coche y decidí llamar a Cloe. Mi «morenita sexy», que era el apodo que elegí para ella. Trabajaba como analista de conductas en el FBI, si alguien me podía ayudar en esta misión, era ella. Todo se iba a poner muy cuesta arriba a partir de ahora, era algo que tenía asumido.

KONNER

Decisión 3

20 de enero de 2016, 08:20

No se atrevió a girarse. Aquella voz no le resultaba conocida y desde luego, por el tono utilizado, tampoco se alegraba de su presencia. La mano con la que sujetaba su arma comenzó a sudar, haciendo que no consiguiera adherirse con firmeza a la culata. Un temblor también se apoderó de parte de sus piernas, de la parte inferior de su cuerpo, y de su mandíbula en el otro extremo.

Podía sentir cómo el reloj que colgaba de una de las paredes del salón, excesivamente decorado y de vetusta apariencia, marcaba cada eterno segundo, clavando en su cabeza el chasquido que emitía la aguja al avanzar, impasible ante aquel duelo.

Tic, tac. Tic, tac.

—¿¡Quién eres!?! —insistió de nuevo aquella voz, esta vez con más ímpetu.

Ahora sí, Konner se dio la vuelta y cruzaron una rápida y doliente mirada que hizo que dirigiera la suya al suelo de inmediato. Se trataba de un hombre de avanzada edad. Rondaría unos cincuenta años en el papel, en apariencia podría sumar alguna década más. De cejas prominentes y desteñidas y un cabello canoso que nacía a partir de las sienes y rodeaba la cabeza por la nuca. Por la expresión de su rostro, no aparentaba estar preocupado, más bien, extrañado. Sorprendido de que una persona ajena a su vínculo familiar caminara de puntillas por su salón. Pero esa expresión serena desapareció en cuanto llevó su vista a la mano condenatoria. En ese momento su cerúlea mirada se oscureció, sus labios palidieron, sus manos se tensaron.

—¿Por qué te quieren muerto? —preguntó Konner sin mover más músculos que los estrictamente necesarios.

—No sé de lo que hablas, muchacho, pero si me dices quién eres y lo que quieres, podré ofrecerte una ayuda más efectiva.

—Quiero un portátil pequeño, negro.

Aquel hombre enarcó las cejas, guardando unos segundos de tenso silencio. Silencio roto una y otra vez por la maldita aguja del reloj que no cesaba de manifestarse.

—¿Qué portátil?

—No tengo tiempo para tonterías. Sé que eres el juez que lleva el caso de esos tipos de ahí fuera. Y quieren que recupere un portátil. Así que o me dices dónde está o...

—¿El caso de quién? Mira, hijo, no sé a quién estarás buscando, pero yo no llevo el caso de nadie. Tan solo me dedico a hacer mi trabajo lo mejor que puedo para después, volver a mi casa a disfrutar de mi soledad. Aunque hoy está claro que no podré hacerlo.

Konner se acercó al juez, que vestía un traje negro clásico y una corbata a rayas azules y blancas, y apuntó con su *Beretta* al pecho del hombre, que dejó escapar un suspiro mientras alzaba sus manos.

—¡No estoy para gilipolces! ¿Dónde cojones lo tienes? —Irritado, Konner sacudía su arma sin apartar el cañón del cuerpo de su víctima

Las órdenes eran claras, recuperar el portátil y eliminar al juez. Pero su cabeza se debatía entre dos opciones: ignorar las exigencias de sus captores y arriesgarse a las consecuencias de una nueva insubordinación, si era descubierto, o cumplir con el plan establecido y cargar sobre su espalda una nueva lápida. Un sinfín de posibles situaciones que marcarían su devenir se mostraban en su interior mientras el hombre, paralizado frente a él, mantenía la compostura.

—Vale, pero no quiero que te alteres. Si quieres, puedes llevarte la televisión también. O dinero. ¿Quieres dinero?

—¡Que te follen! —Konner golpeó al hombre con la mano que tenía la pistola. La sacudida, que dio de lleno en su cabeza, hizo que cayera sin emitir sonido alguno.

Corrió sin contemplaciones por toda la casa. Primero terminó de inspeccionar el salón. Después, continuó buscando por la cocina para terminar

en un pequeño despacho, situado también en la planta baja. Allí, sobre un pequeño escritorio de madera de acacia y levantada sobre cuatro preciosas y sinuosas patas de estilo isabelino, se encontraba el pequeño aparato negro de la discordia. Cerrado y sin vida aparente, reposaba junto a varios papeles en blanco y otros escritos a mano en tinta azul.

No se paró a mirar otros detalles, con una acuciada velocidad, se apoderó del ordenador y tomó rumbo a la salida, pero algo hizo que se detuviera justo antes de salir por la misma puerta que había utilizado para entrar. El cuerpo del juez había desaparecido. Parte de los mismos ácidos que contenía su estómago retomaron el camino por el que suele entrar la comida. Su corazón se aceleró al comprobar que tampoco estaba en el salón. Desesperado, inició la búsqueda del tipo que intentaba darse a la fuga. Si salía a la calle y sus vigilantes lo veían, estaba seguro de que lo pagaría caro. Corrió a través del salón y saltó por encima de un pequeño sillón color perla que se interponía entre él y la cocina.

—¡Serás...! —gritó al ver cómo el hombre, con un gran esfuerzo, intentaba llegar a la mesa, ayudándose de una pequeña silla de madera, a juego con el resto de la casa. Parte de su cara estaba bañada en sangre, y la mitad inferior de su cuerpo no parecía querer obedecerle. Un corto grito siguió al de Konner. Un lamento agudo producido por el hombre que al ver cómo su agresor entraba eufórico por la puerta, se dejó caer de nuevo, ocultando parte de su cuerpo bajo la mesa.

—¡No! Por favor, coge lo que quieras, pero no me hagas daño.

Konner lo encañonó una vez más, llevando de nuevo al hombre a un estado casi catatónico mientras arrojaba todo tipo de súplicas a un ambiente enrarecido, donde un fresco olor frutal disimulaba el hedor que producía la descomposición de los alimentos sobrantes de una comida pretérita, que reposaban sobre la porcelana que esperaba ser lavada.

—¿Quién es ese testigo al que quieren matar? —inquirió Konner. No sabía con qué intención exacta lo hacía, pero de esa manera ganaba algo de tiempo mientras tomaba una decisión.

—¡No sé de quién me hablas! —bramó de nuevo el hombre entre lágrimas. Se agarró a una de las patas de la mesa entre gestos claros de dolor—. ¿Seguro

que es a mí a quien buscas?

—Ellos no se equivocan. Saben siempre todo lo que pasa a su alrededor.
—Konner levantó el portátil con su otra mano y lo sacudió ante el juez—. Eres tú el que buscaba. Así que más te vale empezar a decirme lo que quiero oír o morirás debajo de esa jodida mesa.

No respondió. Se limitó a acomodarse y a perder su mirada en un punto del frío suelo. Hizo falta que pasaran varios segundos para que al fin, se decidiera a hablar. Dirigió de nuevo la vista a Konner y arrugó los labios.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó con un tono firme pero cercano. Konner sintió que aquel hombre quería compartir su pena, quería escucharlo.

—Konner McMurray. No tengo más remedio. Tienen a mi hijo y si no hago lo que me piden...

—¿Quién tiene a tu hijo?

De nuevo, un instante de silencio imperó en aquella estancia, que cada vez parecía hacerse más pequeña. Konner se encogió de hombros y negando con la cabeza, dio por contestada la pregunta.

—Entiendo, es la mafia la que te está acosando, ¿verdad? —inquirió el juez mientras se pasaba la mano por la herida que se había abierto junto a su ceja—. Hace unos cuantos años se mudó a la ciudad una pequeña banda organizada que se dedicaba a robar barcos pesqueros y a traficar con drogas aprovechando que nuestro río llega hasta Canadá. Pero con el paso del tiempo esa pequeña banda ha ido creciendo, trasladando más efectivos a la zona, y ahora...

—¿Sabes quiénes son? —La mirada de Konner se posó de nuevo en sus ojos, pero esta vez fue el juez quien eludió el contacto visual.

—Sabemos quiénes son, pero nada más. No sabemos ni dónde operan ni quién es su jefe. No sabemos apenas nada.

—Por eso quieren ver muerto a vuestro testigo.

El hombre negó con la cabeza. Intentó levantarse, pero un gesto de dolor desfiguró sus facciones y provocó que tuviera que volver a sentarse, recuperando la posición que había pretendido abandonar.

—Esto no tiene nada que ver con testigos. Escúchame bien, hijo, si les das

ese portátil, estarás poniendo en peligro toda la operación.

—¿Qué quieres decir con eso de que no tiene nada que ver con testigos?

—No va a haber ningún juicio. No existe testigo alguno. En ese ordenador hay información sobre agentes infiltrados. Sobre uno en concreto que tenemos bajo protección. Si les das ese ordenador, lo estarás matando.

Una vez más su alma se separaba de su cuerpo. De nuevo tenía que decidir cuál sería la opción menos cruel, pero cualquiera de las dos traería muerte. ¿Qué podía hacer? ¿Qué camino elegir? Aunque la pregunta que más le dolía responder era la de quién debía morir. A su lado, el juez que intentaba convencerle de una realidad distinta, una realidad que quizá explicara todo lo sucedido, pero no conseguía encontrar la respuesta en ese momento. Sintió el peso del monedero en el interior de su chaqueta, recordando de nuevo el peligro de todo aquello.

—Debo hacer lo que sea necesario para salvar a mi hijo.

—Existen otras formas.

—No para mí. —Varias lágrimas se descolgaron por sus mejillas. Su brazo apuntó al cuerpo del juez, haciendo que este le dedicara una sacudida repentina de su cabeza mientras rogaba de nuevo por su vida.

—Para todos, Konner. Siempre existe una solución si se pide la ayuda necesaria. Matándome a mí, no garantizas que tu hijo viva.

—Pero si no lo hago, su muerte es segura. Lo siento.

—¡NO!

De nuevo el silencio se adueñó del momento, roto tan solo por ese maldito reloj, que a pesar de la distancia, seguía oyéndose.

Tic, tac. Tic, tac.

Dos estruendos hicieron que todo en la cocina vibrara, resonando parte del sonido en algunas copas durante varios segundos más. Del cañón de su arma salía una fina columna de humo que junto a los dos casquillos de las balas, que rodaban a los pies de Konner, quedaron como únicos testigos de lo que ahí acababa de ocurrir.

En apenas unos minutos salió del edificio, con la mirada perdida, su mente bloqueada y sus piernas temblando tras haber cumplido con lo demandado.

—¿Por qué has tardado tanto? —cuestionó Steve en cuanto Konner entró en

el vehículo. Extendió una mano y con un movimiento de dedos exigió que le diera el ordenador.

—El juez no me quería decir dónde tenía el portátil.

—¿Te lo has cargado? —Esta vez fue Nick el que, desde el asiento trasero y con una petulante y aguda voz requería información

—¿No era lo que queríais?

—Voy a comprobarlo. —Abrió la puerta e hizo ademán de salir del vehículo, pero su compañero lo asió del brazo, atrayéndolo de nuevo al interior.

—¿Tú eres tonto? ¿No has oído los disparos?

—Puede haber disparado al techo y estar tomándonos el pelo.

—De ser así, lo sabremos. —Steve detuvo un segundo su discurso para mirar a Konner a los ojos y volvió a girarse hacia Nicky—. Ir a comprobarlo ahora es arriesgado. Cualquier vecino podría estar mirando. Así que lo mejor será salir de aquí e ir a un sitio seguro.

—Bien, pero yo sigo pensando que lo mejor sería comprobarlo. Este tío nos la va a pegar a la primera, en cuanto le demos tregua.

Konner lo miró a través del espejo arrugando la frente, en su interior la rabia se cocía a fuego lento, como una olla exprés sellada para que el vapor no se escape. Todo acabaría estallando, tan solo era cuestión de tiempo.

—¿Qué estás mirando? —replicó Nicky devolviéndole el desafío—. Dime que me equivoco. Venga, dímelo. ¡Vamos!

Esa última palabra transportó de nuevo a Konner a aquella noche. A aquella historia que, ya cansado de revivirla, se veía obligado a recordar una y otra vez.

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 09:40

—¿Cómo estás, nena? —pregunté con el típico tono socarrón que tanto me ha caracterizado a lo largo de toda mi vida.

—¡Vaya! Pero si es el caballero negro. Pensaba que te habías olvidado de mí ahora que te has convertido en un entregado padre y esposo —respondió ella siguiéndome el rollo. Nos conocimos en la Academia, ella intentaba demostrar que podía igualarse a cualquier hombre, en su propio terreno, y yo buscaba alejarme de los barrotes de una fría celda en Nueva York. Pronto nos hicimos amigos, nada más que amigos, y entablamos una relación realmente honesta.

—Sabes que mi princesita lo es todo para mí. Pero después de ella, estás tú.

—Siempre tan galán. Eres un Casanova. ¿Qué es lo que quieres?

El tiempo de bromear se había terminado. Era hora de pasar a la acción y poner todas las cartas sobre la mesa. Necesitaba centrarme y sacar mi lado profesional para seguir buscando a Dylan. Su vida dependía de mí, así que no podía fallarle.

—Estoy metido en un lío. Necesito que me ayudes.

—¿Qué es lo que ocurre? —Su voz se oscureció al oír mi súplica. De nuevo, la Cloe seria y trabajadora surgía de la nada.

—¿Recuerdas a Konner? Te he hablado alguna vez de él. Un grupo organizado ha secuestrado a su hijo y lo están obligando a llevar a cabo algún tipo de misión que no ha podido revelarme.

—¿Dónde estás?

—Bangor, Maine. Hay varios datos que necesito que investigues —le dije mientras rebuscaba en el interior de la cartera del tal Robb. Algo en ella llamó mi atención. Solo tenía su carné de identidad y algunos pavos sueltos junto con unas monedas. Lo interesante era que en uno de los compartimentos escondía

una tarjeta de cartón con las iniciales de los almacenes *T.J. Maxx & HomeGoods*, pero en concreto se trataba de la tarjeta de un almacén cercano cuyo nombre era *Ceodex*. La dirección que aparecía en ella era *School St*.

—Bien, espera un momento a que lo prepare todo. ¿Necesitas algún otro tipo de ayuda?

—No, está todo controlado. —Mentí con tanto descaro que incluso llegué a sonar chulesco y soberbio, pero no quería involucrar a terceros en todo esto. No sabía a qué peligro nos enfrentábamos y lo último que quería era nuevas víctimas con las que cargar.

—Tú siempre tan humilde. Bueno, ¿qué datos son esos?

—Primero, necesito que averigües todo lo posible acerca de un tío, te voy a mandar por correo su foto. Según su carné, se llama Robb Smith y es de Massachusetts. También quiero que investigues una matrícula de Nueva York, la KJJ-9192. Es una GMC negra. Sobra decir que el tiempo no es nuestro aliado.

—Te llamo en cuanto tenga algo —sentenció Cloe despidiéndose de mí con un sonoro beso que hizo vibrar el auricular del teléfono.

Me fui, sin meditar mucho mis acciones a la dirección que acababa de encontrar en la cartera de ese tal Robb. Fue un viaje de casi media hora. Media hora que bastó para recorrer todos los espacios en blanco de mi mente. Media hora en la que imaginé distintos finales posibles a esta situación y mi respuesta a cada uno de ellos. Media hora preguntándome dónde podría estar el pequeño Dylan, pensando en que estaría asustado, solo y descuidado. Debía darme prisa o el tiempo se me echaría encima.

Llegué al destino sin fijarme en la ruta que había elegido para realizar el trayecto. Tan absorto estaba en mis pensamientos que había recorrido todo ese espacio que me separaba del almacén con el piloto automático de mi mente. El emplazamiento no era más que un pequeño edificio cuadrado, con más plazas de aparcamiento que personas podía albergar en su interior. Un enorme letrero colgaba de la fachada, ocupando casi el total de esta. Entré sin miedo ni pensamientos.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó un chico que más que un dependiente parecía un familiar directo de la familia Adams. No llevaba placa con su

nombre ni vestía ningún uniforme distintivo.

—¿Eres tú el encargado? —cuestioné algo incrédulo al ver su porte. De piel nívea, ojeras marcadas, pelo sucio y dientes amarillentos, podía ser cualquier cosa menos un dependiente.

—Estoy detrás del mostrador. ¿Quién voy a ser si no?

Su prepotencia daba muestra de no querer vender absolutamente nada, por lo que la idea de que aquel antro tan solo era una tapadera cobraba una mayor certeza. Debía ser cauto a la hora de actuar, cualquier cosa que hiciera podría costar caro, a mí o a Dylan.

—Bien, tu alegría me ha hecho dudar, en un principio. —Miré alrededor analizando lo que la tienda ofrecía. Parecía una ferretería, todo lo que las estanterías guardaban servía para tareas hogareñas—. Estaba buscando una sierra para cortar madera.

El muchacho, que no tendría más de treinta años, me miró durante unos segundos de forma despreciativa y tecleó algo en el ordenador a una velocidad poco habitual.

—Lo siento, no tenemos nada de eso —espetó con sequedad.

—¡Oh! Vaya. ¿Y una sierra normal? Cualquiera me sirve.

—Lo siento, no tenemos sierras.

—¿Puedo echar una ojeada por mi cuenta?

—No encontrará nada —respondió algo más alterado. Desde luego que mi presencia en la tienda le incomodaba, eso significaba que iba por el buen camino.

—Seguro que sí, hombre. No seas tan agorero. —Sin darle tiempo a negarse, me perdí por uno de sus pasillos. Pude oír cómo me llamaba, pero ignoré su grito y seguí hasta el final de la tienda. Allí me aseguré de que no hubiese cámaras y preparé mi arma. Debía conseguir que hablara.

—¡Señor! Le repito que no vendemos sierras. —Oí cómo maldecía mientras se acercaba con pasos arrastrados y sonoros, gracias a unas suelas duras de goma.

Me abalancé sobre él en cuanto su hombro asomó por la esquina de la estantería tras la que había decidido esperarlo. Intentó zafarse, pero no pudo hacer nada. Lo agarré por el cuello de su camisa mientras colocaba mi cuerpo

a modo de palanca sobre él. Sus piernas volaron por los aires y pude oír el golpe seco que su espalda emitió al impactar contra el suelo. También un gemido de dolor se escapó de su boca tras aterrizar. Usó sus manos para protegerse la cara, así que aproveché y le propiné un fuerte puñetazo ayudándome del arma para afianzar mi mano, en su costado izquierdo, a la altura de las costillas. Esta vez no fue un gemido, sino un grito desgarrador lo que soltó.

—¡Así que no vendéis sierras, eh! —recriminé furioso mientras dejaba caer varias de ellas sobre su pecho, utilizando la mano que tenía libre para extraerlas de la estantería que tenía junto a mí.

—¡Suéltame! No sabes lo que estás haciendo.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Estoy a punto de pegarle un tiro a un soplapollas si no me dice lo que quiero oír. ¿Qué mierda haces en este sitio? ¿Para quién trabajas?

—¡Tío! No sé de qué me estás hablando. Estás loco. —Su voz se agudizaba debido a la presión de mis piernas sobre su cintura. Se revolvía con fuerza, pero no con la suficiente como para poder soltarse. Pude sentir que un hedor nauseabundo emergía cada vez que abría la boca. Por el hilo musical se escuchaba «*Don't stop me now*» de Queen, una canción que yo había odiado siempre. Parecía que todo estaba planeado para sacarme de mis casillas.

—Bien, anoche ya tuve esta discusión con otro tío que no sabía nada y no quiero que acabe igual. Vamos a empezar de una manera sencilla. —Apoyé la pistola sobre su muslo y presioné con fuerza—. Tienes tres segundos para decirme qué hacéis en este local, aparte de no vender sierras, o te juro que no volverás a caminar bien nunca más en tu puñetera vida.

El ostensible sudor que corría por su frente atrapaba parte de la luz que los focos proyectaban sobre la tienda. Sus ojos iban de un lado al otro y su cuerpo se movía con desesperación.

—No lo sé. Yo solo tengo que cuidar de la tienda. Cada cierto tiempo viene un tío con una caja, la deja en la trastienda y al día siguiente vienen dos hombres con una furgoneta negra y se la llevan.

—¿Cuándo suelen hacer eso?

—Normalmente, cada dos lunes, pero a veces, cada semana.

Rebusqué en el bolsillo trasero de mi pantalón con precaución, no quería que se escapara, y sustraje de la cartera que me había quedado, el carné del tal Robb.

—¿Reconoces a este tío? —pregunté clavando con más fuerza la pistola en su pierna.

—¡Sí! Es el que hace las recogidas. Con otro compañero —respondió con un quejido—. Siempre vienen los mismos.

—¿Qué hay en las cajas?

—Nunca lo miro. Yo solo me ocupo de la tienda. Nada más, te lo juro.

—¿A dónde la llevan? Algo habrás oído alguna vez. Haz memoria. ¡VAMOS! —Mi furia crecía por momentos. Estaba tan cerca de poder obtener una respuesta que sus negativas enardecían mi cólera.

El chico se quedó callado durante un segundo mientras arrugaba la frente de vez en cuando, síntoma claro de que la mala postura y la situación no lo hacían estar muy cómodo.

—Alguna vez han dicho algo de ir a la reserva, a *Penja... Penjaja... Penjajawoc*. Nada más. No sé nada más.

—Bien, si me has mentido o si se te ocurre decirles algo, volveremos a vernos. —Antes de levantarme lancé contra su cara un fuerte golpe que dio de lleno en un punto intermedio entre la sien y la ceja. Sus movimientos cesaron al instante.

Me marché de la tienda tan rápido como pude, viendo cómo el reloj me marcaba el siguiente paso. Se acercaba la hora de ver a la profesora y de recuperar aquel papel que me había dicho que tenía en su posesión. Debía darme prisa, la dirección que me dio no quedaba cerca, así que tenía que ser raudo pero sin correr. Una llamada hizo que mis pasos se ralentizaran, no reconocí el número que salía en la pantalla, así que pensando que podía ser Konner, atendí la llamada con rapidez.

—¡Su familia corre peligro! —Una voz cascada y algo distorsionada amenazó mis sentidos. Solo oír la palabra «familia» hizo que me alterara.

—¿Qué has dicho? ¡Maldito hijo de perra! Como se te ocurra tocar un solo pelo a mi...

—Le estoy advirtiéndolo, no amenazando. Corra, ponga a salvo a su familia

primero. Lo están siguiendo.

La llamada se cortó sin darme tiempo a seguir hablando. Llamé al número que había aparecido en la pantalla, pero ya no daba señal, ni la dio durante los minutos que seguí intentándolo. Opté por cambiar de estrategia y parar en una esquina. Cuando miré de nuevo, un mensaje de texto ocupaba la parte central de la pantalla. Se trataba de Cloe y el mensaje era claro:

Tienes el teléfono pinchado. Alguien te está siguiendo y no parece estar haciéndolo de forma legal. No llames a nadie, no uses los datos de internet para comunicarte con nadie. La foto que me has enviado no corresponde al documento. El individuo se llama Christopher Stein y tiene numerosos antecedentes por atraco a mano armada y delitos de hurto menor. Se lo busca en el condado de Massachussets. ¡Ten cuidado!

Algo raro estaba pasando. Primero la llamada, ahora el mensaje de Cloe, que desde luego, con lo que ella decía, confirmaba mis teorías. Desconecté los datos del teléfono y continué la marcha hacia la casa de la profesora de Dylan, divagando entre un sinfín de dudas razonables que no hacían más que provocar otras mayores. Decidí enviar un mensaje a Tisha. Necesitaba saber que estaba bien y ponerla a salvo.

Nena. ¿Cómo va todo por ahí? ¿Cómo está mi princesita? Quiero que estés tranquila, pero tienes que ir unos días a casa de tu madre o de tu hermana. Es necesario, esto se pone feo y no quiero que te pase nada. No te preocupes, yo estoy bien. ¡Hazme caso y vete ya! No me llames, si quieres algo, mándame un correo. Te deseo.

Tras mis intentos de poner todo en su sitio en mi cabeza y de avisar a Tisha, llegué a la casa de Grace. Era una pequeña casita situada en un barrio tranquilo. Aparqué el coche y me dirigí como alma sin dueño a la casa, perdido en mil pensamientos distintos, sin llegar a poder concretar uno solo.

La puerta estaba entreabierta, así que supuse que esperaba mi llegada, había sido bastante puntual, a pesar de mis paradas.

—Señorita Grace —anuncié en cuanto crucé el marco de la puerta.

El estallido de un cristal alertó mis sentidos, que con gran agilidad me llevaron a desenfundar el arma y a correr hacia la zona donde se originó el ruido. No pude evitar llevarme la mano a la boca en cuanto entré en la cocina.

—¡Joder!

JALALABAD/AFGANISTÁN

25 de febrero de 2011, 21:55

Cuatro años antes

...Que se entrega a una causa noble. El que tiene suerte, saborea al final el triunfo de los grandes logros, y si no la tiene, fracasa, pero lo hace, al menos, tras haberse atrevido...

—¡Vamos! —gritó Alex desde la distancia.

Aquella sombra que había cobrado vida hizo que la de él se detuviera un instante, contemplando cómo esa presencia hacía que su pasado reviviera como por arte de magia.

En la mira de su rifle se distinguía la silueta de una niña de apenas ocho años, con un velo tapando parte de su cabeza, pero dejando a la vista una piel dorada como la arena y unos ojos de brillante obsidiana. Hacía unos gestos torpes y nerviosos, moviendo con rapidez la cabeza, como si buscara algo en aquel yermo infernal. En la mente de Konner, que hubiese deseado eliminar todos aquellos cadáveres del escenario que se presentaba frente a la niña. Las incógnitas sobre los motivos que la cría podía tener para estar allí surgieron de repente. Se preguntó si estaría buscando a alguien o si su presencia en la zona era por mera curiosidad, producto de la casualidad no era. Eso era algo de lo que estaba seguro.

—¡Konner! Tenemos que irnos —insistió Alex haciendo aspavientos con las manos.

Lo había visto, y también se había percatado del primer reclamo, pero no podía dejar allí a aquella pequeña que cada vez parecía más aturdida.

Ella se puso a correr, ante la mirada atónita de Konner, que intentaba convencerla desde la distancia de que parara, lanzó ráfagas de luz con la linterna de su rifle para evitar que siguiera avanzando. Pero la niña no se percató de sus intenciones, seguía corriendo. Y lo hacía con tanto ímpetu que parecía que jamás fuera a detenerse. Pronto su destino le quedó claro a

Konner: el edificio que habían asaltado minutos antes y que ahora se consumía preso de las llamas voraces, que cada vez ocupaban más espacio en el cielo. La niña entró en la casa saltando por encima de los dos cuerpos que yacían junto a la puerta principal.

—¡No, joder! —rugió Konner y sin pensarlo dos veces, se lanzó tras ella.

—¡Konner! ¿¡A dónde cojones vas!?! —Fue Rohan quien, con furia contenida, se anticipó a los gritos de Alex.

Konner hizo caso omiso y siguió avanzando, protegiéndose entre las sombras proporcionadas por los coches que habían aparcado en aquel descampado. A hurtadillas se acercó hasta el edificio viejo para sacar como fuese a la niña del interior. Buscase a quien buscase, ya no iba a poder hacer nada, y un segundo en aquel infierno era una lotería, aunque el premio era la misma derrota. En cualquier momento, las cajas de explosivos harían que todo saltara por los aires.

—¡Joder, Konner! —Una voz grave y joven sonó a través de la radio. Era Alex de nuevo—. ¿Qué mierda estás haciendo?

—Una niña ha entrado en el edificio. Tengo que sacarla de ahí —respondió con un agitado tono de voz. Su pecho se sacudía sin control, preso del pánico y del nerviosismo al que se estaba viendo sometido.

—¡No me jodas! Sal de ahí cagando leches. Estamos llamando mucho la atención. Nos esperan para la evacuación. Konner, no te lo repetiré más veces.

—Ya os alcanzaré. Tengo que hacerlo.

Ignoró los siguientes improperios provenientes de casi todos los componentes de su equipo y continuó su aproximación a la casa. Tras pasar uno de los vehículos que llegaron primero, una enorme llama se alzó hacia el cielo. Una llamarada que hizo a Konner detenerse en seco y prepararse para lo que iba a suceder en unos segundos.

Apenas le dio tiempo de taparse la cara, usando su antebrazo. La explosión hizo volar casi toda la casa en fragmentos tan pequeños que algunos no volvieron a tocar el suelo, simplemente volaban, buscando un lugar mejor donde reposar. Una enorme bola de fuego se elevó solitaria tras haber anunciado con un enorme estruendo sus intenciones. Konner no pudo aguantar el envite y salió volando varios pies hacia atrás. Cayó junto al primer coche

de la fila, y desde el suelo observó cómo los escombros se repartían por toda la hondonada arenosa mientras que donde debía estar la casa las paredes rotas hacían presagiar que cualquier cosa que quedara en su interior era ya historia.

Sintió el sabor cobrizo de la sangre al mezclarse con su saliva. Pudo notar cómo el calor descendía desde su boca y parte de la barbilla hasta el pecho, rozando su cuello tiznado por una áspera barba de dos días. Como pudo, escupió la sangre que se acumulaban en su boca y se incorporó mientras oía cómo crujían sus huesos.

—¡Konner! —De nuevo, la radio se activó. Una vez más era Alex—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuál es tu situación?

Llevó su mirada a la zona donde sus compañeros aguardaban y comprobó que no faltaba ninguno. Todos le esperaban a lo lejos, con su armas preparadas y deseosas de devorar pólvora. También pudo ver que la explosión había destrozado todos los vehículos, haciendo añicos los cristales y algunos incluso con los impactos de las piedras que cayeron sobre sus chapas. Una imagen volvió a él de inmediato, haciendo que se dirigiera de nuevo a lo que quedaba del edificio. Ya no reaccionaba, sino que actuaba más bien movido por una parte de su interior que no atendía a razones. Esa parte que le pedía que esta vez no lo permitiera. No podía dejar que a esa niña le pasara algo. Pero el deber no siempre va ligado a la concesión de un acto. Ni a su efectividad.

Buscó durante varios minutos entre los escombros sin encontrar nada, salvo la propia desesperación de un nuevo fracaso que debería apuntar en su haber. Un trozo de tela confirmó sus peores presagios. Reconoció de inmediato el jirón de tela bañado en sangre que se ocultaba bajo varios guijarros afilados, formaba parte del velo que cubría la cabellera de aquella niña que había encontrado su final aquella noche. Todo se repetía de nuevo. Todo volvía a empezar.

—¡Contacto! ¡Contacto! —bramó Jaidon por la radio. Mientras alertaba, varios disparos se oyeron a través del auricular.

Konner recobró su consciencia, pero tan solo una parte de ella, la otra se quedó analizando su pasado, buscando las respuestas que tanto ansiaba desde aquella jodida tarde. Nada de lo que hacía con buenas intenciones acababa bien para terceros. Y es que no siempre una buena intención trae

consecuencias positivas. Hay veces que la puerta que abres tan solo trae tormenta. Cuando al fin, consiguió ser plenamente consciente, se percató de que la zona donde se hallaban se estaba convirtiendo en un campo de batalla.

—¡Konner! ¿Qué demonios ocurre? —Esta vez fue Víctor quien alzó la voz.

—¡Ya voy! Necesito informe de situación.

—Blancos a nuestras tres en punto. También recibimos fuego enemigo no identificado. No veo quién cojones nos está destrozando con una PK.

Cualquier soldado que mereciera el tridente de los *Navy SEAL* podía distinguir con qué arma disparaba el enemigo solo con oírla. En este caso, se trataba de una ametralladora pesada, capaz de derribar una pared con sus proyectiles.

Konner corrió a través de la noche, aprovechando que no lo habían detectado, y camuflado entre los coches enemigos buscó al individuo que estaba usando la PK. Lo encontró tirado en el suelo sobre su pecho, con la ametralladora frente a él, haciéndola escupir fuego con tanta rabia que la llama parecía querer apoderarse del resto del arma. Un silencioso disparo acabó con él, pero su disparo fue detectado por otros insurgentes que, entre gritos enfervorizados, cargaron contra su posición.

—¡Me han visto! Me están acribillando —notificó por radio a sus compañeros.

—Recibido, Jaidon se mueve para buscar una mejor cobertura. Mantén la posición —respondió Rohan con una voz firme y mecánica.

Konner hizo caso a las exigencias de su compañero y se quedó bajo el cobijo metálico del coche, que daba la impresión de que se iba desmontando poco a poco. Las balas impactaban en las chapas, silbaban cuando pasaban rozando su piel, las chispas incandescentes salpicaban su cuerpo tendido junto a los neumáticos delanteros del Land Rover. El olor a pólvora, aluminio derretido, polvo y sudor dominaba el ambiente. La noche se iluminaba con el fuego cruzado que ambos bandos se dedicaban.

—¡Tengo a uno! —informó Jaidon con aires de grandeza, lanzando una pequeña carcajada triunfal—. Vía libre.

Konner corrió hasta el siguiente vehículo. Corrió con tanta furia que sintió cómo una de sus piernas fallaba al afirmarse en el suelo y derrapó sobre el

terreno arenoso que se abrió al paso de su pie, dejando una huella alargada como testigo del error cometido. Su cuerpo se tambaleó hacia un lado y tuvo que apoyar las manos en el suelo. Varios disparos impactaron junto a sus piernas, pero tan solo la tierra salió mal parada.

La voz de Dylan se proyectaba en su cabeza mientras, apoyado en la parte delantera del otro vehículo, recordaba cómo le suplicaba que volviera sano y salvo. Deseando volver a verlo otra vez, recuperó las energías tan pronto como pudo y se preparó para la siguiente embestida. Los proyectiles no perdían su obsesión por segarle la vida y el ensordecedor ruido de los fusiles clamaba por despertar a todo el mundo. Preparó su rifle y examinó su alrededor. Dos objetivos se presentaron ante él, muy cerca y en una posición bastante descubierta.

—Dos menos —anunció Konner tras eliminar al segundo de los insurgentes que había visualizado desde su posición—. Me nuevo, cubridme.

—Estoy atento —respondió Jaidon alzando su mano a lo lejos para marcarle la ubicación que había elegido, junto a un pequeño contenedor, antes del callejón por el que iban a huir.

Konner avanzó entre el silencio renovado y una tensa quietud que sabía que duraría poco. Superó el último vehículo que podía servirle de protección. Ahora nada le protegería si alguien cargaba contra él. Llegó hasta el callejón donde le esperaban sus compañeros, pero una nueva ráfaga les alertó.

—¡Contacto! —gritó una vez más Jaidon mientras abría fuego sobre un punto que Konner no pudo distinguir, ya que prefirió no girarse. Las balas pasaban cerca de él y cualquier descuido podía acabar en tragedia.

Llegó hasta el callejón sin apenas resuello y con el corazón queriendo escapar de su pecho. Nunca había sentido su propia muerte tan cerca, el calor de las balas, el olor de su propio miedo.

—¡No tenemos tiempo! —le recriminó Rohan mirándolo con furia—. Tu numerito nos ha puesto en peligro. Nos ha podido costar la vida.

Konner no respondió. Sabía que era verdad y el remordimiento le impidió rebatir el reproche que su compañero le acababa de hacer. Pero no evitó que le dedicara una mirada asesina a su compañero.

Comenzaron a caminar por el callejón, resguardados por la calma y la

oscuridad, hasta que llegaron a una calle ancha, vacía y amparada por varias farolas que se interponían al sigilo que pretendía el equipo.

—Caminemos en fila india y sin armar escándalo. Yo iré en último lugar —ordenó Konner con una actitud algo más positiva.

Sin oponerse, Víctor cruzó primero. Su trayecto fue tranquilo, sin alteración alguna que les obligara a combatir. Desde el otro lado anunció que ya estaba preparado para cubrir al siguiente. Se trataba de Rohan. Cruzó deteniéndose un segundo en la mediana, donde había unos pequeños matorrales que le servían de cobijo y podían protegerlo.

—Vamos, Jai, te toca —anunció Alex dando una palmada en la ancha espalda de su compañero.

Jaidon cruzó con rapidez al otro lado, con pasos silenciosos, sin contratiempos. Después, Alex se aventuró. Cuando llegó a la mediana, un ruido extraño surgió de la nada. Dos encapuchados salieron al paso del soldado y este desenfundó su arma velozmente. Rohan y Jaidon se percataron de su movimiento y abrieron fuego sin contemplaciones. Los estruendos se repitieron durante unos segundos hasta que los dos hombres se desplomaron en el suelo.

—¿Todo bien? —preguntó Konner desde el otro lado de la calle.

Alex alzó su pulgar al cielo en señal de afirmación. Konner no dudó y cruzó con agilidad mientras comprobaba que nadie los veía. Pero algo se le debió pasar por alto. De nuevo, un silbido de proyectiles se abalanzó sobre ellos. Tras unos rápidos pasos perdió el control y de pronto, se vio tendido en el suelo, muy cerca ya de la mediana, con las balas acariciando su cuerpo y levantando el asfalto que lo rodeaba. Un frío abrazo de fuego se aferró a su pierna y cuando llevó su vista a ella, distinguió a la altura de la rodilla, un reguero de sangre que descendía por la parte trasera del pantalón. Puso una mano para taponar la herida y como pudo, llevó su cuerpo hasta la mediana, arrastrándose como una serpiente en busca de cobijo.

—¡Konner! —gritó su compañero corriendo hacia él.

—¡Alex! ¡NO!

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 11:17

Me encontré con una imagen dantesca sin previo aviso, bueno, sí lo hubo, aquel ruido de cristales desquebrajados fue la alerta que había recibido tan solo unos segundos antes.

Grace se encontraba tendida en el suelo, aparentemente sin vida, y con una profunda herida en el pecho. La sangre corría como una cascada por su costado izquierdo, empapando el suelo de mármol gris con el que había decorado la cocina.

—¡Señorita! —susurré con una cariñosa y reconfortante voz. Arrodillado a su lado, comprobé que su pulso era débil, casi extinto. Todavía conservaba algo de calor y el tono de su piel seguía igual. Debía apresurarme a pedir auxilio.

Saqué mi teléfono del interior de la chaqueta pero justo en ese momento, una sombra pasó fugaz por una de las puertas que daban al patio interior. Quise disparar, pero ya nada había frente a mí, así que emprendí una enfervorecida carrera hacia la zona por la que había cruzado, castigándome por haber ignorado aquel ruido que sentí al entrar.

Pude ver cómo dos hombres corrían por el patio de la casa. Un patio decorado con un verde y cuidado césped natural, con varios columpios a un lado y cercado por una valla metálica. La saltaron y huyeron.

—¡QUIETOS! —aullé para que me oyeran. Y lo hicieron.

Uno de ellos se giró y levantó su mano en mi dirección. El cristal de la ventana del salón estalló a mi lado y salté para esquivar el resto de los proyectiles que se dirigían a mi posición, con furia pero sigilosos. Desde el suelo respondí con mi arma también silenciada y pude ver como el último que había saltado, el mismo que empezó a abrir fuego para acallarme, caía al otro

lado de la valla, mostrando gestos ostensibles de dolor. Aunque seguí disparando no volví a dar en el blanco. Gracias a su compañero, ambos lograron escapar.

Cuando volví con una acuciante urgencia a la cocina, Grace jadeaba con el rostro brillante a causa del sudor mientras se revolvía ligeramente, seguía respirando aunque con un apagado estertor. Me vio cuando llegué a su lado, sé que me reconoció porque nada más encontrar mis ojos su mano me llamó, pidiéndome que me acercara a ella.

—Te pondrás bien, Grace. Tienes que aguantar —animé sujetando con fuerza su mano. Odiaba tener que ver cómo la muerte ejercía su trabajo. Era algo que nunca pude soportar, preferiría mil veces morir en el acto que marcharme con lentitud y de forma apaciguada al otro mundo.

Se negó a que solicitara asistencia, sabía que su final había llegado. La herida, que no dejaba de emanar sangre a borbotones, daba fe de que su vida se escapaba con cada latido de su corazón. Tras soltar mi mano, llevó la suya al interior de su pantalón y sacó una pequeña nota manuscrita.

—Ellos...—balbuceó con un temblor incesante en sus labios—. Ellos... lo querían... lo...

No pudo pronunciar nada más. Seguía moviendo los labios, pero el único sonido que se producía era el de sus pulmones, declarando que ya nada más podían hacer. Sus músculos se relajaron entre mis manos y pude sentir cómo su vida se apagaba. Se alejaba su parte intangible hacia un lugar mejor.

Leí la nota que me acababa de dar: *589 de Main Rd.*

Grace me regaló una nueva pista. Al final, sus actos la condujeron a una muerte tortuosa, pero en su último aliento quiso compensar el daño que había causado.

Iba a salir cuando unas alarmantes luces azules hicieron que me detuviera un segundo. En la calle, un Ford blanco con el distintivo del jefe de Policía se hallaba estacionado sobre la acera. Dos hombres se acercaban a la casa charlando entre ellos. Uno era joven, moreno y de ojos negros, por su atuendo debía de ser el ayudante. Su mirada concentrada en escrutar todo a su alrededor le hacía parecer un experto en la materia, aunque a simple vista, se pudiera pensar que era bastante tonto. Su compañero, en cambio, era todo lo

contrario. Un hombre rudo, con arrugas definidas y barbilla afilada, cejas negras como el carbón y grandes orejas, perfectas para sujetar el enorme sombrero que cubría su cabellera.

Preparé mi arma, aunque no era una decisión que pudiera tomar a la ligera. Mi misión no pasaba por asesinar a dos policías. Ya habían muerto dos la noche anterior y no pretendía armar más revuelo. Una muerte de un agente más y tendríamos al FBI metiendo el hocico en este asunto.

Junto a la entrada había un pequeño armario, en cuyo interior colgaban bolsos de todo tipo y colores, algunos abrigos y un par de paraguas. Allí me escondí para esperar a los dos agentes.

—¿Hola? —lanzó al viento el hombre de mayor edad—. ¿Señora Rogers? Soy el jefe de Policía, el sargento Merrett. Solo queremos saber si está usted bien.

—Ya le he dicho que era extraño que la puerta estuviera entornada.

—Lender, en casos así, lo mejor es que no hables. Vamos a inspeccionar la casa, tú ve al piso de arriba. Yo me encargo de esta zona.

Algo estaba claro y era que al jefe no le hacía gracia su ayudante. Pocas veces dos policías se separan tanto para inspeccionar. Comprobé cómo el joven se perdía por el piso superior mientras que su tutor caminaba con pasos lentos y precavidos cerca de la entrada. Apartó la cortina ayudándose de su arma y echó un rápido vistazo al exterior para después ir directo a la cocina. Debía marcharme, no tardaría en encontrar el cadáver y en dar la voz de alarma. No disponía de mucho tiempo. Conté hasta cinco y salí del armario.

Silencio absoluto hallé al salir. Nadie había dicho nada. Por un lado estaba el chico joven, que desde que subió no había vuelto a hacer ruido alguno. Por otro, el jefe de Policía tampoco volvió a hablar. Tras salir, miré a través de la ventana, pero apenas pude distinguir parte de la cocina, solo los pies de Grace asomaban por el marco de la puerta.

Me marché a toda prisa de la zona, suponiendo que mi coche estaría ya registrado. Habían aparcado justo al lado de él y estaba seguro de que lo estarían investigando.

«El sospechoso circula en un Chevrolet de color negro. Se trata de Jaidon Contee, corpulento, de raza negra. Va armado y es peligroso».

La radio cantó en el asiento del acompañante justo cinco minutos después de haberme marchado de la casa. La información parecía extraída de un informe policial, pero la voz era masculina y algo cascada, no tenía ninguna pinta de ser la de la operadora de una comisaría.

«Creía que ya estaba muerto. Se ha cargado a Chris y a Tim. También nos ha jodido a otro de nuestros hombres en casa de la zorra esa. ¿A qué esperáis para pegarle un tiro?».

«Está todo controlado. No hay por qué alarmarse».

Parecía una conversación entre dos pesos pesados. Ambas voces se presentían señoriales y tanto uno como el otro se respetaban mutuamente, por lo que deduje que no eran del mismo bando, sino colaboradores. Tras un segundo que duró lo suficiente como para darme cuenta de que no iban a hablar de nuevo, decidí continuar la marcha.

Tenía en mi posesión el papel que me haría investigar un nuevo paradero, con intención de buscar pistas que me acercaran al pequeño. Pero algo en mi interior me pedía que analizara un detalle antes. La conversación que había mantenido con el vagabundo la noche anterior resurgía una y otra vez en mi cabeza, así que opté por detenerme, antes de ir a la dirección que mostraba el papel, en un pequeño café de la zona. Ahí descansaría unos minutos mientras analizaba todo lo que estaba pasando.

Detuve el vehículo ante la entrada de un pequeño bar, en *Larkin St*. Antes de bajar del coche algo vibró en mi pecho, haciendo que mi cuerpo se viera sacudido por un escalofrío que hizo que el sudor resbalara por parte de mi espalda. El teléfono acababa de avisarme de la recepción de un mensaje.

«No entiendo por qué no has vuelto ya a casa. He llamado a Kara y vamos a pasar allí unos días, hasta que regreses, pero sigo sin comprender el motivo de tu marcha. Tu amigo nunca se ha preocupado por nosotros y ahora tú estás arriesgando tu vida por él. No olvides que también tienes una hija que espera que regreses junto a ella. No lo olvides».

Tragué saliva y asimilé cada una de sus palabras. Entendía su preocupación, pero el hecho de imaginar mi vida en la misma situación de Konner hacía que todo valiese la pena.

Entré en el local y me senté en una de las esquinas ante la atenta mirada de

una camarera rubia de unos cuarenta años. Observaba mis movimientos como una leona vigila a su presa, expectante. Varios minutos tardó en acercarse para tomar nota.

—Quiero un desayuno continental, con beicon, huevos revueltos y un café.
—Guardé un segundo de silencio y antes de que intentara marcharse, especifiqué—: Con leche, que soy negro pero no racista.

La rabia que sentía en ese momento quería impulsar mi cuerpo de aquel pequeño asiento reblandecido y lanzar la mesa por los aires, pero me limité a ofrecer una sonrisa blanca a la camarera, que estiró la comisura de sus labios tanto como pudo y se marchó hacia la cocina.

Yo me concentré en mi teléfono una vez más, buscando respuestas a preguntas que ni conocía, como quien busca una aguja, pero sin saber siquiera en que pajar debe encontrarla.

Busqué primero los movimientos de aquella mafia para ver si encontraba algo en concreto, pero tan solo había información a medias en internet. Seguí intentando encontrar algo entre los archivos ocultos en la red, sin éxito.

Cuando casi me había dado por vencido, encontré una posible pista para analizar el motivo por el que la mafia había llegado a aquella zona.

KONNER

20 de enero de 2016, 10:35

La cicatriz que adornaba su pierna palpitó ante el intenso recuerdo que acababa de revivir, haciendo que se viera obligado a masajear con suavidad la zona afectada. Habían llegado al nuevo destino, un viejo almacén al otro lado del río.

—¡Vamos! No queremos que te quedes solo esta vez —ordenó de un modo poco amistoso Steve mientras se bajaba del vehículo.

Nicky lo siguió y una vez ambos se encontraron frente a la parte delantera del Dodge, insistieron para que Konner los acompañara. Con pocos ánimos, se bajó y comenzó a seguirlos introduciéndose cada vez más en el interior de aquel maloliente y oscuro almacén. Se trataba de un pequeño edificio, parecido a un garaje donde guardar la chatarra, rodeado de árboles frondosos y colorida vegetación. El cauce del río podía contemplarse a través de las sucias ventanas llenas de polvo y barro, haciendo contraste con el olor a amoníaco que emanaba del suelo y que llegaba a nublar la vista. Tras dos estrechos pasillos, llegaron a una zona amplia, con apenas una mesa y unas pocas sillas como mobiliario. Allí otro hombre esperaba, sentado, oculto tras una pequeña nube de humo que provenía de un incandescente tubo cilíndrico de papel que sujetaba con el dedo índice y el pulgar. En el suelo varias colillas extintas se unían al resto de porquería que se arremolinaba en torno a sus pies.

—Llegáis tarde —comentó tras darle una calada a su cigarro, soltando el humo a medida que hablaba.

—Aquí, nuestro amigo, no encontraba el ordenador. —Steve miró por el rabillo del ojo a Konner, que apenas se inmutó, pues seguía analizando al hombre que estaba sentado frente a ellos, de pelo corto y castaño, gafas

cuadradas y cara alargada.

—Eso no me importa, habíamos quedado hace quince minutos. Voy a tener que notificar este retraso.

—Tú siempre tan amistoso —intercedió Nicky en tono irónico. El ambiente que se respiraba era tenso, tanto que podían incluso oírse los latidos de todos los presentes en los momentos de silencio.

—¿Lo tenéis?

Steve le proporcionó el ordenador y el hombre, con extrema agilidad y cautela, inició un ruidoso traqueteo sobre el teclado. De una pequeña riñonera que tenía sobre la mesa sacó una especie de aparato que conectó a un puerto USB y tras unos segundos, continuó con su ritual. Los otros tres hombres, entre los que se incluía el extorsionado, esperaban erguidos a un lado del salón, atentos a cada movimiento del muchacho que trabajaba sin descanso y a una velocidad pasmosa. Apenas fueron diez los minutos que estuvo frente a la pantalla, diez cortos pero eternos minutos que sirvieron para acrecentar el miedo de Konner a que un trágico final estuviese cada vez más cerca.

—Lo tengo. Está en el *188 de Rolling Meadow Dr.* —sentenció el hombre con una sonrisa siniestra tensando los músculos de su cara.

—¡Genial! Ha llegado el momento. —Steve golpeó el brazo de su compañero y casi al instante, empujó con fuerza al que no lo era tanto. Los tres salieron del edificio por la misma puerta por la que acababan de entrar—. Ya sabes adónde ir.

Konner puso en marcha el todoterreno y sin apenas esperanzas, se dirigió a la dirección indicada. Cada cruce se hacía eterno, cada milla reducía sus ánimos. Todavía no sabía nada de Jaidon y tampoco podía esperar mucho más. Cuando todo aquello acabara, su vida y la de su hijo ya no les servirían para nada. Una cosa tenía clara, debía actuar, y debía hacerlo pronto. Si algo se torcía, podía estar seguro de que era hombre muerto.

—¡Detente ahí! —exclamó súbitamente Steve, señalando el pequeño aparcamiento de un restaurante en la esquina entre *Hancock* y *Washington*.

El corazón de Konner se detuvo al comprobar que un Dodge negro esperaba en el mismo emplazamiento. Su mente se nubló al ver que se trataba del mismo coche que debía custodiar a la pequeña que secuestraron días antes.

El mismo que apareció unos minutos después de la detención, cuyos ocupantes se mostraron preocupados por el estado de la niña. Del interior se bajaron los dos mismos agentes, vestidos de paisano, pero con la placa que los acreditaba como oficiales de policía.

—¡Enseguida volvemos! —informó Nicky mientras se bajaban él y su compañero del coche.

Konner vio cómo charlaban los cuatro entre risas, como si fuesen amigos de toda la vida. Uno de ellos le entregó un papel a Steve y los cuatro se dirigieron a la parte trasera del coche que conducía Konner.

—¿Has visto la cara que ha puesto? —preguntó uno de los policías. La conversación ya navegaba por algún extraño cauce, pues el sonido de las voces llegó a él una vez abierta la puerta trasera de su furgoneta.

—Seguro que todavía cree en Papá Noel —respondió Nicky confirmando que sí hablaban de él. Lo hacían. La expresión dibujada en la cara de Konner cuando los vio no dejaba lugar a dudas de que lo habían sorprendido.

Tras cerrar el portón trasero, volvieron al Dodge de los policías. Cada uno de ellos llevaba un arma de las robadas en el primer asalto y del maletero del coche policial sacaron cuatro chalecos antibalas. La rabia gobernaba el cuerpo de Konner, que agarró con fuerza el volante y clavó los pies en las alfombrillas del suelo. Pudo sentir cómo su mandíbula comenzaba a dolerle de tanta fuerza que estaba ejerciendo sobre la misma. Pero entre toda esa niebla de dolor y rabia, su mente, preparada para cualquier imprevisto, le obligó a intentar prevenir un desenlace poco agradable. Palpó su cintura hasta que encontró el arma que había ocultado tras el asalto a la casa del juez y con cuidado la llevó hasta una zona, bajo el volante, donde pudiera manipularla para asegurarse de que estaba lista. Lo estaba.

Volvió a guardarla justo a tiempo, antes de que los otros dos entraran de nuevo. No hizo falta palabra alguna, Steve le dedicó una sacudida de cabeza indicando que ya podía continuar. El Dodge desapareció tras unos pocos segundos, circulando en la misma dirección que ellos tres.

—¿Pensabas que esto era cosa de cuatro principiantes? —inquirió Nicky desde su asiento. Podía verse su mueca de alegría clavada en el espejo retrovisor, mostrando sus sucios y mal cuidados dientes—. Hagas lo que hagas,

nosotros lo sabremos. No lo olvides.

—Quien juega a ser Dios...—Konner no quiso terminar la frase, no era necesario, todo lo que quería dar a entender lo había hecho con esa corta frase.

Tras una risa burlona de Nick, el silencio volvió a adueñarse del resto del viaje. Un viaje lento y tenso, donde el que había sido Marine se lamentaba y recordaba con pesar cada momento pretérito de su vida, cada error, cada acierto y sobre todo, cada instante compartido con sus seres queridos, con Kassie y con Dylan. Varias lágrimas intentaron salir de sus ojos, pero esforzándose, pudo contenerlas, quedando en un mero brillo húmedo.

Estaban llegando a la dirección indicada por aquel informático medio loco. La calle se presentaba ante ellos eterna y solitaria. Varias casas se alzaban justo al principio de la misma pero a medida que se acercaban al 188, los edificios desaparecían. Todos, excepto uno, un pequeño edificio a medio construir, pintado en azul y con dos plazas de garaje en blanco.

—¡Bien! Esperemos unos minutos —ordenó Steve mientras manipulaba su teléfono.

Tras unos segundos, el terminal negro de Konner cantó de nuevo. Esa melodía estridente que revolvía sus tripas y menguaba su corazón subyugándolo por completo. Con un ligero temblor en los dedos descolgó y se preparó para oír de nuevo aquella voz.

—Hola de nuevo, amigo mío. Veo que esto llega a su final y todavía no hemos tenido el placer de conocernos. El problema es que soy un hombre tremendamente ocupado y no puedo atender todos los casos que me gustaría. Pero con el tuyo sería capaz de hacer una excepción, y puede que la haga.

—Yo diría más bien que eres un cobarde que no se atreve a enfrentarse a los problemas de frente y que recurres a la extorsión para llevar a cabo acciones que en persona nunca te atreverías.

Una risa distorsionada se apoderó del ambiente, se le incrustó en la cabeza a pesar de tener el teléfono algo separado de su cara.

—Hay situaciones en la vida que hay que afrontarlas desde la distancia, Konner, para que así, cuando llegue el momento de descubrir la verdad, la impresión sea mayor. Créeme que me gustaría verte cara a cara, pero todo

tiene que ir según lo planeado, así se ha pactado y así debe ser. Y no voy a andarme más por las ramas. Esto es lo que vas a hacer. En el interior de la casa está nuestro testigo, ya sabes a quién me refiero. Es inocente, por descontado, pero vas a acabar con él. Sé que eso de matar a un inocente es algo que nunca harías, pero una víctima más no importa, ¿verdad?

Aquella afirmación provocó un sentimiento de rabia e impotencia en el interior de Konner, que se vio obligado a acordarse de todas las personas que murieron por su culpa, aquellos niños, sus compañeros, todo regresó a su memoria.

—¡Eres un cerdo! Juro por lo más sagrado que acabaré contigo.

—Todo llega. Primero tendrás que acabar con nuestro testigo, o tu hijo morirá. Quizás, si muere, puedas llegar a entender de qué va todo esto.

La conversación terminó con aquellas últimas palabras rebotando en su interior. ¿Qué había querido decir? ¿Estaría Dylan ya muerto? Se negaba a pensarlo, lo único que lo estaba manteniendo en pie era la esperanza de que su hijo siguiera vivo, y solo pensar que podía estar muerto lo destruía.

—¡Vamos! No tenemos tiempo —aseveró Steve golpeando el brazo de Konner, haciendo que volviera en sí—. Entraremos por la puerta trasera, así nos aseguraremos de que nadie nos vea.

Los tres se dirigieron hacia allí. Un poco más atrás, una espesa vegetación los protegía de cualquier curioso que hubiese cerca. Cuando llegaron a la puerta, Nicky se volvió hacia él y dedicándole una sonrisa le preguntó:

—¿Me das la pistola?

—¿Qué pistola?—Konner intentó desviar la atención, pero tenía claro que en ningún momento conseguiría su propósito.

—No te hagas el tonto. La pistola que te hemos prestado para tu trabajito de esta mañana.

—¿Y cómo se supone que voy a matar al testigo? ¿A golpes? —inquirió Konner mientras accedía a la petición. Le entregó el arma y acto seguido, observó cómo Nicky quitaba todas las balas del cargador salvo una. Después de hacer eso, se la devolvió.

—No necesitarás más. —Una tétrica sonrisa se apoderaba de su rostro, dejando escapar parte del hedor repugnante que se cobijaba tras sus dientes.

Fue un momento, un golpe seco, y tras un par de segundos, habían atravesado el marco de la puerta. No lo hicieron de manera sigilosa, les daba igual pasar desapercibidos. Steve comandaba el ataque y Nicky lo seguía. Un hombre se hallaba tumbado en el sofá del salón principal, pero apenas tuvo tiempo de adoptar una posición más erguida, un único disparo de Steve dio de lleno en su cabeza y lo volvió a tumbar. Por la escalera otro hombre empezó a bajar, pero varias ráfagas de disparos lo abatieron, haciendo que terminara el descenso de forma algo precipitada, rodando por los últimos escalones.

—Despejado —informó Nicky tras salir de un pequeño cuarto contiguo al salón principal.

—Debe de estar en el piso superior —dijo Steve acercándose a la escalera.

Cuando los tres se disponían a subir a la primera planta, un estallido en la puerta principal hizo que salieran despedidos y aterrizaran sobre una pequeña alfombra árabe.

—¡QUIETOS! —gritó una ruda y desconcertante voz, dirigiendo un enorme haz de luz a las caras de Steve y Nick. Konner había quedado tumbado unos pasos atrás.

Justo por la zona por donde habían entrado ellos minutos antes, otros dos hombres aparecieron casi al instante. A pesar del shock producido por la explosión, Konner pudo distinguir los chalecos de policía cubriendo sus torsos.

—¡Arriba las manos! —ordenó gritando otro hombre, acercándose a los tres asaltantes.

—¡Hijos de perra! No hemos llegado a tiempo —masculló uno de los dos primeros agentes que hicieron acto de presencia. Con su mirada recorría todo el salón. Cuando volvió a posarla sobre los tres asaltantes, sus ojos habían mutado, dejando una latente llama en ellos—. ¡Voy a acabar con todos vosotros!

Del piso superior bajó otra persona, un hombre de mediana edad, vestido con un pantalón gris de tela y una sudadera negra, portando una pistola en sus manos. Su rostro era el reflejo del cansancio: ojos rojos y con marcadas ojeras bordeándolos, pelo desaliñado y una negra barba incipiente.

Steve y Nicky se reunieron con Konner, los tres se pusieron de rodillas y

con las manos apoyadas en la nuca, mirándose entre ellos. Nicky todavía sonreía, a pesar de verse acabado. Konner rogaba para que no llegara la noticia del fracaso al jefe de estos, y así tener una oportunidad de encontrarlo.

Según el juez, el testigo, que no era tal, intuía la dirección donde podía estar Dylan. Por eso aceptó no acabar con él. Ahora tenía que actuar rápido. Pero justo antes de ponerse en pie, entendió las palabras que un rato antes le había dicho aquella siniestra voz. Cuando lo llamó, ya sabía que Konner conocía la verdadera identidad del sujeto que habían ido a buscar allí para matarlo. Siempre había ido un paso por delante.

Lo único que pudo hacer fue tragar saliva, tan fuerte que el gesto hizo que su garganta crujiera con el esfuerzo, cuando reconoció a dos de los cuatro policías que habían impedido el asalto. Eran ellos, los dos agentes que los habían esperado en el aparcamiento. Todo era una trampa. Su estrategia no había funcionado, ahora sí, iban a morir todos.

Esos dos policías dieron un paso atrás y sin mediar palabra, dirigieron sus cañones a la cabeza del compañero que tenían al lado y abrieron fuego. La sangre salpicó a todos los presentes.

—¡NO! —gritó Konner llevando su mano a la pistola que había caído a su lado mientras sentía como la sangre que se escapaba de los dos agentes calentaba su rostro. Su mente volvió de nuevo a aquella noche, cuatro años antes. El ruido de los disparos, los gritos, todo aquello era una situación ya conocida para él.

JALALABAD/AFGANISTÁN

25 de febrero de 2011, 22:15

Cuatro años antes

...Por lo que su lugar en la historia nunca estará con esas almas tímidas que jamás conocieron ni la victoria ni la derrota.

Extracto de *El hombre en la arena*.

La lluvia de metal incandescente surcaba el cielo oscuro cegando a todo aquel que osara contemplarla. Sobre el suelo, Konner intentaba evitar un nuevo impacto que podría suponer su fin, con la pierna negándose a obedecer, quejumbrosa y limitada, y su mente más cerca de su casa que de su cuerpo. Todo parecía que iba a desvanecerse, a perderse en la nada, en un recuerdo insustancial de momentos ya extintos. Momentos que ya solo quedaban almacenados en su memoria. Oía la voz de su mujer pidiéndole que volviera sano y salvo, la de Dylan cantando su nombre. También los gritos de sus compañeros suplicando que se pusiera a cubierto, pero su cuerpo no obedecía, había quedado varado justo en la mediana de la avenida, haciéndose pequeño.

Las balas pasaban silbando cerca de él. Podía sentir el calor del metal gobernar el aire, algunas impactaban tan cerca que los restos de escombros que se proyectaban caían sobre su cuerpo, levantando una densa polvareda que parecía ocultarlo por momentos.

—¡Konner! ¿Dónde te han dado? Vamos, tenemos que salir de aquí —dijo en voz alta Alex, que sin vacilar se había lanzado a socorrerlo en cuanto lo vio caer.

—¡Joder, Alex! Lárgate de aquí. Esto no es seguro.

—Ni lo sueñes, no pienso dejarte aquí, vamos, apóyate en mi hombro. —Intentó cargar con él pero el esfuerzo no sirvió de nada, ya que la fuerza que se oponía era la de su compañero, que con una sacudida se libró del amarre.

—¡No! Si me cargas, seremos un blanco fácil los dos. Tenemos que

despejar el terreno. Hay que abatirlos como sea.

Al otro lado de la calle, Jaidon y Rohan iniciaron un fuego corto y rápido, lanzando cortas ráfagas de tres disparos cada una a modo de intimidación mientras buscaban dónde se escondían los enemigos.

—¡Los tengo! —gritó Rohan haciendo más intensa su ofensiva—. Están junto al edificio blanco, a una yarda más o menos, a las doce en punto, veo a tres individuos, dos junto a un contenedor y otro en el balcón del primer piso. Hay dos más cruzando la calle, se han escondido tras ese Mercedes blanco.

Konner se asomó un poco para comprobar que la información que su compañero había ofrecido era cierta. Vio cómo dos sombras se movían tras aquel vehículo, que apenas se veía gracias a que la farola que debía iluminarlo estaba apagada. Con movimientos lentos y un gesto claro de dolor, proveniente de su pierna, recuperó su rifle y puso ante su mirilla a aquellos dos hombres.

No distinguió sus rostros, tampoco prestó atención, lo único que hizo fue calcular bien la distancia y la fuerza del viento para que su disparo fuese efectivo. Y lo fue, el primero de los dos individuos cayó fulminado en el acto. Su acompañante salió de su cobertura con la intención de cruzar la calle, pero cuatro pasos después, se encontró con la muerte también.

—Dos menos —informó Konner en voz alta y ayudándose con las manos para hacer más precisa su información.

Jaidon cargó contra el edificio y cuando la lluvia de fuego amainó un poco, Alex también ofreció su apoyo al equipo, hasta que, de pronto, todo se detuvo. El silencio volvió a reinar en la calle, dejando como prueba del enfrentamiento cientos de casquillos desparramados por el suelo y varios cadáveres decorando el asfalto. Un charco de sangre les recordaba el precio que habían pagado los del bando contrario.

—Todo despejado —dijo Alex tendiendo la mano a su compañero herido, que esta vez sí aceptó la ayuda.

Ambos iniciaron el avance hacia la zona segura, dejando poco a poco atrás la avenida despejada. El vehículo blindado que tenía que recogerlos les esperaba a menos de una milla.

—La próxima vez espera a que la zona esté asegurada —recriminó Konner con la voz algo titubeante a causa del dolor latente que acuchillaba su pierna.

El «recibido» que escuchó no hizo más que crearle dudas sobre si Alex actuaría de la misma forma si en algún momento se repetía una situación semejante. Una ligera sonrisa iluminó su rostro al verse reflejado en aquel chaval, tan parecido a él en algunos aspectos y tan distinto en otros. Siguieron caminando a tres piernas los dos hasta que Jaidon se acercó para ayudarlos.

—Venga, déjame a mí, que tú apenas puedes cargar con tu mochila —bromeó mientras tendía la mano a Konner para que continuara con él.

Hicieron el cambio en la acera, justo al amparo de una farola que se empeñaba en darles el calor que la noche les arrebatava. Con Konner en brazos, volvieron a emprender la marcha hacia la zona de recogida.

—Pues bien que he podido traerlo hasta aquí. —La voz de Alex sonaba orgullosa, alegre—. Y eso que pesa más que...

Un soplo de viento estalló cerca de ellos. Konner pudo sentir cómo en la parte de su brazo que no protegía la tela algo húmedo caía sobre su piel, como cuando sientes las primeras gotas de lluvia, pero estas eran tibias. Se giró y llegó a ver cómo Alex se desplomaba en el suelo, como un saco que se descuelga de su portador. El golpe seco que produjo su cuerpo al impactar contra la tierra fue el preludio del fin de toda quietud.

—¡ALEX! —gritó Konner, desesperado al constatar que su compañero era víctima de un nuevo despertar, el que ofrece el metal al atravesar el cráneo de cualquier ser vivo. Sus ojos seguían abiertos, sus pupilas se mostraban cada vez más dilatadas, sus manos todavía se movían y de sus labios parecían querer desprenderse esas últimas palabras que no llegó a pronunciar.

—¡Contacto! —rugió Rohan abriendo fuego, dirigiendo sus llamas hacia algún lugar que Konner no pudo distinguir. Su mirada estaba fija en el cuerpo de Alex. Perdida en él.

Jaidon lo lanzó como pudo sobre la zona segura y, casi al instante, se lanzó él también detrás. Esta vez no hubo ruido de proyectiles. No eran las ametralladoras las que amenazaban la calma de la noche, pero el metal igualmente recorría el cielo. Impactos silenciosos, como fantasmas que rondan el aire, se estrellaban contra los muros del callejón, dibujando decenas de agujeros sobre la piedra.

—¡Tenemos que irnos! —dijo Víctor entre dientes. En su voz destacaba la

furia contenida, un dolor que quería erradicar, pero aquello le era negado.

—¡No podemos dejarlo ahí! —exclamó Konner señalando a su compañero caído.

El fuego enemigo cada vez era más intenso. El silencio, que en un principio acariciaba las paredes que los cubrían, desaparecía por momentos, devorado por un estruendo atronador, provocado por el armamento enemigo que ya no pretendía ser sigiloso ni pasar desapercibido.

—¡Morirás! Cualquiera que vaya ahí está muerto. —Jaidon pronunció esas palabras dedicando una mirada furtiva al cuerpo inerte que quedaba tendido tras ellos.

Las balas no saben de respeto ni de lealtad, no saben si alguien está vivo o muerto, tampoco intuyen el motivo de su viaje, tan solo recorren una distancia marcada hasta que algo las frena. Esa noche, los muros del callejón, la farola de la avenida, el asfalto e incluso el cuerpo ya sin vida de Alex era todo lo que se interponía ante a ellas.

—Konner, mírame. Ya no podemos hacer nada, amigo. Tenemos que irnos ya.

Jaidon tiró de él, lo puso sobre sus hombros y todo el equipo inició su avance hacia la zona de recogida. Víctor informaba de la emboscada y daba el aviso de que uno de los compañeros había sido abatido. También explicó la situación en la que se veían sometidos para justificar el hecho de que no pudieran recoger el cuerpo.

Corrieron tan rápido como sus piernas lo permitieron, casi ninguno miró hacia atrás. Solo Konner lo hizo. Él sí miró, y no dejó de hacerlo durante todo el recorrido, incluso después de perder de vista el cuerpo de Alex, tirado en una cuneta, a merced de unos bárbaros que solo ellos sabrían lo que iban a hacer con él. De sobra era conocido que cuando un cuerpo no podía ser recuperado, ellos lo descuartizaban y lo mostraban en público, humillando de esa manera al ejército invasor. La idea de que un vídeo de cómo le hacían eso a su compañero pudiera emitirse le revolvía el estómago, retorció sus pulmones impidiendo que nada de aire pudiera invadir su cuerpo. Su corazón se aceleraba aún sin estar en movimiento, sin cansarse, sus latidos eran frenéticos. Sentía las pulsaciones bombear sobre su cuello, por debajo de sus

ojos, la noche se hacía cada vez más oscura hasta que al fin, se abalanzó sobre él.

Cuando despertó, su cuerpo estaba tendido boca arriba, tambaleándose con suavidad a causa del movimiento del vehículo de transporte, preso del irregular sendero por el que se desplazaban.

—¡Eh! Descansa, hermano. Ha sido una jornada muy dura. —La voz era la de su amigo, la de Jaidon, que consiguió distinguir a pesar de que su vista era borrosa, no podía verlo y, aunque lo escuchaba, su voz reverberaba en su cabeza como un eco débil.

—¿Alex...? —preguntó casi extenuado. Su imagen seguía muy presente en su cabeza. En su mente se habían quedado aquellos ojos, grabados a fuego.

—No es el momento. Ahora tienes que descansar y recuperarte.

—Tendría que haber sido él quien quedara allí tendido. —Pudo oírlo. Lo oyó con claridad, pero no fue capaz de distinguir la procedencia de aquella observación.

—¡Que te den, Rohan! Alex fue para ayudarlo, igual hubiera ido a rescatarte a ti o Víctor. Quizá él fue el único valiente que había en ese momento. Vaya mierda de compañero estás hecho.

—¡No! ¡Que te den a ti, Jai! Siempre defendiendo a tu hermano. Si no hubiésemos acatado su estúpida orden de asaltar la casa, no estaríamos aquí.

Como un mal sueño, que se veía obligado a revivir una y otra vez, aquella secuencia fue cesando, apagándose con levedad, como si la energía se consumiera lentamente. El recuerdo de esa noche se perdía en su memoria, no para siempre, tan solo hasta que el conjunto de imágenes volviera a cargar contra él, obligándolo a revivirlo una vez más. Esa noche pasó, igual que las demás. Pasaron muy rápido, casi de forma fugaz.

Recordó toda su recuperación. Una dolorosa recuperación que duró meses y que dejó secuelas imborrables, tanto en su cuerpo como en su alma y en su cabeza. También revivió la disolución de su equipo, salvo Jaidon, todos lo culpaban a él por lo ocurrido. Todos, incluido el tribunal del ejército.

El día del juicio pasó por su cabeza después. Vio cómo Rohan testificaba contra él, diciendo que todo había sido idea suya. Que él fue quien dio la orden de asaltar el edificio porque pensó que allí se ocultaba un individuo

buscado por el Estado. Habló de su reticencia a seguir el plan y de cómo Konner orquestó aquel astuto ardid para que pareciera una emboscada.

Víctor fue algo menos acusador, más neutral en cuanto a lo sucedido, sugiriendo que todos estuvieron de acuerdo con aquel plan. Y Jaidon se adjudicó toda la culpa, argumentando que la idea surgió de un comentario suyo, pero aquello no cuajó entre el jurado.

Tras varias semanas de juicio, el caso se cerró con la expulsión de Konner del Ejército de por vida. Le prohibieron dedicarse a nada que tuviera que ver con temas militares y lo único que lo salvó de la cárcel fue el largo historial de su familia defendiendo a los Estados Unidos de América. Fue su pasado el que lo salvó de una pena de cárcel bastante larga, de al menos diez años, era lo mínimo que pedían. Pero hubo alguien a quien le dolió más que a nadie aquella sentencia, al padre de Alex.

La última escena que su mente recordaba todas las veces que esa maldita proyección se ponía en marcha era lo que ocurrió la tarde en que dieron el veredicto. Como una mala película que te obligas a ver porque has pagado la entrada, la secuencia se reproducía una vez más. Con la imagen algo borrosa, pero el sonido intacto, recordó cómo al salir del juzgado, una voz pasó por encima de todas las personas que lo rodeaban. Aquella frase permanecería de por vida almacenada en su cabeza.

—No te saldrás con la tuya, Konner. Juro que pagarás por lo que hiciste. Algún día sabrás la vida te castigará. No lo olvides, Konner. No lo olvides.

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 12:06

En la pantalla del móvil se podía leer el titular de un artículo con fecha de hacía varios años. Una foto se adjuntaba a aquel archivo que iniciaba el texto con estas palabras:

« Una emboscada cuesta la vida al jefe de policía en Bangor ».

Se podía ver, junto al título, la imagen de un coche patrulla completamente destrozado ocupando la acera. Los cristales habían desaparecido y mirara dónde mirara, veía agujeros de bala.

«La emboscada se produjo el pasado 13 de octubre, cuando al parecer, un hombre que conducía un coche negro huyó tras cometer un pequeño hurto. El jefe de policía, que presenció el delito, inició una persecución frenética por las calles de Bangor. Fue durante esa carrera, que varias furgonetas negras se abalanzaron contra él, haciendo que perdiera el control del vehículo y se estrellara contra un árbol. Cuando todos los coches se detuvieron, cuentan varios testigos que de las furgonetas bajaron al menos cuatro hombres encapuchados y lo acribillaron en el interior de su propio vehículo. Según estos mismos testigos, los asaltantes estuvieron casi un minuto abriendo fuego contra el coche del Sargento Mollaguer. En el atestado se puede leer como se hace referencia a más de un centenar de impactos de bala registrados.

La víctima, que se encontraba en acto de servicio, perdió la vida al instante. Mañana se celebrará un acto en su homenaje ».

El año de la publicación de aquel artículo fue en el 2012 y en la foto se mostraba la imagen del jefe Mollaguer. Su sonrisa destacaba bajo todo aquel negro y distintas tonalidades de grises.

Las siguientes instantáneas eran más recientes, y en ellas ya aparecía el sargento Merrett. Conseguí encontrar una diferencia entre todas las fotos. En las primeras, había un hombre siempre con él, un hombre que aparentaba tener

su edad, pero que no parecía ser su ayudante y a medida que pasaba el tiempo, fue otro agente quien ocupó ese lugar en las instantáneas. El muchacho que vi junto a él hacía escasos minutos. Quizá por eso la mala sintonía que se percibía entre ellos. Ese podría ser un motivo que lo llevaba a no aceptar al muchacho como ayudante. Tal vez ocurrió algo con el primero, pues lo vi en algunas fotos, estando el chico joven con Merrett.

Nuevos fragmentos del diario relucían en mi teléfono, referentes ahora a la época de Bangor. Seguí leyendo el atentado al primero de los jefes de policía.

Al parecer, dejaron una nota junto al cuerpo que decía:

«Hemos venido para castigar a todo aquel que ose entrometerse en nuestros asuntos».

Puede ser que el objetivo fuera acabar tanto con el jefe como con su ayudante, pero el hecho de que hubiese ido solo, tal vez, frustró sus planes.

Varios meses después, el hombre que relevó al jefe, que no era otro que su ayudante por aquel entonces también fue víctima de un atentado similar. Pude encontrar varias fotos de archivo del antiguo jefe del condado. El hombre que murió en último lugar. El chico joven era quien lo acompañaba en todas las que se me permitió analizar. Una pregunta turbaba mi mente de nuevo, «¿Qué había pasado con el hombre que lo acompañaba en las primeras fotos? ¿Por qué no era su ayudante?».

En el atentado contra el segundo jefe de Policía, la violencia fue algo mayor, seguro que para hacer que un tercero se lo pensara. Los dos jefes muertos habían jurado acabar con la mafia que había llegado a la ciudad, y eso fue, con seguridad, lo que firmó su sentencia de muerte. Este fue degollado en presencia de su mujer y de su hija pequeña mientras cenaban en la terraza de un restaurante. Nunca encontraron al asesino. Y desde luego, su familia tampoco volvió a ser la misma después de aquello.

Sería por eso por lo que el nuevo jefe no tenía intenciones de pararle los pies a la mafia que mandaba ahora en las calles. Entendí las palabras de aquel vagabundo, cuando me habló de su añoranza de aquellos tiempos mejores. Una ciudad donde ni siquiera la propia autoridad puede estar segura no es un bonito lugar para vivir.

—Debería ser algo más precavido a la hora de usar su teléfono móvil, sabiendo que lo están siguiendo de cerca. —Una extraña y señorial voz me apartó de mi investigación.

—¿Quién cojones eres...?

No alcancé a pronunciar más palabras. Por la cristalera del local pude apreciar cómo un coche de policía detenía su avance con parsimonia, sin mostrar diligencia alguna, como si la urgencia de su requerimiento no fuese apremiante.

—No hay tiempo, nos han encontrado —intercedió el hombre.

Pagué la cuenta a la amable camarera, y ante la mirada contestataria de esta, acompañé al hombre a través del interior del bar, pero desviando nuestro rumbo de la salida habitual del mismo. Me llevó por la zona de la cocina, tras recibir el oportuno permiso de la misma camarera que me había condenado minutos antes.

—No entiendo nada. ¿Qué está ocurriendo? —insistí una vez llegamos a un callejón, fuera del edificio.

El hombre me miró durante un escaso segundo, y volvió a escrutar todo a nuestro alrededor. Un largo camino asfaltado, protegido del sol por dos edificios de apenas dos plantas de altura, nos invitaba a tomar dos direcciones distintas. Solo dos. Sin meditarlo mucho, me aconsejó elegir la que nos alejaba de la entrada del local, pero también lo hacía de mi coche.

—¡No! —Mi voz autoritaria hizo que se detuviera—. No pienso dar un puto paso más hasta que me digas que está pasando.

—¿Y realmente piensas que este es el mejor momento para pedir explicaciones?

—No veo otro.

—Bien. —Se llevó la mano a su pecho, introduciéndolo en el interior de su chaqueta. Acto que no iba a permitir.

—Ni se te ocurra —musité tras desenfundar mi arma.

—Vaya. Hoy no es mi día. Ya eres el segundo que me apunta con un arma —dijo torciendo levemente su cara. Pude apreciar en la frente una herida reciente. La sangre todavía brillaba al contraste con el exterior—. Vengo en nombre de tu amigo. Y de paso para advertirte que estás en un juego más grave

de lo que parece. Debes andarte con mil ojos.

—¿Konner? —Mi voz se escurría por mi boca como un fino reguero de saliva se descuelga cuando el descanso es eficaz.

—Así es. Me ha dicho que quizá esto te ayude a encontrarlo. —Aprecié cómo su prenda se sacudía, víctima del movimiento que provocaba su mano al deslizarse por el interior. Aunque dudoso, permití aquel gesto, pero sin apartar el cañón de mi arma de su estómago, ahí, el disparo sería certero.

Un pequeño monedero fue lo que extrajo. Un adusto monedero desgastado a causa del tiempo que pasa, ineludible para todos, incluso para los objetos que carecen de vida propia. Tras recibir aquel detalle, y la información de que mi amigo seguía vivo, seguimos alejándonos de la zona, rumbo a ninguna parte, al menos para mí.

—¿Adónde me llevas?

—A ningún sitio. Solo he querido corresponder a tu amigo dándote ese objeto. Ahora nuestros caminos se dividen de nuevo, eso sí, espero que tengas más cuidado.

Asentí agradecido y contemplé cómo su figura se desdibujaba a medida que se alejaba, dejando tan solo el brillo de su cabeza como despedida. Volví con cautela hasta el local, bordeando la manzana, intentando encontrar el momento oportuno para poder escapar de la zona, al menos, sin ser visto, porque lo cierto es que ya intuían que estaba ahí. Y la presencia de uno de los policías junto al Chevrolet lo hacía patente. La espera fue eterna. Minutos que no se consumían en un reloj agotado de esperar, viendo como la vida pasaba sin detenerse ante nadie, alimentando mi desasosiego como un voraz dragón que no se sacia jamás, deseoso de calmar esa sed que lo domina. Casi una hora después, surgió el momento que anhelaba con ansia. El muchacho se ausentó de mi vehículo, y fue en ese instante, que pude escapar de allí a toda prisa.

El camino fue algo extraño, variando mi pensar entre un cómo podría alguien salir a trabajar sabiendo que la mafia te está vigilando, pensando en que en cualquier momento pueden darte caza. Y cavilando cuantos de todos los agentes estarían bajo el influjo de esta organización. No sabía si el jefe del condado tenía familia, pero desde luego si la tenía, no debían de pasarlo muy

bien cada día que se marchaba al trabajo.

Llegué a la dirección que marcaba el papel y aparqué el coche a un lado de la calzada. Al otro, varios locales se alzaban sobre una zona asfaltada, uno delante del otro. Mi objetivo era el 589, o eso decía la nota manuscrita.

Antes de decidirme a entrar me tomé un pequeño espacio de tiempo para analizar aquel objeto que me había regalado el señor que ayudó a Konner. Abrí la cartera y comencé a estudiar su contenido. Un documento de identidad de una mujer y varias tarjetas de crédito al mismo nombre, alguna tarjeta de publicidad y quince dólares, un dinero que seguro no le haría falta. Era extraño todo aquello, pero si me lo había dado, es porque era importante. Recuperé mi terminal y antes de salir del coche, con el teléfono sin datos de internet ni GPS, envié un nuevo mensaje a Cloe.

«Necesito que investigues otro nombre. Se trata de Samanta Wemly, nacida en el año 1964. Es urgente».

Cuando volví a mis quehaceres, preferí analizar primero mi objetivo que parecía un pequeño almacén, pero no había letrero que lo anunciara. Tan solo era una enorme cochera con varias puertas de metal oxidado, y una puerta pequeña gris a un lado. Fue esa la que tuve que forzar para entrar y una vez dentro, todo mi mundo se vino abajo.

—¡No! Konner —grité al viento, haciendo que mi voz rebotara varias veces en las paredes de la sala para acabar volviendo a mí.

Junto a la puerta había una furgoneta negra, con los cristales tintados y de idéntica apariencia a las otras que ya había analizado. Pero fue otra furgoneta la que me impactó, la Ford Ranger negra de Konner estaba aparcada al fondo, con un porte imponente y ajena a todo lo que estaba pasando. Revisé todo en busca de alguna pista que me llevara a él, pero todo estaba impoluto, tanto que incluso daba miedo.

Me acerqué al vehículo de Konner para investigar en él y pude apreciar que el parachoques de metal que protegía la parrilla delantera estaba algo abollado. Entre todo aquel metal distinguí restos de pintura negra. Todos mis temores se abalanzaron sobre mí cuando entendí que, realmente, mi amigo circulaba por un camino que no iba a deparar nada bueno. Debía impedirlo cuanto antes, pero ¿cómo hacerlo?

Me apoderé de la otra furgoneta, una Mercedes negra. Me vi obligado a destrozarse parte de la puerta para poder abrirla, pero no me dolió en absoluto, el tiempo se acababa y no sabía exactamente adónde ir. Busqué en el interior del coche hasta que me di cuenta de que aquel modelo tenía un GPS integrado. Busqué en sus rutas guardadas y al fin una luz se iluminó.

—¡Ya os tengo! —dije con alegría. Pude ver el blanco de mis dientes perfectos iluminar el espejo interior del vehículo.

Antes de marcharme, volví al coche de alquiler para recuperar el teléfono y la radio y me di cuenta de que esta última seguía conectada. Habían retomado la conversación pero desde el exterior del coche no llegaba a entender lo que se decía. Abrí con rapidez la puerta y me lancé al interior, en busca de más información útil, pero el diálogo ya había empezado.

—Os estarán esperando. Lo hemos comprobado y no lo hizo.

—¿Cómo que no lo hizo? Sabía a lo que se exponía. Bien, entonces, tendremos que tomar medidas, que vayan a su casa.

De nuevo la charla se cortó sin nada sustancial a lo que poder agarrarme. El tiempo corría y por lo menos, en el GPS de la furgoneta tenía dos direcciones que visitar. Una segunda sorpresa me azuzó cuando subía a la furgoneta para poner rumbo a la primera de las direcciones. Era un mensaje de Cloe ahora. Otra vez ella sacándome de apuros.

«Tengo más información sobre lo que me has pasado. La furgoneta se busca en varios condados. Nueva York es uno de ellos. También, por las direcciones que me has facilitado, puedo confirmarte que pertenece a la misma familia, y no es una de esas a las que invitarías a cenar en tu casa. Te mando dos direcciones más que puedes investigar, también están a su nombre: un pequeño almacén junto al puerto, en Penobscot St, Brewer y una casa a las afueras, junto al Central Penjajawoc Preserve, en Essex St. Ten cuidado.

Con respecto al nombre no he encontrada nada útil. Esa mujer falleció hace dos años. No tenía antecedentes, ni multas, ni siquiera un recibo por pagar. Era el ejemplo claro de ciudadano ejemplar ».

Tras leer el mensaje y comprobar que la última dirección coincidía con la ruta marcada en el ordenador, no lo dudé, aceleré con furia haciendo rugir el

motor de la furgoneta. El destino que me esperaba se encontraba a poco más de media hora de camino, aunque intentaría que fuera mucho menos. La imagen de aquella camiseta volvió a mí al leer la dirección a la que me dirigía; *Central Penjajawoc Preserve*.

Veía cómo los coches pasaban fugaces por los cristales laterales y se perdían de vista en los retrovisores con suma rapidez. Pronto, la ciudad a mis espaldas no fue más que un montón de edificios y casas unifamiliares.

—Ya voy, pequeño —gemí en el interior del coche, apretando con fuerza el volante, haciendo que mis dedos crujieran por la presión ejercida.

«Pronto acabará todo», eso pensé antes de ver cómo un cambiante juego de luces iluminaba la parte trasera de la furgoneta.

KONNER

20 de enero de 2016, 13:45

Las húmedas y tibias gotas de sangre se escurrían por la cara de Konner, bordeando los pliegues que se formaban en su piel al arrugarla, preso de la furia que comandaba sus movimientos. Con un rápido gesto, alzó la pistola que yacía en el suelo y tras quitar el dispositivo de seguridad durante el mismo viaje hacia su objetivo, abrió fuego antes incluso de que su enemigo llegara a apuntarlo a él.

Un disparo. Un único disparo bastó para eliminar a uno de los dos. La bala entró por su cuello y salió despedida por la nuca, haciendo que parte de la sangre que almacenaba se proyectara por el orificio que se había abierto. Su cuerpo se derrumbó en el suelo, junto a los dos honestos policías que creyeron en una remota posibilidad de cumplir con éxito su misión.

De nuevo, un estruendo reverberó entre las paredes de aquella casa mientras Nicky y Steve intentaban incorporarse. Casi al instante, dos tiros más retumbaron. Konner se encogió sin saber la procedencia de los disparos, pero pronto se dio cuenta de que el otro agente también viajaba de camino al infierno. Su cuerpo se tambaleó sobre el mármol hasta que, tras unos pocos pasos, también cayó.

—¡Hijo de perra! —rugió Steve tras apoderarse de una de las armas que habían perdido tras la intervención de la policía. El hombre que habían ido a buscar, y que todavía se encontraba a media altura entre las dos plantas, nada pudo hacer para detenerlo. El fusil comenzó a escupir fuego y aquel tipo solo tuvo tiempo de esquivar los primeros impactos, después, su cuerpo se sacudió entre espasmos mientras el metal incandescente devoraba su piel sin compasión.

—¡NO! —volvió a gritar Konner, que veía cómo su posibilidad de conocer

el paradero de Dylan se volatilizaba con cada bala que atravesaba el cuerpo de aquel hombre, este ya no pudo mantenerse en pie y bajó rodando para reunirse con el otro tipo que se encontraba a los pies de la escalera.

No le dio tiempo a girarse, Steve no pudo hacer nada para evitar su fatal destino. La bala le atravesó la cabeza con una precisión casi quirúrgica. A pesar de la ira que dominaba los instintos de Konner, su mente seguía lo suficientemente fría como para ajustar a la perfección su disparo, procedente de una de las pistolas que dejó caer uno de los policías tras su ejecución. Por fin, veía cómo se hacía realidad su deseo de acabar con aquel tipo que en tan poco tiempo había conseguido atormentarlo tanto. Pudo sentir vibrar el suelo al recibir el impacto del enorme cuerpo de Steve, que se derrumbó igual que un gigantesco pilar cae por el efecto de un desnivel, de forma lenta pero pesada.

Era el turno de Nicky, que quiso apoderarse de algún arma, pero solo encontró una pistola que ni siquiera tenía cerca. Aun así, pudo llegar a cogerla. Apuntó sobre su cuerpo, pero un ágil gesto de su enemigo hizo que el proyectil encontrara hormigón como único alimento.

Fue en ese momento, al verse a solas con el otro tipo que, junto con Steve, había conseguido llevarlo al límite, cuando decidió poner fin a todo aquello. Lanzó un duro puñetazo que dio de lleno en la cara de Nick, provocando que fuera a parar otra vez al suelo. Notó cómo algo se rompía cuando su mano impactó con su rostro y por la cantidad de sangre que salía de la boca del otro comprendió que su suposición era acertada. De nada valía la venda que cubría su nariz, ahora la sangre provenía de su boca, terminando de pintar aquel cuadro mal hecho que resultaba ser su rostro.

—¡Te voy a ma...! —Sus intenciones fueron las de continuar con la frase, pero la mano que acababa de llevar a su boca lo silenció.

—Te dije que iba a disfrutar cuando llegara este momento.

—Piensa en tu hijo. ¿Quieres perderlo pa...para siempre?

Konner se detuvo un segundo, analizando aquellas palabras. Su corazón se aceleraba e incluso llegaba a causar un ligero dolor en su pecho. Sus brazos se entumecían y la vista se le nublaba. Debía llevar aire suficiente a sus pulmones o entraría en un ataque de pánico en el peor momento.

—Es demasiado tarde. Que te perdone la vida no va a ayudar a Dylan —sentenció acercándose de nuevo a él, que retrocedía arrastrándose por el suelo.

Su ira lo cegó, haciendo que no viera que había otra pistola junto al sofá, donde la primera víctima derramaba su sangre sobre la tela. Cuando se percató, ya era tarde. Nicky la tomó entre sus manos y tras darse la vuelta abrió fuego sin pensárselo dos veces.

Konner corrió para evitar el impacto sobre su cuerpo, se desplazó hacia un lado del salón, cojeando a causa del latente puñal que se incrustaba en su pierna, haciendo que sus movimientos fueran torpes y lentos. A pesar de ello, pudo esquivar todas las balas, aunque le pasaron muy cerca, haciendo que el calor del metal acariciase su piel y que el ruido de estas cortando el viento vibrase en sus oídos. Saltó, en cuanto tuvo la oportunidad, tras un pequeño quicio que daba a otra habitación, y una vez recuperó la posición y su pistola, respondió al fuego enemigo.

El cruce de disparos no cesó durante unos eternos minutos, veía cómo el marco de madera estallaba en decenas de astillas tras cada proyectil que se incrustaba en él. Al otro lado, el sofá no parecía tener mejor aspecto, cuatro impactos habían perforado uno de los laterales haciendo que saliera parte del relleno con el que había sido fabricado.

El silencio de las armas dio paso a una calma extraña. Una calma donde la luz era desafiada por el humo y el polvo que resultó de la batalla, el olor a pólvora recorría toda la estancia y por fin el silencio dio a conocer los cantos de los pájaros en el exterior.

—No podrás esconderte durante mucho tiempo —amenazó Konner a nadie en particular. No oía nada, no sabía si su adversario seguía ahí.

De pronto, se dio cuenta de que, como se temía, estaba solo. Nick y corría por el patio en dirección al vehículo con el que habían llegado. Ya demasiado lejos para que Konner pudiera atraparlo. Salió tras él con la ansiedad a flor de piel y el temor a lo que podía pasar rebasando ya todos los límites. Disparó una última vez, pero la bala se perdió en alguna parte del paisaje. Desesperado, tuvo que ver cómo la furgoneta emprendía una forzada marcha.

—¡Joder! —gritó sacudiendo su mano para golpear al mismo aire. Volvió a

dirigir su pistola hacia la Dodge negra, pero era un gesto inútil. No conseguiría nada.

Algo llamó su atención. Una furgoneta blanca estaba estacionada en la acera. Una GMC con la pintura oxidada y el logo de una empresa de construcción casi borrado del todo. Tenía la puerta del conductor entreabierta, así que sin dudarlo, corrió hacia ella. Su pierna dolorida se negaba a cumplir sus exigencias, pero ignorándola, no se detuvo, dando pequeños saltos llegó hasta la furgoneta y descubrió al entrar que se trataba del vehículo en el que se habían escondido los policías. Varios ordenadores portátiles, un par de chalecos protectores y dos fusiles era la carga que portaba el vehículo. Respiró aliviado al encontrar las llaves puestas en el contacto y su cuerpo se animó cuando sintió cómo el motor rugía al paso de la gasolina por su sistema.

Todavía podía ver el todoterreno en el que huía Nicky a lo lejos. No había llegado al final de la calle, pero lo hizo unos segundos después de que iniciara su persecución. Torció hacia el este por *Mt. Hope Avenue*. Una estrecha y poco transitada carretera rodeada de una colorida vegetación. Konner hizo lo propio segundos después, lanzándose a la caza de su enemigo, circulando entre verdes prados llenos de lápidas, de personas que ya descansaban, ajenas a historias como la que le había llevado a él a verse en aquella situación.

Su desesperación hacía que su forma de conducir fuera irregular, colérica, invadiendo el carril contrario o pisando el verde césped para dejar su marca registrada en la zona. Nicky también conducía de forma temeraria, pero no con tanta agresividad, parecía que intentaba evitar que se dañara el coche o, sencillamente, le tenía miedo al volante. Fuese cual fuese la razón, gracias a eso, Konner pudo pegarse a la parte trasera de la otra furgoneta antes de llegar a la *Ruta 2*.

Fue justo tras incorporarse a esa carretera cuando sin pensarlo dos veces, embistió a Nicky por primera vez. El Dodge que conducía su enemigo perdió el control y se acercó peligrosamente a una pequeña gasolinera que se encontraba justo tras aquel cruce. Pudo volver a incorporarse a la carretera, pero la parte trasera de su vehículo había quedado dañada, el cristal del copiloto destrozado, las chapas abolladas y parte del guardabarros descolgado. Aun así, continuó con la persecución.

Algo en su pecho vibró, y no era su corazón. Alguien le llamaba por teléfono, pero no podía atenderlo. No era el momento. Rezó para que no fuera Kassie, para no tener que negar la atención a su mujer. Tras unos segundos, el tenue zumbido dejó de insistir.

Había perdido algo de distancia por culpa de aquel despiste. Observaba cómo Nicky se alejaba lentamente, evitando colisionar contra otros coches, pero con un punto mayor de agresividad en su forma de conducir. Konner no aminoró, su deseo de acabar con su adversario se apoderaba de su razón. Aprovechó el más mínimo descuido para acercarse, para golpearlo. Pero nada de lo que hacía pudo detenerlo.

Fue entonces cuando decidió optar por otra vía. Agarró con fuerza su pistola y bajó la ventanilla del conductor, el aire helado entró a borbotones en el habitáculo y golpeó con fuerza su cara, obligándole a entrecerrar los ojos para poder concentrarse en su objetivo. Respiró hondo y apuntó a la rueda trasera del coche de Nicky, que había quedado algo más expuesta tras el golpe que le propinó varias millas antes.

Un impacto. No necesitó más. Tras el destello producido por su arma y un fuerte estallido, el todoterreno de Nicky se precipitó al otro carril. Pudo evitar colisionar con un camión que circulaba en sentido contrario, y que clavó su bocina en los tímpanos de Konner, pero nada pudo hacer para repeler el golpe que este le propinó al ver que Nicky perdía el control.

La furgoneta se estrelló contra unos abetos que decoraban un jardín y se elevó del suelo para acabar estrellándose contra un enorme árbol que apenas se inmutó, solo una bandada de pájaros salió de su cobijo volando con espanto mientras que varias hojas verdes se descolgaban de sus ramas, víctimas del accidente.

Cuando la furgoneta de Konner se detuvo, este corrió a buscarlo. Corrió tanto como pudo, olvidando su dolor, olvidando que Nicky iba armado y sobre todo, olvidando que podía llegar cualquier otra persona a interrumpir sus asuntos. Lo encontró abrazado al volante, con la cara empapada en sangre y sin hacer ningún movimiento que delatara que estaba consciente.

—¿Dónde está? —bramó furioso Konner tras apartar todo lo que se interponía en su camino—. ¡Dime dónde lo tienen!

Nicky no respondía. Su cuerpo se sacudía entre jadeos de dolor y estertores lentos. No pronunció palabra alguna, tan solo alzó su mano para señalar un punto vacío del asiento contiguo. Nada encontró Konner al llevar su vista hasta allí.

—¡CONTESTA! —Su desesperación crecía por momentos y el temblor de sus manos se transformaba en un cosquilleo incómodo—. Púdrete.

Levantó su arma y sin mediar palabra, apretó el gatillo. Sabía que no debía hacerlo. Comprendió en ese instante que aquello fue la gota que había colmado el vaso, pero algo poderoso le obligó a hacerlo. Debía acabar con él. Por Dylan, por aquella niña y por cualquier otra posible futura víctima. Era incapaz de dejar la vida de ese sujeto en manos del destino.

Antes de marcharse, una melodía azotó sus sentidos. Una triste y estridente melodía que reconoció al instante. Corrió hacia el otro lado del todoterreno e introdujo parte de su cuerpo a través de la ventanilla, ya que no había cristal para impedirselo. Lo vio, sobre la alfombrilla, bajo el asiento. La pantalla iluminada mostraba una llamada entrante y el sonido no cesaba. Su agónico lamento se extendió más allá de su boca, elevándose hacia el cielo mientras suplicaba que cuando descolgara, no ocurriera lo peor. Era el teléfono rojo el que pedía ser atendido y su reclamo no se detenía. Cuando llegó hasta él, contestó con celeridad y sin pensar en nada.

—¡Dylan! —Su grito desesperado se propagó más allá del terminal. Varios vecinos que habían contemplado la escena permanecían inmóviles al otro lado de la calle.

—¡Papá! ¡Ayuda!

—¡Dylan!

—Has perdido, Konner. —Era una voz desconocida. Una extraña y ronca voz que hizo que un frío temblor recorriera todo su cuerpo.

—¡No! No lo toques, maldito hijo de...

Pronto dejó de oír nada al otro lado, pero antes del silencio total, pudo escuchar varios gritos. Creyó reconocer un grito del mismo hombre que le había hablado. También uno de su hijo. Pero lo que acabó por destruirlo fueron los disparos que se oyeron tras todo aquello. Dos únicos tiros que silenciaron no solo el aparato, también el cuerpo de Konner, que se derrumbó

sobre el blando césped, víctima de todo el remordimiento y la culpa que recorría su ser. Las lágrimas devoraban sus ojos sin piedad mientras se obligaba a considerar un futuro sin él.

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 12:55

Dos sombras se dibujaban en el interior del coche patrulla que acababa de hacerme señales para que detuviera el motor. Estacionado en el arcén, veía como los minutos pasaban sin que los agentes se dignaran a hacer acto de presencia. Mis temores crecían a medida que el contador del tiempo avanzaba, la imagen del pequeño Dylan no dejaba de rondarme por la cabeza.

Al fin, uno de ellos se bajó de su Dodge Charger blanco y negro. Todavía las luces rojas y azules bailaban sobre el techo. Algo no iba bien. Vi cómo el policía se acercaba a mi furgoneta y que con una mano quitaba la cinta de protección de la funda de su pistola.

Dos opciones eran las que podían darse con aquel gesto: o habían reconocido el vehículo y se pensaban que yo era uno de ellos o sabían que esa furgoneta no debía estar ahí en ese instante, sino en el almacén de donde la saqué. Supuse que era lo segundo cuando vi acercarse a su compañero por el otro lado. Este sujetaba su arma en la mano desde que salió del coche y caminaba con movimientos lentos y estudiados. Volví a centrarme en el agente que salió primero mientras preparaba mi pistola con mi mano izquierda, oculta por la puerta. Bajé el cristal de la ventanilla, simulando un comportamiento cívico perfecto, y esperé atento a cualquier movimiento extraño. Si esa gente sabía quién era, iba por el buen camino. Dylan no podía esperar más.

—¿Qué ocurre, agente? —pregunté enseñando mis dos filas de dientes blancos y relucientes—. ¿He cometido alguna infracción?

El hombre se acercó y pude observar su expresión gélida, su poco pelo que el sombrero dejaba ver era tan negro como sus ojos y bajo estos, unas manchas oscuras denotaban el cansancio al que debía de estar sometido aquel hombre.

—Permítame la documentación de su vehículo. —Me miró a los ojos y sin mover un solo músculo matizó—: Porque es suyo, verdad.

El reflejo del espejo retrovisor me permitía ver el movimiento de sus manos y tras aquella extraña pregunta, pude ver cómo se llevaba una de ellas a su arma reglamentaria. Al otro lado, el otro policía ya se había detenido y parecía estar esperando alguna orden, antes de girarme, vi cómo la mirada del hombre que estaba junto a mí lo buscaba. Seguro que lo que iba a hacer traería consecuencias, pero una vida inocente dependía de mí. Con disimulo, me acerqué a la puerta para coger mi pistola y tracé un plan a una velocidad tal que apenas tuve tiempo de analizar las consecuencias de este.

—Ya me parecía raro. No puede un negro circular con un Mercedes con los cristales tintados porque o es un mafioso o lo ha robado. —Cuando acabé la frase, ya tenía mi arma en la mano y sabía que el momento justo para actuar había llegado—. ¿Es eso?

—No. Lo sospechoso es que tenga toda la parte delantera llena de golpes.

El hombre me desafió con la mirada. Desenfundó su arma y supe que todo acabaría pronto, para bien o para mal. Yo le apunté con la mía, desde mi posición tenía un mejor blanco que él, pero mi poco margen de movimiento me convertía en un tirador torpe. Disparé. Disparé dos veces y ambos proyectiles dieron en el blanco, justo en su zona abdominal. El hombre intentó responder, pero no consiguió dar en el blanco.

El estruendo se produjo justo al lado de mi cara e hizo que todos los sonidos que mi cabeza recogía desaparecieran, dejando un sonoro pitido en su lugar. El calor de la bala que pasó rozándome se posó en mi frente y al otro lado del habitáculo el cristal de la puerta del acompañante se desquebrajó, víctima del proyectil.

A pesar del dolor que sentía en mi cabeza, y de que todo a mi alrededor daba vueltas, cargué contra el otro policía, abatiéndolo tras cinco o seis disparos, o eso calculé, su sombra desapareció, igual que lo hicieron todos los cristales laterales.

Cuando pude, al fin, recuperarme un poco del trauma, encendí de nuevo el motor y aceleré con todo mi ímpetu, transmitiéndolo al coche para escapar cuanto antes de allí, dejando dos cuerpos inertes tirados en el asfalto.

El paisaje cada vez se volvía más denso, los árboles eran más altos, las viviendas desaparecían. Sin lugar a duda, ese era un sitio perfecto para ocultarse, rodeado de vegetación, al amparo de la naturaleza. Había llegado a la dirección que marcaba el GPS. Un enorme camino de tierra se adentraba hasta lo más profundo del bosque y a lo lejos, nada se podía contemplar. Decidí esconder la furgoneta y seguir a pie el trayecto que, según el ordenador, duraría unos pocos minutos.

El viaje resultó algo más accidentado de lo normal, tuve que andar por muchos senderos irregulares y terrenos abruptos para llegar hasta la zona, pero cuando lo hice, tuve claro que era lo que buscaba.

Frente a mí hallé una enorme mansión con varios coches aparcados junto a la entrada. El jardín era una gigantesca explanada, tan solo la idea de cruzarla resultaba un plan descabellado. Cualquier paso que diera sobre ese terreno sería detectado casi al instante. Varios hombres caminaban de un lado al otro de aquel verde paraje, detrás de algunas ventanas también pude localizar a un par más. Había llegado al punto clave, ahí era donde se reunían, y si tenían a Dylan, estaba seguro de que sería en esa mansión. Pero la pregunta ahora era otra, ¿dónde lo tenían?

Aprovechando las sombras que me proporcionaban los árboles del bosque que rodeaba la mansión, decidí moverme con libertad para examinar todo el recinto.

En la parte trasera, una piscina redonda y una zona asfaltada relucía por encima del resto de elementos. A lo lejos, había una pequeña caseta ubicada justo en el centro del terreno abierto. Si lo tenían ahí, iba a ser un problema llegar hasta él sin ser detectado.

Mientras estudiaba los alrededores, el ruido del motor de un coche me alertó y volví a la zona desde donde se podía controlar la entrada. Lo que allí vi paralizó mis impulsos. Podía haberlo imaginado, pero no quise pensar en ello. Otro coche de policía escoltaba a un Dodge negro, lo reconocí al instante. Era el coche que pasó unos minutos después de secuestrar a la primera niña.

Del primero se bajó un solo hombre, de edad avanzada y andares cansados. Otro golpe de realidad quebró mis esperanzas en ese momento. Era

el mismo hombre que vi en las fotos del teléfono. El hombre que acompañaba al jefe del condado en aquellas imágenes. Del coche negro, fueron dos tipos los que descendieron. Todos se reunieron frente a un cuarto hombre que había salido de la mansión. Saqué mi teléfono y empecé a tomar fotos de todo lo que estaba viendo: del coche negro, al hombre que salió del edificio e incluso a los agentes. Todo lo immortalicé y acto seguido, le mandé por mensaje a Cloe todo lo obtenido.

Fueron varios minutos los que estuvieron reunidos y cuando la charla terminó, cada uno tomó un rumbo. Primero se marchó el coche negro, unos segundos después, la patrulla lo siguió. Yo me quedé rezagado entre la oscura soledad que proporcionaba la vegetación, rodeado del silbar de los pájaros, el ruido que el viento hacía al sacudir las ramas y el crujido de la hojarasca seca, víctimas de mis firmes pasos.

Volví a la zona posterior, tenía que analizar el último de los cuadrantes. Tras la piscina, un delgado y sinuoso camino de piedra llegaba a una cabaña pequeña de madera, que se ocultaba parcialmente del resto gracias a que el bosque dominaba tan solo una parte. Una sensación extraña me invadió cuando vi aquella cabaña. Sentía que había encontrado a Dylan, así que sin dilación corrí hasta allí, con cuidado de no ser detectado por ninguno de los hombres que vigilaban el exterior.

El teléfono cortó mis andares precipitados de forma brusca, era Cloe. Había tardado apenas media hora en responderme y que lo hiciera por medio de una llamada no hacía presagiar nada bueno.

—¡Jaidon! —dijo ella sin darme tiempo a anunciarme—. ¡Tienes que salir de ahí ya!

—¿Qué ocurre, nena? ¿Ya ni unos buenos días?

—No es momento de tonterías, Jai. Sal de ahí ahora mismo. Estoy contactando con el FBI para que manden varios efectivos a la zona.

—Me estás preocupando. ¿De qué se trata?

—Estamos hablando de la mafia, Jai. La mafia de Montreal. Esta gente no se anda por las ramas, no es un grupo de descerebrados sin nada mejor que hacer. He comprobado las fotos que me has mandado, el tipo de las gafas es Donny Tremblay, es el segundo al mando de la organización y uno de los más

buscados. No te arriesgues a entrar tú solo.

—Ahora entiendo todo el desfile de policías que he visto hoy. Deben de tener a medio cuerpo comprado.

—Todas las matrículas que me proporcionaste venían del mismo condado. Debieron de llegar de allí. Estoy comprobando unos últimos datos y te mando toda la información, pero por lo que más quieras, no cometas ninguna tontería, espera a que lleguen los refuerzos.

—¿Y cuándo van a llegar? —Mis dudas crecían a medida que sus súplicas surtían efecto. El miedo al fracaso comandaba de nuevo mis instintos, pero el hecho de que Dylan pudiera estar ahí era algo que me hacía recuperar las fuerzas.

—No más de una hora. Hay un dispositivo cerca, irán por aire.

—Cloe, no creo que pueda esperar tanto.

—Tienes que hacerlo, Jaidon. Si vas tú solo, podrían matarte. Te mando el resto de información en unos minutos.

Colgó y de nuevo, mis temores crecieron en el interior de mi pecho. Temores que hacían temblar mis piernas, temores que se aferraban a mí, cortándome hasta la respiración. Por primera vez en mi vida, sentí un frío atroz.

Me arrodillé en el suelo para hacerme pequeño y desde ahí controlar todos los movimientos que se producían en la mansión. No aparté ni un solo segundo los ojos de la pequeña cabaña, no lo hice hasta que mi teléfono volvió a vibrar. Era el mensaje de Cloe, me proporcionaba toda la información que había nombrado un rato antes.

«Aquí podrás ver toda la información que te he comentado. El vehículo oficial estaba asignado a una tarea de vigilancia de una niña, una tal Elisabeth Pensey, hija de Robbert Pensey, un agente infiltrado con el nombre de Leo en la organización que ahora espías. Tras una filtración, se decidió poner vigilancia a la niña y proteger al padre, pero algo falló. El hombre que los escoltaba es un conocido del FBI. No es policía y desde luego, no lo ha sido nunca.

En cuanto a Samanta Wemly, he encontrado algo más, un informe con fecha del 2006. Hay una denuncia por robo en un accidente con una víctima

mortal. Te dejo la información completa en estas capturas».

Mi corazón se heló cuando descubrí lo que me había mandado. En todas las imágenes aparecía la misma firma. Reconocí de inmediato la firma, no por el dibujo, sino por el nombre que aparecía en ella. No sabía que era él. Ahora todo encajaba, todo fue plan para acabar secuestrando a Dylan. Todo era mentira. Debía actuar rápido, ya que todo esto no se trataba de un mero testigo ni de un secuestro frustrado.

Corrí hasta la pequeña cabaña y oculto tras la vegetación, busqué la forma de entrar. No fue difícil hallar una opción, ya que una de las pequeñas ventanas daba paso al cuarto de baño. Desde ahí pude acceder.

Agazapado entre varias cajas, revisé todo cuanto me rodeaba. Era una estancia amplia y llena de trastos viejos e inservibles. Había herramientas y maquinaria desmontada, y en el centro estaba él. Lo vi, vi al pequeño Dylan, mucho mayor de lo que yo recordaba, amordazado y sujeto a una silla anclada en el suelo. Tenía la barbilla casi hundida en el pecho y apenas se movía. Desde mi distancia no podía distinguir ni si estaba vivo, ni si alguien lo custodiaba, así que decidí moverme.

Un hombre miraba su teléfono móvil, sentado en una silla, a un lado de la estancia. No parecía haber nadie más, por lo que el rescate no sería complicado. Saqué mi pistola y me aseguré de disponer de las balas suficientes para terminar con la misión. Cuatro balas quedaban en mi cargador, y no tenía más. Cuatro oportunidades para un solo enemigo. No parecía destinado a fracasar. Apunté a la cabeza del hombre, llevé mi dedo al gatillo y cuando lo tuve claro, el ruido de la puerta de entrada me hizo saltar de nuevo a mi escondite.

—¡Mierda! —mascullé furioso. Sentía cómo mi corazón quería escapar del pecho, podía oír sus latidos cerca de mi oído. Mi respiración se aceleraba por momentos.

—Esto se acaba ya, el poli está muerto. —Una voz sonó en la cabaña. Me asomé para contemplar la escena y con el aire pesándome en el pecho, vi cómo un hombre de mediana edad, vestido con chaqueta de cuero negra y vaqueros, apuntaba con su pistola a Dylan.

—¿Qué vamos a hacer con el crío? —preguntó el otro hombre, que seguía

hablando gracias a la brusca entrada de su amigo.

—¿Tú qué crees? Quítale la mordaza.

Cuando Dylan comprobó que su voz se proyectaba fuera de esa sucia tela, comenzó a aullar, suplicando por su vida y llorando sin contemplaciones, como lo que era, un niño que no quiere jugar más a ese juego al que le están obligando. El hombre, que había entrado segundos antes, se llevó a su cara un aparato y unos segundos después, alargó su mano sosteniendo en el aire lo que parecía un teléfono.

Los gritos del crío se intensificaron, suplicando ayuda a su padre, y aunque no cesaron en ningún momento, el hombre alejó de Dylan el terminal para llevárselo de nuevo al oído. Levantó su pistola y yo decidí que era el momento.

—Has perdido, Konner.

Sin tiempo para planear mi acción, lo primero que se me ocurrió fue lanzar un grito al aire que llamó la atención de todos allí abajo. Abrí fuego sin pensarlo dos veces y Dylan vio cómo el hombre que lo amenazaba caía fulminado frente a él, tras haber lanzado un grito de rabia. Preferí que el niño soportara ese trauma a arriesgar su vida por ser delicado.

El otro hombre reaccionó disparando contra mi posición, pero acabé con él con celeridad, tras eso, todavía conservaba una bala. Todo quedó en silencio unos segundos después. Corrí y liberé al pequeño, que me reconoció al instante. Se lanzó a mis brazos y pude sentir la paz que anhelaba desde que todo aquello empezó. Por fin, lo había encontrado. Por fin, estábamos juntos. Ahora, solo teníamos que salir de ahí.

—¿Cómo estás, enano?

—Quiero ir con papá —respondió con los ojos brillantes. Su rostro estaba sucio y magullado, pero no parecía tener mayores heridas.

—Ya nos vamos, Dylan. Ya nos vamos.

Nuevos gritos rompieron la paz que nos había regalado el tiempo durante un instante. Corrí hasta la puerta y tras abrirla tan solo unos dedos, la imagen que presencié hizo que mis miedos estallaran ante mis ojos. Al menos una decena de hombres corría en nuestra dirección, todos armados. Pude distinguir que dos de ellos tenían una granada en sus manos, por lo que mis prisas

aumentaron.

—¡Vamos, vamos! —grité al niño, empujándolo hacia el mismo baño por el que había accedido yo.

Los pasos se acercaban. Oía los gritos cada vez más cerca. Varios disparos atravesaron la puerta y supe que ya estaban ahí, no quedaba tiempo.

KONNER

20 de enero de 2016, 14:50

Las lágrimas que caían de su rostro se perdían entre las briznas del césped, que hacía de hombro para Konner. Sus manos apretaban la tierra que cuidaba de la verde hierba, arrancándola del frío y húmedo suelo. La angustia y la ansiedad que había experimentado durante esos dos terribles días se derramaban sin control por todo su cuerpo, sus intentos por evitar un funesto desenlace habían sido en vano.

La voz de Kassie se clavaba en su memoria, rogando para que encontrara a Dylan, para que esa mala película acabara bien para ellos. Ahora, todo había acabado, su mundo se derrumbaba entre sus manos, sintiendo que su corazón dejaba de latir por momentos. El aire se negaba a entrar en sus pulmones, la vista se le volvía borrosa y de su entorno solo conseguía distinguir el sonido de las sirenas, a lo lejos. Decidió sentarse sobre sus talones, con las rodillas todavía dejando sus huellas en el terreno, y esperar a que el fin le llegara de una maldita vez. Pero no iba a ser así.

El teléfono negro, que tanto temor había implantado en su corazón, volvió a sonar, trayendo una vez más a su mente sentimientos dispares, una mezcla entre dolor y odio. No quería contestar. No podía hacerlo. Sabía que al otro lado, aquella voz solo querría reprocharle sus actos para que ese momento fuera todavía más duro. Pero algo le obligó a aceptar la llamada, algo que siempre había estado en su ser, pero que no pudo controlar jamás.

—Konner, Konner. ¿Qué te dije sobre lo de hacerte el héroe? —replicó aquella cargante voz con un hablar pausado y vocalizando cada palabra—. ¿Has visto todo lo que has hecho?

—¡Juro que te encontraré! Y cuando lo haga...

—Es posible que me encuentres. Pero no vas a hacer nada. Hoy conocerás

el dolor de la pérdida. Hoy, al fin, podrás entender algunas cosas que nunca has querido admitir. Siempre has actuado bajo tus propias normas, sin importar a quién dañabas con ellas. Siempre, por tus deseos de que reconocieran tu trabajo, has antepuesto tu salud y la de los demás, por un... digamos bien común, pero han sido terceras personas las que han pagado por ello. Ahora, vas a tener que presenciar cómo toda tu vida se desmorona a causa de tus actos.

Konner apenas conseguía respirar. Sus pulsaciones parecían no tener un orden claro y su cuerpo se estremecía ante cada palabra que le propinaba aquella distorsionada voz. Aunque su cabeza analizaba cada una de ellas, su corazón no era capaz de aceptarlas.

—¿Quién eres? ¿Con qué puto derecho te crees que puedes juzgarme? —Su furia crecía por momentos, alimentando cada palabra que osaba soltar—. ¡No eres nadie! Y cuando acabe contigo, te arrepentirás de haberte cruzado en mi camino.

—No sabes cuánto me he arrepentido de haberlo hecho. Pero ahora es tarde, Konner. Ahora voy a ser yo quien te arrebaté todo cuanto has amado alguna vez. No solo a tu hijo.

Aquella frase sentenció la conversación, dejándolo con la expresión congelada, intentando asimilar aquel último comentario y sobre todo, la amenaza. ¿Qué había querido decir?

—Kassie —gritó al aire cuando llegó a su memoria ese nombre. Se incorporó de un salto y comenzó a correr hacia el coche que había usado para la persecución, al mismo tiempo que usaba su teléfono para llamarla.

Durante todo el trayecto, el contestador automático fue el único que se dignó responder a las llamadas de un Konner cada vez más desesperado. Sus pies temblaban siempre que no se encontraban clavándose en los pedales del vehículo. Sus manos no se separaban del negro volante de cuero, tan viejo que dejaba adheridos a su piel pequeños fragmentos del plástico que ya no conseguía retener. Cada cierto tiempo, soltaba una mano para volver a intentar localizar a su exmujer, pero una vez tras otra fracasaba.

Fue un viaje de locura, en el que invadía cada carril libre que encontraba para no verse obligado a aminorar la marcha. Nunca había echado tanto de

menos su furgoneta como en ese momento. El vehículo en el que viajaba tan solo era una rémora para sus propósitos.

Las ruedas apenas conseguían aferrarse al asfalto en las curvas, lanzaban al aire pequeños gemidos cada vez que la goma patinaba. El olor a caucho derretido se colaba por los conductos de aire de la furgoneta, uniéndose al ambiente cargado que ya reinaba en el habitáculo. Al fin, llegó a la última recta. Ya podía ver el edificio de Kassie a lo lejos, el que había sido suyo también, tiempo atrás, el *49 de Park St.* Un viejo edificio de ladrillo blanco.

Un último gesto mandó un hecho ya vivido a su mente, cuando al estacionar sin apenas conciencia, invadió parte de la acera por donde una mujer caminaba con sus dos hijos. El rostro asustado de la mujer mientras se aferraba a sus pequeños hizo que Konner volviera al pasado, dejándolo congelado en el asiento de su furgoneta durante casi un minuto. Los gritos de la gente, de Kassie, sus propios lamentos mudos y el dolor de aquella tarde le azotaron una vez más, rompiendo la poca fuerza a la que se aferraba con furia.

Obligándose a borrar todo aquello, saltó del vehículo y procurando no afianzar en el suelo su pierna herida, siguió cojeando hasta el interior, para no torturar demasiado a su pierna, se adentró en el edificio. No lo dudó ni un segundo, ignoró el ascensor y se dirigió decidido a las escaleras, subiendo cada piso como si flotara por ellas. Se olvidó del dolor de su pierna, se olvidó del cansancio que abrasaba sus pulmones. Pero sobre todo, se olvidó de que no iba armado. Cuando llegó al cuarto y último piso, a su destino, vio la puerta entreabierta. Sus miedos crecieron a medida que comprobaba que el silencio que reinaba en la vivienda no hacía presagiar nada bueno.

Con cada paso retrocedía un año más de vida en sus recuerdos, capturando en su mente cada momento importante vivido durante ese transcurso de tiempo. Cuando estaba junto a la puerta, con el alma encogida y preparado para enfrentarse a otro duro golpe, algo en el interior llamó su atención.

—¡Por favor! —Suplicó Kassie con la voz quebrada—. No me hagas daño.

No pudo oír nada más. Pero el sonido de la voz de ella insufló un poco de vida a sus pulmones, llenando de coraje un cuerpo maltrecho por los golpes recibidos. Llevó su mano a la cadera y recordó en ese momento aquello que

había olvidado durante su precipitada carrera, estaba indefenso. Ahora sí, su pierna le recordó la vieja herida que palpitaba sin cesar. No le importó, se acercó al quicio de la puerta y vio que un hombre de estatura media se hallaba frente a ella con una pistola apuntando a su cuerpo y una radio negra entre los dedos de su otra mano.

No había tiempo que perder. Sabía que si no actuaba rápido, aquel tipo acabaría con ella sin pensárselo dos veces. Así que sin asegurarse de si estaba solo, entró lanzando un grito espeluznante que consiguió alertar al sujeto. Este se giró e intentó llevar la pistola hacia Konner, pero un movimiento de brazo evitó que el cañón se fijara en él.

Un disparo sonó en la habitación mientras ambos caían al suelo, abrazados. Konner lanzó dos puñetazos que dieron de lleno en la cara del hombre que luchaba por defenderse. El tercero de los golpes no pudo llegar a su destino, por lo que perdió estabilidad y esto hizo que su cuerpo cayera a un lado. Fue el turno del individuo que los amenazaba, que con un movimiento de piernas y ayudándose con el codo, revertió la situación. Ahora él se encontraba sobre el cuerpo de Konner, con la pistola en su mano, procurando llevarla hacia él.

Ambos lucharon para hacerse con el arma. Desde abajo el ex Marine pudo levantar un poco las manos del otro hombre y accionar el percutor de la pistola. Ayudándose del retroceso, se la arrebató de las manos y volvió a golpearle en la cara, esta vez con la culata de la pistola.

No lo pensó. Recuerdos de su época en Afganistán se fijaron en su cabeza, haciendo que no viera a un hombre indefenso frente a él, que parecía perder la estabilidad a causa del último golpe. Revivió la última escena que le había marcado, y que lo haría para siempre. El rostro de aquella persona, ataviada con una túnica blanca y un fusil en sus manos se presentó frente a él. De nuevo, un estruendo silenció el enfrentamiento. Estruendo que precedió a varios más. Uno tras otro. Konner apretaba el gatillo, dibujando en su rostro todo el odio que llevaba conteniendo durante tanto tiempo. Sus dientes se limaban entre ellos, como una corredera que va y viene sin descanso. La mano que no sujetaba el arma agarraba la nuca del hombre, que yacía ya sin vida sobre él, y con la otra descargaba toda la rabia en forma de disparos sobre su estómago.

Cuando terminó, la sangre goteaba del techo, lleno de los agujeros que atestiguaban los hechos ocurridos abajo.

Al fin, cuando todo acabó, apartó el cuerpo inerte de aquel tipo, se incorporó para buscar con la mirada a Kassie al tiempo que intentaba encontrar las palabras adecuadas para comunicarle lo ocurrido con Dylan.

—¡Kassie! —gritó al ver la escena.

Atrás quedaron las palabras con las que le iba a dar la noticia. Desaparecieron las discusiones y las miradas lastradas. Al dolor por Dylan se sumó la funesta imagen que presenciaba en esos momentos. Kassie yacía tumbada boca arriba. Su mirada se perdía en el techo y sus manos se aferraban a un pequeño espacio teñido de rojo en un costado de su abdomen.

—¡NO! —Corrió hasta ella y recogió su cuerpo en cuanto llegó a su lado.

En ese momento sus miradas se cruzaron y al fin, él pudo reconocer en la de ella ese brillo que tanto le había cautivado la primera vez que la vio. Sus labios palidecían, su cuerpo temblaba, sus ojos se hacían cada vez más pequeños, pero de su boca salía una pequeña y dulce sonrisa.

—¡Lo sien...! —quiso decir ella, pero sus fuerzas se escapaban por el agujero sangrante que le acababan de hacer en su cuerpo.

—¡Shhh! No hables. Te pondrás bien, ahora te llevaré al hospital y... —Mientras hablaba, intentó levantarla, pero el agónico grito de dolor que profirió le hizo renunciar a sus movimientos y la volvió a dejar en la misma posición.

Ella volvió a sonreír y alzando una de sus manos, pintada de rojo, acarició el rostro de aquel hombre que tanto había amado. Dejando parte de su esencia en su cara.

—Cúidalo, cuí...—Sus ojos se cerraron mientras intentaba expresar su última exigencia, ajena a la tragedia. Su mano también se rindió a la gravedad y en apenas un segundo, todo su cuerpo se deshizo, como un globo que va perdiendo el aire poco a poco.

Nuevos gritos reverberaron en la habitación. Furiosos fueron los lamentos de Konner que, aferrado al cuerpo de Kassie, derramaba sus últimas lágrimas.

Antes de asimilar del todo la gravedad de la situación, su propia imagen abrazando a su mujer devolvió a su memoria la secuencia que faltaba para

completar aquel fatídico puzle de dolor y sangre que ocultaba su pasado.

VERANO DEL 2006

El sol por fin brillaba sobre un irisado firmamento, lanzando sus dorados y débiles rayos sobre la tierra. Faltaba poco para el crepúsculo y Konner revisaba su reloj, impaciente por verla aparecer de nuevo. Se marchó sin despertarla, pero con un férreo deseo de volver a verla, ella debió de sentirse igual, pues más tarde, esa misma mañana, aceptó una nueva cita.

Por fin, a las ocho menos diecisiete minutos de la tarde apareció ella, deslizándose sobre el duro pavimento con gráciles movimientos, como si de una hoja arrastrada por un viento cálido se tratase. Vestía un pantalón vaquero y una camisa blanca muy elegante. Los dos botones superiores de la misma sin abrochar, equidistantes y perfectamente colocados, prendieron la mecha de su imaginación, deseaba hacer lo mismo con el resto de los botones que hacían que la tela ciñera el cuerpo de la joven.

—Llegas tarde —recriminó con una sonrisa estirada hasta el máximo permitido.

—Me gusta hacerme desear. —A su respuesta le acompañó un guiño cruel, pícaro y desmedido que desató en el interior de Konner un cosquilleo que llegó hasta sus pies—. Bueno, dime. ¿A dónde me vas a llevar?

—Pues vamos a terminar con nuestra clase de historia. Aún falta que veas el atardecer a orillas del río Penobscot.

Supo que la elección había sido la acertada cuando vio dibujarse una mueca de complacencia en el rostro dorado de la muchacha, que sin decir nada y tras darle un apasionado beso en la comisura de los labios, se introdujo en la furgoneta. Konner la siguió hasta el interior.

Fue un viaje algo más largo que el del día anterior, aunque las risas cómplices, los comentarios jocosos y las miradas furtivas hicieron que a él le pareciera un paseo rápido. El destino elegido fue un apartado paraje en *Dutton St.*

Detuvo su furgoneta junto a una valla, aprovechando que la calle terminaba y el tráfico en la zona era escaso, por no decir nulo. El emplazamiento elegido era ideal. Una visión despejada del río se presentaba frente a ellos mientras que alrededor una espesa vegetación de árboles altos y matorrales coloreaba el resto del paisaje. Tras ellos, un puente por el que solía circular el viejo tren les protegía de miradas curiosas.

—¡Qué sitio más bonito! —exclamó Kassidi acercando su cara al parabrisas del coche—. ¿Acostumbras a traerlas a todas aquí?

—Solo a las que me niegan su nombre.

Las risas de ambos se trasladaban al exterior sin que en ningún momento sus miradas dejaran de cruzarse. Fueron hasta la parte delantera del todoterreno y tras subirse él encima del capó, insistió para que ella hiciera lo mismo. A los pocos segundos yacían los dos sobre la chapa blanca y algo oxidada, él abrazaba a Kassie cruzando su brazo por la espalda, sintiendo cómo el cuerpo de ella se ablandaba cuando sus brazos la rodeaban.

El sol, poco a poco, dio paso a la oscuridad de la noche, haciendo más intensos sus cada vez más insignificantes rayos. Dejando sobre el agua su estela bronceada. La luna observaba la escena mientras se preparaba para su función.

—Siempre me ha encantado ver el atardecer desde alguna parte del río. Mis padres tenían una casa y desde el jardín mi madre y yo contemplábamos casi todas las tardes la puesta de sol. Es algo que siempre me ha llenado de paz.

Ella clavaba su nuca en el pecho de Konner mientras bebía cada palabra que salía de su boca. Él desgranaba su corazón sin saber ni siquiera por qué lo hacía con alguien que acababa de conocer. Pero entendía que el amor era así. Sentir que puedes gritar a su lado sin miedo a que se tape los oídos. Pensar que si ella grita, tú gritarás con ella. El amor es eso, compenetración. No es comprender, sino dejarse llevar.

—Es una historia preciosa. —Mientras Kassidi hablaba, acariciaba su mano con suaves movimientos casi imperceptibles que hacían que su piel se erizara y que temblara hasta su espalda—. ¿Y sigue viviendo ahí tu madre?

—Sí. Pero desde que mi padre murió, no hemos vuelto a hacerlo. No sé,

como si fuese un ritual ya prohibido.

El silencio pasó a reinar entre ellos. Un silencio no incómodo, tampoco era necesario hablar. Sencillamente, absorbían aquel momento.

—¿Sabías que Bangor era una aldea indígena hace mucho tiempo?
—preguntó él rompiendo el hielo. De vez en cuando, se rascaba la mano con disimulo antes de seguir hablando.

—Sí, algo he leído sobre ello, pero no mucho.

—Todavía queda una pequeña reserva más abajo, en la parte final del río. Precisamente —volvió a llevarse la mano a su brazo, como si necesitase rascarse a cada segundo—, fue esta tribu la que dio el nombre al río, en un principio, lo denominaron *Penawapskewi*, pero más tarde, la palabra fue evolucionando hasta llamarse *Penescot*, que significa «parte rocosa» o «proyecciones a la baja», que hace referencia justo a esa parte del río.

Ella lanzó una pequeña carcajada y volvió a acomodarse entre sus brazos sin decir nada. Asintió ante la clase magistral de historia que acababa de recibir y volvió a perderse en el reflejo cada vez más apagado del agua, que mostraba el sendero dorado de un sol que iba menguado.

—¿Por qué decidiste entrar en el Ejército? —cuestionó ella de golpe, dejando indefenso a su acompañante, que no esperaba tal pregunta.

—No lo sé. Cuando murió mi padre, creí que debía hacerlo. Toda mi familia ha estado al servicio del Ejército. El primer antepasado del que tenemos algo de información fue un tatarabuelo que participó cuando todavía era joven en la batalla de Gettysburg, en la famosa batalla de *Little Round Top*. Él fue uno de los cuarenta hombres que iban a ser condenados por cobardes y que el coronel Lawrence convenció para ir a combatir. Aquel hito jamás ha sido olvidado. Quizá por el apellido y la presión recibida pensé que era lo que debía hacer.

—¿Y lo sigues pensando?

—No lo sé. —Su mirada se perdió también en el borde del río, recordando la visita que recibieron el día que supo que no volvería a ver a su padre. No quería eso para los suyos, pero no conocía nada más.

—Yo siempre he tenido miedo a enamorarme de alguien que se dedique a eso. Lo caprichosa que es...—La última frase la susurró y la dejó incompleta, y

a Konner rabiando porque deseaba saber qué continuaba tras esa interrupción—. ¿No tienes hambre?

—Estoy desmayado —respondió él sin ahondar más en aquel detalle. No quería saber nada que ella no deseara decirle.

—¿Y te vas mañana?

Él asintió apesadumbrado antes de entrar de nuevo en el vehículo. Hasta ese momento nunca había experimentado la necesidad de quedarse, hasta que la conoció. Ahora, nuevas dudas surgían en su cabeza, dudas de si lo que estaba haciendo era lo correcto, de si necesitaba realmente arriesgar su vida por un motivo que no compartía. Dudas que pronto se obligó a desechar.

En cuanto encendió el motor, Kassie se abalanzó sobre él, apretando los brazos alrededor de su cuello con tanta fuerza que incluso le arrebató el aire. Sentía que si no lo soltaba, se desmayaría. Cuando lo hizo, contempló el brillo de sus ojos, entendió la tristeza de su mirada y presenció cómo una lágrima se escurría por su mejilla.

—Prométeme que te volveré a ver.

—Solo si tú quieres.

Ahora fue él quien la rodeó con los brazos, sintiendo el corazón de ella latir contra su pecho. Podía notar cómo golpeaba con fuerza, con un agitado comportamiento. Al fin, tras unos segundos, se separaron deseando que ese instante se hubiese congelado para siempre, aunque en su mente sí lo hizo.

Volvió a poner en marcha el coche y aceleró con una calma disimulada, pues sus brazos temblaban sin control y su pie apenas podía pisar el acelerador.

—¿Sabías que antes teníamos tren de pasajeros? —preguntó Konner intentando eliminar de su cabeza la tensión.

—¿Más historia? —murmuró ella con la voz todavía quebrada y pasando su mano por los ojos.

—Así es. Pues tuvimos tren de pasajeros hasta el año 1994, decidieron suspenderlo a causa de todos los accidentes que hubo en el último siglo. El peor de todos fue en 1911, en el que murieron quince personas tras una colisión frontal.

—¡Vaya! Veo que has traído la lección bien aprendida. Aunque,

espera...—Se acercó a él y tras inspeccionar su brazo, arremangó su camisa azul para comprobar que bajo ella, todo su brazo estaba decorado con escritos en tinta negra—. ¡Serás! Por eso no dejabas de rascarte.

Le golpeó con fuerza en el brazo y Konner gimió de dolor, después, soltó una sonora carcajada que enseguida, fue acompañada por la de ella.

La ruta de vuelta la hicieron riendo, comentando nuevos detalles que Konner no tenía apuntados pero que aun así sabía. Volvieron a la feria porque allí había uno de los puestos de perritos calientes más famosos de todo Bangor.

—¿Y tú por qué decidiste ser profesora? —preguntó él con un interés real por conocerlo todo sobre ella.

—Siempre he querido enseñar. Sobre todo a los niños. Los adoro y es algo que desde pequeña quería hacer.

Todo parecía ir bien, salvando el hecho de que al día siguiente él se marcharía por un periodo de cuatro meses. La idea de que en ese tiempo ella pudiera olvidarlo o encontrar a otra persona devoraba su temple, destruía sus esperanzas y debilitaba sus ánimos.

Pasó muy deprisa. Tanto que ni siquiera le dio tiempo a meditar lo que estaba haciendo. Veía que hablaba, le estaba contando algo que le había ocurrido con su amiga hacía unas semanas. Podía oír su dulce voz, como una melodía que no daña al oído. También el aroma de su perfume se incrustaba en su nariz. Pero no era eso lo que tenía en mente en ese momento.

La noche ya se había apoderado del firmamento y junto con la luna un manto de estrellas decoraba el cielo. Allí abajo, las luces parpadeantes de la feria, la música repetitiva y los gritos adolescentes se repartían por el ambiente de forma irregular, como si de un cuadro mal pintado se tratase.

A lo lejos, Konner vio que un hombre corría hacia un coche rojo seguido de cerca por varios policías. Pronto, los agentes quedaron atrás, gritando e increpando al hombre que había salido de la escena a gran velocidad en su vehículo. Se dirigía hacia su posición mientras varias patrullas lo perseguían, pero aún la distancia era demasiado grande entre ellos.

Nunca entendió por qué tomó aquella decisión, pero sin dudarlo ni un segundo, cuando el coche estuvo lo suficientemente cerca, hizo chocar el suyo

contra él. Pudo ver que aquel hombre, de pelo negro y chaqueta de cuero a juego, se quedó asombrado cuando vio que la furgoneta de Konner se abalanzaba sobre su coche.

No pudo esquivar la colisión. El todoterreno de Konner impactó contra el lateral del otro vehículo, ante los gritos asustados de Kassie, que no se había esperado aquella reacción. La fuerte sacudida frenó en seco a la pareja, pero no sucedió lo mismo con el otro vehículo, que con el lateral destrozado y después de que una parte del chasis se levantara del suelo, chocó contra dos coches que estaban estacionados. La velocidad a la que circulaba aquel individuo hizo que ni siquiera esos dos coches lo detuvieran, paró al fin, varios pies después, sobre la acera.

—¿Estás bien? —preguntó Konner volviendo de su ensoñación. No sabía lo que había hecho, no entendía el porqué. Tan solo había actuado.

Ella asintió tras analizar su estado y ver que no tenía ni un rasguño. Konner tampoco había sufrido daño alguno, pero la furgoneta sí tenía toda la parte delantera destrozada. Un lado del capó sobresalía y las abolladuras se presentaban incluso desde el interior del habitáculo.

Fue después de abrir la puerta cuando la realidad lo golpeó. Los gritos desconsolados de una mujer llamaron su atención, pero nada pudo ver cuando se giró porque una muchedumbre se agolpaba ya ante el coche siniestrado del otro individuo. A los gritos femeninos se sumaban los de otras personas, todos provenientes de la misma zona. Aquellos que no observaban la escena corrían de un lado al otro.

Con la garganta apretada, la mirada fija en aquel grupo de personas y sus pies pidiendo que no avanzara, se acercó a la zona de donde procedían los gritos

—¡Un médico, por favor! —Pudo oír antes de que la multitud se abriera a su paso, dejándole ver aquella escena.

Sus ojos se agrandaron por completo, su corazón se detuvo, su respiración desapareció en un instante. Su espíritu se vino abajo, lentamente, con cada lamento que lanzaba al viento aquella mujer de pelo largo y negro, que usaba de telón para ocultar su rostro. La vio arrodillada junto al coche. La vio suplicando al cielo y a la gente para que la ayudaran, pero nadie parecía

satisfacer sus deseos. Pero lo que después vio y quiso negar a toda costa fue a un pequeño infante, en los brazos de la mujer, que agonizaba ante el llanto desgarrador y las maldiciones de su madre. Lo abrazaba con fuerza, atrayéndolo a su cuerpo, pero aquel niño moreno de piel nívea no respondía a sus estímulos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —increpaba la mujer a Konner una y otra vez con una mezcla de rabia y dolor en sus palabras. Él observaba la escena con la mirada perdida. Una escena que jamás iba a olvidar.

Kassie corrió hasta él, ajena todavía a lo que ocurría. No pudo más que llevarse las manos a la cara y romper a llorar cuando presenció aquel horror.

Aquella secuencia dio paso al devenir que supondría ese día.

Pensó en todas las decisiones que había tomado hasta ese instante, en el que se veía obligado a revivir todos los momentos traumáticos de su vida, ahora reducida a la más insignificante nada, era un mero rehén de su destino. Un destino caprichoso que no dejó de jugar con él una y otra vez hasta verlo sentenciado por completo.

Al fin, todo terminaba.

JAIDON CONTEE

20 de enero de 2016, 15:30

—¡Corre! —grité al ver que el pequeño Dylan se había detenido justo al lado de la cabaña, supuse que para esperarme—. ¡No te detengas!

No podía arriesgar su vida, aunque la mía se quedara para siempre en aquel terreno oscuro, protegido del sol por un frondoso bosque que apenas dejaba pasar unos pocos rayos de luz. Incredulé al niño para que siguiera avanzando, pero parecía que no me escuchaba. Sus ojos casi derretidos mostraban un rostro triste y asustado. Deduje que no se movería, así que salté lo más rápido que pude por la ventana. Tanto que no llegué ni a tocar el marco de esta. Caí sobre un suelo frío, húmedo y fangoso. Sentí en mis manos cómo el barro helado se adhería a mis dedos para acompañarme en la travesía.

—¡Vamos, Dylan! Pase lo que pase, no te detengas. Tú solo corre —insistí, ya estaba a su lado.

El niño sacudió con un marcado nerviosismo la cabeza y comenzó a andar delante de mí. A mis espaldas, oí que varios hombres gritaban. De pronto, silencio. Me detuve un segundo para buscar algún movimiento extraño cuando de repente, una enorme explosión hizo volar la cabaña en mil pedazos. Restos de madera envueltos en llamas volaban por el cielo y caían de forma aleatoria sobre nuestra posición, calculé que en unas veinte yardas alrededor de nosotros.

Astillas de madera de todos los tamaños amenazaban nuestra integridad, ya que si en algún momento llegaban a golpearnos, dolería. Corrimos sin mirar atrás, envueltos en humo y fragmentos de madera todavía encendidos, esquivando algunos que se interponían en nuestro camino, saltando pequeñas rocas clavadas en el suelo y sorteando árboles que pretendían evitar nuestra fuga. Corrimos sin cansancio, sin pensar en que mis piernas pudieran fallar.

Dylan se alejaba, pero no me importaba. Quería que él saliera de allí sano y salvo, así que lo dejaba irse.

Tras diez agónicos minutos sin descanso, todo parecía tranquilo. El sol iba apagándose y el tiempo se convertía en un factor para tener en cuenta. Debíamos salir de aquel bosque cuanto antes si no queríamos perdernos entre las sombras de los árboles, que se preparaban para darnos un cobijo necesario si nos veíamos atrapados. Dylan, al fin, se detuvo cuando se giró y me vio a una cierta distancia.

—¡Vamos! —gritó a lo lejos haciendo aspavientos con las manos.

Quise responderle, pero mis pulmones se negaban a albergar el aire suficiente para que pudiera dejar salir las palabras. Mi pecho ardía cada vez que dejaba pasar el oxígeno por mi garganta y el corazón golpeaba mis oídos sin pausa.

—Ya...—Un silbido extraño pasó tan cerca de mis oídos que pude sentir su presencia. Un calor fugaz erizó mi piel. El sudor que resbalaba desde mi cabeza se secó de golpe cuando comprendí lo que acababa de ocurrir—. ¡AL SUELO!

No dio tiempo. Aquel primer aviso fue solo eso, el primero, y el único. Vi cómo uno de los árboles se agujereaba delante de mí, lanzando al viento el serrín que resultó del impacto. Tras eso, varios escandalosos estruendos se hicieron notar.

Dylan se tiró al suelo entre llantos renovados, suplicando la ayuda de su padre. Ayuda que yo mismo hubiese agradecido, pero no llegó. Estábamos solos y expuestos. Corrí a hurtadillas hasta su posición y, arrastrándonos por el suelo, llegamos a un pequeño barranco donde nos cubrimos. El tiempo jugaba en nuestra contra, debía tomar una decisión rápida. No sabía cuántos hombres se acercaban y desplazarnos juntos significaba ponernos a tiro. Teníamos que separarnos, era lo mejor que podíamos hacer en ese momento.

—Escúchame bien, Dylan. Esto es lo que haremos —informé sujetándole la barbilla.

El camino que tomé para llegar a la mansión se ubicaba al sur de nuestra posición, por lo que me orienté usando un reloj militar que siempre llevaba encima y planeé su escapatoria.

—Vas a tener que seguir tú solo. Yo...

—¡NO! No puedes dejarme solo. No quiero... —El niño comenzó a llorar al tiempo que se incrustaba en mi pecho.

—Dylan. Tenemos que hacerlo así. Mírame —insistí buscando el contacto visual, pero él me lo negaba—. No hay tiempo, Dylan.

Al fin, dirigió su mirada llorosa y bailarina hacia mí, guardando el silencio que merecía la situación. Señalé con el dedo hacia una dirección, una donde lo único que se veía eran árboles y matorrales.

—Voy a salir corriendo en aquella dirección —dije señalando el punto contrario al que había marcado en un principio—. Quiero que cuando escuches los disparos, tú corras hacia allí. —Volví a marcar el punto de origen—. No pares hasta que llegues a un camino de tierra. Allí verás una furgoneta negra, espérame ahí, y si por algún caso no llegara, sigue corriendo hasta que encuentres alguna casa antes de que se haga de noche. ¿Me has entendido?

Dylan asintió, pero en sus ojos vi el miedo y la desconfianza. Presentí su temor a que yo fracasara y a tener que volver a la mansión. Con el corazón oprimiéndome el pecho, conté hasta tres y salí a toda prisa en dirección opuesta.

Tal y como esperaba, los disparos no tardaron en hacerse oír. Yo solo rezaba para que ninguno de ellos diera en el blanco. Aunque, en algunas ocasiones ,parecía que mis rezos no iban a ser escuchados, pues las balas pasaban tan cerca que notaba cómo el aire que proyectaban me acariciaba. Pude distinguir a dos hombres, dos sombras enormes que me acechaban. Tras unos minutos corriendo, me lancé al suelo, simulando que uno de los disparos me había alcanzado. Una vez más el silencio me abrazó por un instante y, aunque fue corto, lo agradecí.

—Hay que encontrarlo —dijo una voz ronca y cercana.

Podía escuchar cómo las pequeñas ramas se quebraban bajo las pisadas hercúleas de aquellos sujetos.

—Tenemos que encontrarlos. ¿Has visto al mocoso? —La voz del compañero sonó algo más próxima. Podía sentir su presencia. El viento, que soplaba a mi favor, traía el olor a pólvora de sus rifles.

Agazapado tras el tronco de un árbol lo suficientemente grande como para

ofrecerme la cobertura necesaria, esperaba la llegada de aquellos dos indeseables. Yo no tenía arma, así que el sigilo y la precisión iba a tener que ser mi firma esta vez.

—Ha caído por aquí, presta atención.

Llegaron. Cerré los ojos y me preparé para el contacto. Las últimas palabras del tipo sonaron tan cerca que pensé que me hablaba a mí. Sus pisadas crujieron a mi lado, avisándome de que era el momento de actuar. Apreté con fuerza los puños y aguardé los segundos necesarios para entrar en acción.

Uno, el aire escapaba de mis pulmones con delicadeza, como el viento que acaricia una rama sin llegar a robarle sus hojas. Dos, abrí los ojos e hice mío el ambiente, atrapé la humedad del ocaso para reducir mi calor corporal, afiné el oído y esperé a que este me diera más información. Tres, balanceando mi brazo derecho, lo impulsé contra uno de ellos en cuanto supe que no podía esperar más tiempo. El susodicho se había dado la vuelta y topado con mi mirada gélida como el acero a la intemperie. Quiso apuntarme con su arma pero no se lo permití. Con una mano sujeté su rifle mientras con la otra clavaba mi puño en su mandíbula. No cayó, pero el sonido de sus huesos partiéndose pudo oírse con claridad. Gimió de dolor, pero volvió a recuperar la posición con premura.

El tipo era algo más alto que yo y seguro que pesaba más de dos decenas de libras de peso que yo. No me importó, no iba a tener tiempo para nada. A su espalda, el otro hombre se preparaba para dispararme. Justo tras el puñetazo distinguí en su cadera un gran puñal, a resguardo en una bonita funda negra. Fue mío en ese pequeño transcurso de tiempo en el que el primero se recuperaba del golpe y el segundo buscaba el ángulo para abatirme.

Tres puñaladas recibió. Tres perfectas y medidas embestidas, tal y como nos habían enseñado en las preparaciones; pierna, costado y cuello. No sobreviviría a aquello. Ante unos enormes ojos clavados en los míos, retiré el cuchillo tras el último envite y sabiendo que su arma era mía, pasé el arma blanca a mi mano derecha. Era necesario ese movimiento.

El otro hombre disparó contra mí cuando supo que su compañero estaba muerto, pero sus balas fueron absorbidas por el cuerpo de este, que gracias a

su tamaño, el proyectil no lo atravesó. Yo sabía que si quería usar el rifle, podía acabar recibiendo un disparo, así que opté por la mejor opción que creí conveniente, arrojar el cuchillo hacia mi enemigo.

No lo maté, pero sí pude clavárselo junto al cuello, a la altura de la clavícula. Gritó como un cerdo cuando el filo metálico se incrustó en su piel. Su arma también lanzó varios berridos hacia ningún punto en concreto. Fui yo, cuando pude recuperar el fusil, el que sí dio en el blanco. Un solo tiro en el centro de su cabeza bastó para dejarlo tendido en el suelo, sin vida, vaciándose de toda la sangre que poseía.

—¡Dylan! —exclamé en cuanto sentí la paz que me acompañaba.

Volví por la misma zona en busca del pequeño, deseando encontrarlo cuando llegara a la furgoneta. Ya no se oía nada extraño. Parecía que nadie me perseguía y la oscuridad que pronto nos envolvería invitaba a pensar que la batida se había retirado a la mansión.

Un helicóptero negro pasó tan cerca del suelo que los árboles se sacudieron asustados ante su presencia. Supe de inmediato que se trataba del grupo que Cloe había mandado para actuar en la mansión, aunque ya llegaban tarde para nosotros.

Seguí corriendo, esquivando las ramas que se cruzaban en mi camino. Algunas decidieron dejar su firma tatuada en mi piel, pero no me importó. No me detuve ni un instante, a pesar del dolor que latía en mis piernas y que me aconsejaba que aminorara la marcha. Hice caso omiso porque mi obligación de llevar al pequeño con su padre podía más que cualquier síntoma de debilidad o dolor, por muy ostensible que fuera.

Llegué al camino en cuyo final debía estar la furgoneta, cansado, con las gotas de sudor resbalando por todo mi cuerpo y el estómago queriendo devolver toda la comida que no había tomado a lo largo del día.

—¡Dylan! —reclamé a nadie, esperando que me respondiera.

El silencio solo era cuestionado por algunas ramas rebeldes que crujían mientras bailaban sobre mi cabeza, o por los pájaros, que volvían a sus nidos después de una dura jornada. El frío ya se hacía respetar helando mis prendas empapadas. Mis manos se entumecían a causa del barro ya reseco que las impregnaba.

Corrí de nuevo por el camino en cuanto vislumbré el todoterreno. Pero cuando llegué a él, algo hizo que se congelaran las partes de mi cuerpo que todavía permanecían templadas.

Vi unas luces rojas alejándose por la misma zona por la que yo había entrado un rato antes. Con una calma angustiosa pero a la suficiente velocidad como para que me fuera imposible alcanzar el coche a pie.

—¡DYLAN! —bramé esta vez, pero de nuevo, mi propia voz fue la única que me contestó, repitiendo mi lamento a través del bosque, aunque algo más apagado.

Dylan no estaba y mis dudas sobre su ubicación se disipaban a medida que aquel coche patrulla se alejaba de la zona. Subí al mío, tenía que atraparlo y recuperar al pequeño, no estaba seguro allí dentro. Pude distinguir el modelo del vehículo, un todoterreno marca Ford, y sabía que si se lo llevaba, no lo vería más. Encendí el motor, pero cuando aceleré, mis esperanzas se hundieron de nuevo.

El coche bailaba de forma extraña sobre el terreno áspero a la vez que emitía un fuerte ruido de goma reblandecida, proveniente del exterior. El volante se sacudía con virulencia y a medida que aceleraba, el temblor se multiplicaba.

—¡Serán hijos de perra!

Me habían pinchado las ruedas, que ahora no eran más que un amasijo de caucho destrozado, incapaz de soportar el peso de semejante vehículo. No me importó, seguí acelerando a pesar de verme en más de una ocasión al borde de la calzada cuando el coche perdía el control a causa de la poca estabilidad de la que disponía.

No pude avanzar más. El coche patrulla se dirigió a la ciudad, dejando atrás la mansión. Yo me detuve en el arcén, rezando para que otro coche pasara por allí pronto.

Desesperado, bajé del coche y anduve por la carretera en la misma dirección que había tomado aquella Ford blanca propiedad del Estado. Al fin, dos luces blancas hicieron que mi sombra creciera bajo mis pies.

KONNER

20 de enero de 2016, 16:15

Tac.

De nuevo, mi esquiva suerte me niega esta última súplica. El arma está descargada. Algo que en otra época hubiera intuido por el peso de esta, pero que ahora me resulta imposible calcular. Cierro los ojos con la frente todavía pegada al cristal, como si quisiera que mi piel se fundiera en él.

Impidiendo mi propio final, el destino se mofa de mi desdicha, carcajeándose de mí con sus altaneras risotadas desde la otra orilla de mi consciencia. Siento que el odio arrebatada mi voluntad y con una fuerte sacudida lanzo la pistola tan lejos como puedo, sin mirar ni siquiera su trayectoria, oigo cómo se estampa contra la pared y cae al suelo canturreando una melodía arrítmica mientras se desplaza por el mármol.

Nada ni nadie va a arrebatarme mi deseo de acabar con todo. Esta vez no. Decidido, abro la ventana y me asomo al exterior. La brisa fresca, que contrasta con los dorados rayos de sol que casi se han apagado ya, golpea mi cara. Mis lágrimas me queman. Enseguida, las mejillas dejan de transmitirme esa sensación de frío que azotaba mi piel segundos antes. No lo dudo. Extraigo el resto del cuerpo lentamente, pasando primero una pierna, y una vez la he afirmado en la cornisa, hago lo propio con la otra. Un gesto inútil si lo que pretendo es arrojarme al vacío, un vacío eterno que acabará con dos días de horribles pesadillas. Dos días arrastrando el peso de toda mi culpa pretérita, de todos mis actos ya consumados que ahora vuelven para torturarme.

Llevo a mis pulmones unas definitivas bocanadas de aire, hinchando el pecho, haciendo acopio de todo el egoísmo que existe, como si quisiera robar todo el aire reinante y quedármelo para mí. Una vez más, me estoy ocultando del mundo para encerrarme en mis propios pensamientos. No aguanto más. Si no salto ahora, no saltaré jamás, debo eliminar de mí todo rastro de cobardía, y así lo hago. Separo las manos de la ventana y sin flexionar las rodillas dejo

que mi cuerpo caiga unido a la ley de la gravedad.

Veo que la pared se aleja un poco de mí, Dylan pasa una última vez por mi cabeza, toda su vida se muestra ante mis retinas. La noche en que la conocí a ella también vuelve para castigarme, pero no se detiene en el instante del atropello, sino que avanza hasta el nacimiento de mi hijo. No puedo soportar una vida sin ellos. Algo agarra mi chaqueta y hace que mis piernas se separen de la cornisa.

—¡No! —grita una voz masculina justo detrás de mí.

No consigo girarme por culpa de la mano que me sujeta y mi cuerpo resbala. Me obligo a abrir los ojos y me sujeto al marco de la ventana con todas mis fuerzas. Cuando parece que estoy seguro llevo mis ojos hacia la ventana y observo al muchacho que se aferra a mi prenda, con el rostro acalorado, mostrando el dolor que está padeciendo para evitar que lleve a cabo mi plan. Pasan varios segundos hasta que lo reconozco, es Dave Lender, el ayudante del jefe de Policía.

—¿Qué haces? Suéltame —ordeno con furia forcejeando con su mano. Suelto la otra, que sigue agarrada al marco y dejo que sea mi peso el que se oponga a su ayuda.

—¡No, señor! Tiene que volver. No se deje caer. —Su voz es débil. Su sufrimiento puede palpase y sé que no tardará en perder la fuerza. Solo debo esperar—. Yo le ayudo. Vamos, suba. Llevo casi un minuto llamándole, pero parecía que estaba usted poseído.

—¡Te he dicho que me sueltes! No quiero subir, ya no tengo nada ahí arriba.

—No lo entiende, señor, no está muerta.

Sus palabras hacen que, de forma instintiva, vuelva a sujetarme con mis manos a la ventana, aunque reticente a volver a presenciar la escena de la habitación. El viento helado sacude las partes de mi cuerpo que habían quedado desprovistas de la protección de mi ropa.

—¿Qué quieres decir?

—Señor McMurray, su mujer sigue viva. Y Dylan...

Intento subir, ayudado por su brazo, que a pesar de temblar a causa del esfuerzo titánico que estaba haciendo, todavía conserva la voluntad para

asirme hasta que me encuentre en una zona segura. Lo aparto de mi camino y me acerco a Kassie.

—¡Tiene pulso! —digo con aires renovados. Un atisbo de esperanza se refleja en el mar de dudas y lamentos que es ahora mi mente. Siento cómo su corazón golpea su piel justo a la altura de mis dedos, con movimientos débiles pero constantes—. Tenemos que llevarla a un hospital.

—Espere. No podemos moverla, un equipo de emergencias está de camino, lo mejor es que esperemos a que lleguen.

Un fuerte impulso me lleva a erguirme hasta que mi barbilla choca con su frente. Una frente sudorosa. En ese instante empieza a temblar, mirándome a través de sus pestañas, y balbucea unas palabras que no logro entender.

—Tú puedes quedarte aquí y esperar a tu jodida ambulancia, pero yo voy a llevármela conmigo.

Cargo a Kassie y vuelvo a sentir cómo su cuerpo se derrite entre mis brazos. Solo su corazón me demuestra que sigue viva, pues el resto de su cuerpo no responde a ninguno de mis estímulos. Ni siquiera noto su respiración. Su pecho no se mueve y su piel sigue pálida. No me importa nada más ahora, sé que sigue conmigo, su corazón todavía me habla.

—Kassie, no te vayas. —Le susurro al oído en un desesperado intento de hacerla despertar, pero esto no es una película. Su rostro sigue indiferente ante mis reclamos.

Oigo el sonido de una sirena que se acerca. Cada vez es más intenso y cuando llego a la planta baja, el resplandor intermitente de las luces, reflejadas en el cristal de la puerta de acceso a la finca, anuncia la llegada del equipo sanitario. No espero, no puedo esperar. Salgo con ella y me dirijo a la ambulancia, de donde salen dos hombres vestidos de enfermeros que al verme, se detienen de inmediato.

—¿Es esta la mujer herida por un arma de fuego? —pregunta uno de ellos iniciando su carrera a mi lado. Una carrera que acaba tan pronto como su pregunta se extingue en el aire.

Tan solo asiento mientras pongo su cuerpo sobre la camilla. No tardan en asegurarla y en hacer jirones la tela ensangrentada que cubre la herida. Comienzan a trabajar sobre ella.

—¿Es usted familiar?

—Soy su marido —informo sin titubear. Lo soy, en ese momento soy su marido, pase lo que pase.

El enfermero hace un hueco a su lado para que los acompañe, pero una vez más, Dave evita que suba, sujetándome por la chaqueta, como hizo antes en la ventana.

—Konner, esta ambulancia se dirige al hospital *Dr James Turner*. Cuando esto acabe, yo mismo le acompañaré, pero ahora debemos atender otra urgencia.

—¿Qué puede ser más urgente que acompañar a mi mujer? —Mi furia no me deja pensar en otra cosa que no sea golpear a ese maldito entrometido. Pero una parte de mí agradece que me haya salvado.

—Se trata de Dylan.

Mi mundo se detiene cuando lo nombra. Las sirenas enmudecen, las luces se apagan. Todo desaparece poco a poco, dejando solo frente a mí al hombre que acaba de lanzarme esa frase que destroza por completo lo poco que me queda. «¿Qué ha ocurrido con Dylan? ¿Lo han encontrado?», no quiero saber la respuesta, no sé si estoy preparado para toparme con ella.

—¿Está...? —De mi voz casi diluida se escapa un vano intento de saber qué ha sido de él. Mi garganta se ha bloqueado y por mi boca apenas puede pasar, con dificultad, un poco de aire. El suficiente para no caer desmayado.

—Lo hemos encontrado. Está sano y salvo. Lo han encontrado junto a una furgoneta, propiedad de la gente que lo raptó. Ahora viene con el sargento. Tenemos que dirigirnos al *Brodway Park*.

De nuevo, recupero las esperanzas, esas que creí perdidas cuando lo escuché gritar a través del teléfono. Desconozco cómo ha conseguido escapar, pero por lo visto, lo ha hecho, y la idea de tenerlo junto a mí, de nuevo, llena de alegría un corazón que hasta hace tan solo unos segundos estaba desbordado por la pena, el odio y los remordimientos. De pronto, un nombre se dibuja en mi mente. Una tercera persona involucrada en todo esto y de la que no he sabido nada desde que la llamé para pedirle ayuda.

—¿Había alguien más con él? —No puedo centrarme solo en mi hijo, ahora que ya sé que vuelve, Jaidon también me preocupa. La amenaza de Steve y

Nicky parecía muy real. «¿Y si han dado con él? ¿Habrán encontrado a su mujer?», solo espero que aquel juez al que perdoné la vida haya cumplido su promesa poniéndolo en alerta. Quizá, tras el aviso, volvió con su familia. O tal vez, nunca llegó a venir. Mil dudas me acompañan durante todo el trayecto hasta el parque que había indicado Dave minutos antes.

Ya estamos cerca. Puedo ver los árboles a lo lejos. Deseo con toda mi alma encontrarme con mi hijo ya y no separarlo de mí nunca más. El silencio tenso que se respira en el habitáculo del coche patrulla de Dave solo es perturbado por un sonido casi imperceptible que escapa por los altavoces del coche, un Dodge Charger. El que suele usar la policía.

Los veo. Por fin los veo. Puedo ver el Ford del jefe de Policía estacionado en uno de los aparcamientos más alejados del parque, cubierto por todo tipo de vegetación. Siguen en el interior del todoterreno, tal vez para resguardarse del frío latente en el exterior. Nosotros, a pesar de haber llegado los últimos, somos los primeros en apearnos del coche.

La luz interior del otro vehículo oficial ilumina lo que hay dentro, veo al jefe de Policía y a otro agente que, a la distancia que nos encontramos, no consigo distinguir. Unos segundos después de bajar del coche, noto una ligera vibración en el bolsillo de mi chaqueta. Se trata de mi teléfono, que daba por desconectado, pero no lo está. Una sonrisa nace en mi boca al leer en la pantalla el nombre de mi amigo.

—¡Jaidon, hermano! Qué alegría oír tu voz.

—Escúchame, Konner. ¿Dónde estás? —Su voz denota preocupación y eso me hace presentir que algo no va bien. Lo percibo en esa voz acelerada y susurrante.

—En *Brodway Park*. ¿Qué está ocurriendo?

—Tienen a Dylan, Konner. Había conseguido liberarlo, pero lo han vuelto a apresar. Voy de camino, ¿estás solo?

Detengo mi avance y veo que Dave también lo hace. Me lanza una mirada extraña y expectante. A lo lejos, Peter Merrett saca del coche a mi hijo y una bocanada de aire escapa de mi pecho, aliviado al comprobar que era cierto que lo tenían. Que estaba a salvo.

—¿De qué hablas, Jai? Estamos reunidos. Dylan está aquí, acaban de

traérmelo. —No puedo evitar sonreír tras esa afirmación. Ver su rostro inunda de felicidad mi ser. Hace que, a pesar de toda la sangre que se ha derramado, sea un final feliz.

—¡No! —grita tan fuerte que tengo que apartar un segundo el teléfono—. No lo permitas. Es él, Konner. Es el topo. Ten cuidado.

Mi corazón se hiela al oír esa afirmación mientras veo cómo se acercan dos policías. Dylan aguarda bajo la tutela de Peter. Cuelgo el teléfono y lo vuelvo a guardar. Es preciso que disimule el odio que ahora mismo siento, pero algo impide que lo logre. Apenas consigo dibujar una débil sonrisa que se incrusta en mi rostro tenso y dolorido.

—¿Por qué no viene mi hijo? —increpo al oficial que me acompaña, se encoge de hombros y da varios pasos más. Yo lo sigo sin decir nada más.

—Es solo por precaución. No se preocupe.

Mientras camino hacia un posible enfrentamiento, procuro analizar todo cuanto me rodea. Observo los gestos disimulados de Peter, que agarra a mi hijo para que no se separe de él. Al fin, consigo distinguir al hombre que lo acompaña, que no es otro que el agente que me dio el alto el día en que lo secuestraron. Aquella verdad hace que la certidumbre crezca tan de golpe como se derrama el gas de un refresco tras ser agitado.

Algo me obliga a apoderarme del teléfono negro con el que aquella voz agresiva y distorsionada se había estado comunicando conmigo y con disimulo, pulso varios botones, y devuelvo la última llamada. Solo me resta esperar y ver qué sucede.

Mi cuerpo se paraliza cuando oigo una melodía sonar a lo lejos. Veo que Peter mira hacia un lado mientras suelta una corta carcajada. Pero aquel sonido no sale de su ropa. Es su compañero el que saca un terminal de su bolsillo y se lo lleva a la oreja.

KONNER

20 de enero de 2016, 17:04

—¿Sorprendido? —Oigo por el auricular de mi terminal.

El hombre guiña un ojo a su compañero, que le devuelve el gesto para acabar fijando su mirada en mí.

Es en ese momento cuando veo cómo ambos desenfundan su arma. Peter apunta con su cañón a Dylan y este lanza al viento un grito de auxilio que reverbera en lo más profundo de mi ser. Su compañero nos apunta a nosotros, advirtiendo con su mirada que no hagamos movimiento alguno. Dave, ignorándolo, pretende desenfundar su arma, pero un grito, en la distancia, lo detiene de golpe.

—Dave, no cometas ninguna tontería —suplica Peter clavando su arma en la sien de mi hijo.

—¡HIJO DE PERRA! —Mi cólera estalla en un insulto que suelto con ganas. Mis piernas actúan por su cuenta y se lanzan contra esos dos hombres, pero de inmediato, me obligo a detenerlas cuando observo cómo el sargento clava todavía más el arma en la sien de Dylan, provocando que grite de dolor.

—¡Cuidado, Konner! No vayamos a regar las plantas antes de hora. No des ni un paso más.

—¿Qué es lo que quieres, maldito? Deja a mi hijo en paz. Me tienes a mí.

—¿Que qué es lo que quiero? Y aún tienes la templanza para decirme eso, cuando ni siquiera sabes quién soy todavía. Cuando lo sepas, no te atreverás a volver a preguntarme. —Su voz se endurece durante el transcurso de su monólogo—. ¡Quiero que sufras!

Veo que el otro hombre se aleja de Peter, pero no para acercarse a mí. Camina con determinación, pero sin dar pasos excesivamente largos, hacia un lado. Pienso que lo hace para que a uno de los dos le queden opciones en caso de un enfrentamiento. Si están muy juntos, podría abatirlos a ambos casi al instante. De esta forma, al abrir el ángulo de proyección, necesito no solo

apuntar mi arma a cada uno de ellos, sino ajustar muy bien mis disparos.

—Mi hijo no tiene nada que ver con todo esto. ¡Déjalo en paz!

—El mío tampoco lo tenía cuando tú decidiste actuar por cuenta propia, pensando que así todos te adularían. Pero lo único que hiciste fue destruirlo todo. —Arremete sin piedad—. No te importó nada lo que te rodeaba. Solo tu puto complejo de héroe sin capa, de salvador, de ser irreductible. Y al final, lo único que conseguiste, fue arrasar con todo lo que nos rodeaba a los demás.

La imagen de aquel niño ataca mi cabeza una vez más. Sus palabras destapan de mi recuerdo su cara. Una cara que ya había visto antes, pero que mi mente se negaba a recordar. Era él, el policía que llegó a la escena y que no dejaron pasar. No puede ser. No soy capaz de pensar que todo esto haya sido una estrategia para vengarse de mí, de lo que pasó aquella noche. Sentimientos pasajeros del dolor que sentí en aquel momento se lanzan contra mí una vez más. Mi cuerpo se deshace como un papel devorado por las llamas.

—¡El niño! —Consigo pronunciar con una voz sin fuerza. Más que pronunciar, lo que hago es dejar que esa palabra se descuelgue por mi boca.

—¡No lo nombres! ¡No tienes derecho ni siquiera a recordarlo! —Se acerca unos pasos, pero muy pocos. Su movimiento dura lo mismo que su reproche—. Fue por tu culpa que no regresara. Tú lo mataste y ahora pagarás por ello.

—Si querías matarme, podrías haberlo hecho mucho antes. ¿Por qué ahora?

—Veo que ni siquiera te acuerdas de nada. Seguro que no eres capaz de recordar su nombre tampoco —expone furioso.

«Eddy. El pequeño Eddy», susurra mi cabeza en un burdo intento de falso consuelo. Un lamento agónico que se pierde entre las sacudidas de mi pecho que, aunque sigue latiendo, cada vez lo hace con menos frecuencia. Recuerdo su nombre. Recuerdo todo lo que pasó aquella noche, a pesar de que una parte de mi interior haya querido apartarlo para siempre.

—No podrás jamás llegar a imaginar cuantas noches me he consumido de dolor por aquel acto. Si pudiera, me pondría en su lugar sin dudarlo ni un solo segundo. Pero lo que tú estás haciendo es un acto premeditado de odio sin contemplaciones. ¿Qué pensaría Eddy de todo esto?

—¡Eddy no está! Y te prohíbo nombrarlo —grita dejando escapar de su

boca parte del líquido que baña su lengua. Su rabia le lleva a apretar con más fuerza a Dylan, que emite un ligero gemido—. Nada de lo que digas podrá cambiar tu presente.

—¡Jefe! —exclama Dave—. ¿Qué es lo que está haciendo?

—Hijo, esta no es tu guerra. Te aconsejo que te mantengas al margen. Esto es entre él y yo. —Dirige su vista, que desde la distancia parece ya muy cansada, hacia mí y prosigue—. ¿Sabes que tu hijo tiene la misma edad que tenía Eddy cuando lo mataste? He dejado que almacenes los recuerdos justos, para que sientas lo que yo he sentido todo este tiempo. Que tu mente guarde los momentos más intensos, las risas que no volverán, los abrazos condenatorios. Quiero que sufras lo mismo que he sufrido yo.

—Te aseguro que este no es el camino. Ya estoy pagando por aquello. Todos hemos pagado, pero lo que hice, no lo hice movido por el ego. Quería detener a un delincuente, igual que has hecho tú toda tu vida. La mala fortuna se cruzó en mi camino, pero no por eso mi hijo ha de pagar. No es lo que quieres hacer.

—¡Calla! ¿Sabes por qué murió mi hijo? ¿El precio que tú...? —Separa un ápice su arma de la cabeza de Dylan para señalarme y vuelve a posarla sobre él, haciendo que mi corazón se detenga una vez más—. ¿Que tú le pusiste? —Mira a su alrededor, pero solo encuentra a su compañero, que no deja de amenazarnos con su pistola—. Quince dólares. Quince. ¡QUINCE PUTOS DÓLARES! Eso valió la vida de mi hijo para ti.

Quince dólares, claro. El dinero que encontré en la cartera de aquella señora. Una imagen vuelve a mí durante un segundo. Ese monedero había sido el que robó el hombre que detuve. Quince dólares. A pesar de ello, siento un irrefrenable impulso de condenar su acto. Comprendo mi error y el castigo que yo mismo me impuse, aunque no es suficiente, es meritorio de revisión. Cierro los ojos un segundo y me preparo para responder.

—¿Y has tenido que montar toda esta feria solo para acabar conmigo? —Mi odio se va derramando poco a poco, entendiendo que todas las muertes han sido por un mismo fin—. Tanta gente inocente muerta solo para vengar a tu hijo. ¿Crees que él hubiese querido eso?

—¿Sabes cuantas veces he sentido la necesidad de acabar contigo? Todas

esas que te veía feliz, disfrutando de tu pequeño —dice agarrando con fuerza la barbilla de Dylan, que lanza un ahogado suspiro, incapacitado por culpa de la posición que le obliga a adoptar—. Jugando, hablando o, simplemente, caminando a su lado. Todo lo que a mí me has negado. No, no quería matarte, mi intención es la de hacerte sentir lo mismo. Que sepas por lo que pasé. Hoy experimentarás el dolor que se siente al perder a tu ser más querido.

Siento cómo mi pecho arde al escuchar sus palabras. Cuando termina de hablar, vuelve a acercarse su arma a la sien de mi hijo y retrocede los mismos pasos que había avanzado hace un momento. Yo intento ir en su busca, pero el otro hombre me clava su mirada acerada, que penetra en mi cuerpo como un cuchillo afilado, obligándome a detener mis pasos.

—Ni se te ocurra...—conmina sacudiendo su pistola. No dice nada más. Es su sonrisa la que se comunica ahora conmigo.

—Acaba conmigo. Pero a él déjalo ir, te lo ruego. Él no tiene nada que ver en todo esto. Lo que pasó aquella noche fue culpa mía, de nadie más. Nada de lo que hagamos va a devolvértelo. Todavía puedes detener esto, pues si no lo haces, todos tus años de servicio no valdrán para nada. Dañarás su recuerdo —insisto sin esperanzas ya.

—¿Y crees que me importa? ¿Acaso piensas que me interesa el recuerdo que pueda quedar de mi hijo? Un recuerdo en la mente ajena no sirve de nada. La imagen suya que quede en los anales de la historia no va a cambiar mis sentimientos por él. Para mí siempre será el hijo que fue asesinado por un egoísta sin escrúpulos. Y ahora...

No termina la frase. Su voz se rompe al llevar su conversación hasta aquella noche. Mi alma también lo hace al recordar ese instante. Recupero en mi mente sus ojos, perdidos en ningún punto. Su cuerpo estático en el suelo. Oigo los gritos del incipiente gentío, las sirenas acercándose hasta mi posición, los alaridos de su madre, suplicando por su vida y maldiciendo la mía. Todo vuelve a mí como un cruel resumen de mi vida.

Sin saber qué hacer, contemplo con horror cómo lo que más he querido en esta vida se aleja lentamente. Dylan y Peter retroceden en dirección a la furgoneta, escoltados por el otro hombre que va recuperando el terreno que abandonó un rato antes. Dave los mira sin pronunciar palabra, con los brazos

tensos y los puños apretados.

—¡Jefe! —exclama al fin—. No voy a permitir que se marche. No puede llevarse a un niño inocente de esta manera. Es usted quien me ha enseñado que la justicia debe prevalecer cuando el orden se quiebra. ¿Qué es lo que está haciendo?

—Dave, hijo. Esta es una guerra que no te concierne. Lo mejor será que vuelvas al coche, no debes involucrarte en esto.

—Entonces, lo tenías todo preparado. ¿Desde cuándo?

—Desde mucho antes de llegar aquí, hijo. A veces, para cumplir con lo que uno se propone, debe recurrir a terceras personas. Algunos tendrán la suerte de recibir una ayuda honesta y sincera. En mi caso, para llevar a cabo mi plan, necesitaba aceptar que todo cambiaría. Ahora está en tu mano el camino que vas a elegir.

—¿Quieres decir que todos los asesinatos, los otros jefes de policía muertos, son...?

No responde. Se limita a mirar a su compañero, que a su vez nos dedica una nueva sonrisa, fresca, renovada. Ambos están junto al coche ya, mi tiempo se acaba y no se me ocurre qué hacer para evitar el desenlace. Pronto habrá acabado todo si no pongo remedio, pero ¿cómo?

—La mafia no concede favores a nadie que no conoce —replico para ganar algo de tiempo. Peter sonrío ante mi comentario y vuelve a alejarse unos pasos del coche. Al otro lado se queda su compañero, apoyando sus brazos sobre la puerta abierta—. Si aceptaron ayudarte, era porque ya te conocían. ¿O me equivoco?

—Gran poder deductivo, Konner. Lástima que no lo hubieses usado aquella noche. Yo les di la idea de venir a Bangor. Las posibilidades que tenían con este hermoso río, que cruza todo el estado, eran muchas. A cambio, ellos me harían escalar las posiciones que se me negaron tras la muerte de Eddy. Para poder apartar la vista ante sus negocios. Luego solo era esperar el momento oportuno. ¿Quién crees que dio la idea del secuestro de la niña?

Su risa se clava en el ambiente. Dylan me mira con el rostro bañado en lágrimas y yo intento susurrarle un «todo irá bien», pero sin convencimiento alguno.

—Sabías que no me quedaría impasible ante ese acto. Fue tu estrategia.

—En efecto. Al poco tiempo de llegar a esta posición, pude descubrir que la organización tenía varios infiltrados. Tuve que ganarme la confianza de mucha gente para poder conseguir el acceso a los nombres. El caso es que cuando cayeron los dos primeros, optamos por poner protección al único que restaba. Ahí, amigo mío, entraste tú.

Todo cobra una realidad distinta. Voy entendiendo lo que ha estado pasando estos días. Mi rabia crece al comprender que este juego no me devolverá a mi hijo. Lo único que querían era un culpable, y al elegirme a mí consumaba su venganza. Todo ha salido tal y como querían. Mi fin está cerca, pero esta vez será un fin que no he planeado. Una vez más mis decisiones me han traído hasta aquí. Comprendo, al fin, el poder que tienen las mismas, que pueden llevarte de un punto a otro, o rondar por el mismo punto tantas veces como elecciones hayas tomado.

—Todo estaba planeado, ¿no es cierto? Nunca has pretendido que vuelva a ver a mi hijo. Lo único que querías era un culpable.

—Esta conversación no debería haberse producido con tu hijo presente, en efecto. Mi plan era informarte de su desaparición una vez estuvieras ya en la cárcel, obligarte a cargar con esa losa de por vida, por poco que durara después de la noticia. Pero a veces, los planes deben ajustarse a medida que avanza la situación. No siempre todo sale como se planea, pero eso es algo que ya sabes. Por culpa del entrometido de tu amigo me he visto obligado a adoptar otras medidas. Pero no va a cambiar nada. Ahora mi compañero, Dave, mostrará su postura, tomará su decisión. —Lleva su vista hasta él y tras guardar un instante de silencio, continúa—: Si estás con nosotros, espósallo. Te prometo que nada te faltará nunca, podrás ser lo que siempre has querido.

—Lo que yo siempre he querido es hacer respetar la ley.

—Y lo harás. Pero ahora debes elegir. Apoyar a tus compañeros o a un asesino que debería estar preso hace mucho, pero que se libró por el buen historial que tenía.

El silencio vuelve a imperar en el parque. Escucho el canto de los grillos a lo lejos, el viento helado castiga mi piel, la humedad del ambiente acuchilla mi pierna dolorida. La penumbra que nos envuelve apenas me deja distinguir

los gestos de los dos policías que, a lo lejos, aguardan tranquilos. Dave me mira y noto la preocupación en sus ojos, que no cesan su baile, viajando desde mi posición hasta la de sus compañeros. Al fin, se acerca hasta donde estoy y veo cómo saca de su cintura las esposas.

—Lo sien...

Un rugido voraz corta sus palabras. Oigo cómo un motor ruge acercándose con furia hasta la posición de los dos policías. Las luces nos alumbran de golpe y saltando por un pequeño montículo de tierra, un Mazda gris arremete sin compasión contra el policía que esperaba junto al Ford de Peter. A pesar de su disparo, no consigue eludir el impacto del coche.

El estruendo que hace el metal al desgarrarse, unido al estallido de los cristales de ambos vehículos, rompe toda la calma en la que nos habíamos visto inmersos. El Mazda sale despedido hacia un lado mientras que el Ford golpea a Peter y a Dylan, que caen al suelo separados.

—¡DYLAN! —grito intentando correr en su dirección.

Un disparo me detiene en seco, Peter ha reaccionado a tiempo y se ha abalanzado sobre mi hijo, que había intentado escapar.

—Buen intento, Konner. Ahora, ¡quieto! —Su rostro se ha desfigurado. Sus ojos escrutan toda la zona, buscando quizá a su compañero o tal vez, a quién ha embestido su todoterreno con tanta violencia—. ¡Vuelve a tu posición!

Obedezco, con mis dientes rechinando y la mirada puesta en él, esperando el momento exacto para atacarle. El Mazda ha quedado varado a un lado del parque, con el motor apagado pero uno de los faros, que ha sobrevivido al accidente, alumbrando los vericuetos del bosque que nos oculta. Del capó escapa una humareda blanca por todos los espacios nuevos que se han abierto tras el impacto, y con el motor apagado, se oye cómo el metal templado vuelve a su tamaño gracias al frío. La puerta está abierta y una sombra se desliza por uno de los laterales.

—Si buscas a tu compañero, creo que una parte de él está debajo del coche.

Reconozco esa voz. A pesar de la oscuridad que se abraza a nosotros, contemplo su enorme figura y confirmo que se trata de él. De Jaidon.

—Vaya, veo que no estás muerto. Un tipo con suerte.

—Nunca he tenido suerte en esta vida. Lo que pasa es que la mafia esa para la que trabajas está llena de maricas. No ha sido difícil cepillármelos a todos. Ahora, suelta al pequeño o pienso patearte el culo a ti también.

Veo cómo muestra una pistola en su mano, pero a su vez, Peter clava la suya en la cabeza de Dylan, haciendo que vuelva a gritar.

—Bueno, veo que eres el gracioso del grupo. Creo que no has entendido la gravedad del asunto. Como ves, tengo al pequeño en mis manos, y no me importa morir aquí, hoy. ¿Tú podrás vivir con el peso de la muerte del pequeño en tu conciencia?

Se hace el silencio. Un silencio que solo es cuestionado por los sollozos de Dylan, haciendo que mi alma se deshaga en lamentos profundos, incrustados en mi pecho. Jaidon no responde, solo veo cómo dirige su mano al cielo y levanta la que tiene libre en señal de rendición. Me mira y oigo su suspiro derrotista. La posición del malnacido de Peter con mi hijo entre sus brazos le hace jugar con ventaja.

—¡Dave, vamos! —Le increpa haciendo que el muchacho se ponga a mi lado y prosiga con su primera intención—. Sabes, Jaidon, siempre he pensado que Konner no tenía amigos. Tú debes de ser uno de los pocos.

Mientras Peter habla, Dave vuelve a colocarse junto a mí y a apoderarse de mis brazos, que le ofrezco sin oponer resistencia alguna. Mis fuerzas se extinguen como una llama ahogada en un vaso de cristal.

—Lo siento —repite la coletilla frustrada un momento antes mientras noto cómo lleva mis brazos a mi espalda.

Pum, pum.

El tiempo se detiene ante cada estruendo. Como dos relámpagos en una noche oscura, varios destellos iluminan la noche.

Miro con incredulidad la posición de Peter y Dylan, que sigue de pie junto a él. Su captor tiene el brazo estirado en dirección a mi compañero, que pronto cae desplomado sobre la parte trasera del coche.

—¡JAIDON! —clamo con rabia al viento mientras veo cómo mi amigo se derrumba sobre el duro asfalto, tan lentamente como un edificio que es derruido por la acción del hombre.

Mis ojos estallan en un llanto descontrolado al ver que me está mirando y

que, a pesar de que le restan segundos a su último suspiro, consigue sonreír.

Todo ocurre muy rápido. Dave me sujeta las manos sobre mi espalda. A pesar de mis gritos, ya no existen en mí fuerzas suficientes para responder a sus actos. Es Dylan quien saca el arrojo de su familia y tras un intenso mordisco a la mano que lo abraza, consigue que Peter lo libere.

—¡NO! —vuelvo a gritar al ver que mi hijo empieza a correr.

El sargento se lamenta del ataque y veo que, en ese instante, lleva su vista hacia Dylan, que intenta correr hasta mi posición. Me intento revolver, pero es Dave quien se adelanta, apartándome de su lado.

—¡Quieto! —exclama mostrando su arma.

Su reclamo no obtiene respuesta, Peter sigue moviéndose, dominado por la rabia que se dibuja en su rostro, levanta su pistola y vuelvo a oír un disparo. Pero esta vez, el destello no proviene de su arma. Es Dave el que ha disparado antes de quedarse congelado mientras ve cómo su compañero se desploma.

Las armas callan, pero el silencio ya no es una condición. Dylan llora mientras corre a mis brazos, que lo rodean con toda la fuerza que había desaparecido hacía un instante. Mi corazón vuelve a latir, pero tan solo unos segundos, los que tardo en comprobar que está bien y en ordenarle que suba al coche. Cuando lo hace, corro a auxiliar a Jaidon, pero ya es tarde. Su cuerpo ya no respira, su pulso se ha detenido y bajo ese reguero de sangre que se ha derramado, veo dos agujeros de bala en su pecho.

Mis lágrimas se desatan al comprobar que su vida se ha apagado por ofrecerme su ayuda, al entender que si no lo hubiese llamado, estaría con su familia, riendo y gozando del calor humano. En cambio, ahora está aquí, víctima del frío que no respeta ni a los difuntos, condenado a que su piel pierda el color de la vida para adoptar otro más claro.

Mi pasado me ataca, culpándome de todo lo que ha pasado, enviándome imágenes de Kassie, Jaidon, Alex, Peter y de todas las víctimas inocentes que han caído bajo esta red de sangre y dolor que nos ha invadido. Me arrodillo en el suelo y lo abrazo suplicando un perdón que jamás me será concedido. Abogando por un futuro al que renuncié la noche en que vi el cuerpo de ese niño en los brazos heridos de su madre, que gritaba desgarrada por la pena.

—Todo ha terminado —informa Dave con una calmada voz posando su

mano sobre mi hombro.

Nunca termina. Todo esto no ha sido más que un punto y seguido, una mera confirmación de que el pasado siempre vuelve. La culpa es la verdadera enemiga, es la única capaz de azotarte cuando menos te lo esperas.

Seco mis lágrimas, acaricio la frente de mi amigo para despedirme de él, imbuido en el pesar que se desata en mi interior, castigándome sin remordimientos, y vuelvo al coche, junto a Dylan. Por fin, me reúno con mi hijo, dando por finalizada esta cruel pesadilla, al menos para él, pues para mí todo esto no es más que otro motivo para seguir recordando todo lo que pasó.

Tras acercarse a Peter y comprobar su estado, Dave vuelve justo a tiempo para observar cómo un gran desfile de luces llega para terminar el trabajo.

—Vamos, es hora de que os reunáis toda la familia.

El coche arranca y se pone en marcha, alejándose de aquella macabra escena de muerte y desolación. Cierro los ojos un segundo, nada más.

«Lo hemos logrado, hermano», la voz de Jaidon se abraza a mis oídos, dándome una cálida despedida.

Lo has hecho, Jai. Lo has hecho.

La penumbra vuelve a mi mente una vez más, llevándome a un mundo onírico donde las batallas se libran con sonrisas y los recuerdos no duelen. Son instantes de felicidad que uno alberga en su ser pero que jamás suelen salir a relucir, pues la oscuridad es la que nos domina. Donde hay luz, siempre hay sombras, con una única distinción: que a la segunda la puedes evitar. Solo dependerá de ti. Cuanta más luz arrojes a un camino, más difícil será que las sombras te persigan. Siento a Dylan abrazando mi cintura y lo agarro con fuerza para que no se me vuelva a escapar, descanso por fin.

DOS SEMANAS DESPUÉS

El frío sigue castigándonos, a pesar de las cuatrocientas millas que nos separan de Bangor, no podemos eludir el clima, que nos acompaña allá donde vamos. O es, tal vez, el dolor que se aferra a mi alma, que se transmite al resto de mi cuerpo. Mis manos tiemblan aún mientras siento el calor de la suya aferrada a una de las mías.

Entramos con paso lento y acompasado, observando todo cuanto nos rodea. Una verde explanada bien cuidada, con pocos árboles que dan un cobijo innecesario a unas lápidas que reposan sobre el césped. Algunas llegan a refulgir bajo un sol poco convencido, otras apenas consiguen mantenerse en pie, decoradas con moho verde y polvo, denotando la temporalidad de su presencia.

Los miro buscando en sus ojos el convencimiento de mis pasos, pero las dudas se reflejan también en los suyos. Dylan sonríe con levedad. A mi otro lado, ella me clava su mirada brillante, húmeda, y una mueca torcida de agrado. Noto cómo su mano aplica algo más de presión a la mía y acto seguido, continuamos nuestra procesión por uno de los asfaltados pasajes que rodean el *Pine View Cemetery* de Queensbury.

Odio haber tenido que acudir para esto, después de tantas invitaciones que recibí por su parte para visitar esa hermosa ciudad, en la que vivía junto a Tisha. No puedo perdonarme el hecho de venir ahora, cuando nadie puede recibirnos.

Su mujer se negó a vernos. Ni siquiera aceptó mi pésame. Me culpa, y no sin razón, de la muerte de su marido. Una persona a la que, según ella, había mandado al olvido y que solo le había regalado lamentos. Su muerte no traerá más que pesar a mi cabeza, ya sobrecargada de culpas y remordimientos. Sé que por salvar la vida de mi hijo, le arrebaté la de su marido, un padre a su hija. De igual modo, sé que si él me hubiese pedido lo mismo, yo no hubiera dudado. La distancia nunca nos robó la condición de hermanos y ese derecho innegable hizo que, pasara lo que pasara, siempre estuviésemos juntos. El uno

para el otro, siempre.

Llegamos casi sin merecerlo al espacio del que ya jamás volverá a salir. Su sitio de descanso eterno. Veo su lápida reluciente, anclada en el suelo junto a un perfecto rectángulo de tierra removida, ya asentada, de la cual unas pocas briznas de hierba comienzan a crecer. No puedo evitar leer su inscripción:

JAIDON CONTEE

1980-2016

Amado esposo, padre y héroe para muchos

Mi pecho deja de latir mientras leo su nombre. Prueba irrefutable de que su existencia ya solo depende del recuerdo de sus seres queridos, que aun sabiendo que jamás será olvidado, su imagen sí se verá desgastada por el paso inexorable del tiempo. Será solo su nombre el que perdure inalterable en el tiempo o en el recuerdo. Sus historias prevalecerán una vez que el resto de nosotros hayamos desaparecido. Prevalecerán en los labios de todo aquel que cuente cómo un hombre, sin razón alguna, decidió poner su vida en peligro e incluso perderla por salvar la de un niño. El hijo de otro ser humano, de distinto mundo, color de piel y posición social. Nada de eso le afectó. Actuó movido por su espíritu y su honradez, creyendo que con sus actos ayudaba a su hermano, el cual conoció en el campo de batalla.

—Te echaré de menos —susurro al viento, esperando que me oiga, aunque consciente de que ahí solo estamos Dylan, Kassie y yo.

Ella me abraza y vuelvo a sentir su calor. El olor a césped recién cortado se mezcla con el aroma dulce de su perfume, tan dulce como ella. Me mira y todo lo que hemos pasado desaparece durante un segundo. El dolor ya no es tanto a su lado, mis penas se disimulan con su sonrisa y mis lágrimas las enjuga siempre con su pulgar.

Todo parecía indicar, en el hospital, que nada podrían hacer por ella. La bala que le atravesó un costado, por suerte, no había afectado a ningún órgano vital, pero la enorme pérdida de sangre hizo pensar que no podría superar el estado de coma en el que se vio inducida durante casi una semana. El riesgo de un posible daño cerebral era alto y hasta que no despertara no se podría valorar su estado.

Sus padres llegaron de Filadelfia en cuanto se enteraron de la noticia y a pesar de dejarme estar con ella, no dudaron en recriminarme, ellos también, mis actos. Con todo el peso sobre mi espalda tuve que aferrarme a mi hijo para superarlo, haciéndome a la idea de no volver a verla, entendiendo que su fin se acercaba, para poder soportarlo una vez llegado el momento. Pero gracias a la vida y a su excelente fortaleza física, pudo salir de todo aquello con la única secuela de la cicatriz que el disparo le provocó tras atravesar su piel.

Cuando despertó y nuestras miradas volvieron a cruzarse sentí lo mismo que la primera vez que la vi. Esa sensación de necesitar a alguien sin saber el motivo me invadió de nuevo al verla, algo más pálida esta vez, pero con su infinita mirada que me atravesaba el alma. Preguntó por Dylan antes de preocuparse por su estado y cuando él apareció junta ella, todo pareció esfumarse. No existía el dolor, ni tampoco parecía importarle mi presencia. Solo sé que me miró, me dio las gracias, y entendí que ya nunca más volvería a separarme de su lado.

—Así que tú eres el famoso hermano de Jaidon. —Una femenina voz surca el viento justo a nuestras espaldas, sin que la hubiéramos presentado siquiera.

Tras girarme, puedo ver a una mujer de nuestra edad, de piel oscura y pelo rizado. Sus ojos, del color de la miel, destacan sobre su rostro, y a pesar de no conocerla, sé que no debo temer.

—¿Y tú eres...? —pregunto torciendo el rostro. Mis dudas me atacan con rapidez e intento buscar en mi memoria su nombre. Algún detalle que me ayude a identificarla, pero no obtengo nada.

—Mi nombre es Cloe. Yo le ayudé a encontrar a tu hijo. Veo que al final, pudo cumplir con su misión. Siempre fue muy testarudo.

—Nunca ha dejado que nadie le gane la partida —respondo recordándolo mientras un puñal atraviesa mi pecho.

Se acerca a la zona donde reposa su cuerpo, con la mirada fijada en su lápida. Una sonrisa se forma en su cara de labios gruesos y rosados. Se pone al lado de Kassie, es igual de alta que ella, su esbelta figura no pasa desapercibida. El silencio nos acompaña a los cuatro durante un instante, roto solo por el crujido del sobre que porta bajo sus brazos.

—Pude averiguar, tras su muerte, que el hombre que te tendió la trampa, Peter Merrett, junto a su compañero, ya había estado involucrado con la mafia en su ciudad natal, Hanover. Mis investigaciones personales me han llevado a pensar que tuvo que mudarse a Bangor a causa de unas sospechas que recaían sobre él. Quizá quiso alejarse del foco de atención al que se vio sujeto. O tal vez buscando nuevos negocios. El caso es que, tras la muerte de su hijo, su vida da un vuelco, y comienza a descontrolarse. —Saca el sobre que tenía oculto y lo abre. En su interior aprecio decenas de papeles y fotos. No los llega a sacar pero veo que, en alguna de ellas, aparece el mismísimo Peter, con su compañero—. Intentó solicitar el puesto de jefe de Policía, pero al ver que no aceptaban su petición fue cuando, misteriosamente, apareció esa mafia canadiense y asesinaron hasta a dos jefes de policías. Los suficientes para que nadie quisiera el puesto y se vieran obligados a aceptar su postulación. Su compañero entró más tarde, con documentación falsa y en un puesto relativamente bajo para que no despuntara mucho.

—Toda una vida arruinada por consumir su venganza —intercedió Kassie con el rostro arrugado y negando con la cabeza.

—No se trataba de una venganza. Esa gente, débil de espíritu, es así. Cuando adquieren poder, este les domina, llegando al punto de ser ese mismo elemento el que condiciona sus vidas. Esa persona ya trabajaba para la mafia antes de que su hijo muriera. Su motivo solo lo sabrá él. El poder corrompe hasta al más honrado.

Vuelve a mirarme y tras acercarse hasta casi chocar con mi cuerpo, me ofrece el sobre, que acepto sin meditarlo ni un segundo y bajo la atenta mirada de mi mujer y mi hijo.

—Aquí están todos los responsables del secuestro de tu hijo. La mayoría han muerto durante tu misión. Otros cayeron gracias a la información que Jainos prestó. El resto está aquí, todo.

Me acaricia el pecho tras darme el sobre y se marcha con el mismo silencio con el que llegó. Por mi parte, observo a Kassie, que no parece estar muy conforme con lo que acaba de pasar y consciente de mis actos, le doy la información a ella.

—Yo no quiero saber nada más. Teniéndoos a mi lado, ya es suficiente.

Sonríe ante mis palabras y se apodera del amarillento sobre con las siglas del F.B.I. Nos marchamos los tres juntos regresando por el mismo sendero que hemos recorrido al llegar, aceptando que el sol nos dé en la cara y nos abrace con sus cálidos destellos esa mañana fría de invierno.

—¡Papá! Pobrecito, pobrecito. Todo el día sin parar y no sale de su sitio. ¿Qué es? ¡Adivina!

NOTA IMPORTANTE

En primer lugar, quisiera agradecerte a ti, querido lector, por tu paciencia y apoyo, pues sin tu ayuda, nada de esto sería posible. Ha llegado el momento de que tú tomes tu decisión. Durante toda la historia, Konner se ve obligado a tomar sus propias decisiones, pero ¿crees que alguna de ellas hubiera podido conducirlo a un final mejor?

¿Piensas que puedes optar por un camino en el que todo acabará bien? Perfecto. Inténtalo.

Puedes dirigirte a esta página: **48horaseligetudestino.com** y decidir que parte de la historia modificarías sin coste alguno, pero ¡CUIDADO! Solo tendrás una oportunidad. De ti depende. ¡Mucha suerte!

eminegre.bsdp@gmail.com

Twitter; @eminegre2

Facebook: Emi Negre

Instagram: @eminegresecuelas

También tengo publicada la novela:

Bullying, secuelas del pasado. Junio de 2018.

SOBRE EL AUTOR



Emiliano Pereyra Negre nació en 1987, en Argentina. Con apenas 3 años se muda con su familia a España en busca de un futuro mejor.

Desde infante ya mostraba interés por la escritura y ganó varios concursos de poesía y relatos poéticos.

En 2015 comienza a estudiar escritura creativa para intentar lograr, al fin, su sueño de poder escribir todas las historias que su mente alberga. Así nace *Bullying, secuelas del pasado*, recurre a gran parte de su experiencia personal para formar este thriller de suspenso y misterio.

En 2019 ve la luz *48 Horas para un destino*.